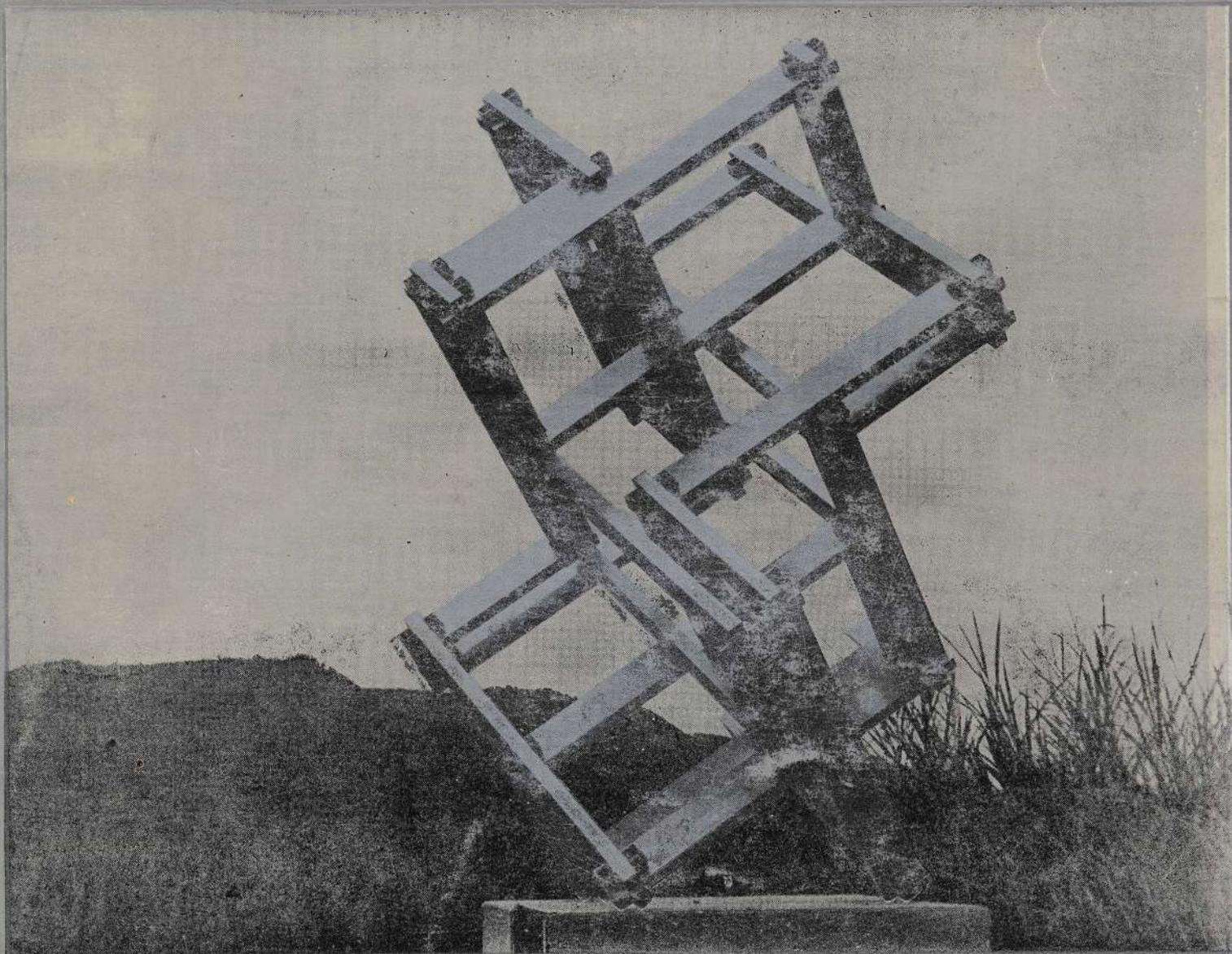


**UNIVERSIDAD
NACIONAL
DE COLOMBIA**

56

sede de medellín. revista de extensión cultural



universidad nacional de colombia
sede de medellín

•
revista de extensión cultural
nº 5-6, agosto 1978

•
director de la revista:
alvaro tirado mejía

comité de redacción:
manuel mejía vallejo
luis antonio restrepo a.
darío ruiz gómez
darío valencia restrepo
héctor wolff isaza

diseño gráfico:
hugo zapata

impresión
editorial lealon

dirección:
apartado aéreo nº 568 medellín

solicitud de canje:
biblioteca central
licencia del ministerio de gobierno nº 002225 de 1976

tarifa postal reducida para libros y revistas nº 133 de
la administración postal nacional

•
vice-rector de la sede:
gabriel márquez c.

director de la división de docencia:
ignacio amador

•
*la responsabilidad de las opiniones que se exponen en
los artículos corresponde a sus autores.*

presentación	
gabriel márquez c., vice-rector	4
álvaro tirado mejía, director	5
pleitos de tierras entre colonos y propietarios en la colonización antioqueña	
jorge villegas	6
el fermento revolucionario del caribe a finales del siglo xviii	
margarita gonzález	22
filosofía, teorías y métodos de la historia	
germán colmenares	32
prácticas matemáticas en la sociedad chibcha	
alberto gonzález rodríguez	40
clima, hábitat, proteínas, guerras y sociedades colombianas del siglo xvi	
jaime arocha	50
introducción a la lectura de ana karenina	
estanislaو zuleta	60
baldomero sanín cano: el oficio de lector	
j. g. cobo borda	70
el espacio y las percepciones	
benjamín farbiarz	90
la estrategia del valor signo en el sistema de la moda	
jaime xibillé muntaner	96
consideraciones acerca del proceso de industrialización colombiano	
ángela marmolejo de corchuelo	104
obstáculos pedagógicos en la enseñanza de la epistemología	
j. jairo montoya g.	125

La Sede de Medellín de la Universidad Nacional presenta con satisfacción el número 5-6 de su revista de Extensión Cultural, cuando se han cumplido dos años de haber registrado la aparición de su primera entrega.

Son con esta más de cuatrocientas páginas en total editadas a lo largo del bienio, que han desplegado en luminoso desfile temas históricos, socio-económicos, filosóficos, científicos, educacionales, literarios, artísticos. En ellas se ha dado cabida ante todo a colaboraciones de profesores de la misma Universidad y, en general, de personas vinculadas al medio universitario y cultural colombiano. Es de resaltar el complemento importante que representa la participación de los artistas vinculados a la Sede, en especial a la Carrera de Artes, que puede admirarse en las ilustraciones que engalanan las revistas.

La calidad de las publicaciones en el fondo y en la forma han correspondido al propósito de sus fundadores y de las directivas de la Sede. Se espera de esta expresión armónica literaria-artística que ella sea, en un proceso continuo de superación, un real reflejo de la actualidad del medio cultural en la Seccional de Medellín, que de antiguo centro exclusivamente tecnológico ha entrado en su nueva etapa de centro universitario integral, con el alma transformadora que representa la conjunción de humanistas, científicos, técnicos y artistas.

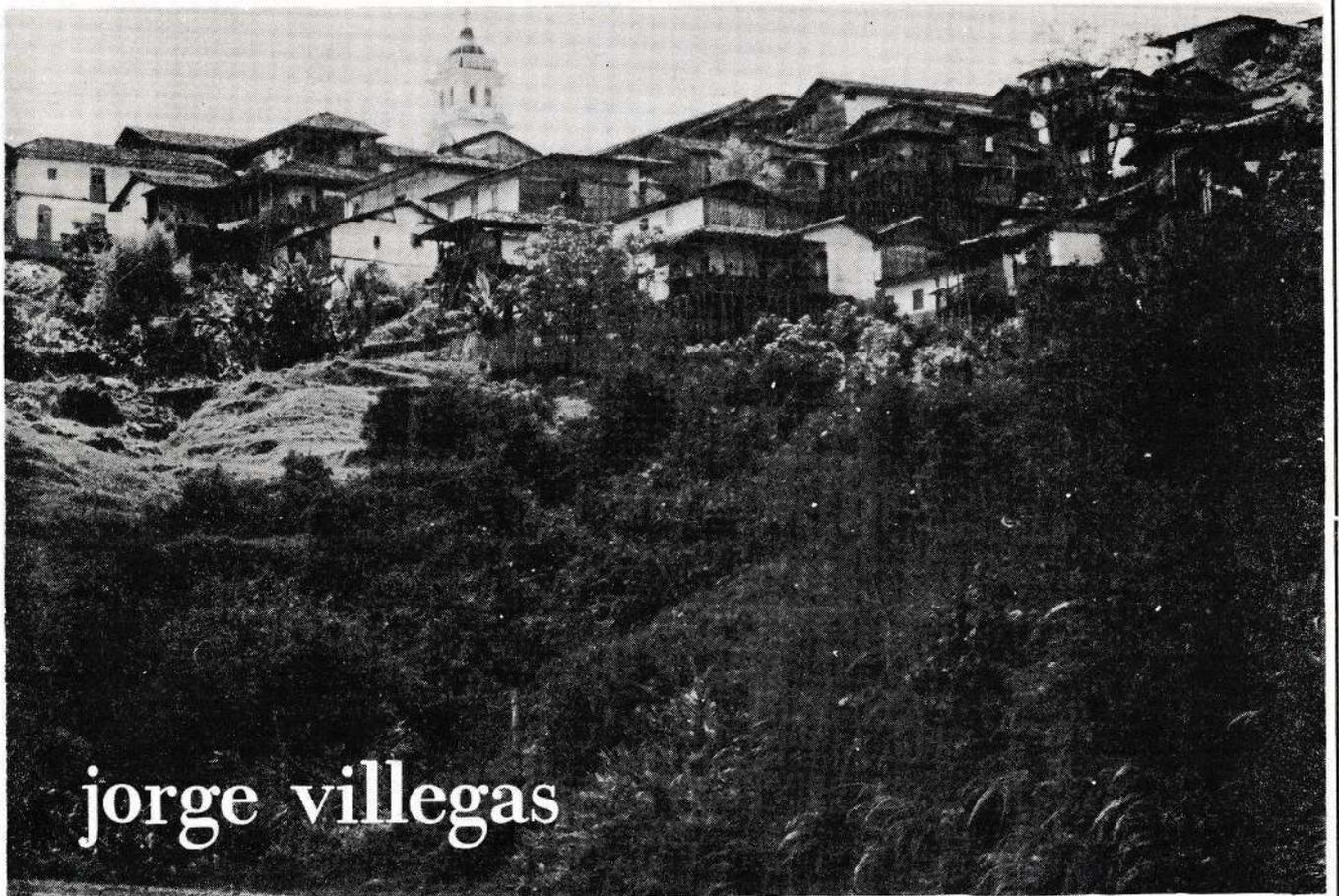
GABRIEL MARQUEZ C.
Vice-Rector

Con el presente número doble de la Revista de Extensión Cultural (5-6), de la Universidad Nacional, Sede de Medellín se quieren mantener los propósitos que le dieron origen y regularizar su publicación de suerte que se editen tres números por año. En cuanto a los propósitos iniciales, y no sobra repetirlo, la Revista tiene como función difundir producciones culturales de la Sede y dar cabida a investigadores, intelectuales y artistas nacionales sobre temas del país o de contenido universal.

Con esa óptica en el presente número se incluyen trabajos en el ámbito histórico, antropológico, de crítica literaria, científica, filosóficos y económicos. Dentro de esta perspectiva y tal como se dijo en la presentación del número anterior, incluimos acá, en su memoria, uno de los múltiples trabajos que sobre el país dejó el investigador Jorge Villegas. Su artículo, que él no tuvo oportunidad de pulir en algunos aspectos, lo publicamos tal como lo dejó, inclusive en lo relacionado con las notas de pie de página.

En esta ocasión queremos destacar la parte gráfica de la revista y la magnífica colaboración que en ella han tenido los artistas nacionales y especialmente un grupo de profesores vinculados a la carrera de Artes de la Facultad de Arquitectura, de la Sede. Su labor, de cuya calidad dan testimonio sus colaboraciones en el presente y en los anteriores números ha sido fundamental para la acogida y valoración en que se tiene la Revista. Dentro de ese grupo de profesores es preciso mencionar al maestro Pedro Nel Gómez, de uno de cuyos murales en la Facultad de Minas de nuestra Sede, tomamos un detalle para la carátula del número 2-3, a Germán Botero, Primer Premio en el Salón Nacional 1976, de quien tomamos una de sus esculturas para la carátula del presente número. A Luis Fernando Valencia quien obtuvo el segundo premio en el Salón Regional de 1978 con un conjunto de fotografías que precisamente ilustran uno de los artículos del número anterior. A John Castles, tercer premio en el Salón Regional de 1978, quien ilustra uno de los artículos de este número. A Javier Restrepo, colaborador en otros números de la Revista quien obtuvo el cuarto premio en el mismo Salón; así como a los colaboradores Marta Elena Vélez, Ethel Gilmour y Jorge Ortiz, todos seleccionados para el Salón Nacional de 1978. Especialmente queremos destacar la labor de Hugo Zapata, Mención en el Salón Regional de 1978, cuya labor de diseño gráfico se ha convertido en toda una concepción de conjunto sobre la Revista.

ALVARO TIRADO MEJIA
Director



jorge villegas



pleitos de tierras entre
colonos y propietarios
en la colonización antioqueña

Veamos cuál ha sido, a grandes rasgos, la historia de las concesiones que debió enfrentar la corriente migratoria antioqueña. Comencemos por la más inmediata a la zona poblada inicialmente por los conquistadores españoles, la meseta de Rionegro y La Ceja. Lindando con ella, hacia el sur, se extendía, en una gran extensión de terreno, la concesión Villegas.

Concesión Villegas

Los propietarios territoriales de la meseta de Rionegro y La Ceja eran pocos y estrechamente ligados entre sí. Por ejemplo, los Villegas estaban emparentados con los Aranzazu y los González⁽¹⁾. Este triple núcleo Aranzazu - González - Villegas será propietario de tierras desde Rionegro hasta el actual río Chinchiná, más abajo de Manizales, y desde el río Cauca hasta la vertiente de la cordillera central (ver mapas).

Esta concesión fue otorgada por el rey, en 1763, a Felipe Villegas. La merced real fue dada a cambio de la construcción de un camino de peaje que comunicara a Medellín y Mariquita⁽²⁾. Los límites de la concesión incluían parte de los actuales municipios de La Ceja, Abejorral y Sonsón⁽³⁾. "Desde la cabecera del río de las Piedras, él abajo hasta los encuentros con el río Buey, y por este abajo hasta los del río Arma, y de ahí arriba hasta las cabeceras, incluyendo, asimismo el valle que llaman de Sonsón, y por las de dicho río Arma cortando en derecha a las cabeceras del mencionado río de las Piedras, que es un cerro grande con una horqueta en una cordillera alta buscando siempre el primer lindero"⁽⁴⁾.

Más tarde la "compasiva corona recusó el título de Villegas, apoyada en el argumento de que no habían sido desmontadas ni mejoradas dichas tierras, como lo exigía la Real Cédula del 2 de agosto de 1780"⁽⁵⁾.

A pesar de haber sido recusada su concesión la testó don Felipe Villegas y Córdoba. Murió en 1800 muy rico, "dejando como herencia a sus hijos todo el territorio de Abejorral y gran parte de Sonsón y La Ceja"⁽⁶⁾.

El primer capitulador del territorio de Abejorral había sido el capitán Juan Vélez de Rivero, quien lo cedió en 1806 a su yerno Esteban de Arango y años más tarde hubo pleito entre éste y Felipe Villegas. Villegas solicitó la capitulación en 1763. En el año de 1784, muerta la esposa de Felipe Villegas, éste repartió entre sus hijos parte de sus propiedades y en 1800, cuando él murió, estas tierras vinieron a corresponder al maestro José Antonio Villegas, hijo de don Felipe⁽⁷⁾.

Ya para el año de 1804 había un grupo de vecinos importante en la región de Abejorral, en su mayoría parientes de los Villegas⁽⁸⁾. En 1808 es demarcado Abejorral. Para este efecto José Antonio Villegas cedió el terreno en 1811⁽⁹⁾.

Estas cesiones no son tan generosas como pudiera parecer a primer golpe de vista y como los historiadores las han visto, por ejemplo Don Manuel Uribe Ángel refiriéndose a esta cesión de territorio decía: "Este documento generoso, da idea de los altos sentimientos civiles y religiosos del maestro Villegas y de su espíritu caritativo y levantado". En realidad las cesiones para fundación de pueblos se hacían con el fin de atraer habitantes hacia esos grandes latifundios deshabitados, con el doble propósito de poblarlos para tener mano de obra que permitiera su cultivo y valorizarlos para su posterior venta.

El acta de donación dice: "Digo yo, el maestro José Antonio Villegas"... "He venido en ceder una parte de los vastos terrenos que Dios fue servido darme... para los vecinos se repartirán doscientos solares de cincuenta varas... Los que quieran edificar después de completar el número de los doscientos solares, deberán comprar el terreno..."⁽¹⁰⁾.

El juez poblador de la región, es el propio José Antonio Villegas; lo que le daba privilegios tanto políticos como territoriales: el dominio político del pueblo y, además, tenía la posibilidad de reservarse una cuarta parte de los territorios que se otorgase a la demarcación de la ciudad.

En el primer enfrentamiento entre los Villegas y el anterior capitular, Esteban de Arango, en los terrenos de Abejorral no tuvieron importancia los pleitos con los pobladores porque los Villegas sortearon inteligentemente el obstáculo, convirtiéndose en jueces pobladores y evitando enfrentamientos con los colonos mediante la entrega de algunas parcelas de tierra y venta de otras. No correrán con igual suerte en la colonización de Sonsón, que también se hallaba dentro de su territorio.

La fundación de esta población había sido decretada por Mon y Velarde desde 1787 pero Villegas, considerando que el decreto de fundación afectaba su propiedad, puso pleito⁽¹¹⁾.

El petitorio de los vecinos pobres de Rionegro solicitando les adjudicaran tierras en Sonsón decía: "Nos, los que esto firmamos, vecinos de la ciudad de Rionegro unos, y otros del valle del Señor San José de Marinilla, ante Usía con nuestro mayor rendimiento parecemos, y como mejor proceda decimos: que motivados de suma pobreza de bienes de fortuna, escasos de tierra en qué trabajar, y lo que es más doloroso, ni aun terreno en qué poder hacer una casa para poder mantener la vida y nuestras familias, por la estrechez que hay y se manifiesta en uno y otro vecindario de nuestro sitio, a causa de la propagación de las gentes: hemos determinado, como al fin pobres desvalidos retirarnos a las montañas del valle de Sonsón... y hacer en aquel valle nuestra mansión y una

1. Henao Mejía, Gabriel. Biografía de Juan de Dios Aranzazu.
2. Parsons, James J. "La Colonización Antioqueña en el Occidente Colombiano".
3. Duque Botero, Guillermo. "Historia de Salamina".
4. Zapata Cuéncar, Heriberto. Monografía histórica de Sonsón.
5. Parsons, James J. Op. cit.
6. Ramírez, Pedro P. Monografía de Abejorral.
7. Cervecería Unión. Monografías de Antioquia.

8. Ibid.

9. Parsons, James J. Op. cit.

10. Cervecería Unión. Op. cit.

11. Cervecería Unión, Op. cit.

nueva fundación... Estas tierras Señor, son comprendidas en una capitulación que hizo don Felipe de Villegas, cuyo globo sin ponderación no se puede atravesar por lo menos en cinco días, esto es por lo ancho, que por lo largo ni en ocho, las cuales se hallan desiertas, sin quien las trabaje, cultive, ni se aproveche de sus utilidades, por lo distante y remoto; y aunque nos fundemos y plantemos en aquel valle, y aunque se nos dé las tierras desde la cordillera que divide las aguas de la quebrada de la Yegua y el río Aures para arriba para nuestros trabajos y sementeras, nunca se le hace perjuicio a don Felipe... Y con lo cual vendrá la alta comprensión de Usía en conocimiento de la inmensidad de tierras, que en perjuicio de los pobres vasallos capituló Villegas... Y que en ningún tiempo se nos atribuya en dichas tierras clandestina introducción" (12).

Felipe Villegas entabló pleito que duró años y que sólo terminó en 1808 cuando el virrey Amar y Borbón sentenció a favor de los pobladores. Ya en ese entonces había muerto don Felipe, testándoles a sus hijos la concesión (13).

El gobernador Francisco Baraya y Lacampa en agosto 18 de 1791, le informaba a Felipe Villegas, que debía presentar los títulos de su propiedad "como la Real Cédula habla así de los que tuviesen esta gracia de realengo (a quien manda no se inquiete) como de mercedes y concesiones que en adelante se hagan de ellos bajo las precisas calidades y condiciones de desmontarlas y mantenerlas cultivadas, con siembras o pastos, so la pena de que si no se ejecutase así se pierda el derecho y se adjudiquen a otros: era indispensable se presentase el referido título, para ver el tiempo de esta gracia y obrar conforme a las piadosas intenciones de Su Majestad por lo tanto se les emplazó, y citó, a estos interesados cuya indolencia o malicia parece no debe tener lugar en este gobierno, reservándose la resolución a la superioridad de Su Excelencia..." (14).

Desde un año antes, los colonos, tratando de eludir el pleito largo y complicado que surgiría con Villegas, máxime cuando conocían las conexiones políticas por lo alto que éste poseía, habían propuesto comprarle. Cuarenta colonos, reunidos, proponían comprarle en dos mil pesos las tierras necesarias. El gobierno en respuesta a esta solicitud, no acepta la transacción para evitar que los nuevos compradores, a su turno, hagan estanco con las tierras y las vendan a otros colonos, lo cual no sería del interés de la Corona que posee muchas tierras para este fin en la región; y, además pide levantar una información. En la información que se levanta, se sugiere quitarle parte de las tierras a Villegas por cuanto se considera que él ya hizo demasiado dinero con ellas (cerca de ocho mil pesos), vendiendo lotes (15).

El enfrentamiento que se producirá en la primera colonización de Sonsón será entre colonos pobres y ricos. Todo parece indicar que la primera colonización estuvo constituida primordialmente por colonos pobres y mestizos como vimos en su petitorio solici-

tando tierras. Estos colonos pobres temían la llegada de colonos ricos a la región, que los oprimieran. Veamos algunos testimonios: "... Si me disgusta que con las nuevas que han corrido, hay muchos ricos que se hayan propicios a ir a poner allí haciendas y a abrir el camino con opresión de los pobres, y uno de ellos es mi dicho compañero que dicen tiene una lista de muchos ricos, prevenido ganados, y marranos para llevar allí, lo que si fuere así era en perjuicio de los pobres pobladores que tuvieron que pensionarse en cercar sus plantíos". Firmado, Joseph Matías Arias Bueno. Abril 1791 (16).

En 1792 esta situación persistía. Ahora el vocero de los colonos pobres era José Antonio Rodríguez, quien elevaba quejas contra Juan Bautista Gutiérrez, acusándolo de que pretendía llevar ricos a la nueva fundación con perjuicio de los pobres (17).

Los ricos hicieron todo lo posible por expulsar al inquieto José Antonio Rodríguez, y en carta acusatoria decían: "Los que nos perturban e inquietan en esta fundación han sido continuamente Joseph Antonio Rodríguez. Este ha vivido continuamente aconsejando a todos los fundadores que no adelanten su fundación porque han de perder su trabajo, que no admitan allí hombres blancos porque éstos no han de servir allí más que para darles perjuicios". La misma carta informa que el gobernador, acogiendo las solicitudes de los vecinos ricos, en dos oportunidades infructuosas había ordenado que se expulsase de la fundación a Rodríguez (18).

Este enfrentamiento tiene además otra faceta de carácter profundo. Recuérdese que los vecinos pobres habían ofrecido mancomunarse y comprar la tierra, solicitud no aceptada por la Corona. Ahora, un rico terrateniente de Rionegro, José Joaquín Ruiz y Zapata será quien acaudillara el punto de vista de los colonos ricos.

El decreto de fundación de Sonsón, fechado en 28 de enero de 1781, hablaba de las muchas ventajas que podría tener su fundación: "Considerando las muchas ventajas que pueden originarse en servicio de ambas Majestades, bien y felicidad de esta provincia, particularmente de los muchos pobres desacomodados de la jurisdicción de Rionegro y Marinilla que carecen de terreno hasta para edificar una casa, por lo que muchos se mantienen ociosos, vagos y perjudiciales a la república... Y reflexionando también que aunque estas tierras se denominan capituladas por don Felipe Villegas y haya éste repartido parte de ellas a sus hijos y yerno, ninguno de éstos ha presentado el título de merced... De donde se deja ver, o que no tienen tal título o que han perdido el derecho a ellas, por no haberseles desmontado, sembrado o cultivado... Cuanto todavía les quedan a los que se dicen dueños, multitud de tierras donde plantarse con sus familias sin recibir daño de este proyecto, y antes bien les resultaría mucho beneficio, así por las ventas que pueden ir haciendo a los que quieran acercarse a esta nueva población... Se declara: Débese fundar en las mencionadas tierras la nueva colonia que se solicita".

12. Zapata Cuéncar, Heriberto. Monografía histórica de Sonsón.

13. Zapata Cuéncar, Heriberto. Op cit.

14. Ibid.

15. Ibid.

16. Ibid.

17. Ibid.

18. Ibid.



La corona donaba las tierras a los colonos, nombraba como juez poblador a don Matías Arias Bueno y negaba la solicitud de los colonos de comprar las tierras por cuanto "se deberá entender concediéndoles graciosamente a los nominados pobladores, sin que conste la compra que de ellos han hecho en dos mil castellanos de oro. Lo primero, porque se daría lugar a que éstos se enriqueciesen revendiéndolas a los pobres que vayan a poblarse, haciendo un estanco de tierras contra lo que las leyes prohíben, mayormente cuando la liberal mano del monarca franquea las necesarias, para que se pueblen y cultiven sin el menor interés y sólo por facilitar a sus amables vasallos. Lo segundo, que siendo como se ha dicho inmensas y exorbitantes las que ha registrado don Felipe Villegas, ganando crecida porción de dinero en las ventas que ha hecho, como lo asevera el comisionado en su informe, no se le debe permitir que las tenga incultas con grave perjuicio del erario..." (19).

En este momento surge un nuevo enredo: aparece don José Joaquín Ruiz y Zapata proponiendo compra del terreno para distribuirlo gratuitamente: "propiuse a don José Antonio Villegas comprar dichas tierras con el objeto de cederlas al rey para el común beneficio de los pobladores y obviar así la retarda-

ción del fundo de ellos en aquel paraje. Octubre 10 de 1972" (20).

José Antonio Rodríguez, líder de los colonos pobres había propuesto a Villegas comprar los terrenos en común. Ahora José Joaquín Ruiz y Zapata entra a oponérsele, ofreciendo a José Antonio Villegas la compra de las tierras en los siguientes términos: "Que si José Antonio Rodríguez le tiene hecha la compra de las tierras de Sonsón en mil pesos, yo tengo mayor derecho a ellas y doy el tanto con el fin de cederlas al público para que se adelante esa fundación, para que todos sin excepción de personas, puedan entrar allá a fundar. Iten se vio que Rodríguez las ha comprado con ánimo de hacer compartó entre todos los que entrasen; y yo de mi peculio las compro, sin pensar a los que entrasen a ellas en un to-mín..." (21).

José Antonio Villegas finalmente negocia con José Joaquín Ruiz y Zapata vendiéndole las tierras.

Recuérdese, para apreciar como se va enredando este pleito, que este tipo de transacciones no era aceptada anteriormente por la corona, la cual se opuso a un arreglo similar entre Villegas y los colonos pobres.

19. Ibid.

20. Ibid.

21. Ibid.

Ahora, los intereses de los terratenientes ricos lograron torcer las intenciones de los funcionarios reales.

Una vez hecha la compra, Ruiz y Zapata se hizo nombrar juez poblador. Ahora, armado de estos poderes, el enfrentamiento entre Ruiz y Zapata, representante de los intereses de los colonos ricos, y los colonos pobres, se hizo más agudo. Veamos un testimonio: "En 1796 varios vecinos enviaron una carta de acusación, encabezados por el alcalde Nicolás López contra el juez poblador (Ruiz y Zapata). Los términos de la denuncia dicen: El antecesor de Vuestra Señoría nos nombró por juez poblador al comprador de las tierras, éste no queremos por los motivos siguientes: . . . que como juez poblador había de propender a la entrega de las tierras la cual está suspendida por su causa . . . que habiendo prometido las tierras libremente a el común sin gravamen ninguno, esto no se ha cumplido pues ha dejado una gran parte para sí, lo que no puede ser pues los pobres habíamos comprado el todo de las tierras . . . Esperamos de su piadoso patrocinio favorezca a estos humildes y desdichados vasallos concediéndonos por juez poblador para el adelantamiento de esta fundación al maestro don José Antonio Villegas, que todos unánimes lo pedimos por ser persona de toda satisfacción" (22).

Nótese cómo están peleándose las tierras, a través del nombramiento de juez poblador, tanto Villegas como Ruiz y Zapata quien ya ha comprado parte de los derechos a Villegas. Estos enfrentamientos entre los intereses de colonos pobres y mestizos contra blancos ricos hace que la primera colonia se arruine y desaparezca. Más tarde, en 1800, llega José Joaquín Ruiz y Zapata a fundar una nueva población en el actual sitio que ocupa Sonsón: "El 26 de julio de 1800 llegó por primera vez José Joaquín Ruiz y Zapata al sitio donde se habían plantado los nuevos colonos. Venía a repartir solares y a fundar la nueva población" (23).

Una vez sorteado el enfrentamiento y ratificado en su condición de juez poblador en la nueva Sonsón, José Joaquín Ruiz acapara más tierras; pide se le otorgue todo el territorio de la vertiente oriental de la cordillera central hasta el Magdalena; y que como juez poblador se le dé una cuarta parte de las tierras. En 1807 el virrey lo declara juez poblador de Sonsón y en 1808 como juez poblador decreta el repartimiento de las tierras de Samaná y La Miel (24).

En 1812 vuelven a presentarse acusaciones contra el juez poblador de Sonsón, José Joaquín Ruiz y Zapata. Los acusadores dicen que ha acaparado muchas más tierras de las que le tocaban por ley (se ha quedado con la mitad de las tierras); que permanece ausente y cobra dinero por las tierras que reparte; que nombra sólo a sus parientes en los cargos políticos. Se desconoce el resultado de esta acusación. En 1817 lo restituye a su cargo de juez poblador, lo que da a pensar que hubiera sido, al menos temporalmente, destituido. En 1817 hay un nuevo petitorio solicitando su cambio (25).

Una vez asentados en Sonsón sus vecinos piden permiso para fundar a Sabana Larga, arriba de Salamina. El juez niega el permiso, pero finalmente se hace la fundación (26).

Siguiendo hacia el sur, los vecinos de Sonsón, fundan Nariño en el terreno original de la concesión Villegas. Este asentamiento se hizo en 1827 (27).

En la mayor parte de estos territorios del Samaná y el río La Miel bien difícil fue para los colonos asentarse; aún hoy siguen sin colonizar y es posible ver hoy la selva enseñorearse de ellos. Pero, sin lugar a dudas, los títulos deben estar celosamente guardados entre los sucesores del juez Ruiz y Zapata.

Odisea de un colono en busca de tierras

Hay un ejemplo que puede expresar en todo su drama la suerte que corrieron los colonos antioqueños que iniciaron el largo peregrinaje en busca de tierras libres donde asentar su parcela y levantar su familia. Es el caso de Fermín López, quien vino de Rionegro a Sonsón en 1804. Pocos años más tarde vendió la pequeña parcela adquirida en Sonsón, donde fue de los iniciales pobladores. Partió hacia Salamina; allí en 1833 después de desmontar sus tierras, un tribunal decidió que esos terrenos pertenecían a González, Salazar y compañía. Fermín López, no queriendo ser convertido en arrendatario o agregado a la tierra, marchó una vez más con "un hermano, hijos, sobrinos y un considerable número de peones y ganados" (28). Nótese cómo Fermín López debió ser un campesino con recursos económicos para poder llevar todos estos bagajes. Su peregrinaje desde Salamina lo lleva hasta Manizales donde escoge un sitio, el mismo en que está hoy la población. Hace su rocería y sienta sus dominios. Estaba convencido que ya había salido del límite de los terrenos pretendidos por González, Salazar y compañía, antigua concesión Aranzazu. Cuando regresó a Salamina en busca de nuevos compañeros para construir la población, le informaron que el río que él había confundido como el Chinchiná (límite sur de la concesión Aranzazu) no era ese sino el Guaicaica y que, por lo tanto, estaba todavía dentro de los límites de la concesión. No dispuesto a dejarse vencer y queriendo ser hombre libre, abandonó las viviendas y su rocería y, reanudando su peregrinar, se retiró hasta Cartago. Al llegar a Cartago se situó donde está hoy Pereira. Pero, aquí también lo esperaban agazapados los dueños de títulos, los descendientes de un señor Pereira quienes mantenían reclamaciones sobre las selvas de la región. Una vez más reanuda su peregrinaje y, finalmente, termina situándose en Santa Rosa de Cabal donde funda esta población en 1844, muriendo dos años después. Pero aún en esta lejanía le persigue la sombra del terrateniente Aranzazu quien escribe por la época: "Santa Rosa . . . Allí se ha establecido un tal Fermín López, antiguo salinero y mayordomo de mi casa, y tiene unos 20 compañeros prestos a irse allá; yo he tratado de favorecer a esa población..." (29).

22. Ibid.

23. Ibid.

24. Ibid.

25. Ibid.

26. Parsons, James J. Op. cit.

27. Cervecería Unión. Op. cit.

28. Parsons, James J. Op. cit.

29. Henao Mejía, Gabriel. Op. cit.

Esto a pesar de estar López bastante lejos de los límites reclamados por Aranzazu.

Una vez hecha la fundación, empezaron a presentarse problemas con los ricos tituladores de tierras. El Congreso les dio a los colonos doce mil fanegadas y, en 1849 se las duplicó. Los colonos en la solicitud de tierras informaban que sus labranzas ya se extendían más allá del límite de la concesión original, pero "habían sido el objeto de los reclamos de las personas ricas, contra los cuales, nosotros pobres pobladores, no tenemos esperanzas de competir, por falta de recursos" (30).

La peregrinación de Fermín López es típica: la gente se adentraba en la selva, talándola y atrás iba alguien reclamando presuntos títulos de ella, apropiándose mediante tinterilladas de su esfuerzo. En la historia encontramos no solamente esta sino muchas odiseas similares; y no se crea que esto sucedía única y exclusivamente en la región antioqueña, en el resto de la nación sucedía otro tanto.

Problemas de colonos con la Concesión Aranzazu

Las tierras altas de las mesetas que conforman hoy los municipios de Rionegro y La Ceja, estaban en manos de unos pocos propietarios. Ya hemos visto cómo uno de ellos era Felipe Villegas. Ahora, veamos los problemas que surgen con la otra gran concesión que sigue hacia el sur, la concesión de Aranzazu.

Es importante anotar que estas familias terratenientes estaban emparentadas entre sí. Concretamente, los Aranzazu estaban ligados con los González quienes, a su turno, estaban vinculados con los Villegas. Por ejemplo, Juan de Dios Aranzazu casó con María Antonia González, hija de Cosme Nicolás González y de Bárbara Villegas, hija de Felipe Villegas y Córdova y Manuela Londoño de Piedrahíta (31).

La concesión original fue solicitada desde el siglo XVIII, por un súbdito español, José María Aranzazu, quien al decir de su hijo: "En uno de los viajes que hizo mi padre de esa (Antioquia) a esta provincia (Bogotá) cogería por ahí en un alto y con un antejo y cuanto alcanzó a ver con él, vino y lo capituló! la Audiencia le expidió el título de propiedad, y luego se fue para Maracaibo" (32). Era en el año de 1801 Así se pedían y otorgaban las tierras: hasta donde la vista alcanzara.

Veamos sus límites originales:

1. Por el nacimiento del río Pozo (como se sabe, este río empieza a llamarse Pozo, después de recibir el San Lorenzo, La Frisolera y el Chamberí).

2. Cortando derecho al río Cauca la línea que va de éste hacia abajo hasta la embocadura de la quebrada de Pácora (siguiendo el curso del río Pozo hasta su desembocadura en el Cauca, se sigue luego el río Cauca hasta donde éste recibe la quebrada Pácora).

3. Y la que va buscando el nacimiento de esta quebrada de Pácora (y como viniendo en retroceso desde la desembocadura de la quebrada de Pácora en el Cauca, hasta el nacimiento de ésta en el punto llamado Las Coles, límites entre Salamina y Pácora).

4. Cortando en derechura a la cumbre más alta va a encontrarse con el nacimiento del citado río Pozo (el punto de Las Coles, nacimiento a la quebrada de Pácora, se corta en derechura hasta la cumbre más alta, o sea el lugar del nacimiento del citado río Pozo).

En síntesis: desde el nacimiento del río Pozo hasta la estación Pácora, de aquí a Las Coles y de ahí al nacimiento del río Pozo (33).

Estos terrenos inicialmente, formaban parte de la población de Arma, fundada desde la época de la conquista pero que había entrado en total decadencia. Quizás por esta razón las autoridades, al otorgarle a Aranzazu la concesión las declararon nuevamente baldías. Pero téngase en cuenta que, si el Monarca español capituló estas tierras a Aranzazu como realengas y baldíos, estaba desconociendo con ese acto la posesión que sobre ellos tenían los de Arma, lo cual complicará aún más las cosas en este enredado litigio (34).

A comienzos del siglo XIX, al sur de Rionegro, sólo existían dos poblaciones: Sonsón, a cuya colonización nos hemos referido, y la antigua Arma que estaba arruinada. En 1817, colonos llegados al actual sitio de Salamina, solicitaron permiso para una fundación, siéndoles negado (35). Esta exploración la hizo José Antonio Jaramillo Ruiz, quien buscó asentarse en estas tierras. Su solicitud de las tierras de Salamina decía: "Uno de los servicios más importantes al soberano, a la provincia y a los pueblos, es el descubrimiento y fundación de nuevas poblaciones: sus ventajas son tan conocidas para la explotación de las minas... Esta íntima persuasión me anima a presentarme hoy a la faz del gobierno de candidato a la penosa empresa de poblar una nueva colonia en las inmediaciones de Sonsón, Mariquita y la Vega (Supía) para cuyo intento me acompañan veinticinco familias fuera de los hombres solteros" (36).

A la fundación se opusieron el cura de Sonsón y el juez poblador, Joaquín Ruiz y Zapata. En 1818 el cabildo de Rionegro aprobó la solicitud, pero ante una nueva oposición del juez poblador y del párroco de Sonsón, se estancó el proyecto. El documento de Ruiz y Zapata oponiéndose a la fundación decía: "Dicho poblado, en el territorio de las tierras capituladas por mí en Sonsón... Es donde se concierren los valles nombrados, descubiertos por mí en el principio de la población de Sonsón... Para lo que respecta a los vecinos de Sonsón no hay duda que es perjudicial a la población que sea esta colonia..." (37).

Finalmente se autorizó la concesión de Salamina y, al decir de Parsons, esto enredó más aún las cosas

30. Parsons, James J. Op. cit.

31. Henao Mejía, Gabriel, Op. cit.

32. Ibid.

33. Duque Botero, Guillermo. Op. cit.

34. Ibid.

35. Morales Benítez, Otto. Testimonio de un Pueblo.

36. Duque Botero, Guillermo. Op. cit.

37. Ibid.

por cuanto que la ratificación de la concesión Aranzazu se hizo tres años más tarde, aumentándose la confusión, pues autorizar a Salamina implicaba negar la concesión Aranzazu.

Muerto Aranzazu y ya en la época de la república, su hijo Juan de Dios Aranzazu vuelve a pedir la concesión en su nombre y en el de su madre Ana María González Villegas de Aranzazu. Es el año de 1824.

En la solicitud de restablecimiento de la concesión aducen: "que las expresadas tierras se han cultivado en los años corridos desde 1800 hasta esta fecha...". Alegan que, como consecuencia de las guerras, "nos ocasionaron entre otras pérdidas la del título...". El fiscal haciéndoles el juego, conceptúa que las tierras: "han sido cultivadas, de modo que ya no se presentan en el aspecto montuoso y selvareño que tenían antes" (38).

Afirmar que las tierras habían sido cultivadas era falsedad por cuanto continuaban siendo tierras vírgenes y en ellas se iban asentando los colonos individualmente.

El fiscal ordenó dar posesión de las referidas tierras, a Aranzazu. "Si se pudiese, no cause despojo, y oiga en justicia a los contradictores... Citando previamente a los colindantes; y si resultare contradicción sin despojar al que se halle en posesión, seguirá la instancia conforme a derecho por todos los trámites correspondientes la determinará con consejo de letrado... 24 de noviembre, 1824" (39).

A pesar de la clara recomendación de no perturbar a quienes se hallasen en posesión, veamos cómo fue la toma de posesión, textualmente: "Se citó en su persona al juez territorial y vecinos de la nueva población de Aguadas, como colindantes por la otra parte con los terrenos que tienen comunes... comunicándoles que no siendo suficientes las razones que alegan para embarazar las razones del superior despatchado... El dicho apoderado señor José Ignacio Gutiérrez se paseó por los terrenos, recorrió sus caminos, entradas y salidas, cortó palos, cortó yerbas y reconvinó a los que se hayan posesionado y tienen sus labranzas en estos lugares para que si quieren se queden en calidad de agregados con la condición de observar buena conducta o que de lo contrario desocupen... Dejándole su derecho a salvo al vecindario de Armas para que use de él donde y como mejor le convenga..." (40).

Como lo dice el propio autor de la obra, que citamos, los apoderados de Juan de Dios Aranzazu desplegaron un ceremonial que "nos recuerda el que usaron los españoles". Es decir, que todo aquel que hubiera en ese momento estado en los terrenos, tendría que convertirse en arrendatario, vale decir, en súbdito de quienes ahora tomaban posesión de los terrenos o, de lo contrario, retirarse selva adentro buscando algún lugar donde no estuviesen persiguiéndolos los malditos títulos de propiedad.

A pesar de que, como dice Parsons, el hijo de Aranzazu solicitó y "con no poca sorpresa obtuvo

lo pedido". Si analizamos bien la trayectoria política de este terrateniente vemos que no debió realmente expresar tanta sorpresa, por cuanto fue varias veces Presidente del Estado de Antioquia, convencionista de Ocaña, Secretario del Tesoro, Secretario de Hacienda, Presidente de la República; en fin, agotó toda la nómina de la alta burocracia del país y es lógico pensar que esto le daba el poder suficiente para que los tribunales de la nación siempre dirimiesen los pleitos a su favor.

En 1825, Aranzazu prometió tierras a los pobladores de Salamina ya asentados en la región.

En 1828 la Corte Suprema decidió que Aranzazu no tenía derecho a la posesión reclamada y que los vecinos de Salamina, tenían una posesión inmemorial de la cual no podían ser despojados: "En 1829, los vecinos de Arma, celebraron una transacción en el señor Juan de Dios Aranzazu, quedando por ella dueños de la parte que limita los ríos San Lorenzo y Pácora, y de la comprendida entre el San Lorenzo y La Honda" (41). También en 1833 celebró Aranzazu transacción con los pobladores, dándoles algo, y reservándose la mejor parte de los terrenos.

Los vecinos de Arma, disputaron el derecho a la posesión de Aranzazu, liderados por un señor de apellido Salazar, quien se ofreció para defender sus reclamaciones costeándolas de su pecunio, a cambio de que los de Arma se comprometieran con él a cederle todos los territorios desde el río Pozo hasta el Chinchiná (42). Según Aranzazu "los vecinos fueron requeridos a prestar su firma al poder, por el cura y Salazar, sin hallarse presentes ninguno de los jueces partidarios, y con la amenaza de que serían expulsados del terreno en que viven en caso de que no lo verificasen. Los señores de Arma ni saben las tierras que deben disputar, como se infiere de su compromiso condicional" (43).

Sobre los terrenos de Salamina, donde los colonos se han asentado y solicitado la fundación de un pueblo, convergen el pleito de tres intereses distintos: de una parte, los antiguos pobladores de Arma, de otra los sucesores de la concesión Aranzazu y finalmente los colonos de Salamina que reivindican su derecho de posesión.

En sus cartas a Rufino Cuervo, quien le asesoraba en su pleito contra los de Arma, el terrateniente Aranzazu le confiesa que teme quedarse sin la tierra y arruinado. "Rufino mío, que paso tantas y tan crueles necesidades por esta tierra, que un día de estos he de salir por las calles pidiendo limosna a voz en cuello, y quizá no encontraré alma caritativa que se conmueva de mi tristeza y lamentable situación" (44).

En este epistolario, Aranzazu dice haber beneficiado a los colonos como él buenamente ha querido. "Ya sabes que he ofrecido a los colonos darles solar para su casa y una estancia para trabajar, lo que se ha cumplido exactamente".

Quizá había unos pocos individuos posesionados en algunos pedazos de tierras antes del denuncia del

38. Ibid.

39. Ibid.

40. Ibid.

41. Henao Mejía, Gabriel. Op. cit.

42. Ibid.

43. Ibid.

44. Ibid.

realengo; a éstos, por supuesto, les conservo el derecho que han adquirido y la posición de treinta años" (1826). Pero, también reitera que a los que se le opongan los hará sufrir, en carta posterior (1833) a Elías González: "Yo quise beneficiar a una porción de pobres, y sólo he encontrado ingratos que se han propuesto molestarme, y he querido que obren, que se rompan los cascos, que se perjudiquen y gasten, para que conozcan por experiencia lo que vale un tonto cavilosillo (se refiere a Salazar, quien apodera el pleito de los de Salamina). No creo que falte tierra para repartir, pues asigné un globo inmenso... No debo asignar más terreno para los últimos llegados porque no está en mi comportamiento, y porque yo no tengo la culpa de que hayan demorado la partición. Si no se efectúa, si la entorpecen, irá la población en aumento, y yo no tendría el día que fueran a verificarla, tierra que darles..." (45).

En 1843 los vecinos de Salamina desconocieron las donaciones y se creó un nuevo litigio que durará diez años más: "Todo ello dio lugar a disidencias enojosas, a despojos violentos, a ultrajes personales y a sensible pérdida de intereses. El Juez, señor Vicente Ospina a quien le tocó fallar un incidente del juicio en contra de los intereses de los representantes del doctor Aranzazu, fue apaleado por un amigo de don Elías González" (46).

Aranzazu, en el año de 1843, le escribe al coronel Gómez: "He leído aquí unos papeluchos en que se asegura que no soy dueño de las tierras de Salamina, y en que esto se confunde con las de Neira, y le daré a usted sobre esto algunas noticias que pueden convenir. Sostenía yo un pleito con los vecinos de Arma sobre la propiedad de esas tierras; invitado a una transacción la acepté luego que dejé de desempeñar la gobernación de esta provincia... En el poder que dieron los vecinos para la transacción, se encuentran estas palabras: Que el señor Salazar queda facultado para que incluya en la transacción las tierras que se comprenden desde la quebrada Las Tapias hasta el río Chinchiná, cuya propiedad es constante en la Real Cédula de Traslación de la antigua ciudad de Arma al Valle de Rionegro. Yo recibía la tercera parte de esas tierras en indemnización de las que cedí en otra parte, y me comprometí a fomentar en ellas una población. Aquí tiene usted por qué me encuentro fomentando a Neira". Y decía estar fomentando la erección de otros núcleos urbanos entre ellos Santa Rosa de Cabal hasta donde había llegado Fermín López huyendo a su insaciable apetito, sin lograrlo, pues Aranzazu decía estar fomentando también la colonización. "Esa población es Santa Rosa, más acá de Chinchiná y dentro de los límites de Cartago. Allí se ha establecido un tal Fermín López, antiguo salinero y mayordomo de mi casa, y tiene unos veinte compañeros prestos a irse allá; yo he tratado de favorecer a esa población, para ponerle más pronto y fácil contacto a las dos provincias" (47).

En su correspondencia sigue doliéndose de que le están arrebatando sus tierras: "Fundé en lo que

era un desierto a Salamina, y regalé tierras a los pobladores, y he franqueado las más a cuantos han querido ir a trabajar en ellas, y he hecho gastos considerables; y ahora resulta que las tierras son de los que yo llevé a poblarlas" (48).

Muerto Aranzazu, sus pretendidos derechos pasan a manos de su pariente Elías González quien crea una sociedad en unión con Luis Gómez de Salazar, antiguo abogado de los de Arma (49), denominada González, Salazar & Cía.; integrada además por Ambrosio Mejía Villegas (tío de González); doctor Jorge Gutiérrez de Lara (asesor jurídico). Parece ser que transaron los herederos de Aranzazu y los vecinos de Arma y la sociedad en globo los terrenos de ambas partes. Esto explicaría la razón de un cambio tan notorio en los linderos de la concesión, pues las reclamaciones de los vecinos de Arma llegaban hasta el río Chinchiná, límite de Antioquia con el departamento del Cauca (50).

Nuevamente el poder territorial y político es muy claro en la composición de la nueva sociedad; por ejemplo, Elías González, fue congresista en varias oportunidades y, por tanto tenía todo el poder político de su lado para legislar a su antojo. Otro tanto sucedía con Gutiérrez de Lara, antiguo gobernador del estado de Antioquia.

Esta compañía posteriormente vendió, en las cercanías de Manizales, territorios a Moreno, Walker, quienes se convirtieron en los primeros urbanizadores de Manizales, y, posteriormente se tornó Moreno Walker y Compañía y luego Angel Velásquez y Compañía. Después cambió nuevamente el nombre y se llamó Gutiérrez Robledo y Compañía, con sede en Manizales en 1854 (51).

En 1848 el Cabildo de Salamina, en carta dirigida al juez del cantón, le decía que "el Cabildo estima comunes de este distrito los terrenos cuya propiedad reclama la señora González... Comunales lo son y por tales ha debido considerarlos el Cabildo, entendiendo las palabras según la acepción que se les da en el diccionario de nuestro idioma".

En 1851 el gobernador de la provincia de Córdoba, en Antioquia, escribía al alcalde de Salamina y le decía: "Hoy instruyo al fiscal del Tribunal de Antioquia para que demande como baldíos las tierras en cuestión y solicite se mantenga en posesión de ellas a los vecinos que las ocupan" (52).

Así las cosas hasta 1853 cuando se produce un arreglo que soluciona el litigio en conjunto con los pobladores de Salamina, Neira, Manizales y Aranzazu.

Fundación de Manizales

En 1832 la región de Manizales permanecía selvática y desconocida. Cerca se había descubierto la salina de Guacaica, propiedad de la nación, quien en

45. Ibid.

46. López, J. B. Citado por Duque Botero, Guillermo en "Historia de Salamina".

47. Henao Mejía, Gabriel. Op. cit.

48. Ibid.

49. Duque Botero, Guillermo, Op. cit.

50. Ibid.

51. Ibid.

52. Ibid.

1838 se la adjudicó a González, Salazar & Cía. Estos decidieron fundar la población de Neira para explotar la salina⁽⁵³⁾.

El sentido comunitario del grupo de colonos que se reunieron para su fundación, se evidencia en el nombre con que designaron inicialmente el lugar: La Comunidad.

La fundación oficial se sitúa en el año de 1848 al llegar la expedición llamada de los Veinte. La ciudad tiene un rápido desarrollo y recibe doce mil fanegadas de tierra que le otorga la nación, repartidas entre los colonos a diez hectáreas por cabeza⁽⁵⁴⁾.

Manizales es el primer pueblo que realmente se enfrenta abiertamente contra González, Salazar & Cía. La población crecía día a día en la seguridad de que sus terrenos estaban fuera de las pretensiones territoriales de González, Salazar & Cía. Sin embargo, el 8 de abril de 1850, apareció "Elías González, acompañado del ministro del tribunal de Antioquia para tomar posesión de los terrenos del Distrito de Manizales, que estaba ya reconocido por ordenanza expedida en la Cámara Provincial de Antioquia... Al saber la gente el objeto de su llegada estalló una general indignación... Lo que intimidó al ministro del tribunal y... reclamó una guardia para su seguridad personal"⁽⁵⁵⁾.

Los vecinos contraatacaron demandando a la compañía, peligro grande para ésta pues una cuidadosa revisión de la historia de sus pretendidos títulos podría crearles situaciones delicadas.

Después de esta asonada el Cabildo se negó a cualquier arreglo, lo cual "vino a originar la amenaza de que si no se arreglaba nada incendiarían el pueblo, comenzando por la capilla... Esta tremenda amenaza no hizo más que exacerbar los ánimos, y todos los vecinos volaron a ofrecer sus servicios al alcalde... para la común defensa... Por fin, esta explosión indujo a la sociedad a celebrar una transacción favorable a los vecinos..."⁽⁵⁶⁾.

La resuelta actitud de los pobladores llevó a González, Salazar & Compañía a proponer un arreglo al Cabildo, presentado en enero 30 de 1851, extensivo a Salamina y Neira, a condición de que los Cabildos les reconocieran su derecho de propiedad, ofreciendo a la ciudad 50 cuadras de terreno montuoso cercano y, para la población, 10 cuadras en todas las direcciones partiendo de la plaza; transacción que se aprobó en febrero de 1851⁽⁵⁷⁾.

Esta transacción era relativamente favorable a los colonos, no así para los colonos rurales que se veían abocados a emigrar nuevamente o convertirse en agregados o peones de la compañía terrateniente. Al propio tiempo, la compañía arreció contra ellos su política de fuerza con el consiguiente exacerbamiento de la tensión. Veamos algunos testimonios de sus desmanes: "La compañía tenía amigos que le ayudaban

en forma encarnizada. El padre Ramón Marín, de Salamina, por ejemplo, se puso al lado de los colonos... Hasta la calumnia llegaron los amigos de González, Salazar & Compañía con el objeto de lograr su retiro... Y en 1847 arreciaron tanto los dicterios, que el padre Marín tuvo que abandonar su parroquia... El juez Vicente Ospina... fue apaleado por los amigos de don Elías, por aquél haber dictado providencia a favor de los pobladores en un incidente del juicio"⁽⁵⁸⁾.

"Durante este ruidoso pleito hubo asesinatos, incendios, prisiones, despojos y ruinas de intereses"⁽⁵⁹⁾.

"La zozobra cundía a la presencia de los emisarios de la compañía, como cunde el miedo en el hato que presencia la llegada del tigre hambriento"⁽⁶⁰⁾.

Esta violencia buscaba "ablandar" la resistencia de los renuentes al arreglo propuesto, que debieron ser numerosos según se desprende del testimonio del historiador de Manizales, P. Fabo de María: "No satisfizo esta transacción a muchos de los particulares... Por lo cual cundían el malestar y la enemiga entre los vecinos contra el representante e interesado de la compañía (Elías González)"⁽⁶¹⁾.

Uno de estos renuentes era el colono José María Duque, alias El Arreador; a él y a otros les quemaron sus casas y esto hizo que la indignación de Duque lo llevara a esperar, en el puente del Guacaica, a Elías González y darle muerte. El gobernador de Antioquia, en carta al alcalde de Salamina (29 de diciembre, 1851) le informa de los hechos: "Las providencias últimamente dictadas por el Tribunal de Antioquia dieron margen a despojos violentos de los vecinos y aún a incendios de las casas de los vecinos despojados que produjeron una viva irritación en aquellos pueblos que originaron la muerte del señor Elías González, que fue asesinado por un labrador a quien González había incendiado su casa y su granero y despojado de la tierra que había cultivado con su familia"⁽⁶²⁾.

"Ha sido informado el Poder Ejecutivo de que la reciente repetición de aquellos despojos ha causado una fermentación sorda entre los vecinos, que más tarde puede llegar a convertirse en desagradables trastornos y aún tal vez sucesos tan deplorables como los que ocasionó en Cali la cuestión de los ejidos"... "Don José María Duque, alias arreador, quien tenía su abierto y casa en el Manzanillo y cuentan que a la casa le puso fuego don Elías, destruyéndose con todo cuanto en ella había, inclusive una buena troje de maíz, y habiendo estado en peligro de perecer un pequeñín, primogénito de Duque, quien estaba recién casado; igual suerte corrió un molino de los señores Miguel Agudelo y Rafael Macías, dos vecinos distinguidos de Salamina"⁽⁶³⁾.

58. Morales Benítez, Otto. Op. cit.

59. Uribe Angel, Manuel. Geografía general y compendio histórico del Estado de Antioquia.

60. López, José F. Presbítero. Historia de Aranzazu.

61. Fabo de María, P. Op. cit.

62. Duque Botero, Guillermo. Op. cit.

63. Ibid.

53. Uribe Angel, Manuel. Geografía y compendio histórico de Antioquia.

54. Fabo de María, P. Historia de la ciudad de Manizales.

55. Ibid.

56. Ibid.

57. Ibid.

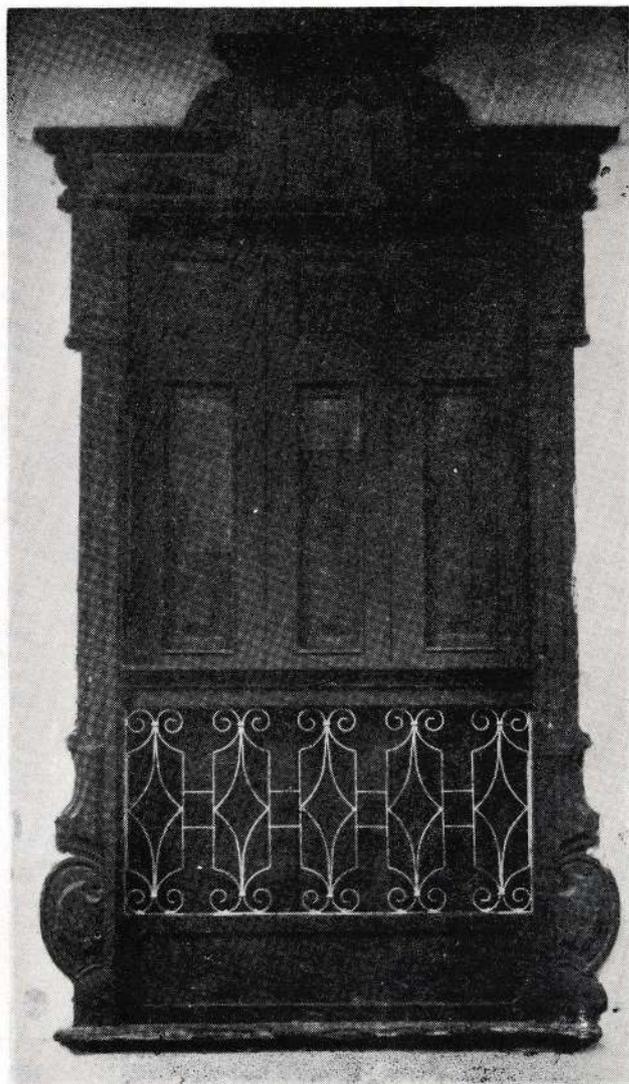
Las personas que ultimaron a Elías González fueron llevadas a juicio y el jurado los absolvió. La única sanción social que tuvo Duque fue que, se le distinguiera con el apodo de Matelías⁽⁶⁴⁾. También se volvió costumbre que: "Cada vez que el terrazguero, el colono, el aparcerero, recibía amenaza contra su interés, el amigo y confidente le soplabá al oído la frase que se volvía infernal para el patrón: 'aplíquele la ley de Guacaica'"⁽⁶⁵⁾.

Muerto Elías González, sus socios y sucesores se atemorizaron y optaron por senderos diferentes con busca a idéntico fin. Es así como movieron todas sus influencias, dinero y poder político hasta lograr una directa intervención de la nación como parte mediadora en el litigio. El congreso de la república facultó al ejecutivo para celebrar transacción con la sociedad González, Salazar y Cía., en abril 22 de 1853. Dos meses más tarde firmaron contrato de transacción José María Plata, secretario de Hacienda, y Dr. Jorge Gutiérrez de Lara, director de la compañía y exgobernador de Antioquia.

De acuerdo al contrato el gobierno cede a González, Salazar y Compañía todos los derechos que tuviera sobre la capitulación Aranzazu; la sociedad dona diez fanegadas de tierra a cada habitante del territorio; la sociedad cede doce mil fanegadas a cada una de las 5 (Manizales, Neira, Aranzazu, Salamina), poblaciones establecidas; el Tesoro Nacional queda con la cuarta parte de todos los bienes y derechos de la sociedad; cada cabildo constituirá una junta calificadora que repartirá los terrenos. Sobre estas bases el gobierno quedaría con cincuenta mil hectáreas, las cinco poblaciones con un total de sesenta mil hectáreas y la sociedad González, Salazar & Cía., con noventa mil hectáreas. El principio sobre el cual actuó la junta calificadora para entrega de las parcelas fue la posesión de tierra anterior al contrato. Naturalmente que a los peones y a los esclavos no se les reconoció ningún derecho de propiedad⁽⁶⁶⁾.

Ya, a todas éstas, en una forma por demás extraña, se habían ido creciendo los límites de la concesión de Aranzazu hasta abarcar toda la parte sur del departamento de Antioquia. Los límites fijados en el acuerdo eran: desde el punto donde desemboca el río Pozo en el Cauca; Cauca arriba hasta la confluencia del Chinchiná; Chinchiná arriba hasta su nacimiento en el punto llamado Lagunetas en el páramo del Ruiz; de aquí por todo el filo de la cordillera, en dirección norte, hasta los nacimientos del río San Lorenzo; San Lorenzo abajo hasta su confluencia con el Pozo; Pozo abajo hasta su entrada en el Cauca, que es el primer lindero"⁽⁶⁷⁾.

Guillermo Duque Botero, comenta: "A medida que se iban abriendo estas tierras, la Cía. de González y Salazar, iba también reclamando sus derechos sobre ellas"⁽⁶⁸⁾.



64. Ibid.

65. Morales Benítez, Otto. Op. cit.

66. Ocampo, José Fernando. Dominio de clase de la ciudad colombiana.

67. Duque Botero, Guillermo. Op. cit.

68. Ibid.

“Era en resumen, una transacción en la cual todo resultaba bien para la compañía y mal para los colonos. Bien valía la pena sacrificar hectáreas en un negocio que a la postre, resultaría fabuloso” (69).

Los colonos, libraron la batalla contra la sociedad latifundista, pero lo que lograron fue una transacción que respeta los derechos alegados por la sociedad González, Salazar & Compañía y les concede ventajas inmensas sobre la distribución de tierras y adjudicación de baldíos. Que se hubiese llegado a una transacción tal tiene que ver con que la mayor parte de los que integraban el poder decisorio en Manizales eran colonos acomodados que se beneficiarán con los acuerdos logrados. No sucederá igual con los verdaderos colonos campesinos adentrados en la montaña (70).

En realidad lo que hubo fue un avenimiento entre los intereses de los nuevos terratenientes de las ciudades, (principalmente Manizales) y los antiguos terratenientes (González, Salazar & Compañía): “Típica de esta alianza es la composición de la junta calificadora en la que entra Liborio Gutiérrez, latifundista nuevo y posteriormente gran comerciante, para representar a la sociedad y los representantes del Cabildo. El general Pantaleón González se beneficiará con la herencia de la sociedad (González, Salazar & Cía.) y llegará a ser una de las personas más ricas de Manizales y trabajará en perfecta llave con los “fundadores de la ciudad” en múltiples negocios y obras” (71).

Fueron estos colonos ricos quienes a su turno, iniciaron las primeras plantaciones de café, cultivos que se iniciaron en grandes haciendas y, en el caso concreto de Manizales, fue Eduardo Walker, inglés, quien trabajaba antiguamente en las minas de oro de Supía y quien compró grandes extensiones de terreno a la sociedad González, Salazar & Compañía y, posteriormente, hizo una sociedad, Moreno, Walker & Cía., que a su turno compraba extensiones de terreno y las vendía a los colonos, sociedad también ligada con los intereses de González, Salazar & Compañía.

Habiendo logrado González, Salazar & Cía. todavía quedar con un inmenso bloque de tierra en sus manos (90.000 has.), lo que obligaría a los campesinos a comprarle el excedente de las 10 has. cedidas por colonos así como la tierra necesaria a los nuevos colonos. Que de todos modos el colono estaba arrinconado se ve claramente en las disposiciones del acuerdo de 1851, cuando dice: “Puede haber algunos tenedores de mejoras que no quisieran comprar el terreno donde están colocados, y para este caso nosotros creemos llenar nuestro deber y compromiso ofreciendo a éstos de preferencia; pero si ellos no quisieran comprar, entonces nos juzgamos con el derecho de poder vender a cualquiera otros que allí quisieran comprar. Sobre este punto desearíamos que el Cabildo diese una declaratoria para que nunca pueda pensarse que hayamos dejado de llenar los compromisos de la sociedad en el convenio antes citado” (72).



69. Morales Benítez, Otto, Op. cit.

70. Ocampo, José Fernando, Op. cit.

71. Ibid.

72. Duque Botero, Guillermo. Op. cit.

El hecho de que la transacción de 1853 fuera tan favorable para Elías González, Salazar & Compañía y tan desfavorable para los colonizadores de la región, más que a razones de tipo legal, se debe al poder de los terratenientes y a todas sus conexiones estatales y regionales. Esto lo corroboran los testimonios de quienes han estudiado a fondo esta transacción. Por ejemplo, Guillermo Duque Botero dice: "Cuesta, ciertamente, pensar el que la mencionada razón social de González, Salazar & Compañía, hubiera podido gozar de títulos tan válidos como para haberse declarado dueño de los terrenos dichos y para que en el contrato con el gobierno del 18 de junio de 1813, se hubiera estipulado: el gobierno cede y transfiere a la sociedad de González, Salazar & Compañía, todos los derechos y acciones..." (73).

Otto Morales Benítez, también afirma que: "No entendemos totalmente el negocio, si recordamos que todas las gestiones habían sido francamente adversas a las pretensiones de González, Salazar & Compañía y que varios incidentes se habían fallado en su contra". "No hemos podido comprender en su totalidad el alcance de esta declaración, (Cláusula en que la nación cede todos sus derechos y acciones a la Cía.) porque si el latifundio no aparecía claramente de propiedad de la compañía, ¿por cuáles razones el Ejecutivo ponía en admirables condiciones, a quienes venían entabando la colonización?... No podíamos dejar pasar inadvertido este episodio, que ha herido nuestra sensibilidad, porque, después de estudiar con detenimiento esta odisea, tiene uno que continuar adherido fielmente a su transcurso. No se pueden aceptar actos como el que comentamos. Pues ello revela una desorientación muy perjudicial para su desenvolvimiento. No concebimos esta cesión sino queriendo admitir que los papeles de González, Salazar y Compañía eran de tal naturaleza válidos que no se podía sin grave desajuste del régimen de propiedad privada, entrar a desconocerlos. Porque de otra manera era poner en posición privilegiada a los que gozaban de ventajas y en nueva posibilidad de usufructuarlos, y dejar desamparados a quienes habían dado un valor económico a la tierra" (74).

La Compañía estaba obligada a dar diez hectáreas a cada colono y esta condición la cumplió tramposamente, dando los terrenos lejos de la ubicación inicial del colono. Esto provocó grandes problemas.

Pleito de Villamaría contra González, Salazar & Cía.

El afán de dominar todas las tierras no paró acá. Los dueños de la compañía también trataron de involucrar, dentro de su territorio, a los vecinos de la población colindante con Manizales, Villa María.

La imprecisión con que habían sido fijados los linderos en estas zonas que pocos años antes eran selváticas, hacía que fácilmente los intereses geógrafos de la sociedad dueña de tierras se fueran trasladando. En el año de 1853 el Regidor de la aldea de María, (hoy Villa María) perteneciente al Estado

del Cauca, manifestaba "sus temores y alarmas de que la sociedad de González, Salazar & Compañía pretendía extender sus derechos sobre los terrenos situados al sur del verdadero Chinchiná y al norte del río Claro, terrenos que dice pertenecen al Cauca" (75). Acá se peleaba sobre cuál era el verdadero río Chinchiná que parecía ser el punto final que marcaba los límites sureños de la antigua concesión Aranzazu.

La defensa de los habitantes de Villa María la realizó el doctor Ramón M. Arana y el gobernador designó al geógrafo Codazzi, para que fijara definitivamente los límites y, según las acusaciones que hicieron en su tiempo Arana y los pobladores de Villa María, Codazzi se asesoró de personas interesadas que le dieron informes favorables a González, Salazar y Compañía en detrimento de los pobladores de Villa María.

Ramón Arana publicó en 1857 un folleto defendiendo a los pobladores. Decía: "Leed este folleto, y en él encontraréis el combate jurídico que para defender su territorio ha tenido que sostener la bellísima aldea de María contra la codicia de una asociación antioqueña, favorecida por la timocracia de aquel estado. La triste celebridad de González, Salazar y Compañía... Los nefandos crímenes que marcan la huella de esa sociedad sobre los pueblos de Salamina, Neira y Manizales" (76).

Al narrar la historia de la población dice que, en 1854, los vecinos del pueblo demarcaron los ejidos, en 1856 pidieron posesión de ellos sin obstáculos; posesión que poco después fue atacada y tildada de comunista por la empresa Moreno Walker y Compañía, subsidiaria de González, Salazar & Compañía.

Refiriéndose a las andanzas de Codazzi dice que "es un hecho público que no se movió de Manizales, y que allí formó y levantó sus planos por los informes que creyó fidedignos. La actitud de Codazzi vino a enredar la situación y fue así como en 1854 surgieron las dudas amparadas por las nuevas designaciones de ríos y accidentes que había hecho Codazzi". El folleto demuestra que los vecinos y colonos de Villa María tienen razón sobre las pretensiones de González, Salazar & Compañía.

Otra publicación, titulada "Aldea de María" en 1860 reitera las acusaciones contra Codazzi y dice que éste se asesoró de la compañía para trazar el mapa. También afirma que la compañía está vendiendo, sin convicción, grandes bloques y a bajo precio, y al firmar los títulos para las ventas no responde por la evicción y saneamiento de estos títulos lo cual, según esta publicación, demostraría que la propia compañía no tenía convicción de sus títulos. Agrega que, con la resolución que ha tomado el ciudadano Presidente de la Confederación, ha sellado la ruina de tres mil pobladores y califica falto de honradez al Presidente de la Confederación por haber tomado esta decisión en contra de los intereses de los habitantes de la población y en favor de la compañía.

Otro folleto dice que, desde el año de 1852 los pobladores están en posesión; denuncia que se busca

75. Duque Botero, Guillermo. Op. cit.

76. Arana, R. M. Alegato fundando los derechos del pueblo de María a la tierra de "La Florida. Cuestionados por el Sr. Marcelino Palacios ante el Superior Tribunal del Cauca, 1857.

73. Ibid.

74. Morales Benítez, Otto. Op. cit.

arrebatarle las tierras al Cauca para darlas a Antioquia y a González, Salazar & Compañía, arrebatándoselas a los colonos pobladores⁽⁷⁷⁾.

Acusa directamente a los políticos antioqueños de que la tenacidad que han demostrado en defender los límites con el Cauca es aparente pues, en realidad, es porque están al servicio de González, Salazar & Compañía. Termina diciendo que los colonos se harán matar por defender sus derechos: "Ellos están decididos a sostener sus propiedades hasta que González, Salazar & Compañía pasen sobre el cadáver del último de ellos". Critica las actitudes de las juntas calificadoras diciendo que han venido a constituirse en el tribunal más despótico que se ha conocido.

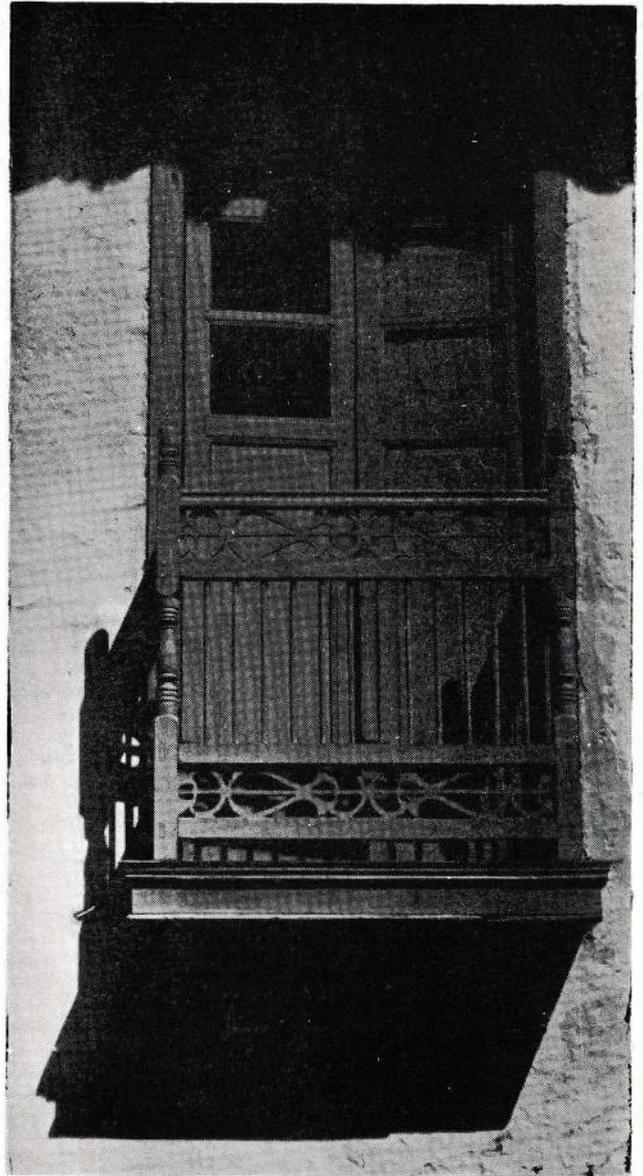
Finalmente mediante una nueva transacción en 1871 González, Salazar & Compañía renuncia a los terrenos entre el río Chinchiná y el río Claro, a condición de que la nación le entregue doce mil ochocientas hectáreas más y diez mil pesos en efectivo⁽⁷⁸⁾. Vemos cómo cada una de las transacciones iba siendo más desfavorable para el estado y los colonos.

Colonización de Pereira

Veamos sucintamente las vicisitudes que vivieron los diversos pueblos que, a través de la historia habitaron en la región. Antiguamente, antes de llegar los españoles, la región estaba densamente poblada, (buscar Friede) por los indios quimbayas, cultura altamente desarrollada, tanto en orfebrería como en agricultura. Prueba de la numerosa población y su riqueza es que la g.uaquería fue uno de los motivos que llevaron, muchos años después, a mediados del siglo XIX a los colonos, a rastrear en las selvas que habían vuelto a enseñorearse sobre la región. Los indígenas opusieron fuerte resistencia a la invasión y fueron diezmados, y la zona, anteriormente poblada y cultivada, fue dominada nuevamente por la selva. En el sitio actual de Pereira se fundó en 1540, Cartago. Treinta años más tarde era una ciudad importante, con ochenta y dos manzanas, templo y fundación. Las incursiones de los indios y la disminución del oro causaron su decadencia, de la cual nunca se repuso. En 1690, ciento cincuenta años después de fundada, fue trasladada a un lugar "limpio de perros indios", sobre el río La Vieja, en su ubicación actual⁽⁷⁹⁾. La selva cubrió los vestigios de Cartago al igual que cubrió antes, los vestigios de las viviendas de los quimbayas y de las tribus asentadas en toda la zona del Quindío.

En 1827 José Francisco Pereira compró por cuatro mil doscientos treinta y cuatro pesos, en documentos de deuda pública, dos mil setecientos diez hectáreas de terrenos baldíos en zona. Pereira nunca hizo obra alguna en estas tierras que continuaron siendo selva.

El concesionario original vivía en Bogotá, pero, viendo que ya la vanguardia de los colonizadores an-



77. Arana, R. M. Refutación al informe del general Codazzi sobre límites de los estados de Antioquia y Cauca por la Aldea de María.

78. Parsons, James J. Op. cit.

79. Ibid.

tioqueños se desparramaba por la región, le sugirió a varios vecinos de Cartago, encabezados por el Padre Cañarte, la conveniencia de hacer una fundación en el sector para así poder hacer uso de sus derechos de concesionario original. Fue así como el Padre Cañarte, con algunos vecinos de Cartago, llegaron a la zona del actual Pereira en 1863, y se encontró con que ya existía una colonia de setenta y nueve personas, con veinte casas y cultivos⁽⁸⁰⁾.

Estos colonos se habían asentado en la fundación inicial de la antigua Cartago, y hasta utilizaron parte de los cimientos de la ciudad para la construcción de sus nuevas edificaciones. Téngase en cuenta además que por aquí también pasó en su odisea en busca de tierra, Fermín López quien enterado de que los habitantes de Cartago las reclamaban se desvió asentándose finalmente en Santa Rosa de Cabal. Muerto Pereira, los terrenos se dividieron en herencia entre su esposa María de la Paz Gamba, y sus hijos: Nicolás, Próspero, Guillermo, Mercedes y Benjamín.

De acuerdo con los derechos herenciales, de las dos mil setecientas diez hectáreas divididas entre los herederos debieron corresponderle 1.350 a la esposa y 270 hectáreas a cada uno de los hijos.

Los colonos antioqueños iniciales solicitaron del doctor Palau, (representante del Cauca ante el Congreso) que les hiciera entregar terrenos oficialmente, y así lo hizo. Pero, Pereira Gamba (hijo del concesionario inicial), se opuso aduciendo que él ya les había donado terrenos. Su afirmación era falsa. Nuevamente Palau pidió tierras al Congreso, para los colonos, siéndoles otorgadas en 1871. Las reclamaciones de los de Cartago frente a los derechos de posesión que ya tenían los colonos antioqueños asentados produjeron enfrentamientos y rivalidades entre las poblaciones de Pereira y Cartago⁽⁸¹⁾.

Inicialmente las tierras de la región valían bien poco. El precio de la hectárea fluctuaba alrededor de tres pesos oro, en tanto que un cerdo valía igual suma, un caballo quince pesos y un novillo diez pesos oro⁽⁸²⁾.

Las adjudicaciones individuales en la región se hicieron entre 1871 y 1873, en mayor extensión que las de Manizales, Salamina y Neira. Acá las adjudicaciones se hicieron entre los años de 1871 y 1873 y la menor fue de treinta y dos hectáreas y la mayor de cincuenta y siete. Para evitar la concentración de la tierra, se obligaba: "A no enajenar el terreno antes de haber puesto en él casa y por lo menos cuatro hectáreas de labranza, a no venderla a persona alguna tuviera más de cincuenta hectáreas en la misma región y no darla en pago de deuda alguna antes de cuatro años"⁽⁸³⁾. Esta reglamentación trataba de evitar un fenómeno que se venía presentando en las colonizaciones donde había gentes que adquirían el derecho y lo vendían a menosprecio, con lo que se iba produciendo una mayor concentración de las tierras.

El gobierno transó con el descendiente de Pereira y lo indemnizó dándole doce mil hectáreas de terrenos en la zona. Nótese cómo el derecho herencial que tenía este descendiente de Pereira que no debía de exceder a doscientas setenta hectáreas, se ha incrementado hasta doce mil hectáreas. Mediante su "transacción" con el estado. Y acá no paran las cosas. Con base en los bonos con los cuales fue pagada la transacción a Pereira, se hizo una emisión fraudulenta que alcanzaba en el momento de ser descubierta, el orden de las trescientas mil fanegadas: "Se han fomentado las falsificaciones; basta un dato para que se pueda formar una idea: la ley 100 de 1874 autorizó cubrir en bonos territoriales a Guillermo Pereira Gamba la zona que él cedió para la fundación del municipio que lleva su apellido; pues bien, de doce mil hectáreas a que montaron esos títulos, admírese el lector, llevan anuladas en el ministerio de Obras Públicas algo así como trescientas mil hectáreas de circulación fraudulenta. Esto sin contar los ya amortizados, los que aún están sin registrar y los que deben de permanecer en poder de terceros de buena fe"⁽⁸⁴⁾.

Este caso muestra muy claramente las formas como se utilizaban los aparatos legales para entorpecer la actividad de los colonos, que fueron los únicos y auténticos creadores de riqueza y desbrozadores de selva.

Y como si esto fuera poco, Guillermo Pereira Gamba no solamente aumentó, por arte de magia de doscientas setenta hectáreas a doce mil su patrimonio original y posteriormente a trescientas mil mediante artes fraudulentas, sino que pasó a la posteridad al tomar su apellido, sin motivo, un villorio que prontamente se convirtió en ciudad de gran desarrollo.

Pleito de Burila

Cuando los colonos llegaron más al sur, en el territorio de las poblaciones actuales de Caicedonia y Sevilla (fundadas en 1905 y 1903), apareció también otra compañía, la de Burila, que reclamaba los terrenos sobre los cuales estaban trabajando los colonos, alegando derechos con una Cédula Real de 1641 que concedía, en Cali, Buga y Toro tierras a los hermanos Juan Francisco y Juan Jacinto Palominos. Esta concesión Burila fue vendida en 1884 a capitalistas de Manizales, quienes organizaron la sociedad anónima de Burila. Este pleito demoró varios años y fueron los defensores de los colonos los hermanos, Eraclio y Tomás Uribe Uribe. Desde el año 1926 la compañía cesó en sus gestiones y en 1939 el juez de Tuluá declaró inválidos sus derechos⁽⁸⁵⁾.

Enfrentamientos entre colonos y propietario (Libano).

Parte de la migración que llega hasta Manizales trasmonta la cordillera y se asienta en las feraces es-

80. Jaramillo Uribe, Jaime. Historia de Pereira.

81. Echeverry Uribe, Carlos. Historia de Pereira.

82. Jaramillo Uribe, Jaime. Op. cit.

83. Ibid.

84. Olarte Camacho, Vicente. Guía para denunciar tierras baldías, 1913.

85. Parsons, James J. Op. cit.

tribaciones orientales de la cordillera central. Llegan a un valle estrecho que bautizan Líbano. Allí encuentran un personaje que ya ha abierto un claro en el monte. Se trata del francés Desiree Angee, quien llegó a Colombia contratado como maestro de obra para la erección del Capitolio Nacional.

Desiree adquirió estas tierras y se fue a desmontarlas; al llegar encontró que la mejor parte del valle estaba ocupada, entonces, compra dieciocho derechos a los que habitan la zona, pero la avalancha de los colonos continúa posesionándose de las tierras. En el año de 1853 Desiree Angee apela por todos los medios para que se le reconozcan los derechos de concesión que ha comprado. "Por mucho tiempo estuvo Angee reclamando de la administración pública el reconocimiento de los 18 derechos que había comprado a los primeros pobladores, pidiendo los títulos correspondientes. Estos dieciocho derechos, equivalentes a novecientas fanegadas, fueron comprados por Angee en 1853 y 1854 mediante ocho escrituras públicas. Angee se dirigió el 18 de agosto de 1864 al presidente de los Estados Unidos de Colombia manifestándole haber llenado los requisitos exigidos a los pobladores para obtener la adjudicación de cincuenta fanegadas que le correspondían como poblador, de conformidad con el decreto 23 de abril de 1849, y solicitándole el reconocimiento de los dieciocho derechos comprados a otros pobladores. A este memorial se le contestó que debía hacer la solicitud ante el presidente del Estado Soberano del Tolima. Angee se dirigió a éste. . . Más tarde, el 10 de agosto de 1874, se dirige a los miembros de la Junta Administrativa en el ramo de baldíos para los primeros pobladores. Manifiesta que, además de haber cumplido con las obligaciones impuestas a los pobladores, le ha prestado importantes servicios a la nación y que cumplió cabalmente el contrato suscrito en París el 27 de junio de 1846 con el cónsul de Colombia en aquella ciudad, para trabajar en la iniciación del Capitolio Nacional. . . De manera, pues, que Angee discutió con gran tenacidad sus derechos sobre las novecientas fanegadas de que hemos hablado, y a pesar de que el gobierno del Estado Soberano del Tolima aceptó las razones de Angee, por auto de 8 de junio de 1869. . . no hemos tenido noticia de que se le hubiera hecho efectiva la adjudicación" (86).

Otros casos

No vaya a creerse que fue diferente la suerte de los colonos que se movieron en direcciones diferentes al sur. Ellos también encontraron problemas similares.

En la zona de Yarumal y Santa Rosa de Osos los pleitos de tierras emergieron también. Surgió el pleito de Yarumal. Hacia 1780 Joaquín Barrientos y Plácido Misas denunciaron los terrenos del actual municipio de Yarumal, en calidad de realengos. Esta denuncia originó un largo y complicado pleito, pues Antonio Delaquintana, veinte años antes, había hecho un denuncia semejante para que se le adjudicaran terrenos en la misma zona. Finalmente se llegó a un acuerdo entre las partes.

Veamos qué sucedió en la zona suroeste. La región actual de Caramanta fue adquirida por tres ricos terratenientes: Juan Uribe, Gabriel Echeverri y Juan Santamaría. Un inmenso globo de terreno lo compraron por bonos de deuda pública en 1835, además buscaron hacer un camino y ofrecieron tierras para trabajar. En 1835 cedieron terrenos para hacer Caramanta (87).

Según el testimonio del historiador Restrepo Eusse, utilizaron también los mecanismos de las leyes de vagancia y lograron que los políticos legislaran a su favor para llevar forzosamente trabajadores y desarrollar la región con un sentido capitalista de la tierra: "Durante el período de 1846 a 1850, tuvieron estricta aplicación en la provincia (Antioquia) las famosas leyes de policía que había expedido el gobierno nacional con el fin laudable de moralizar las masas sociales y apartarlas de los vicios y de las revueltas por el estímulo del trabajo. Y, como hemos observado antes, el aumento de población en Antioquia dejaba sin ocupación gran número de brazos, de manera que el campo de acción para las leyes de vagancia era amplio y fecundo. . . La pena de concierto, aplicada a los vagos y a los pequeños delincuentes, puesta con demasiada confianza en las manos de los alcaldes y autoridades inferiores, cuando no en las interesadas de los altos mandatarios, fue el aguijón poderoso que alentó los ánimos de los nuevos conquistadores agrícolas".

"Con esta especie de colonos gratuitos, que semejaban esclavos blancos, fueron descuajadas las selvas del río Cauca, y millones de cadáveres fertilizaron este suelo, que forma hoy la mayor riqueza agrícola de Antioquia".

"Esta especie de conquista se verifica, principalmente, por los grandes propietarios de las ciudades de Medellín y Antioquia" (88).

A través de todo el proceso de colonización antioqueña, hemos podido observar claramente que quienes más se beneficiaron fueron los grandes terratenientes, y en poca o menor medida los colonos adinerados que pudieron hacerse a tierras y transar con los terratenientes, en tanto que los campesinos pobres, los hombres sin dinero en busca de tierra propia, nunca pudieron lograr su sueño sino en casos excepcionales.

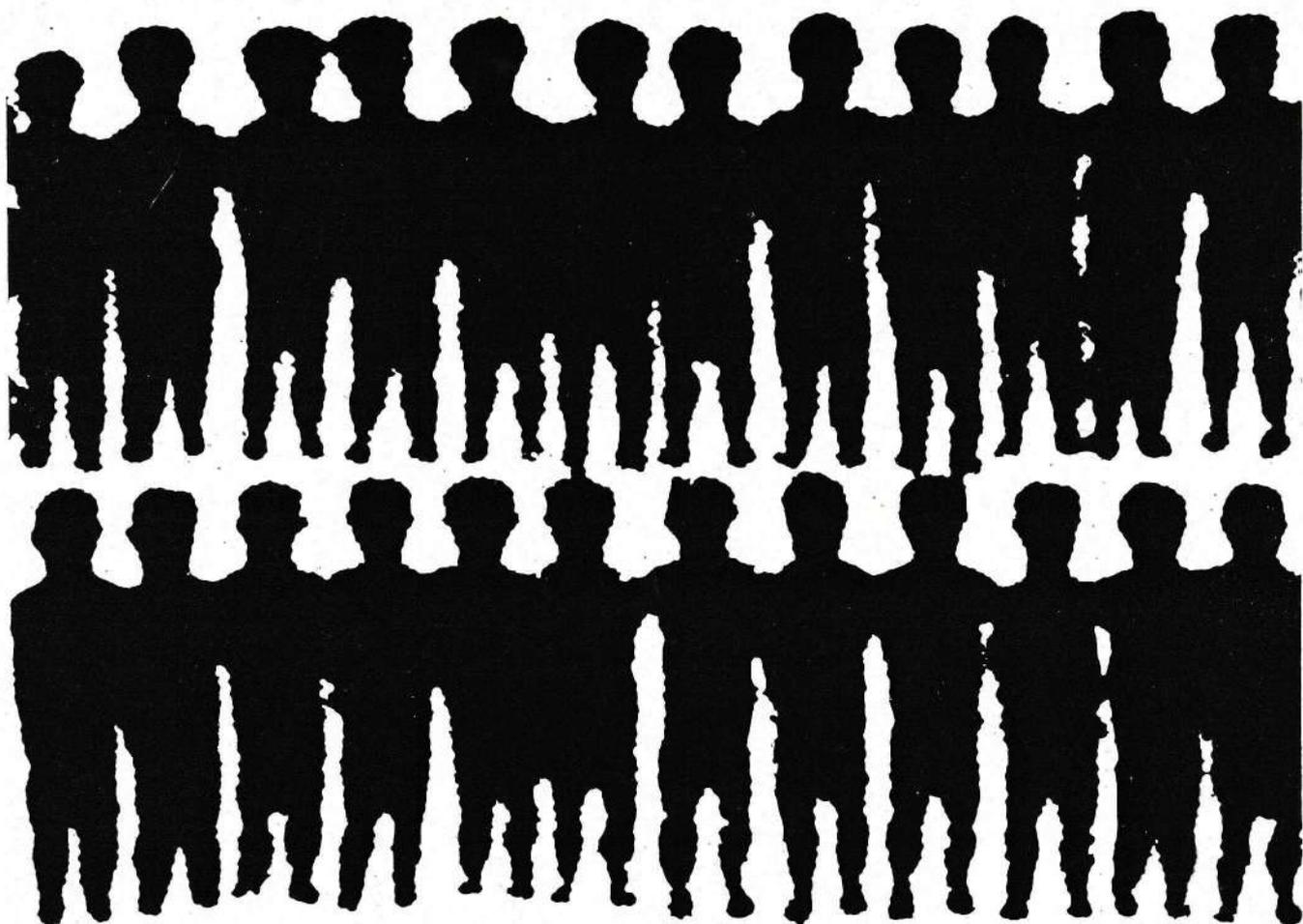
En general, puede decirse que, al enfrentarse colonos y poseedores de títulos, triunfaron los poseedores de títulos.

Es claro que hubo excepciones. Si se trataba de terrenos muy alejados, donde era difícil para el propietario, generalmente ausentista, percatarse de lo que estaba sucediendo, era factible que la corriente colonizadora lograra triunfar. Es aberrante la actitud de la clase dirigente colombiana. En tanto que siempre trató de arrebatar la tierra al campesino que la cultivaba en su propia patria, promovió por todos los medios una ilusoria migración de extranjeros que nunca tuvo lugar.

87. Parsons, James J. Op. cit.

88. Restrepo Eusse, Alvaro. Historia de Antioquia.

86. Santa, Eduardo. Arrieros y Fundadores.



el fermento revolucionario
del caribe a finales del siglo xviii

margarita gonzález

La perspectiva de los movimientos rebeldes que se habían presentado en el virreinato de la Nueva Granada cambió radicalmente a comienzos de 1815. Desde 1810 los esfuerzos de los criollos se habían centrado en la creación de Juntas de Gobierno con la esperanza de instaurar por este medio formas de gobierno autónomo pero sin que, por otra parte, se hubiera planteado claramente la voluntad de deshacer el vínculo político con España. La proliferación de juntas locales había dado curso, más bien, a las rivalidades existentes de antiguo entre las ciudades y regiones, que aparecían ahora como rivalidades entre caudillos. Así, el localismo reinante había dejado como fruto la dispersión de la lucha y el germen de la guerra civil. La falta de unidad del movimiento patriota se constituía ahora en su debilidad fundamental, permitiendo a los ejércitos de reconquista actuar a sus anchas en territorio venezolano, desde 1812, y en el Nuevo Reino a partir de 1816. Fue entonces cuando los líderes patriotas más destacados debieron escapar de la colonia venezolana y buscar asilo en varias de las islas no españolas de las Antillas. En 1815 Bolívar se dirigió a Jamaica y al año siguiente partió para la república de Haití, en donde encontraría apoyo decisivo para sus proyectos futuros. Las cartas que Bolívar escribió en Jamaica —publicadas varias de ellas en periódicos locales— abundan en reflexiones sobre las causas de la derrota reciente y sobre los medios que debían adoptarse para orientar eficazmente la lucha política de la América española. De los acontecimientos ocurridos en el continente Bolívar extraía ahora una terrible conclusión: el peor enemigo de América no era España sino la guerra intestina y la ausencia de un objetivo común que rigiera los movimientos políticos. Únicamente un móvil general y desprovisto de personalismos podría salvar a los pueblos hispanoamericanos y ese móvil no podía ser otro —según afirmaba Bolívar en la conocida “Carta de Jamaica”— que el deseo de libertad política de todas aquellas regiones unidas por un pasado común bajo la dominación española. Bolívar indicaba en este mismo documento la extensión de su nueva idea política al afirmar que las posesiones españolas de las Antillas también debían entrar a la lucha independentista. “Las islas de Puerto Rico y Cuba —decía— que, entre ambas, pueden formar una población de 700 a 800.000 almas, son las que más tranquilamente poseen los españoles, porque están fuera del contacto de los independentes. Mas ¿no son americanos estos insulares?, ¿no son vejados?, ¿no desean su bienestar?”⁽¹⁾.

No se le ocultaban a Bolívar ni las limitaciones que entrañaba el hecho de que en las Antillas españolas no existiera un movimiento independentista similar al venezolano o al granadino ni las exigencias especiales que demandaba allí la lucha por la independencia: ésta debía ser impulsada desde fuera y debía apoyarse en su población esclava, incitándola al levantamiento en pro de su propia libertad. Pero estas dificultades —que Bolívar no hacía todavía objeto de análisis en su “Carta de Jamaica”— no im-

pedían al caudillo concebir la empresa. Por otra parte, la existencia generalizada de movimientos rebeldes en el continente, comandados en buena parte por líderes criollos, no constituía para Bolívar el indicio inequívoco de un anhelo de independencia. Prueba de ello era el repliegue obligado en el que se encontraban ahora, en 1815, los patriotas, debido a la estrechez de miras en que se habían agitado sus movimientos. La “Carta de Jamaica” hacía la siguiente aseveración a este respecto: “Seguramente la unión es lo que nos hace falta para completar la obra de nuestra regeneración... lo que puede ponernos en actitud de expulsar a los españoles y de fundar un gobierno libre: es la unión ciertamente; mas esta unión no nos vendrá por prodigios divinos, sino por efectos sensibles y esfuerzos bien dirigidos”⁽²⁾. A la dirección de estos esfuerzos se dedicaría Bolívar durante los dos años que estuvo fuera de Venezuela antes de aventurar un intento de penetración al continente, en 1817. En un capítulo posterior explicaremos el conjunto de circunstancias que determinaron la falta de unidad política de los patriotas, su desplazamiento del escenario continental y las nuevas posturas políticas al reiniciarse la lucha de independencia en el virreinato de la Nueva Granada y en la capitanía de Venezuela^(*). Veremos también, más adelante, qué motivos tuvo Bolívar, a comienzos de la década de 1820, para lanzar el proyecto de llevar la independencia a Cuba y a Puerto Rico. Encontraremos que tal idea se desprendía del ambiente político hispanoamericano amenazado por varios factores durante aquellos años iniciales de vida independiente. Baste, por el momento, con señalar que Cuba se había convertido en el fortín desde donde se dirigían las operaciones militares de la reconquista impulsada por Fernando VII y apoyada por los poderes de la Santa Alianza, sirviendo así de centro de la contra-revolución. Razones de esta naturaleza y problemas generales de diverso orden condujeron a Bolívar a pensar en la necesidad de propiciar la independencia de esta isla, lo mismo que la de Puerto Rico.

SITUACION SOCIAL Y POLITICA DE LAS ANTILLAS ESPAÑOLAS

Veamos ahora en qué se diferenciaba el ambiente social y político de las Antillas españolas del existente en las colonias continentales. Este punto nos remite al problema de la orientación de la política colonial española de fines del siglo XVIII y al de los efectos diversos que ésta produjo en la evolución de la sociedad colonial. Recordamos que en el año de 1778 la política económica de Carlos III introdujo el Reglamento de Comercio Libre para las colonias. Este perseguía inducir una mayor apertura del comercio interoceánico y del comercio intercolonial. Dentro de esta nueva orientación comercial, Cuba quedaba en un lugar jerárquico superior al ocupado por el resto de colonias. Tal superioridad se derivaba del hecho de que la activación general del comercio colonial se había querido fundamentar en el incremento de la producción económica, para lo cual se había impul-

1. Simón Bolívar. *Escritos políticos*. Selección e introducción de Graciela Soriano, Alianza Editorial, Madrid 1969, p. 65. (Carta intitulada “Contestación de un Americano Meridional a un caballero de esta isla”, Kingston, 6 de Sept. 1815, conocida como la “Carta de Jamaica”).

2. *Idem.*, pp. 83-84.

* Este artículo forma parte de un estudio sobre la política bolivariana con respecto a Cuba.

sado también el flujo de mano de obra africana hacia las colonias. Y precisamente en las cuestiones relativas a la trata negrera Cuba mantenía una posición de privilegio frente al resto de colonias. Fueron sus núcleos criollos los que ejercieron la mayor presión para conseguir que el comercio libre decretado por la corona se hiciera extensivo al tráfico esclavo. En efecto, en 1789 la petición fue concedida, pero el comercio quedó circunscrito a reducidos puntos del Caribe como Cuba, la isla más poderosa en el comercio negrero, Santo Domingo (la parte española), Puerto Rico y la provincia de Caracas⁽³⁾. Cuba pudo fomentar así, bajo los auspicios de la real corona, su economía tabacalera, destinada en forma importante al comercio de exportación hacia Europa a través de España.

Las consecuencias sociales del incremento negrero en las regiones del Caribe que hemos mencionado se manifestaron prontamente. Y no solamente las consecuencias sociales del incremento negrero sino de la política económica española en general. Mientras el resentimiento criollo continental estaba dirigido contra la metrópoli, en las Antillas españolas la tensión social provenía directamente del auge que experimentaba la esclavitud y se originaba en el odio de las masas esclavas contra los blancos. Así, la lucha racial daba expresión a la lucha que se libraba entre oprimidos y opresores.

Las necesidades de las luchas criollas del continente habían determinado, por el contrario, un ablandamiento de las tensiones raciales. Tal cosa sucedió, por ejemplo, en la Revolución de los Comuneros del Nuevo Reino de Granada (1781); en ella actuaron, bajo el liderazgo criollo, indios, mestizos y negros. El movimiento estaba destinado a manifestar la protesta general suscitada por las medidas gubernamentales de orden fiscal y económico que se dictaron en la década de 1770. En cambio, las rebeliones negras que comenzaron a proliferar en las Antillas y en Venezuela unos años más tarde polarizaron la lucha social entre los grupos opuestos de esclavos y blancos.

Políticamente, Cuba, Puerto Rico y Santo Domingo reafirmaron, a través de sus grupos criollos, la relación colonial, quedando así alejadas del interés autonomista que poco a poco iba predominando en el continente y que pronto llegó a formularse como un deseo de independencia política con respecto a España.

EL PLAN DE MILITARIZACION DE LAS COLONIAS

En vísperas de la Revolución Francesa —y sellada ya la independencia norteamericana— el gobierno de Carlos III prohibió un importante documento secreto que debía servir para orientar en adelante la política general de España, especialmente en lo relativo a las colonias y a su defensa militar, dada la nueva situación internacional que amenazaba al imperio tanto en lo político como en su estabilidad social. La

“Instrucción Reservada” (1788) —nombre del mencionado documento— hacía de la potencial carrera expansionista de la nueva república de los Estados Unidos de América y de las tradicionales rivalidades internacionales en torno al dominio de las islas del Caribe sus dos preocupaciones más pronunciadas. Dentro de los planes inmediatos de defensa de los dominios coloniales, se señalaba allí a la isla de Cuba como el punto de mayor valor estratégico para la protección del virreinato de México, de momento el más directamente amenazado por la república del norte. En aquella hora en la que se anunciaban múltiples conmociones, la “Instrucción Reservada” recomendaba la fortificación inmediata de varios puntos coloniales. La justificación del despliegue militar propuesto quedó consignada en el aparte siguiente de la Instrucción: “. . . no sólo se podrán defender de enemigos aquellas vastas e importantes regiones, sino que se tendrán en sujeción los espíritus inquietos y turbulentos de algunos de sus habitantes. De manera que cualquiera revolución interna podrá ser detenida, remediada o reducida a límites estrechos, si los puertos, islas y fronteras están bien fortificados en nuestras manos. . .”⁽⁴⁾.

El conde de Aranda, destacado asesor del gobierno de Carlos III, había sido uno de los primeros en advertir el peligro que entrañaba la existencia de la república democrática del norte para el equilibrio del imperio colonial español. En su preocupación, llegó a proponer, en 1783, que el rey se desembarazara de todas las posesiones coloniales con excepción de las islas de Cuba y Puerto Rico. La solución insinuada por Aranda pretendía salvaguardar lo que en su opinión constituía el bien más preciado para España: la posibilidad de entablar con América española continental una relación comercial intensa, para lo cual la conservación de las islas serviría de puntal. Para obviar los aspectos políticos, Aranda proponía la instauración de gobiernos locales en América, regidos por príncipes españoles. Con esto, las grandes secciones del Imperio verían satisfecha, hasta cierto punto, la demanda de autonomía y España garantizaría el mantenimiento de la América española dentro de su esfera de influencia. Con el desarrollo de estas ideas, Aranda esperaba hacer frente, también, al inminente peligro de intromisión de los intereses británicos en el mundo colonial español. Así, a partir de 1780, las posesiones de las Antillas comenzaron a revestir la máxima importancia estratégica para el imperio español⁽⁵⁾.

Hemos visto que el plan de militarización de las colonias quedó asociado también a las diversas modalidades de insurgencia social. Preocupaban mucho en los últimos años del siglo XVIII las rebeliones negras, sobre todo aquellas que se estaban presentando en el Caribe, incluida la región venezolana. Todo este ámbito se caracterizaba por la existencia de una economía fundada en la plantación intensiva. El in-

3. King, James Ferguson. “Evolution of the free slave trade principle in Spanish Colonial administration”, en *Hispanic American Historical Review*, febrero 1942, p. 50.

4. Citado en el estudio de José Luciano Franco, *La batalla por el dominio del Caribe y el Golfo de México, II: Revoluciones y conflictos internacionales en el Caribe 1789-1854*, La Habana, 1965.

5. Franco, José L. *La Batalla por el dominio del Caribe, I: Política continental de España en Cuba 1812-1830*. La Habana, 1964.

cremento de la mano de obra esclava y el elevado grado de explotación de ésta aportaron las condiciones propicias para el surgimiento de la rebelión contra los blancos. Las sublevaciones negras ponían en cuestión el propio progreso económico fundado en el esclavismo y amenazaban seriamente a los sectores de población blanca con formas drásticas de lucha social. Así, todos los polos coloniales y esclavistas, ora españoles, ora extranjeros, participaban de la misma clase de temores frente a las insurrecciones negras.

Al lado de estas rebeliones, se había dado también el levantamiento de indios contra las autoridades coloniales, como por ejemplo el del Perú, y, en algunos lugares, el alzamiento de "pardos" y mestizos bajo el liderazgo criollo. Las motivaciones de toda esta serie de rebeliones eran diversas. Ellas tenían en común el ser movimientos de protesta contra aquellos aspectos de la política española que buscaban tensionar los resortes productivos del mundo colonial para otorgar al imperio medios económicos y políticos con los cuales hacer frente a la dura competencia que comenzaba a plantearle la nueva orientación industrial de Inglaterra. Como anotamos anteriormente, el incremento de la trata negrera formaba parte de las nuevas proyecciones de la política económica española. Al gobierno español no se le había ocultado la incidencia social negativa del incremento de la trata y fue así como, junto con el reglamento de libre comercio negrero, expidió una real cédula "sobre el trato que deben dar los amos a sus esclavos". Para el control de las relaciones entre amos y esclavos se crearon entonces mecanismos especiales de vigilancia. Con esto, el Estado operaba una intervención en ciertos aspectos de la institución de la esclavitud que, por sus efectos socialmente conflictivos, se salían de la esfera privada. La cédula mencionada introducía varias restricciones a los propietarios de esclavos y ciertas prerrogativas para los esclavos, como por ejemplo, la facultad de servir de testigos en juicios que se llevaran a cabo contra individuos acusados de impartir malos tratos a sus esclavos, sin que, por lo demás, pueda atribuírsele a esta legislación una importancia decisiva en la orientación misma de la esclavitud⁽⁶⁾. Esta siguió fortaleciéndose y procurando los grados más elevados de explotación del trabajo, con la inevitable consecuencia de la aparición de rebeliones de reivindicación negra. La militarización de las colonias, sobre todo aquellas de las Antillas, encontró así una nueva justificación en la tarea de sojuzgamiento de esta clase de alzamientos sociales.

Si bien una advertencia como la contenida en la cédula de buen tratamiento a los esclavos iba dirigida a todos los grupos criollos de las colonias, la Corona guardaba especiales reticencias con respecto a los del continente, que no con los de las Antillas. Aquéllos se habían mostrado en desacuerdo con varios de los aspectos de la política económica y se habían dado al trabajo de organizar movimientos de protesta entre las masas. El gobierno español pretendió minimizar este peligro intentando sustraer a las

masas mestizas de la influencia política de la aristocracia criolla continental. Por medio de la ley del 10 de febrero de 1795 la Corona permitió a los pardos (mestizos) salir de la condición de "infamia" en que se hallaban. Se les abrió la puerta también para el desempeño de ciertas ocupaciones, privativas hasta el momento de los grupos blancos. Así, por ejemplo, los pardos fueron llamados a conformar las milicias coloniales, previstas por el plan de militarización⁽⁷⁾. Este aspecto de la política social del gobierno español, abiertamente hostil para con aquellos grupos que habían fundado un dominio señorial en las colonias sobre la base de la diferenciación racial, produjo un hondo resentimiento en el seno de la clase criolla.

LAS REBELIONES NEGRAS DEL CARIBE Y SU RELACION CON EL PENSAMIENTO DEMOCRATICO DE LA REVOLUCION FRANCESA

La militarización de las colonias y el halago ofrecido a los pardos con la real cédula de 1795 fueron medidas motivadas también por el movimiento contemporáneo de rebeliones negras, en especial las que se presentaron en el Santo Domingo francés, cuyas proporciones alarmaron a todo el mundo esclavista de occidente. El fenómeno de las rebeliones negras en América era tan antiguo como la institución de la esclavitud. Para su represión se había acudido a la colaboración pública y privada, aportando el Estado los mecanismos policivos para la persecución de los rebeldes y los propietarios de esclavos los medios para su financiamiento. Pero el panorama de las rebeliones negras cambió a finales del siglo XVIII. Estas llegaron a encontrar, por diversos caminos, un importante principio de acción en el pensamiento político francés y en las nacientes ideas democráticas y nacionalistas.

Los líderes negros de la colonia francesa de "Saint-Domingue" tuvieron una extraña vinculación con la Revolución Francesa. Planearon solicitar a la Asamblea Nacional Constituyente de Francia, de 1791, la liberación de la población esclava de la colonia. La decisión del movimiento negro en este punto iba tan lejos como para asegurar que de no conseguir su propósito en la asamblea republicana continuaría entonces una lucha independiente hasta la consecución de la libertad⁽⁸⁾.

¿De dónde derivaba el movimiento negro de "Saint-Domingue" su vínculo con la Revolución Francesa y cómo había logrado intervenir oportunamente ante el organismo gubernamental de la nueva república francesa? A finales de la década de 1780 y a comienzos de la de 1790 Inglaterra había comenzado a desplegar una campaña abolicionista a nivel internacional. En la primera fase de la lucha abolicionista inglesa se atacaba, más que todo, el tráfico negrero y se buscaba su extinción. Se esperaba que por este medio la institución misma de la esclavitud fuera debilitándose hasta su desaparición total. Inglaterra había encontrado en Thomas Clarkson y en William

6. *Codificación Nacional* 1850, "Real Cédula de 31 de mayo de 1789, dada en Aranjuez sobre el trato que deben dar los amos a sus esclavos, y de sus tareas". El texto de esta real cédula fue reimpresso como anexo a una de las leyes colombianas de manumisión (22 de junio 1850).

7. Lynch, John. *The Spanish American Revolutions 1808-1826*, Nueva York, 1973, p. 20.

8. Mannix, Daniel P. y M. Cowley. *Historia de la trata de negros*, Alianza Editorial, 2ª Ed., Madrid, 1970, p. 179.

Wilberforce los dos voceros más sobresalientes de la corriente abolicionista, representada por los sectores progresistas de la sociedad inglesa y utilizada con múltiples fines en las contiendas políticas internacionales de la época. Así, en 1789 Clarkson emprendía viaje hacia París con la intención de solicitar, a nombre de su gobierno, a la Asamblea Nacional Constituyente que se uniera a los esfuerzos británicos por abolir el tráfico negrero. Ni en Inglaterra ni en Francia el abolicionismo tenía todavía una aceptación general. Ambos países tenían fuertes intereses esclavistas y coloniales en el área del Caribe. La proposición no carecía de visos hostiles, y así fue interpretada la presencia de Clarkson en Francia. Si bien éste encontró el apoyo de los pocos abolicionistas franceses como Lafayette y Mirabeau, el círculo político de Francia se inclinó a tildarlo de "espía inglés que buscaba la bancarrota de las posesiones coloniales francesas" e incitador de las masas de esclavos para que procedieran a matar a sus amos en las colonias⁽⁹⁾. A las propuestas de colaboración en el abolicionismo de Clarkson, la Asamblea Francesa contestó que no daría un paso en este sentido hasta que el parlamento británico no fuera el primero en darlo. Lo mismo se pensaba en los círculos políticos de Inglaterra: nada se haría mientras Francia no diera el primer paso.

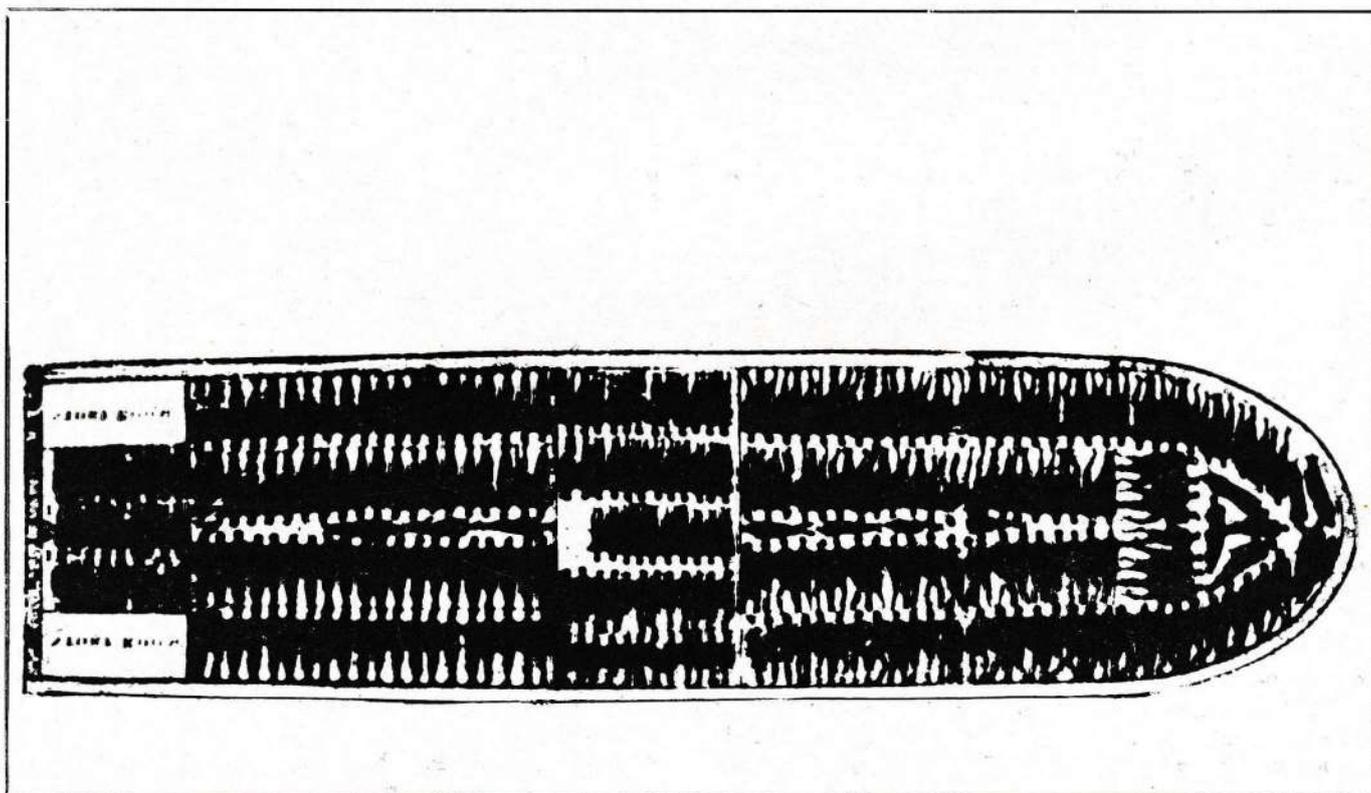
Durante su estadía en París, Clarkson tuvo la oportunidad de conocer a un mulato del Santo Domingo francés que se hallaba en la capital francesa

precisamente en desempeño de la misión que buscaba el favor de las autoridades francesas para el logro de la libertad de la población esclava de la isla. Los términos en los que el líder Vicent Ogé planteaba la manumisión en la colonia francesa concebían una liberación paulatina en un plazo de 15 años. El propio Clarkson consideró que las demandas de Ogé eran exageradas y sugirió modificaciones a la propuesta, de tal modo que pudiera ser atendida por la Asamblea. Se dice que a los ruegos de moderación que hizo Clarkson a Ogé, éste respondió: "En primer lugar, me tiene sin cuidado que la Asamblea Nacional nos admita o no (de esto se puede colegir que el acceso mismo del representante mulato a la Asamblea estaba en discusión). No queremos continuar por más tiempo como seres degradados. Podemos producir tan buenos soldados como los de Francia. Si nos obligan a medidas desesperadas, tal vez envíen miles de soldados a través del Atlántico para intentar reducirnos a nuestro anterior estado, pero será en vano"⁽¹⁰⁾.

Al parecer, la sola presencia de Ogé en París produjo reacciones airadas entre los franceses, que no dejaron de relacionarla con supuestos planes subversivos de Clarkson tendientes a provocar el levantamiento de esclavos en la colonia de las Antillas. Sea como fuere, esto fue lo que sucedió, precisamente, poco tiempo después. Ogé, al regresar a Santo Domingo en 1791, se levantó en armas con unos cuantos seguidores. Posteriormente tuvo que rendirse a las autoridades coloniales y fue condenado, finalmente,

9. Idem.

10. Idem.



a tormento mortal⁽¹¹⁾. Se dio comienzo así a una rápida acción de los líderes negros de la colonia francesa, los que hicieron de la reivindicación de su raza y del nacionalismo una sola causa.

Contrastan la rapidez y la eficacia con que los líderes negros y mulatos del Santo Domingo francés lograron dirimir sus propios conflictos personalistas y unificar las fuerzas sociales para la consecución de la independencia de la colonia, de un lado, y de otro la lentitud y las dificultades inmensas con las que se produjo en las colonias de América del Sur la unificación para el logro del mismo fin. La explicación radica, ciertamente, en la diversidad de los contextos sociales y políticos y, por ende, en la naturaleza distinta de cada uno de los movimientos revolucionarios que buscan el rompimiento de la relación colonial. La revolución negra surgía directamente de los conflictos creados por la sociedad esclavista, tajantemente dividida en señores y esclavos, y no contaba con el liderazgo de los criollos para la búsqueda de una independencia nacional. Este marco social estaba destinado a dar un tipo de lucha radicalmente violento e impregnado de hostilidades raciales, sin que éstas pudieran ser suavizadas por la existencia de grupos sociales considerados como intermedios, desde el punto de vista social y racial. Fue así como en el Santo Domingo Francés los diversos matices que ofrecía el conglomerado de la población no blanca, conformada por negros esclavos, negros libres y pardos, se colocaron rápidamente bajo una sola bandera. Este logro fue alcanzado por los líderes de la revolución de independencia no sin tener que ejercer grandes dosis de autoritarismo para mantener reprimidas las fuerzas disolventes que provenían de antiguas rivalidades entre las gamas oscuras de la población.

Al convertirse la colonia francesa de Santo Domingo en la república independiente de Haití mostró al mundo esclavista en qué sentido se orientarían en adelante las rebeliones negras, provocando así la resistencia blanca más tenaz y el despliegue militar en todas aquellas partes en las que se cernía la amenaza negra, desde el sur de los Estados Unidos hasta las costas venezolanas.

Ahora bien, la existencia de la esclavitud no entrañaba ninguna contradicción para el republicanismo norteamericano —todo lo contrario— ni para la democracia francesa. La Asamblea Nacional Constituyente se había ocupado de suprimir en Francia la servidumbre, pero en cuanto a la esclavitud no entró a anunciar modificaciones. Llegó sólo a conceder el derecho de ciudadanía a todo individuo que pusiera pie en la república francesa y que llenara las condiciones exigidas por la Constitución, con independencia de su condición racial. Esta democracia, que podríamos llamar de “entre casa”, permitió, por ejemplo, que años más tarde, durante la época napoleónica, Francia recrudesciera su posición esclavista. Pero al haber fundado Francia su revolución social y política en los principios de libertad humana, confirió a su movimiento alcances universales, entrevistos y utilizados en el mundo americano.

Fue precisamente el recrudescimiento de la esclavitud en las colonias francesas lo que dio nuevo em-

puje a la radicalización de la lucha negra anticolonialista de Santo Domingo y Guadalupe. Mientras en esta última isla la rebelión logró ser aplastada por las autoridades francesas, en aquella entró a una segunda etapa, comandada exitosamente durante los primeros años del siglo XIX por el líder negro Toussaint Louverture⁽¹²⁾.

LAS REBELIONES NEGRAS EN VENEZUELA

La acción revolucionaria del movimiento negro del Santo Domingo francés se desarrolló entre 1791 y 1804. En este último año la colonia se proclamó como república independiente, con el nombre de Haití. Era la segunda república que surgía en América. El foco revolucionario de “Saint-Domingue” tuvo eco, en forma inmediata, en la costa de Tierra Firme. Aquí, significativamente, los levantamientos negros hicieron de las ideas democráticas de la revolución francesa su consigna. El 10 de mayo de 1795 se produjo un alzamiento negro, inspirado en las ideas de libertad social, en la Serranía de Coro (Venezuela), en el cual participaron negros y mulatos. Su líder fue José Leonardo Chirino y su finalidad era la de proclamar “la ley de los franceses”, la libertad de los esclavos y la República⁽¹³⁾. Esta rebelión se registró poco tiempo después de que fuera promulgada la legislación metropolitana favorable a los pardos, en prevención precisamente de esta clase de conflictos. Este movimiento parecía ser una respuesta combativa de las masas pardas y esclavas a la negativa de los criollos venezolanos a aceptar la política social impartida por la Corona, y en especial el reglamento de buen tratamiento de esclavos, promulgado como complemento al decreto de libre comercio de esclavos. Los plantadores del litoral venezolano lucharon contra la disposición estatal y llegaron a inducir su supresión en 1794. Podría suponerse que la legislación de 1795, favorable a los pardos, debió encontrar en Venezuela la misma clase de respuesta negativa por parte de los grupos criollos y que esta actitud de resistencia a las medidas de protección y defensa de los estratos de la población conformados por esclavos y mulatos fue la motivación inmediata del alzamiento negro de Coro. Esta rebelión negra y parda sirvió luego de argumento a la aristocracia criolla venezolana para demostrar la necesidad de la institución de la esclavitud como instrumento único para mantener dentro de ciertos límites a aquella masa bárbara. El argumento era común en las Antillas y en el sur de los Estados Unidos. Recordamos que Coro era la localidad en donde funcionaba uno de los centros más importantes de la industria cañera y en donde la empresa esclavista escindía netamente al conglomerado social entre blancos y negros.

Chirino y José Caridad González, otro de los líderes de la rebelión de Coro, eran ambos negros libres. De alguna manera habían hecho de las ideas de la Revolución Francesa un instrumento válido para

12. Lengellé, Maurice. *L'esclavage*, Presses Universitaires de France, 3^e Ed., París, 1967, pp. 94-95.

13. Franco, José L. *Op. cit.*, II, p. 10.

14. Lynch, J. *Op. Cit.*, pp. 192-193.

11. *Idem.*, p. 180.

la reivindicación de los intereses del grupo social que comandaban. Vemos, por ejemplo, que dirigieron el movimiento guiados por una suerte de programa político que comprendía los puntos expuestos arriba y otros como la petición de supresión del impuesto de alcabala. Con un programa semejante actuaron pocos años más tarde los líderes Manuel Gual y José María España en el movimiento que recogió sus nombres y que se llamó "Conspiración de Gual y España". Este proclamaba, nuevamente, la libertad de los esclavos y propugnaba por la igualdad racial. Este movimiento era tal vez más heterogéneo que el de Coro, pues en él participaron pardos, blancos pobres, trabajadores en general y pequeños propietarios⁽¹⁵⁾. En este tiempo y en estos lugares de Venezuela fue importante la presencia del activista francés Víctor Hughes, comisionado revolucionario para la promoción de la rebelión de los pueblos oprimidos del Caribe. Ciertamente este tipo de acción estaba relacionado con las luchas internacionales contemporáneas por el predominio en el Caribe y era reflejo, también, de las luchas políticas interinas de Francia. Hughes tomó la iniciativa de proclamar la emancipación de los esclavos de Guadalupe, colonia francesa, cuyo movimiento rebelde sería sojuzgado poco tiempo después. Estuvo también el frente del levantamiento de cimarrones (negros esclavos huidos) en Jamaica y dirigió un movimiento similar en San Vicente, en 1797⁽¹⁶⁾. Todo el Caribe vio insurgencias de este estilo, pero, como anotamos anteriormente, la organización militar internacional no dejó que éstas avanzaran.

La insurgencia negra determinó no sólo la decisión de España de intervenir en el sentido indicado en la Instrucción Reservada de 1788 sino la voluntad de los empresarios criollos del Caribe de defender a toda costa la relación colonial. Era lógico que en Cuba cundiera el temor entre los propietarios de esclavos y la sociedad blanca en general de que los hechos que se venían registrando en el Santo Domingo francés desde 1791 tuvieran graves repercusiones en la isla. Los rápidos progresos que había hecho el movimiento rebelde en la vecina colonia francesa y su resonancia en algunos lugares de las colonias continentales al término de la década de 1790 determinaron que la aristocracia cubana fijara su posición frente al problema y gestara un plan para mantener "la tranquilidad y obediencia de los siervos (esclavos) de la colonia". En él se hacía la consideración de que "la independencia sola de los negros de Santo Domingo justifica en gran manera nuestro actual susto y cuidado, pues si los ingleses fomentan sus diabólicas ideas (abolucionistas), nada será más fácil que ver en nuestro país una irrupción de aquellos bárbaros y por lo mismo es urgente que se tomen providencias que eviten una catástrofe que tanto perjudicaría al augusto Soberano de tan productiva y bien situada Colonia, como a los que en ella viven bajo su protección. . ."⁽¹⁷⁾

La suerte del Santo Domingo francés llegaba a su hora decisiva. En 1802 sufrió una invasión napo-

léonica de reconquista y las divisiones en el movimiento negro comenzaron a surgir y a producir variedad de consecuencias para el movimiento rebelde. Hubo inclusive apoyo por parte de algunos negros de la isla al intento de "pacificación" de la colonia. Entre éstos se contaba Alejandro Petion, quien poco tiempo después se convertiría en presidente de la república de Haití. De momento, muchos de los que habían luchado anteriormente en pro del movimiento rebelde negro se pasaron a las filas de la reacción bonapartista, dejando debilitadas a las masas esclavas y expuestas al aplastamiento. Fue en esta coyuntura en la que Toussaint Louverture fracasó y murió prisionero de los franceses.

Mientras tanto, Santiago de Cuba y La Habana hacían las veces de puntos estratégicos desde donde se libraba una lucha contra la revolución negra de Santo Domingo. Sin embargo, antes de terminar el año de 1802 se registró dentro del movimiento negro un hecho decisivo que determinaría su victoria futura: Petion se colocó a la cabeza del grupo anti-colonialista. Junto con otro importante líder negro, llamado Dessalines, fomentó, a comienzos de 1803, la formación de una asamblea con miras a establecer las vías operativas para la creación de un gobierno nacional. En efecto, el 1º de enero de 1804 Dessalines proclamaba la independencia de "Saint-Domingue" y la nueva república de Haití procedía a hacer la supresión de la trata negrera y a declarar extinguida la esclavitud⁽¹⁸⁾.

Los resultados de la independencia de Haití se vieron enormemente minimizados por el efecto que produjo en la nueva república el bloqueo comercial internacional de que fue objeto. Así, Haití pasó a vivir todas las desventajas de su posición insular. Sólo posteriormente conseguiría restablecer sus vínculos con otras naciones, luego de múltiples concesiones desventajosas para su propia independencia. En el entretanto, Haití tuvo, sin embargo, la fuerza de impulsar al Santo Domingo español al movimiento independentista por los mismos caminos que había adoptado de reivindicación racial (1821). A partir de la década de 1820 la antigua colonia antillana, cuyo dominio había sido compartido por Francia y España, comenzó una etapa de vida política unificada. Los independientes de la isla esperaban contar con el apoyo de las nuevas repúblicas latinoamericanas, especialmente de aquellas en las que Bolívar tenía comprometida su acción. Pero dicho apoyo no llegó nunca.

A nivel internacional, la historia de la independencia de Haití llegó a representar el más temible fantasma para todos los poderes colonialistas de occidente y para todas las sociedades esclavistas. La población blanca de Santo Domingo había tenido que huir y, en ocasiones, sucumbir bajo la violencia revolucionaria de las masas negras. A esto se refería el mundo occidental cuando habla de los "horrores de Santo Domingo". Luego de lograda la independencia en Haití, los esclavistas del resto de islas antillanas, lo mismo que los de Estados Unidos, comenzaron a mirar la esclavitud como "medida preventiva" precisamente contra los "horrores de Santo Domingo".

15. Franco, José L. *Op. Cit.*, II, p. 11 y John Lynch, *Op. Cit.*, p. 193.

16. Franco, José L. *Op. Cit.*, II, p. 11.

17. *Idem.*, pp. 16-17.

18. Franco, José L. *Op. Cit.*, II, pp. 58-59, 62-63.

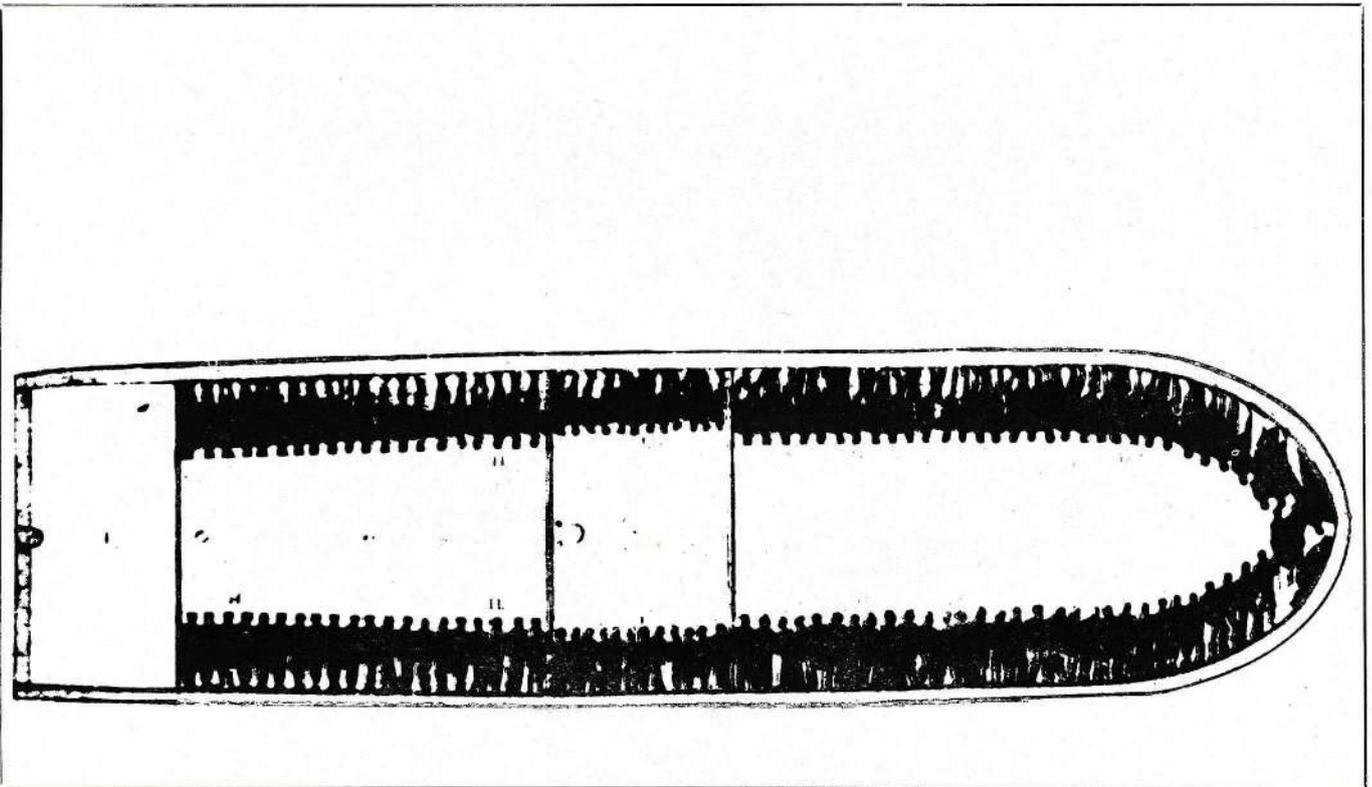
Ya a comienzos del siglo XIX la política económica de Inglaterra era abiertamente favorable a la abolición del comercio negrero. Tal actitud la determinaba el desarrollo del naciente capitalismo. En estos años encontramos a aquella nación infundiendo temores a diversas regiones de América española sobre los "horrores de Santo Domingo", con el ánimo de provocar en los grupos criollos la adhesión y la política abolicionista. Recordamos que Inglaterra exigió a los criollos americanos que solicitaban el apoyo británico para las luchas de independencia el compromiso de suprimir el tráfico negrero. Iguales exigencias planteó Inglaterra en el momento de proceder a hacer el reconocimiento de las nuevas repúblicas latinoamericanas. La misma España fue conminada por Inglaterra a aceptar las condiciones que limitaban el tráfico negrero en los años de crisis del gobierno monárquico y de instauración de un gobierno constitucional (1812-1814).

AMBIENTE SOCIAL Y POLITICO EN EL QUE SURGE LA ACCION DE BOLIVAR

Puede afirmarse que la estructura social venezolana del litoral presentaba gran similitud con la de Cuba. Sin embargo, en las relaciones puramente coloniales, se habían trazado importantes diferencias entre Cuba y Venezuela, según señalamos arriba. Así, por ejemplo, el criollo cubano no tenía motivos para pensarse como "criollo", en contraste con el peninsular, dada precisamente la función que desempeñaba dentro de la relación colonial. La aristocracia criolla venezolana, por el contrario, se sentía hostilizada

de varias maneras: por la corona y las masas pardas y esclavas de la colonia. Hostilizada y desprotegida a la vez. Los conflictos de la sociedad de castas de Venezuela señalaban a los criollos el camino de la desvinculación política con respecto a España, pues la independencia solamente les otorgaría aquel grado de autonomía deseado para el manejo de la situación social interna. La guerra de reconquista, que logró el apoyo de las masas pardas y llaneras, reconfirmó a los criollos en su decisión de tomar en sus manos las riendas de la Capitanía de Venezuela. Pero para hacerlo, no había otro camino que el de unificar políticamente a las castas de la tierra bajo el liderazgo criollo. Correspondió a Bolívar señalar la necesidad de esta vía e iniciar una acción política y militar encaminada a lograr este fin.

En una carta de 1815, contemporánea de la Carta de Jamaica, Bolívar aportaba una síntesis de las dificultades que había tenido que enfrentar el movimiento patriota. Decía allí que la mayoría de los políticos europeos y americanos habían predicado, al examinar la perspectiva de la independencia de las colonias españolas, que el obstáculo más grande para alcanzarla era la diferencia de castas que en ella existía. Bolívar afirmaba aquí su desacuerdo con los observadores extranjeros. Interesado como estaba en otorgarle a la lucha que se libraba en América del Sur un objetivo universal cual era la búsqueda de la libertad política para lograr con ello el apoyo general de todos sus núcleos sociales, explicaba ahora al mundo por qué la trama social del continente era favorable a la unión y a la armonía. No sólo la vastedad del territorio americano había que considerar-



la como un factor positivo, pues ofrecía condiciones para la pacífica radicación en él de los más diversos grupos sociales. Estaba también aquella diversidad social en la que entraban blancos, indios, mestizos y negros, de cuya interacción Bolívar extraía un balance halagador: los blancos —decía— constituían ciertamente una minoría, pero su inferioridad numérica quedaba compensada por sus cualidades intelectuales y por su fuerza moral, las cuales le otorgaban una posición de "igualdad relativa". El papel que debía cumplir esta minoría en el futuro inmediato era trascendental, pues reconociendo la necesidad de unión de todas las gamas sociales, estaba en condiciones de inducirla. El indio —proseguía— no representaba un peligro social; éste veía en el blanco sólo un objeto de veneración y era imposible concebir que abrigara deseos de aniquilar otras razas no siendo capaz siquiera de acaudillar a su propia tribu. El mestizo conformaba el grupo social más importante, numérica y socialmente, pues cumplía la función de disminuir —según expresión de Bolívar— "el temor de los colores". Finalmente, el negro esclavo tampoco representaba una fuerza de contradicción porque, lejos de ser rebelde, era manso y sumiso; la dependencia doméstica en que había nacido y vivido lo llevaban a considerarse a sí mismo "en estado natural, como miembro de la familia de su amo, a quien ama y respeta". Bolívar sostenía a este propósito que era casi increíble la fidelidad que había manifestado el negro esclavo de Venezuela al ser incitado por los reconquistadores a combatir a los criollos. El negro esclavo "ni aún excitado por los estímulos más seductores... ha combatido contra su dueño y, por el contrario, ha preferido muchas veces la servidumbre pacífica de la rebelión. Los jefes españoles de Venezuela Boves, Morales, Rosete, Calzada y otros, siguiendo el ejemplo de Santo Domingo, sin conocer las verdaderas causas de aquella revolución, se esforzaron en sublevar toda la gente de color, inclusive los esclavos, contra los blancos criollos, para establecer un sistema de desolación bajo las banderas de Fernando VII" (19).

Probablemente el hecho de que Bolívar se estuviera refiriendo a estos temas en carta pública, lo obligaba a mostrar el panorama social bajo las mejores luces. No se explicaría de otro modo la afirmación final que hace en torno al "sentimiento fraternal que existe entre todos los hijos de América española". Años más tarde haría aseveraciones en un sentido perfectamente opuesto, especialmente a partir de 1826, cuando comenzó una época de agitación social en la república de Colombia. Pero, por el momento, Bolívar apartaba toda sospecha de anarquía social en América afirmando que ni aún la contienda civil podía encontrar su causa en la diferencia de razas; sostenía que ésta se debía a las pugnas políticas de tipo personalista. Aseguraba que a pesar de la variedad de la población americana, ésta permitía, sin embargo, su unificación bajo un nuevo gobierno. Condenaba, finalmente, la indiferencia con la que Europa había mirado hasta el momento la lucha americana, por temor a la anarquía, y atribuía a aquella actitud la responsabilidad del desarrollo negativo de los hechos. Decía: "El abandono en que se nos ha

dejado es el motivo que puede, en algún tiempo, desesperar al partido independiente, hasta hacerlo proclamar máximas demagógicas para atraerse la causa popular: esta indiferencia, repito, es una causa inmediata que puede producir la subversión... La desesperación no escoge los medios que la sacan del peligro (20). Indudablemente Bolívar, al escribir estas líneas, no había olvidado aquella medida, desesperada para los patriotas, por la que intentaron efectivamente atraerse la causa popular: el Decreto de Guerra a Muerte, dado en Trujillo en 1813. Bolívar lamentaría repetidas veces la radicalidad de esta medida, observando con amargura que sólo por este medio había sido posible forzar a las castas a luchar al lado de los patriotas.

De todo esto se colige que la armonía social americana que describe Bolívar en el citado documento era más un desiderátum que una realidad. Ciertamente la lucha personalista, era y continuaría siendo, uno de los factores más determinantes del clima de dispersión reinante en el escenario político de América, pero aquella no dejaba de encontrar en las tensiones raciales un fuerte apoyo. El ejemplo máximo en este sentido lo constituye el movimiento acaudillado por el mulato Piar en 1817 contra Bolívar. Recordamos que su pauta de acción fue la de alentar la lucha parda contra los blancos venezolanos. Recordamos también que precisamente por los poderosos contenidos que movilizaba, Bolívar tomaría la decisión de hacer a este caudillo, en acto que esperaba resultara ejemplarizante.

Pero, como anotaba Bolívar, la diversidad social pudo representar un elemento favorable para la lucha independentista del continente en la medida misma en que ésta llegó a significar para las castas la promesa de poder dejar atrás el estado de oprobio en el que se hallaban. También tiene validez, en alguna medida, el contenido señorial de las relaciones esclavistas que Bolívar señalaba al describir sus características en la sociedad continental. En efecto, el desarrollo particular de la sociedad colonial antillana no había permitido ni el surgimiento de núcleos sociales que hubieran podido considerarse como intermedios ni el funcionamiento del régimen esclavista bajo puntos distintos a la búsqueda de los grados máximos de explotación.

Alejandro von Humboldt, al igual que Bolívar, se ocupó de señalar, en su importante *Ensayo político sobre la Isla de Cuba*, las razones que en su opinión hacían del contexto social continental algo muy diferente al existente en las Antillas. En la mencionada obra, escrita poco después de la independencia suramericana, indicaba el autor que para su logro había sido decisiva la existencia profusa de castas, de cuya enemistad el sistema colonial había logrado hacer un principio para su propio mantenimiento. Pero tal enemistad había sido superada luego por el entusiasmo con el que los negros, mulatos y mestizos habían abrazado la causa nacional. Para Humboldt, algunos de los factores que constituían una peculiaridad de las sociedades continentales eran la presencia de un número relativamente reducido de población negra y la pureza racial en que habían podido mantenerse más de 8 millones y medio de indios. En las Antillas,

19. Simón Bolívar. *Op Cit.*, pp. 85-90. ("Carta al editor de la Gaceta Real de Jamaica", Kingston, sept. 1815).

20. *Idem.*

por el contrario, fuera de no existir una fuerza social como la indígena, había sido posible "desenvolver con más energía los principios del sistema colonial", por la desproporción existente entre hombres libres y esclavos y por la peligrosa escisión de su sociedad en blancos y negros ⁽²¹⁾. Tal escisión entrañaba el peligro constante de una rebelión social, el cual sólo habría podido alejarse induciendo una manumisión paulatina de su población esclava. Esta era la sugerencia que Humboldt hacía a la monarquía española, de la cual había recibido el encargo especial de hacer un estudio sobre la situación general de sus últimas posesiones coloniales con el objeto de conocer las

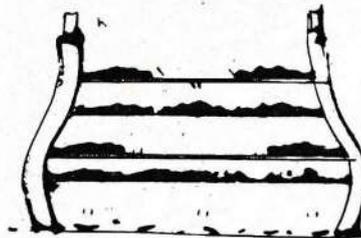
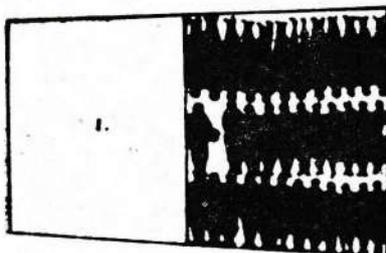
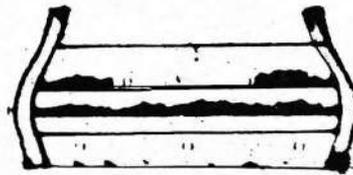
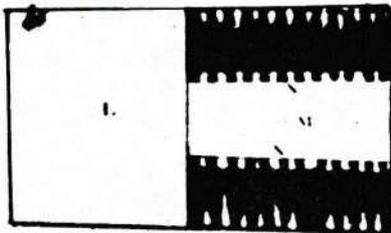
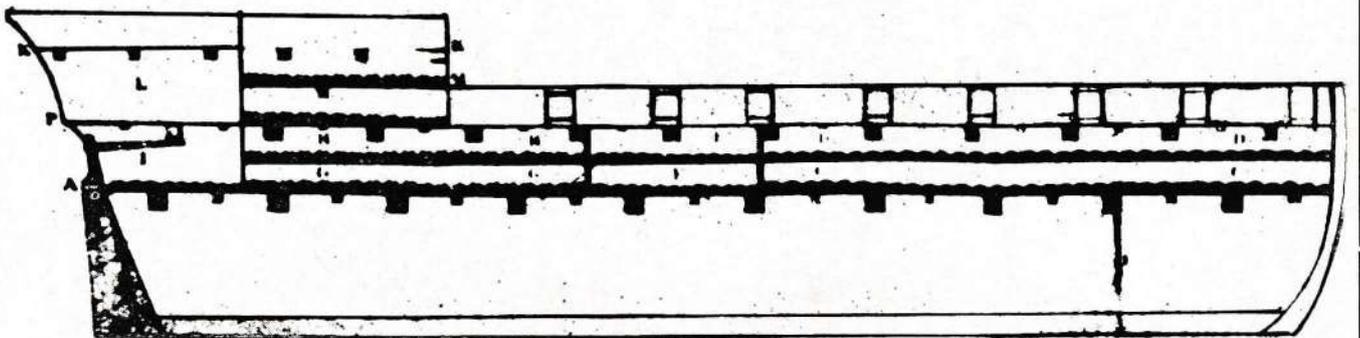
amenazas que se cernían sobre ellas y de prevenir y evitar su pérdida. Pero las indicaciones del científico alemán no fueron acogidas y la esclavitud perduró en las Antillas hasta finales del siglo XIX, estimulada y defendida en gran parte por los poderes internacionales ⁽²²⁾.

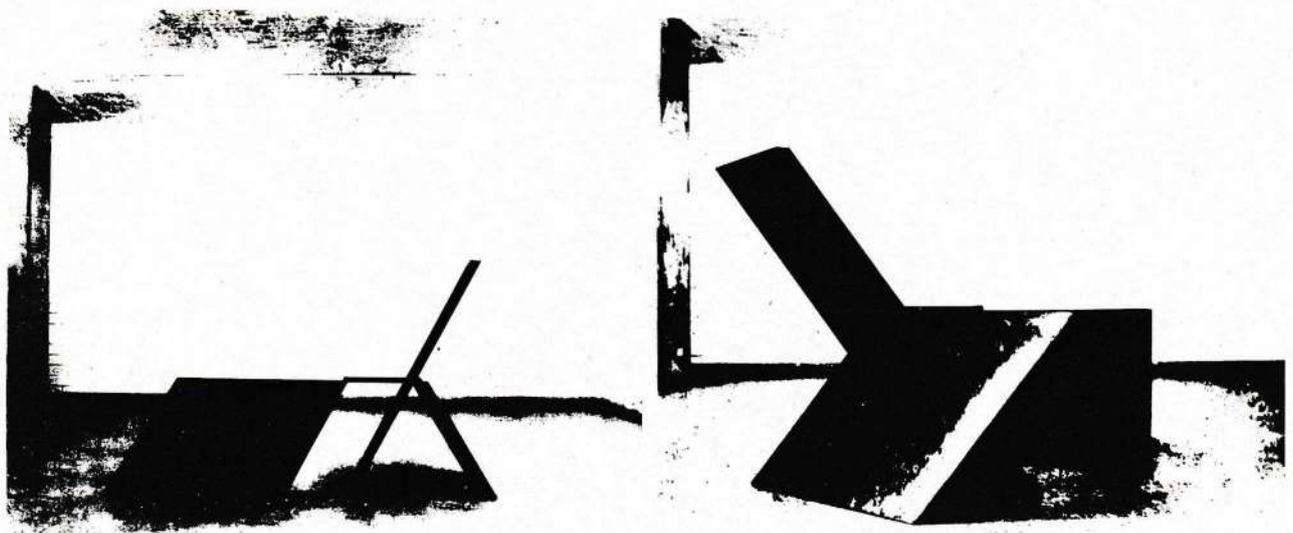
En el continente, pasada la contienda de la independencia las castas volverían nuevamente a su antiguo lugar social, sin que la nueva élite gobernante se viera en lo sucesivo seriamente amenazada por ellas.

21. Humboldt, Alejandro von. *Ensayo político sobre la Isla de Cuba*, J. Renouard, París 1827, pp. 269, 271.

22. *Idem.*, pp. 286-287. Humboldt anotaba aquí que el peligro social en las posesiones españolas estaba reforzado por la vecindad de éstas con otras colonias y naciones esclavistas. Pero esta vecindad actuó más bien en un sentido contrario al indicado por el barón.

PLAN AND SECTIONS OF A SLAVE SHIP





filosofía, teorías y métodos
de la historia
germán colmenares

La reflexión usual sobre la *filosofía de la historia* en las universidades anglosajonas comienza por hacer notar el doble sentido de la palabra historia. Mientras que en el resto de los órdenes del saber la disciplina o la ciencia poseen una designación diferente a la del universo factual de que se ocupan o al menos delimitan con la misma designación un orden de fenómenos: la física no se ocupa de la física sino de los fenómenos físicos en la naturaleza, la economía no tiene por objeto la economía sino que es una reflexión sobre los aspectos económicos en una sociedad, la palabra historia designa tanto la disciplina como su objeto. Por ella se entiende al mismo tiempo tanto el acontecer, la corriente indiscriminada de hechos que fluyen en el tiempo y que cualquiera puede percibir como una prolongación, hacia atrás, de su propio complejo histórico, como la percepción sometida a un ordenamiento por los especialistas que escriben historia. Debe subrayarse que en este último caso no se trata de una percepción caótica, que dé por sentado que en el tiempo se sucede una multiplicidad de fenómenos, todos indiferentemente históricos, sino de una construcción intelectual deliberada.

Esta distinción ha servido para concentrar la reflexión de los filósofos de la historia (en la respectiva sección de los departamentos de filosofía) en el segundo aspecto, dejando de lado cualquier especulación relativa a la manera como los hechos mismos (o los fenómenos históricos) podrían encontrar una ordenación espontánea u obedecer a patrones o leyes. De esta manera la reflexión se confina a la manera como los historiadores elaboran sus construcciones.

El punto de partida de esta filosofía de la historia sirve para encarar una epistemología de la disciplina histórica. Es decir, para establecer el valor que poseen como conocimiento las construcciones de los historiadores. De esta manera surgen problemas como el de la objetividad del conocimiento histórico, o el de las reglas de inferencia que presiden corrientemente los razonamientos de los historiadores, etc. El tratamiento de la historia o, mejor, de la historiografía, como un modo de razonamiento propio de una disciplina y la especulación en su valor como conocimiento hacen parte del problema más general de una teoría de la ciencia y, en últimas, de la validación de un tipo de aproximación intelectual a la realidad. La discusión epistemológica busca entonces responder a la inquietud de si el llamado conocimiento histórico, tal como lo elaboran los especialistas, constituye o no una ciencia. Aquí se juzgan los procedimientos lógicos que orientan la construcción de los historiadores, contrastándolos generalmente con el modelo de los procedimientos que orientan la construcción de otras disciplinas, reconocidas como científicas.

Este problema de si la historia constituye o no una ciencia restringe sus consideraciones a la manera como se presentan los datos sobre la realidad histórica, a la manera como esos datos son manipulados por los historiadores y, si en últimas, como ocurre en la ciencia, los datos producen una evidencia o verifican una hipótesis o una teoría. Aquí debe observarse que entre dato y hecho existe una relación análoga a la que se encuentra entre las dos acepciones de la palabra historia. El dato se refiere a un hecho, no es el hecho mismo. Es un testimonio o un registro de los hechos y por lo mismo una primera construc-

ción o versión de los hechos. Se trata en todo caso de una primera aproximación en bruto, no elaborada. A partir de los datos (y no de los hechos, a los cuales el historiador no tiene acceso por razones obvias) son posibles las construcciones de la historiografía. Cualquiera de ellas comienza con una selección de datos adecuada a los términos de un problema planteado de antemano y continúa con una serie de manipulaciones o de 'montaje' de los datos.

La filosofía de la historia, tal como se ha descrito, no se pregunta —puesto que esto cae fuera de su alcance y de su propósito— por la relación entre el hecho y el dato. Esta es una tarea que compete a los historiadores, a su reflexión crítica sobre las fuentes, y que hace parte de sus preocupaciones metodológicas usuales. Pero tampoco esta versión de la filosofía de la historia se ocupa de los hechos históricos, anteriores al dato. Concentrada en las reglas que puede observar en la manipulación de los datos por parte de los historiadores, no está interesada por averiguar las formas de sucesión de los hechos, de su encadenamiento, o por la manera como, independientemente de la reflexión, se plasman espontáneamente en órdenes de fenómenos que más tarde se clasificaran como políticos, económicos, sociales, etc. Esta reflexión, que identifica primero analíticamente órdenes de la totalidad social y luego trata de ver sus articulaciones, sería el objeto propio de una teoría de la historia.

Sin embargo, la idea de ocuparse de la historia en su primera acepción, simplemente como aquello que acontece o, para darle una dimensión temporal, como el acontecer, y tratar de encontrar leyes o patrones en ese acontecer, fue sistemáticamente rechazada y desprestigiada como una filosofía metafísica de la historia. Se juzgaba que en este caso el filósofo de la historia sustituía abusivamente al historiador mismo. Si éste se ocupaba de exponer, con algún valor de conocimiento, la sucesión multiforme del acontecer, no se veía para qué una reflexión abstracta sobre el mismo objeto, pero empobrecido por el hecho de que el filósofo, a diferencia del historiador, no tenía acceso a los datos. Las visiones globales sobre el acontecer humano, o sobre la historia en su acepción de acontecer no elaborado como conocimiento, resultaban ser así falsificaciones truculentas o, en el mejor de los casos, una segunda elaboración con pretensiones de universalidad de los datos obtenidos por algunos historiadores. Con esto quería excluirse interpretaciones últimas sobre el discurrir global de la humanidad en el tiempo, fueran éstas de tipo teológico (como en el caso de la concepción agustiniana dominante durante toda la Edad Media) o filosófico (como en el caso de la filosofía hegeliana) y aún histórico pero con pretensiones de explicación total (la obra de Spengler o de Toynbee).

Puede decirse entonces que el confinamiento de la filosofía de la historia a una filosofía crítica o a una epistemología ha obedecido a la intención manifiesta de excluir cualquier tentación de elaboración ideológica. La reflexión sobre la totalidad de un acontecer humano que se proyectaba desde los orígenes hasta un hipotético fin de los tiempos introducía forzosamente elementos que pretendían erigirse en normas del actuar humano o inclinar a la aceptación de un destino preconcebido. El rechazo venía de una doctrina de la libertad humana, en el supuesto de que la historia era el resultado de la actuación espontánea

nea y no condicionada de los hombres. A nadie se le escapará, sin duda, el hecho de que en esta posición hay no sólo implícito un fuerte elemento ideológico sino aún una interpretación global de la historia que no dejan de ser lo que son por el hecho de que no se formulen sistemáticamente.

La filosofía de la historia como filosofía crítica (o como epistemología de una disciplina particular) refuerza la noción de un acontecer no condicionado y sanciona el ejercicio de la interpretación múltiple y aún contradictoria a partir de datos específicos. Cualquier proceso histórico puede construirse o reconstruirse sobre la base de sus propios datos, clasificados según el orden de la actividad humana de la cual se derivan: esto hace posible las historias económicas, políticas, sociales y culturales.

La visión global del acontecer humano, sin embargo, puede tener un sentido diferente al de la síntesis interpretativa que elimina la necesidad misma del conocimiento histórico. Se trata, claro está, de una visión global que no pretende abarcar, como las filosofías de la historia tradicionales, la sucesión temporal entera, proyectando los más remotos orígenes hacia un futuro indefinido y aparecer de esta manera como una profecía. El intento teórico se reduce en este caso a una reflexión sobre la manera como actúan ciertas determinaciones globales dentro de un sistema o una unidad de análisis. Entendida así no es otra cosa que el último refinamiento de un pensamiento histórico por excelencia.

La historiografía académica del siglo XIX había identificado ya períodos o épocas que se ofrecían como dotados de una unidad. Se reconocía, en períodos designados como Edad Media o Renacimiento, rasgos distintivos, un "espíritu" o un "tono" que identificaban al período entero. En dónde residía el fundamento de esta unidad, era un problema susceptible de recibir respuestas múltiples. Aceptada la designación era cuestión de bucear en las creencias, o en los efectos de una nueva actitud ante el mundo y la vida, o en los cambios de un sistema jurídico tradicional, o en la aparición de nuevas formas de concebir el Estado. En fin, todo aquello que se identificaba vagamente como las manifestaciones de una *cultura* y de sus transformaciones, daba razón de la

construcción historiográfica y de la intuición de una unidad fundamental que yacía debajo de las manifestaciones múltiples de la actividad humana.

La periodización se convirtió así en un tema central de la historiografía y en materia de sucesivos descubrimientos. El esquema tripartito (Edad Antigua, Edad Media, Renacimiento) dejó de ser una mera percepción peculiar de los humanistas y un juicio de valor sobre su propia época y su propia actividad literaria para erigirse en un sistema canónico y en un instrumento pedagógico. El tratamiento afortunado de un período y un sentido de identidad semejante al de los humanistas fueron agregando cánones menores como el del Helenismo, La Ilustración o el Gran Siglo. Para explicar estas unidades se introdujeron esquemas organicistas o analogías biológicas. Imágenes de nacimiento, florecimiento y decadencia o muerte correspondían a los ciclos de las grandes civilizaciones. O, sin incurrir en metáforas dudosas, épocas formativas o arcaicas, de apogeo o clasicismo y de decadencia o manierismo se calcaban sucesivamente y parecían reproducir expresivamente la actividad creadora misma del *homo sapiens*.

El valor heurístico de tales imágenes rara vez se puso en entredicho a pesar de que en ellas pesara la ambigüedad esencial de si se trataba de imágenes literarias, con un mero valor descriptivo o tenían el alcance de una explicación teórica y eran por lo mismo conceptos definidos. Todas ellas apelaban a un sentido de identificación, de experiencia vivida, y cualquiera podía percibir (o creer que percibía) el pulso de su propia época como afín al arcaísmo, al apogeo o a la decadencia. Las modas intelectuales del siglo XIX —derivadas del romanticismo— y aún las del siglo XX se hacían la ilusión de recapturar la esencia de una pérdida Edad Media o de la República Romana o del clasicismo griego. La historia —y el historicismo— era un espejo en el que se podía contemplar la propia imagen si se tenía la voluntad de recrear los valores esenciales de un período. Las coyunturas del momento se reproducían en esta imaginaria sucesivamente, de acuerdo a los estados de ánimo. Nunca, como en el siglo XIX, la imagen histórica estuvo revestida de un tal prestigio o se tuvo la sensación de un sentido histórico, de haber recapturado la historia en sus pulsaciones de nacimiento, esplendor y muerte.

¿Pero, qué explicaban realmente estas imágenes fuera de su correspondencia con los estados de ánimo de los autores de las modas intelectuales europeas? Las imágenes del arte y de las instituciones grecorromanas llenaron por un instante el vacío que dejaba el repudio del arte y de las instituciones del antiguo régimen. Hoy, a nadie se le ocurriría comparar las instituciones romanas con las creaciones jurídicas de la revolución francesa. El clasicismo de Winckelmann o de Goethe, el prerrafaelismo de Rossetti o los orientalismos tan frecuentes del siglo XIX fueron modas intelectuales y no una recreación de realidades remotas.

El principio abstracto que animaba las periodizaciones canónicas estaba confundido a menudo con el poder sugestivo de la descripción histórica. Pero la manera de asociar imaginativamente todos los fenómenos de un período histórico resultaba muy pobre como teoría. Tales intentos no poseían un fundamento racional sino estético. Como estética fue la teoría del conocimiento histórico en que finalmente desembocaron.

Según ésta, la historia podía recrearse mediante un proceso intuitivo que colocaba al historiador en la posición de captar desde dentro el sentido de un acontecimiento histórico. En contacto con las supervivencias del pasado, el historiador podía percibir su significación peculiar e intentar recrear su contexto mediante procedimientos que no se asociaban con los procedimientos lógicos sino con la recreación de valores estéticos. El historiador holandés Huizinga ha descrito con gran precisión la "sensación histórica", el "contacto histórico" o la "imaginación histórica":

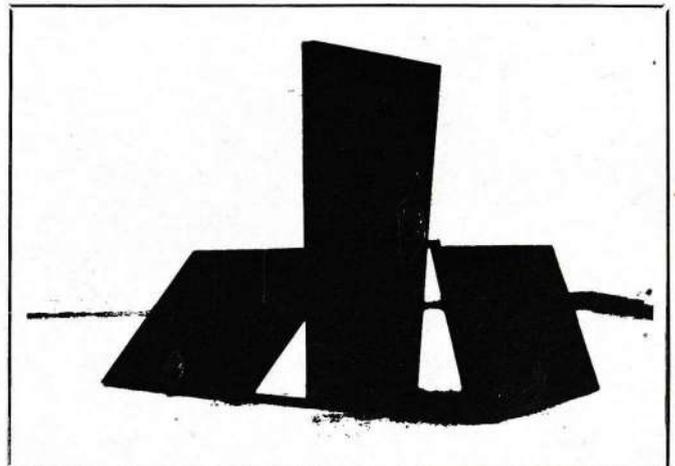
"...el objeto de la sensación no son figuras humanas en su forma individual, ni vidas humanas o pensamientos humanos que uno crea discernir. Lo que el espíritu crea o experimenta a este respecto puede escasamente llamarse una imagen. Con la condición y en tanto eso asume una forma, ésta es algo que permanece complejo y vago: un *Ahnung* (presentimiento, en alemán) tanto de caminos, casas y campos, de sonidos y colores, como de gente sugerente y sugerida. Este contacto con el pasado que se acompaña de una completa convicción de autenticidad puede ser evocado por un renglón de un documento o una crónica, por

un grabado, por unas pocas notas de una vieja canción. No se trata de un elemento que el escritor imparta a su obra usando ciertas palabras. Yace más allá del libro de historia, no en él. El lector lo aporta al autor, es su respuesta al llamamiento del escritor..." (*Men and Ideas*).

Este tipo de visualización sensitiva se adaptaba bien a la percepción de la individualidad de una obra de arte. Subyacente a su universalidad estaban todas sus referencias a un momento único que la obra estaba destinada a expresar. Trataba de rescatarse, en palabras de Rickert, un fragmento vivo de la realidad por medio de la imaginación. Todo historiador se ha familiarizado con esta "sensación histórica". Ciertas fórmulas o ciertos episodios no pueden pertenecer sino a un contexto de relaciones que sabemos que están ahí de alguna manera y que, como lo sugiere Huizinga, las palabras sólo contribuirían a trucar. Un testamento del siglo XVIII, por ejemplo, nos sorprende con ciertas fórmulas que, a pesar de ser rituales, no nos son familiares. Su contexto es demasiado complejo y alude a estados de conciencia que se nos escapan en gran parte. Aun así, ningún historiador renunciaría a intentar expresarlos.

Aunque el historiador se aferre obstinadamente a este tipo de experiencia, su valor no puede erigirse en sustento teórico de las construcciones historiográficas. En este sentido la mayoría de los historiadores contemporáneos han tomado partido por la exigencia positivista de Lamprecht, para el cual "...todo estudio histórico debía conducir a la formulación de conceptos generales, en los cuales el conocimiento de los hechos específicos fueran asimilados y perdieran toda significación independiente" (*Ibid.*).

La generalización de un concepto intuitivo para delimitar un período no se presenta sólo como un artificio descriptivo. En el uso académico pretende una validez como generalización y como concepto aunque quienes lo acuñaron hayan estado lejos de esta pretensión. La posición historicista, que descarta la interpretación global de un período, y más aun si esta interpretación está referida a leyes del acontecer histórico, acepta, sin embargo sin rechistar la caracterización descriptiva de una periodización tradicional. Insiste, a veces, en que tal caracterización es un mero artificio pedagógico, lo cual la lleva a con-



siderar el flujo de la historia como un *continuum* en el que resulta imposible practicar cisuras. Se trataría, en rigor, de una corriente progresiva en la que la mera acumulación conduce a estadios superiores de la civilización o de la cultura.

La existencia misma de una ciencia histórica depende de que estos conceptos generales no sólo describan sino den la clave de la comprensión de un proceso histórico global y la posibilidad de delimitarlo con claridad. Aquí se postula una doble exigencia, aparentemente contradictoria. Por un lado comprensión global, por otro delimitación necesaria.

La comprensión se refiere en este caso no a un proceso intuitivo de los hechos particulares sino todo lo contrario: la posibilidad de establecer objetivamente sus relaciones dentro de los diferentes planos en los que, analíticamente, los podemos localizar. Más claramente, la posibilidad de encontrar las articulaciones sociales, políticas y mentales. De otro lado, relaciones entre fenómenos económicos y sus leyes y esta comprensión es posible solamente dentro de la previa delimitación de un sistema en el que, sin excluir las contradicciones entre ellos, éstos órdenes del complejo social se evidencian como una unidad.

Para el pensamiento idealista hay un espíritu de la época cuya percepción se confía a una intuición de valores específicos. Pero mucho más cerca de nuestra experiencia cotidiana existen relaciones entre los hombres cuya naturaleza no es inasible ni su esencia volátil. A pesar de su variedad, tampoco se trata de formas inagotables y proteicas sino de fenómenos que admiten una conceptualización puesto que conservan rasgos básicos no sujetos a variaciones súbitas. Precisar la naturaleza de estos fenómenos y de sus relaciones no ha sido la tarea de una filosofía de la historia sino de una ciencia histórica con un fundamento materialista. Hay así, como en toda ciencia, la posibilidad de construir una teoría de la historia o de la manera como se encadenan los hechos objetivos esenciales del acontecer social. Esta construcción teórica puede presidir la captación de desarrollos particulares cuya variedad infinita pone constantemente a prueba (al nivel de la verificación) la solidez de la construcción teórica.

Hasta aquí se han desarrollado algunas ideas básicas respecto a la filosofía y a la teoría de la histo-

ria. ¿Pero qué con respecto al método de las investigaciones históricas? Quienes se ocupan de las reflexiones teóricas suelen conceder poca importancia a las cuestiones de método, a la manera de abordar los datos que confirmarían o informarían precisamente sus teorías. Dan por sentado que una concepción teórica correcta proporciona todas las herramientas deseables para la investigación y la elaboración historiográficas. De allí que, sobre todo en América Latina, el paso entre las afirmaciones teóricas y el trabajo historiográfico sea casi insalvable. Curiosamente, los críticos de las obras de historia jamás han tenido una experiencia investigativa y ni siquiera cierta familiaridad con los temas sobre los que ejercen su crítica. Suponen, vagamente, que la crítica de los historiadores puede ejercerse de la misma manera que la crítica del arte, por el gusto. A la comprobación se prefiere el esquema y al examen de una situación concreta la caracterización vacía. La razón parece estibar en la confusión reinante entre filosofía, teorías y métodos de la historia. Es obvio que nadie pretendería que estos tres aspectos no tengan nada que ver el uno con el otro. El tipo de reglas que preside toda elaboración historiográfica o los problemas epistemológicos contemplados por una filosofía de la historia influirán forzosamente o al menos darán razón de su teoría. Y es evidente que, a su vez, la teoría histórica influirá sobre el empleo de los métodos al alcance de los historiadores.

Debe advertirse que estos métodos no se han desarrollado siempre encauzados por una teoría, al menos de manera explícita. Muchos proceden de una práctica de los historiadores y no siempre se han formulado normativamente. Otros, los que proceden de tendencias cuantitativas se prestan al menos a una sistematización temática de acuerdo con el objeto al que se aplican.

La confusión entre métodos y teorías de la historia ha generado prejuicios sobre el empirismo de los historiadores. Los métodos de la construcción historiográfica no se han elaborado a partir de una observación sobre el comportamiento de la realidad histórica sino del tipo de materiales que dan testimonio sobre esa realidad. El historiador no confronta normalmente hechos sino datos. Frente a esta realidad ineludible la teoría cobra todo su valor orientador pero no sustituye el conjunto de procedimientos que per-

miten la captación de parcelas de la realidad. Si bien es cierto que ninguna manipulación de los datos puede insuflarles un sentido o descubrir el significado de sus relaciones mutuas, la mera teorización no es suficiente para captar la existencia de situaciones peculiares.

La opinión vulgar sobre los historiadores y sobre su oficio los confina a la búsqueda un poco inútil de hechos heterogéneos o a la confección de relatos. Se supone vagamente que los historiadores andan a la búsqueda de repositorios de datos y que su hallazgo es la base de todo descubrimiento histórico. Lo cierto es que cualquier exploración de un nuevo tipo de materiales ha sido precedida por el verdadero hallazgo, una formulación teórica, y va acompañada siempre de una reflexión metodológica sobre su utilización. Los datos no descubren relaciones sino las confirman. Y su valor probatorio no reside en cada uno aisladamente sino en la posibilidad de construirlos dentro de conjuntos uniformes que, como lo expresaban los positivistas del siglo XIX, señalen regularidades. No sobra advertir que tales regularidades no se buscan gratuitamente sino que cada una obedece a un concepto que las define. No se trata, como podría pensarse, de un mero procedimiento empírico-inductivo de buscar regularidades por ellas mismas, sin asignarles previamente un valor. El ritmo mensurable con que ocurre un fenómeno debe tener, en la teoría, una significación.

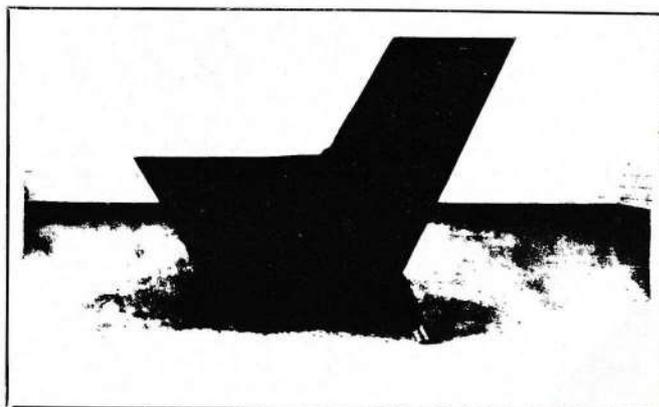
Al desarrollo de los métodos históricos ha contribuido el aporte de otras ciencias sociales, en particular la sociología, la economía y la antropología. Problemas, temáticas y conceptos se han desprendido de estas disciplinas para enriquecer y poblar una perspectiva histórica puramente lineal. Estos aportes, sin embargo, ponen a prueba permanentemente la historiografía para asimilarlos de una manera adecuada a la dimensión temporal que maneja, la temporalidad. En el tiempo histórico se disuelven las formaciones económico-sociales tal como el historicismo alemán había captado la disolución de *formaciones humanas* (la expresión es de Meinecke) concebidas como culturas o civilizaciones. En el caso del historicismo idealista el acceso a estas individualidades históricas operaba mediante un principio intuitivo destinado a aprehender su fundamento espiritual, sus

valores específicos. En una perspectiva materialista tampoco las leyes económicas o sociales son intemporales. Desde un punto de vista metodológico la historia económica no puede ser tratada mediante la aplicación automática al pasado de las leyes económicas formuladas por la teoría neoclásica ni la historia social se reduce a la confirmación de la sociología contemporánea. A este respecto observa el gran historiador polaco Witold Kula:

“... es un hecho evidente —y hasta una perogrullada— que entre las tesis que se pueden formular sobre el obrar económico humano, no pocas tienen diferentes grados de aplicación cronológica y geográfica, teniendo en cuenta que cuanto mayor sea el campo de aplicación, tanto más estrecho será su contenido. Y aunque, según parece, los creadores de la economía clásica hayan pasado por alto esta verdad, los economistas occidentales de nuestros días llegaron a comprenderla a través de sus investigaciones sobre la economía de los países socialistas, como también sobre la economía de los países subdesarrollados, semi-feudales, o de los pueblos primitivos...”.

Según el mismo Kula, la limitación de las leyes económicas está asociada a la limitación de los sistemas socio-económicos que las sustentan. En otras palabras, sociedad y economía, como un sistema global, deben ser contempladas por el historiador como un hecho individual para el cual debe formular teorías específicas. De esta manera queda deslindado el aporte de las restantes ciencias sociales, que tienen que ver casi siempre con una perspectiva temporal limitada.

A esta altura surge otro problema sobre la manera como podrían formularse teorías, es decir, marcos explicativos que ordenen los datos históricos y encuentren su verificación en ellos cuando estos datos no nos son familiares o resultan extraños a las teorías de las disciplinas que conocemos. Aquí lo histórico reviste una ambigüedad que debe ser despejada. Por un lado, lo histórico se presenta como el dato bruto entresacado de otras épocas en el cual se supone una esencia que comparte con otros datos de la misma época. Ya hemos visto cómo el historiador percibe esta afinidad engañosa, esta particularidad, sin poder-



la atribuir a un principio explicativo que no sea el mero producto de su imaginación descriptiva. A este respecto hemos tratado de suprimir la noción de esencia subrayando que la afinidad es explicable si podemos dar con las relaciones recíprocas entre los diversos órdenes de fenómenos, sus articulaciones. De otro lado advertimos también en el dato histórico un parentesco y al mismo tiempo una diferencia con respecto a los datos que nos brinda nuestra propia realidad. Estamos en capacidad de identificar fenómenos de crédito en la época colonial, por ejemplo, pero tales fenómenos están ligados de manera diferente al complejo social y su significación no es exclusivamente económica. Un testamento no es la simple disposición de una fortuna material a la hora de la muerte, un acto económico, sino también un instrumento para saldar deudas sociales, fuera de su contenido religioso.

El problema de la construcción teórica de la historia, que Croce interpretaba subjetivamente en torno a un interés vital en el pasado y que expresaba con la fórmula: "la verdadera historia es historia contemporánea", ha sido expuesto por Marx en un pasaje demasiado conocido sobre el "método de la economía política". Según Marx,

"La sociedad burguesa es la más compleja y desarrollada organización histórica de la producción. Las categorías que expresan sus relaciones, la comprensión de su estructura, por ello permiten también perspectivas a la estructura y a las relaciones de producción de todas las formaciones sociales desaparecidas, de cuyas ruinas y elementos ella misma se construyó, cuyos vestigios, todavía parcialmente no superados, son arrastrados dentro de ella, cuyos meros indicios han desarrollado en ella una significación explícita, etc. La anatomía humana contiene una clave para la anatomía del mono. Los indicios de un desarrollo superior entre las especies animales subordinadas, empero, pueden ser comprendidos sólo cuando se conoce el desarrollo superior. La economía burguesa suministra así la clave de la economía antigua, etc. Pero de *ninguna manera al modo de aquellos economistas que resbalan sobre todas las diferencias históricas y ven relaciones burguesas en todas las formas de sociedad*. Se puede com-

prender el tributo, el diezmo, etc., si se está familiarizado con la renta del suelo. *Pero se puede no identificarlos*. Más aún, como la sociedad burguesa es en sí misma solamente una forma contradictoria de desarrollo, las relaciones derivadas de formas anteriores se hallarán a menudo en ella sólo en una forma completamente atrofiada o hasta disfrazadas..." (subrayo).

Perspectivas, indicios, formas atrofiadas, ruinas y elementos anteriores permiten acceder a estadios anteriores e identificar sus elementos más durables y capitales, en clara contraposición con los elementos del sistema más desarrollado. Como se sabe, Marx invierte las premisas del historicismo, entendido éste como una concepción de escalones que llevan uno a otro y que implica la comprensión de los escalones inferiores primero. Para Marx la crítica —o la auto-crítica— del sistema más desarrollado debe haberse iniciado antes de intentar el conocimiento de categorías históricas. De lo contrario se resbalará sobre toda diferencia histórica puesto que no se comprende el carácter temporalmente limitado (hacia el pasado, como hacia el futuro) de las relaciones capitalistas.

Marx advierte que las categorías económicas no expresan a menudo sino aspectos parciales de una sociedad y se refieren a ella como su *materia* (en el sentido de tema). Trabajo, renta, moneda, etc., como categorías económicas sólo expresan "formas de ser, características de la existencia y a menudo sólo aspectos individuales a esta sociedad específica, esta materia...". Por esta razón la sucesión histórica de las categorías, o elementos aislados de un sistema económico, no da razón de los sistemas como tales. En ellos hay un modo específico de producción "...que predomina sobre el resto, cuyas relaciones asignan así un rango e influencia a los otros. Se trata de una iluminación general que baña todos los otros colores y modifica su particularidad. Es un éter particular que determina el peso específico de cada ser que se ha materializado dentro de él...".

Aquí predomina la universalidad del sistema sobre sus datos particulares. La propiedad comunal, por ejemplo, de los pueblos pastores está calcada sobre su forma de producción fundamental. Y entre los pueblos de agricultura sedentaria toda forma de

propiedad reviste las características de la propiedad inmobiliaria. En la sociedad burguesa ocurre todo lo contrario: aún la agricultura se convierte en una rama de la industria, siendo dominada por el capital.

Una vez que nos movemos dentro de un ámbito teórico conocido (aunque mal explorado), el de las sociedades pre-capitalistas, cabe esperar un comportamiento *sui generis* de sus categorías económicas, irreductible a las leyes formuladas para el capitalismo. Aquí el historicismo recobra sus derechos lo mismo que el tratamiento empírico de los datos. Un dogmatismo correoso y a veces sordo, usual en los medios universitarios de Latino América, influidos por fragmentos de discusiones parisinas, ha divorciado violentamente el reino de la teoría intangible de las prácticas historiográficas que aportan un método. Cualquier intento de aproximación a una temática histórica se descarta como empirismo si en ella no se reconoce el ritornello familiar y encantatorio de la historia que ya cada uno posee.

EPILOGO

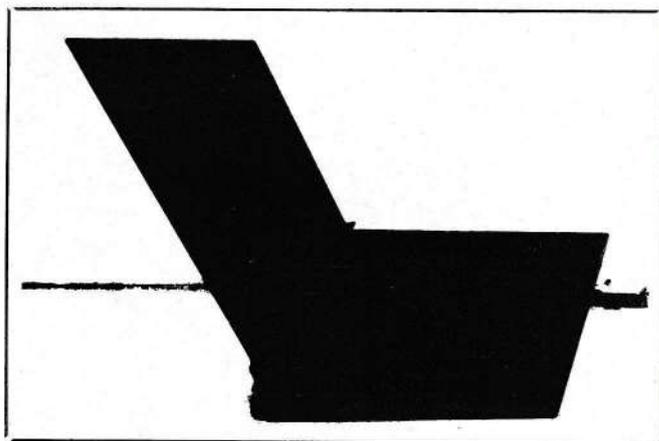
La presentación de las anotaciones que preceden en un seminario sobre *Ciencia y tecnología* en la Universidad del Valle suscitó dos tipos de cuestiones sobre las que, tal vez, no se hacía un énfasis suficiente. La primera, planteada por un científico, demandaba un criterio de verificación para la construcción histórica, similar al de las ciencias físico-naturales. Con esto se revivía una vieja polémica, pues data del siglo XIX, sobre la pretensión de las ciencias naturales en erigirse en un modelo para la ciencia y la objeción de Karl Popper sobre la previsibilidad de comportamientos como criterio de verificación. Infortunadamente, en toda la discusión se perdió a menudo de vista (por más esfuerzos que hizo el autor para que se aceptara la discusión en estos términos) el antecedente de la naturaleza de los datos históricos. En otras palabras, de la doble tarea de construir teorías para esos datos y valerse de ellos como material empírico de verificación.

Baste observar que, por un lado, se ha tenido el cuidado de distinguir entre una teoría y por otro su

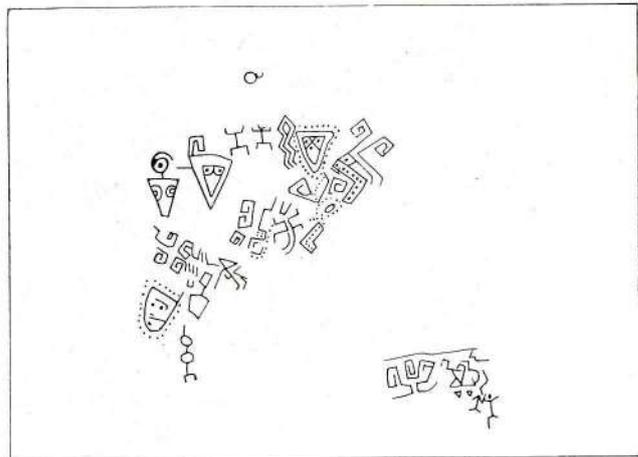
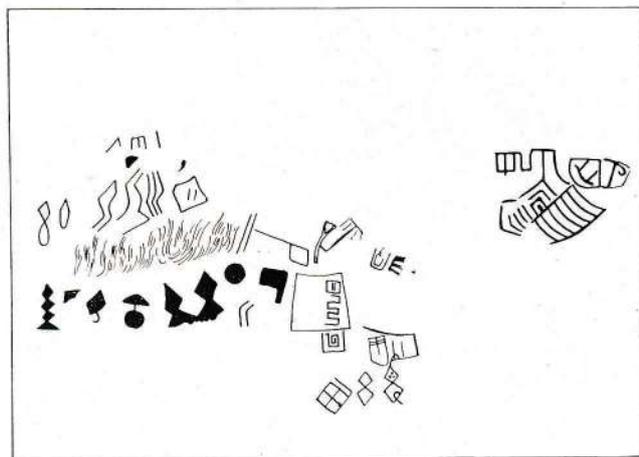
verificación en la materia misma histórica, que proporciona datos empíricos. Lo que caracteriza a una ciencia consiste precisamente en la posibilidad de formular teorías sobre un grupo de fenómenos y son las teorías —no los fenómenos— los que se verifican. La metodología, por otra parte, se ocupa de todos los procesos que tienen que ver con la manipulación de los datos. Se ha hecho énfasis en que la teoría misma requiere apropiarse de la naturaleza especial de los datos históricos y no simplemente constituir abstracciones entresacadas de las otras ciencias sociales.

La otra inquietud, que provenía de sociólogos y economistas, apuntaba al tema althusseriano de la constitución del objeto de una ciencia. ¿Cuál era el objeto de la historia? Si la historia se auxilia con otras ciencias sociales, ¿no quedaba automáticamente confundida con ellas sin delimitar su objeto? Aquí, el razonamiento parece ser el de que la delimitación precisa de un objeto legitima el saber, al menos frente a una clientela universitaria. Nacidas de la coyuntura positivista —o crecidas a su amparo— la economía y la sociología que se cultivan en nuestros medios universitarios quieren guardar celosamente límites que justifican su existencia. Creo haber subrayado que el razonamiento histórico se ha aprovechado ventajosamente de los modelos que proponen estas ciencias. Sin embargo, no podría aplicarlos literalmente sin hacer perder a un período histórico su peculiaridad como tal. El historiador, menos que nadie, puede resbalar por sobre las diferencias históricas, como lo expresa Marx.

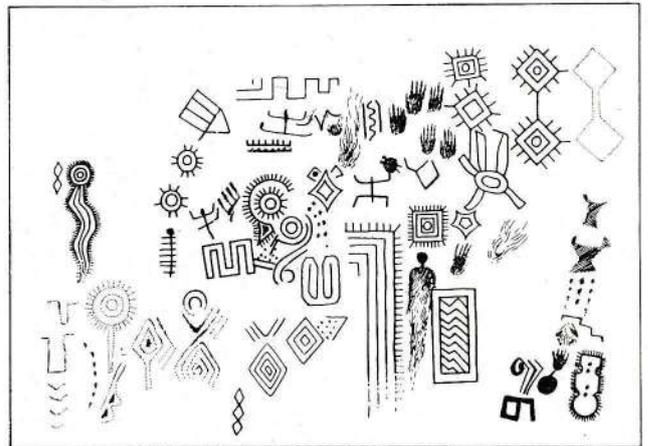
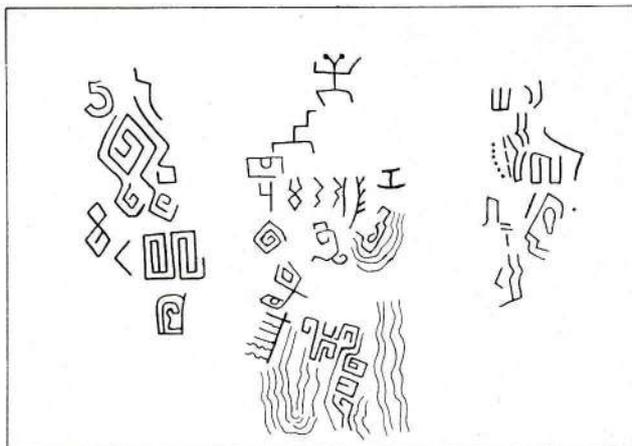
Ante la insistencia un poco irritante de la pregunta, que se formuló varias veces sin que el autor estuviera en capacidad de satisfacer a sus colegas sociólogos y economistas, sólo cabe concluir en que a los historiadores no les preocupa en lo más mínimo (y esto desde 1930, después de la lección de Lucien Febvre) establecer compartimentos estancos entre su disciplina y el resto de las ciencias sociales. Si lo que hacemos es economía, sociología, antropología, etc., enhorabuena. La historia es una disciplina de síntesis y en materia de objetos no se conforma con menos que con la totalidad de lo social dentro de su perspectiva temporal.



Prácticas matemáticas en la sociedad chibcha



alberto gonzález rodríguez



1. GENERALIDADES

La cultura de los chibchas es señalada como la civilización indígena más avanzada que poblaba el actual territorio de Colombia antes del descubrimiento de América. Su organización socio-política correspondía a una forma de "comunidad ampliada" caracterizada por el aglutinamiento de comunidades más simples en la cual unas pocas dominaban a los demás, generándose así grandes transformaciones socio-económicas a través de las relaciones entre dichas comunidades. Este hecho dio origen al surgimiento de un estado centralizado organizado en forma de confederaciones que los españoles llamaban "reinos", siendo las más importantes las de Bacatá, bajo el dominio del Zipa, y otra gobernada por el Zaque con capital en Hunza. La economía era esencialmente agrícola aunque otros sectores económicamente importantes lo fueron la minería y la industria artesanal. Entre los chibchas se sabe que la elaboración de mantas, la producción de sal, la extracción de esmeraldas, así como la confección de enseres de barro y artículos de oro, desempeñaron un papel importante en la aparición de mercados orientados hacia el intercambio de valores de uso. Además de la división del trabajo por sexos, existía una división del trabajo de tipo comunitario, ya que es sabido cómo algunas poblaciones se especializaban en la producción de sal (por ejemplo Nemocón y Zipaquirá) mientras que otras se dedicaban a la extracción de esmeraldas (por ejemplo Somondoco), otras eran artesanas y algunas más fundamentalmente agrícolas. Sin embargo, los chibchas no tuvieron una economía de autosubsistencia y fue así necesario el intercambio con las comunidades vecinas para obtener productos como el oro, el algodón, ciertas piedras preciosas, etc., que eran escasos o inexistentes en su territorio. Finalmente es importante señalar cómo todo el producto general bruto de la sociedad chibcha era consumido por las diferentes "clases" sociales que empezaban a gestarse en su seno, reservando por otra parte cierto excedente para el intercambio con otras comunidades.

De acuerdo con el nivel económico-social de la sociedad chibcha y teniendo en cuenta las necesidades de tipo práctico en la organización de la producción material, es posible inferir algunos de los elementos de tipo técnico-matemático que estas comunidades debían poseer. Así por ejemplo, siendo la agricultura la base primordial para el sustento de la población, es lógico suponer la necesidad de la ordenación del tiempo; en efecto: se necesita en toda economía de base agrícola un calendario más o menos seguro y con cierto grado de precisión astronómica y matemática, al lado de una serie de recursos técnicos mínimos que vayan más allá de la mera observación casual de los fenómenos naturales.

Aparte de lo anterior, las investigaciones etnográficas nos ponen de presente que al alcanzarse cierto nivel de desarrollo social, en las comunidades humanas, aparecen necesidades tales como la de contar objetos, contabilizar impuestos, así como la de desarrollar ciertas técnicas aunque sea de tipo elemental con el fin de medir longitudes y áreas. Por otra parte sabemos que ya la sola presencia de ferias donde se realizaba el intercambio de valores de uso (Turmequé y Somondoco por ejemplo) implica un mínimo de manipulaciones de tipo cambiario, imposibles de realizar sin los rudimentos de la aritmética.

Desgraciadamente la información sobre los aspectos de tipo técnico-matemático que poseía la sociedad chibcha es sumamente dispersa y fragmentaria, pero no obstante lo anterior, intentaremos en este trabajo sistematizar el poco material que se conoce sobre esta materia, y para ello nos iremos a basar en la información que nos han dejado, los cronistas e historiadores posteriores, sobre el comercio, la producción y los tributos en los chibchas. Finalmente haremos un breve resumen acerca del conocimiento que se tiene sobre la numeración chibcha y de la organización de su calendario.

2. IMPLICACIONES DEL COMERCIO Y LA PRODUCCION - LOS TRIBUTOS

a) Comercio y Producción

Uno de los elementos que permiten caracterizar de mejor manera el nivel técnico-matemático de una sociedad es su comercio. Para que se dé el comercio es indispensable que hayan aparecido no sólo la producción organizada de bienes sino la superproducción, y no una superproducción cualquiera sino precisamente una superproducción destinada al cambio. En el caso de los chibchas la superproducción de bienes de uso tales como la de ciertos minerales y productos manufacturados conlleva un comercio más o menos estable con otras comunidades. El comercio que se realiza es personal, es decir, cada productor lleva al lugar de intercambio los productos de su industria sin confiarlos a un intermediario. Es bien sabido que según Fray Pedro Simón, los chibchas eran

"tan sutiles en sus tratos, que no había indio que los igualara, con ser en las demás cosas de tan ofuscados ingenios, eran grandes logrereros, pues si para el tiempo que fiaban sus mercancías no se les acudía con la paga, era ley que cuantas lunas pasasen del tiempo señalado, fuese creciendo la deuda por mitades, con que muchas veces venía a hacer el número de la deuda crecidísimo sobre lo que valía lo que la había contraído".

Vemos aquí la utilización corriente de un interés que benévolamente llamaríamos de usura y además es de suponer que por ser los indígenas "grandes y astutos traficantes" hubiesen desarrollado ciertas técnicas de contabilidad. A este respecto dice Guillermo Hernández Rodríguez:

"En el trueque debieron emplear los indios su sistema numérico para contar unidades intercambiadas".

Y en efecto, es sabido que al realizar las transacciones de sus artículos, las cuentas las efectuaban con rapidez y que por lo demás eran exactos, lo que nos indica el hábil manejo que hacían de la aritmética elemental.

Los cronistas e historiadores siguientes han destacado con cierto interés la existencia de discos de oro en los pueblos chibchas, suponiendo que se trataba de una moneda en el sentido moderno de la palabra. Realmente, el oro entre los chibchas era un producto que se intercambiaba como el maíz o las mantas por ejemplo, su presentación en discos pare-

ce ser más bien una forma para su conservación y traslado fácil. Basta una somera comparación de las condiciones sociales entre los chibchas y la apreciación de lo que implica la moneda en las sociedades modernas. El mismo carácter directo de las relaciones de cambio entre productores y la escasez de una producción en gran escala, son condiciones determinantes para que entre los chibchas se impidiera el surgimiento de una medida universal del valor. En síntesis, no puede admitirse que ellos conocieran una moneda en el sentido en el que la conocemos hoy en día, es decir como símbolo metálico que no tenga más, valor que el valor de cambio. De nuevo es Fray Pedro Simón el que nos da ciertos detalles de interés sobre la elaboración de estas piezas:

“nunca usaron de peso para el oro ni otra cosa, pues sólo para entenderse en el oro fundido, que eran unos tejuelos redondos hechos en los moldes que tenían para ello, y era su moneda, aunque sin ninguna señal y por eso común a todas las provincias, pues no miraban más que el valor intrínseco; usaban medidas de las coyunturas de los dedos de la mano por la parte de dentro, de manera que la circunferencia del tejuelo había de llegar ambas dos rayas de las coyunturas, y para los que eran mayores en tratos de mayor cuantía, unas hebras de algodón con que daban vuelta a la circunferencia del tejuelo y a todo su ancho; no conocían moneda de otro metal que de oro, si bien les sucedía de ordinario cuando les faltaba éste, tratar unas cosas por otras”.

b) *Los tributos*

Siempre fueron las finanzas el elemento indispensable para la subsistencia de los estados y los chibchas no fueron la excepción, aunque los tributos recogidos por el poder central no consistieron en numerario metálico en el sentido de moneda sino en forma de especie y prestación de servicios.

Desgraciadamente no hay noticias de los empleos principales que tenía el Zipa a su servicio, sólo se sabe que entre ellos había un contador y un tesoro.

En cuanto al sistema de impuestos existía un procedimiento según el cual cada súbdito debía pagar varias veces al año un tributo determinado llamado “tamza” que consistía en mantas y oro fundido en forma de tejuelos; cuando el contribuyente no cumplía con su obligación en el plazo prescrito, le enviaban con un criado un leoncillo u otro animal salvaje, que el primero amarraba a la puerta de su casa. El deudor tenía que mantener al criado y al animal, dando de comer al último: tórtolas, curies y aves pequeñas; estaba además obligado a entregar cada día una manta de algodón. El indígena que llegaba a verse en tal situación hacía los mayores esfuerzos por pagar.

En cuanto a la administración de las minas se sabe que sin duda se necesitaba un contingente humano de cierta complejidad, con técnicas de control adecuadas de las que desgraciadamente nada sabemos. No obstante respecto a los sistemas de medidas es sabido que tenían como medida de longitud el jeme (guyhyn), el palmo (iana), la brazada (pcuacua) y

el paso (gata) y como medida de capacidad para los granos el aba, que era posiblemente la misma cajeta que aún se usa en algunos mercados de Cundinamarca.

3. EL SISTEMA DE NUMERACION CHIBCHA

Lo poco que se conoce de la aritmética que empleaban los chibchas, lo debemos a las informaciones dejadas por el clérigo santafereño José Domingo Duquesne (1748-1822) depositario de las últimas tradiciones indígenas y que, gracias al contacto estrecho con sus feligreses, recogió con mucho interés datos muy valiosos referentes a la historia y a las prácticas de conteo ya casi extinguidas en su tiempo, que poseían los antiguos pobladores de la Sabana de Bogotá. Así fue como Duquesne nos dejó datos sobre el sistema numérico que empleaban los chibchas, algunos elementos sobre la gramática de su lengua y también informaciones sobre el calendario utilizado. Gran parte de sus investigaciones fueron utilizadas por Humboldt en sus estudios sobre la civilización Chibcha.

En un artículo publicado en 1795 en el “Papel Periódico Ilustrado” se refiere Duquesne al sistema de numeración chibcha. Dice textualmente en sus aparatos principales:

“Los moscas contaban por los dedos, esto significa el verbo “zegitisuca” cuya raíz es “igiti”, dedo. Sólo tienen nombres propios para diez, en concluyendo con ellos pasaban de las manos a los pies, entreponiendo a cada uno la palabra “quihicha” que significa el pie: “quihicha ata” el uno del pie u once; “quihicha bosa”, doce, etc.

El número 20, expresado por la palabra “gueta” casa y sementera, en que encerraban todos los bienes y felicidades de esta nación, era un total completo que cerraba todas las cuentas.

Concluido un 20 pasaban a otro, que parece de la misma especie al que llamaban “gueta bosa”, dos veintes, “gueta mica”, tres veintes, y de esta manera unían los unos con los otros hasta completar un veinte de veintes, y así en todo lo demás. Estos mismos números empleaban en sus medidas: “iana”, el palmo que era la menor, y “pcuacua”, la brazada que era la mayor, y para el suelo se gobernaban por el paso, “gata”, al que regulaban por la misma numeración encerrándose en esto toda la aritmética que necesitaban para su comercio, agricultura, casas, labranzas, etc.”.

Liborio Zerda en su libro “El Dorado” afirma que:

“esta nación contaba principalmente con los dedos de las manos y no solamente tenían los diez números dígitos como base fundamental de su numeración sino que para estos diez números usaban nombres de una etimología muy variada e importante y además los representaban con símbolos especiales”.

Por otra parte Humboldt en su memoria sobre los “Monumentos de los indios Muisca” escrita en 1801 y a la cual nos referimos más adelante dice:

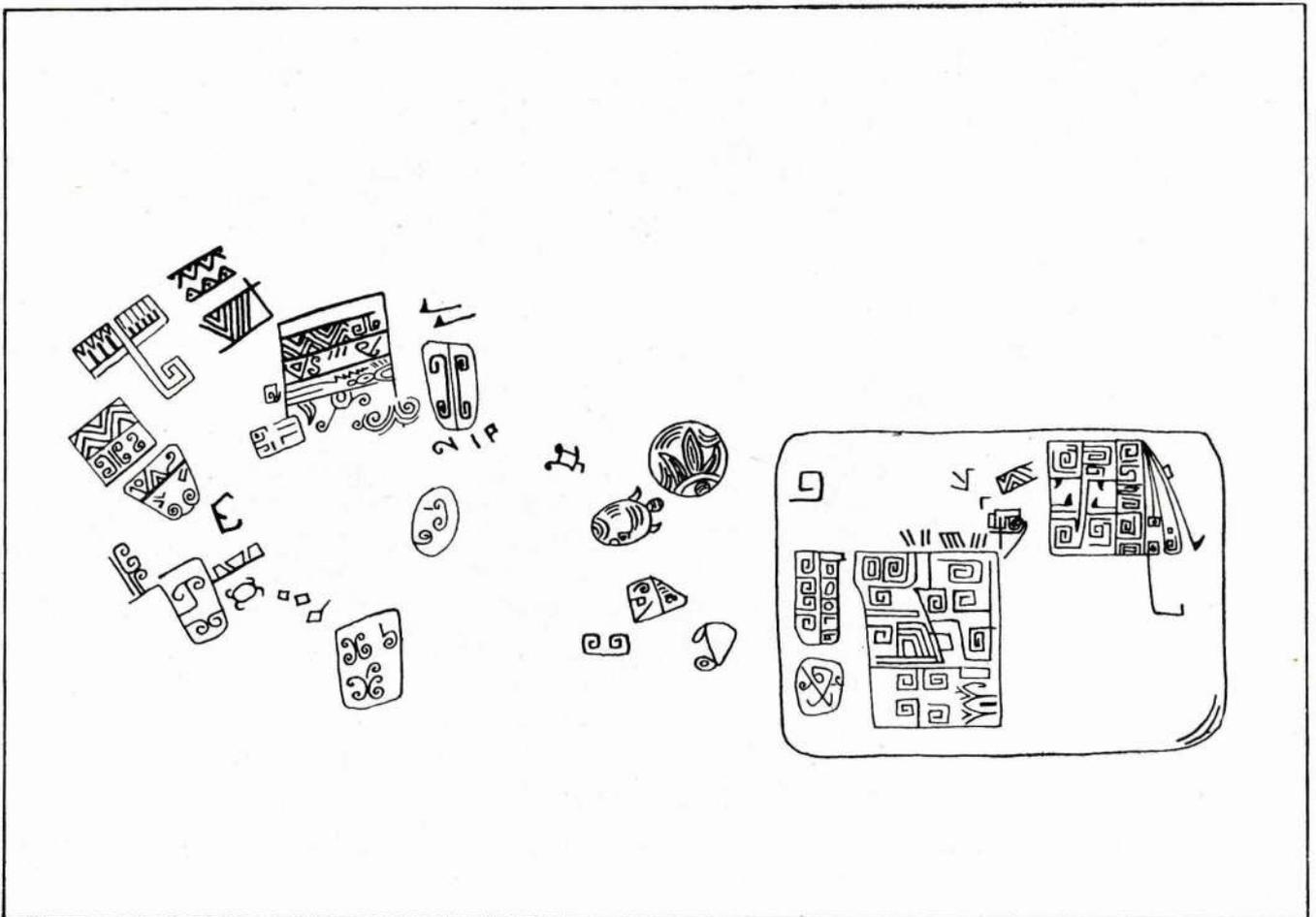
“Los números son en lengua chibcha, los siguientes: 1, ata; 2, bozha o bosa; 3, mica; 4, mhuyca o muyhica; 5, hicsca o hisca; 6, ta; 7, ghuppa o cuhupqa; 8, shusha o suhusa; 9, aca; 10, hubchibica o ubchihica. Estos diez primeros números se escogieron como términos de las series periódicas que designaban las divisiones grandes y pequeñas del tiempo. Los Muisca al pasar de estas cifras añadían a cada una de ellas la voz quihicha o qhicha que significa pie; diciendo 11, 12, 13, pie uno, pie dos, pie tres o sea: quihicha ata, quihicha bosa, quihicha mica, etc., expresiones sencillas que vienen a mostrarnos el método de contar por los dedos de los pies cuando se acabaron los de las manos.

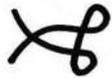
También juega gran papel el 20 en la numeración americana, como hemos visto al hablar del calendario de raza mejicana, cifra que componen los dedos de todas las extremidades. En lengua chibcha, 20 es pie diez o quihicha ubchihica y también gueta que se deriva de gue: casa 21 guetas asaqui ata; 22, guetas asaqui bosa, 23, guetas asaqui mica, etc., hasta 30 o 20 más (asaqui) 10 guetas

asaqui ubchihica, 40 o dos 20, gue-bosa, 60 o tres 20, gue-mica, 80 o cuatro 20, gue-muyhica, 100 o cinco 20 gue-hisca”.

Este sistema, que era por lo visto una superposición del sistema decimal y del vigesimal, es similar como dice Humboldt a otros sistemas de numeración utilizados en América. De paso es bueno anotar que las superposiciones de diversos sistemas de numeración no son raras en la historia, bástenos recordar el sistema romano en que aparecen vestigios de un sistema quinario al que se le ha superpuesto el sistema decimal, y aún en ciertas lenguas vivas se expresan similares fenómenos; así el francés conserva recuerdos del sistema vigesimal de los antiguos galos diciéndose por ejemplo: quatre vingt treize para designar 83.

A continuación doy un resumen de la simbología y el significado de los nombres de los números del uno al diez que utilizaban los chibchas. Para hacer este cuadro me he basado en las anotaciones que Duquesne, Liborio Zerda y Humboldt, hicieron en las obras ya mencionadas. (Ver cuadro en la pág. 45).



<i>Símbolo</i>	<i>Número</i>	<i>Nombre</i>	<i>Significado</i>	<i>Representación</i>
	1	ATA	—otra cosa - aproximación de las aguas	rana en acción de brincar
	2	BOSA	—alrededor - cercado alrededor de la sementera	unas narices, o parte del disco lunar
	3	MICA	—cosa varia - variación de las fases de la luna, también: escoger, hallar, buscar: indicaban la elección que se hacía de las semillas para la siembra.	dos ojos abiertos, o parte del disco lunar
	4	MUYHICA	—cosa negra - cielo nublado y oscuro	dos ojos cerrados
	5	HISCA	—echarse uno sobre otro - conjunción en cuyo tiempo celebraban las nupcias el sol y la luna	dos figuras unidas
	6	TA	—cosecha - al sexto mes de la siembra se coje la cosecha	el palo y la cuerda con que formaban el círculo de sus casas
	7	CUHUPEVA	—sordo - los graneros tienen la forma de oreja o caracol	dos orejas tapadas
	8	SUHUSA	—cola, rabo - mes que viene al fin de las sementeras.	el palo y la cuerda
	9	ACA	—bienes - el mayor de los bienes es la cosecha abundante	rana de cuya cola empieza a formarse otra
	10	UBCHIHICA	—luna brillante - plenilunio, alusión a fiestas y convites	una oreja
	20	GUETA	—casa, sementera - reposo, abundancia, felicidad.	sapo echado

Obsérvese la clara alusión a las fases de la luna o a las actividades del hombre en relación con la naturaleza.

Más adelante veremos cómo estos mismos nombres y figuras servían para representar los meses del año en el calendario chibcha. El papel casi mágico que desempeñaba el número 20 se pone de relieve en actividades comunes que no implicaban directamente cálculos numéricos. Duquesne a este respecto dice que:

“Cuando denunciaban la guerra asistían por 20 días seguidos en el campo, cantando y alegrándose con la esperanza de la victoria, y si perdían la batalla permanecían en el mismo campo otros 20 días llorando y lamentando su negra y desdichada fortuna. Se dice que el Zipa Nemequene y el Zaque Michua ajustaron una solemne tregua de 20 lunas; y que el misterioso sueño de su memorable Bochica duró en su fantasía veinte veces cinco veintes de años, todo lo cual nos confirma en la idea de su modo de contar que llevamos insinuando, para que no se juzgue que procedemos voluntariamente en estas imputaciones”.

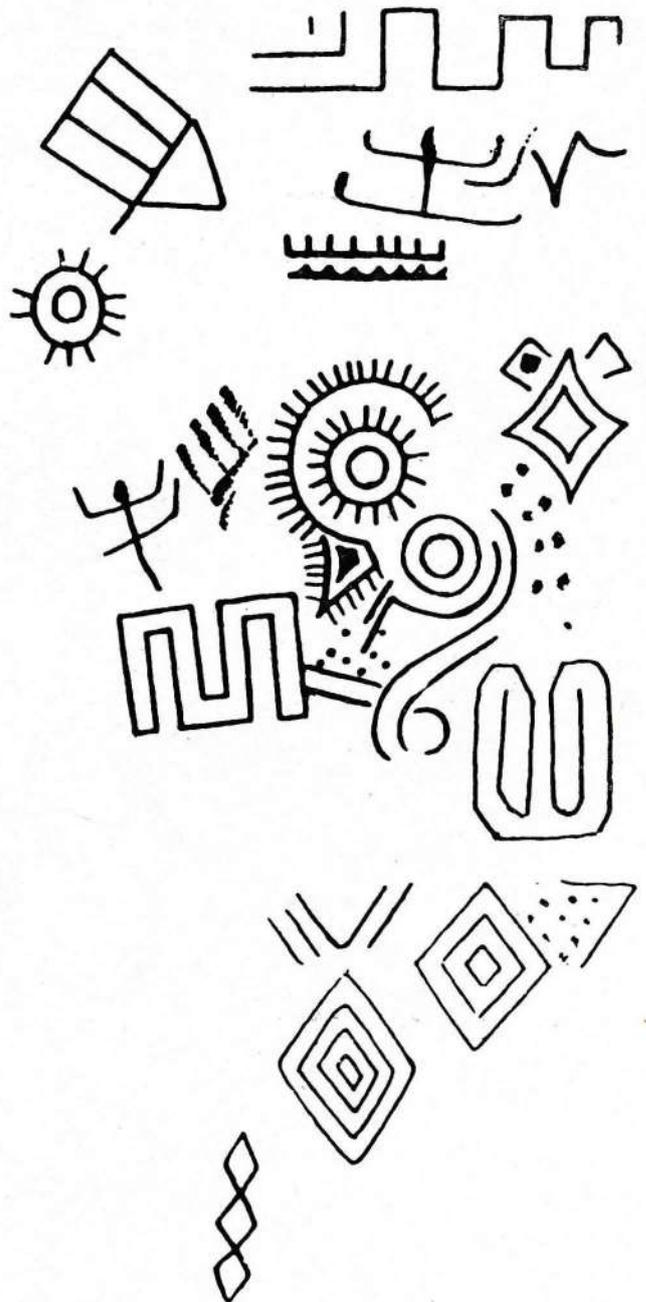
Finalmente es interesante ver el modo como los chibchas llevaban sus cuentas en relación a las deudas; sobre este punto Duquesne afirma lo siguiente:

“El método que tenían de llevar estas cuentas es el siguiente: representaban, por ejemplo, diez sujetos que debían una determinada cantidad, en diez líneas, y al pie de la línea ponían la cantidad pagada, por donde se conocía lo que quedaba restando, hasta enterar todo el débito que quedaba señalando con el carácter correspondiente a “gueta”, que en esta su aritmética es (según parece) no sólo 20, sino una cifra igual a cualesquiera totales. Estos caracteres, en mi modo de pensar, ilustran mucho la historia como veremos más adelante”.

4. EL CALENDARIO CHIBCHA

Los únicos datos seguros que se poseen acerca del calendario Chibcha son debidos a José Domingo Duquesne: conocedor directo de un notable documento sobre la materia, consistente en una piedra que contenía los signos jeroglíficos del calendario lunar. Debido a la confianza que logró establecer con los directos descendientes de los antiguos pobladores de la sabana de Bogotá, pudo adquirir Duquesne una de las piedras esculpidas, a través de la cual según Humboldt “regulaban el tiempo los sacerdotes muisca, aprendiendo a conocer los jeroglíficos simples que a la vez designaban los números y los días lunares”. En 1801 el botánico José Celestino Mutis hizo llegar a Humboldt la memoria de Duquesne titulada “Disertación sobre el calendario de los Muisca, indios naturales del Nuevo Reino de Granada”. Es así como la síntesis de las investigaciones de Duquesne y algunas otras relativas a la analogía entre el calendario muisca y los calendarios de otras civilizaciones las consignó Humboldt en su escrito ya mencionado “Monumentos de los Indios Muisca”.

Se sabe que los chibchas dividían el día en cuatro partes: con *sua - mena*, designaban la parte del día



que iba desde la salida del sol hasta medio día, con *sua - meca* desde el medio día hasta la puesta del sol, la palabra *zasca* designaba el tiempo que transcurría entre la puesta del sol hasta la media noche y finalmente *caguí* era el nombre dado a la parte que iba entre la media noche y la nueva salida del sol. La voz *sua* significaba día y usaban la palabra *za* para la noche. Es interesante observar que la palabra *sua* o *zuhé* designaba a la vez en chibcha el día y el sol y que *sua*, sobrenombre de Bochica se derivó de la palabra *sue* con que se designaba al hombre blanco (Españoles: ¿hijos del sol?).

Los chibchas tenían semanas de tres días. El primero de estos períodos de tres días lo dedicaban a un gran mercado que se celebraba en Turmequé.

El año llamado *zocam* se distribuía en lunas (meses) y dice Humboldt que:

“Veinte de éstas componían el año civil común, conteniendo treinta y siete el de los sacerdotes y veinte de estos grandes años el ciclo muisca”.

Aparte de estas dos formas de *zocams* tenían un año rural que se contaba de una estación lluviosa a otra y que tenía 12 ó 13 lunas.

Para distinguir los días lunares, las lunas y los años, se empleaban series periódicas de diez términos; estos términos eran designados con las mismas palabras empleadas para nombrar los números.

En resumen: el mes o luna (llamado *suná*) de los chibchas estaba dividido en 10 semanas de tres días cada una, y estos días eran nombrados con los nombres de los números del uno al diez.

Días lunares del *suná* de los muiscas, divididos en diez semanas de tres.



Primera Semana	{	ata bosa mica
Segunda Semana	{	muyhica hisca ta
Tercera Semana	{	chuhupqua - Ultimo cuarto suhuza aca
Cuarta Semana	{	ubchihica ata bosa
Quinta Semana	{	mica muyhica hisca - Conjunción
Sexta Semana	{	ta chuhupqua suhuza
Séptima Semana	{	aca ubchihica ata
Octava Semana	{	bosa mica - Primer cuarto muyhica

Novena Semana	{	hisca ta chuhupqua
Décima Semana	{	shuza aca ubchihica - Plenilunio

Como el año civil o *zocam* lo componían veinte lunas o *sunas* se comprende que no es un año estrictamente hablando, sino un *ciclo*, ya que un año supone la vuelta de un astro al punto de donde había partido.

Tanto el *zocam* como el gran ciclo de los veinte años deben su origen a la preferencia que daban los chibchas al número 20 o *gueta* y que recordemos se fundamenta en el modo como los aborígenes contaban.

Conviene anotar que para los distintos *sunas* o meses no usaban nombres especiales sino que los mismos nombres de los números servían para designarlos. Así pues, el nombre *ata* designaba tanto el nombre de un día como el de un mes. A este respecto Humboldt dice:

“Los habitantes de Cundinamarca no contaban, en sus tres calendarios rural, civil y religioso hasta doce, veinte o treinta y siete, sino que empleaban para los *sunas*, como para los días de una misma luna los diez primeros números solamente y sus jeroglíficos. Así el primer mes del segundo año agrícola iba precedido por el signo mica, tres; el tercer mes del tercer año por el signo cuhupqua, siete y así los demás. Esta predilección hacía las series periódicas y la existencia de un ciclo de sesenta años que equivale a las setecientas cuarenta *sunas* contenidas en el ciclo de veinte años religiosos, parecen revelar el origen tártaro de los pueblos del Nuevo Continente”.

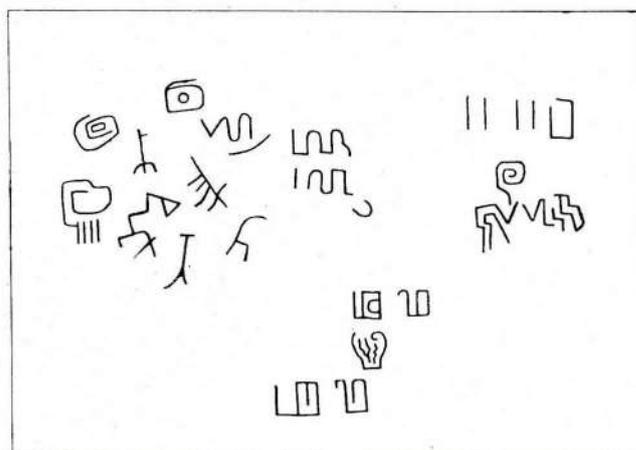
Como se había podido observar este calendario está muy lejos de ser perfecto y es sabido que para remediar las imperfecciones del mismo, los chibchas tenían que intercalar *sunas* o partes de *sunas* de un modo bastante arbitrario. Dice Humboldt que:

“la imperfección del calendario de los chibchas debe atribuírse al uso de los números, cuya serie tiene dos términos menos que lunas el año rural; y por esto... la recolección, caía cada año en un mes de distinta denominación”.

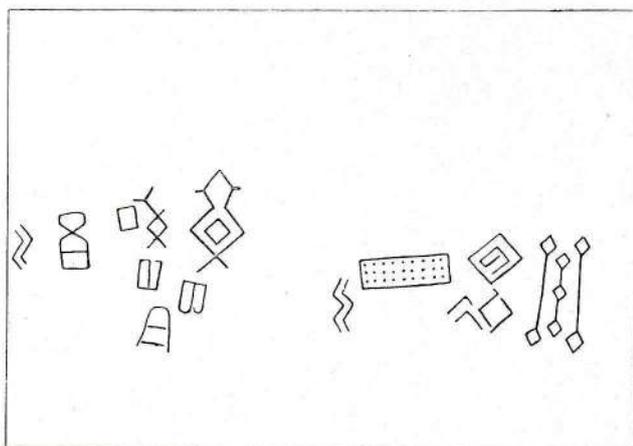
Para finalizar estas notas se dan a continuación las tres formas de *zocams* del calendario chibcha, donde se ven claramente los problemas que se mencionan, pudiéndose notar la inserción de meses y años embolísmicos.

TRES FORMAS DE ZOCAMS DEL CALENDARIO DE LOS MUISCAS

Años Rurales de 12 y 13 lunas	Años Sacerdotales de 37 lunas	Años Vulgares de 20 lunas
I. Ata	I. Ata	I. Ata
1	1	1
2	Bosa	2
3	Mica	3
4	Muyhica	4



	5	Hisca	5		5
	6	Ta	6	Recolección	6
Año común	7	Cuhupqua	7		7
	8	Suhuza	8		8
	9	Aca	9		9
	10	Ubchihica	10		10
	11	Ata	11		11
	12	Boza	12		12
<hr/>					
II. Mica	1	Mica	13		13
	2	Muyhica	14		14
	3	Hisca	15		15
	4	Ta	16		16
	5	Cuhupqua	17		17
	6	Suhuza	18	Recolección	18
Año común	7	Aca	19		19
	8	Ubchihica	20		20
<hr/>					
	9	Ata	21	II. Ata	1
	10	Bosa	22		2
	11	Mica	23		3
	12	Muyhica	24		4
III. Hisca	1	Hisca	25		5
	2	Ta	26		6
	3	Cuhupqua	27		7
	4	Suhuza	28		8
	5	Aca	29		9
	6	Ubchihica	30	Recolección	10
Año Em- bolístico	7	Ata	31		11
	8	Bosa	32		12
	9	Mica	33		13
	10	Muyhica	34		14
	11	Hisca	35		15
	12	Ta	36		16
Mes sordo	13	Cuhupqua	37	Mes em- bolístico	17
<hr/>					
IV. Suhuza	1	II. Suhuza	1		18
	2	Aca	2		19
	3	Ubchihica	3		20
<hr/>					
	4	Ata	4	III. Ata	1



BIBLIOGRAFIA

1. Pérez Arbeláez Enrique: "Alejandro de Humboldt en Colombia". Ed. Ecopetrol. Iqueima. Bogotá, 1959.
2. Zerda Libardo: "El Dorado" Tomos I y II. Biblioteca Banco Popular. Bogotá, 1972.
3. Guisletti Louis V.: "Los Mwiskas - una gran civilización precolombina". Tomo II. Ministerio de Educación Nacional. Ediciones de la Revista Bolívar. Bogotá, 1954.
4. Hernández Rodríguez Guillermo: "De los Chibchas a la colonia y a la República". Biblioteca Básica Colombiana. Instituto Colombiano de Cultura, Bogotá, 1975.
5. Tovar Hermes: "Notas sobre el modo de Producción Precolombino". Aquelarre. Bogotá, 1974.
6. Acevedo Latorre Eduardo: "Los números en el Imperio Chibcha". Revista "Colombia", órgano de la Contraloría General de la República. Año I. Agosto - Septiembre 1944. Números 8 y 9. Bogotá.

clima, habitat, proteínas, guerras y sociedades colombianas del siglo XVI

jaime arocha

Este ensayo contiene una propuesta para explicar por qué en los cacicazgos del valle del Cauca se guerreaba inter y extratribalmente con intensidad, mientras que las gentes de la llanura caribe vivían en estado de relativa paz. Se exploran posibles determinantes ecológicos, demográficos, tecnológicos y económicos de la guerra en ambas regiones y las consecuencias del "diálogo" entre sistemas ecoculturales diferentes en la evolución sociopolítica de sus formaciones sociales. [Análisis de sistemas, ecología cultural, etnohistoria, difusionismo, materialismo cultural].

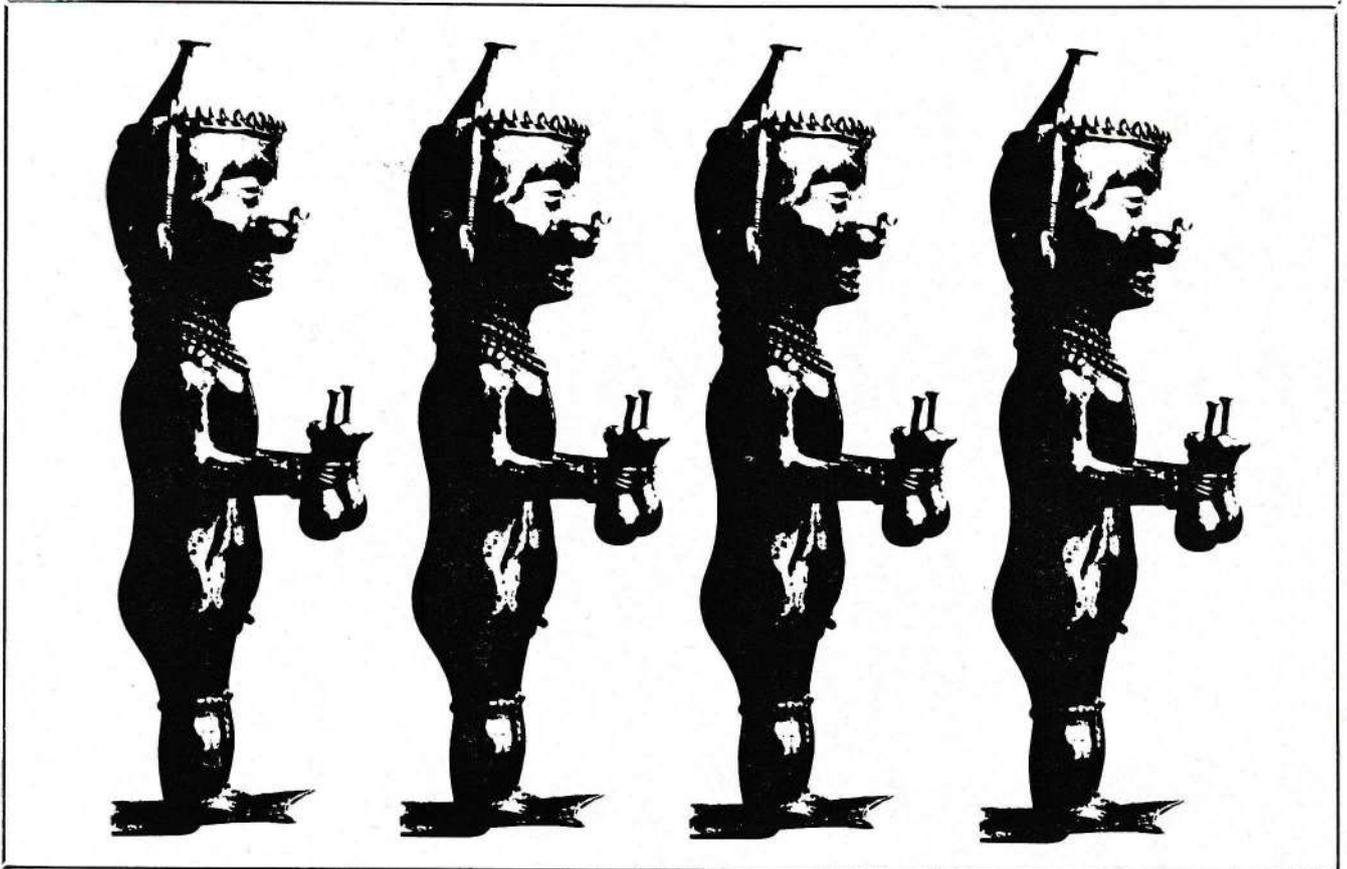
I. INTRODUCCION

La mayoría de los antropólogos interesados en Colombia han enfatizado la importancia de su posición y características geográficas en relación a problemas de aislamiento cultural, de migraciones tardías del Pleistoceno y de situación de contacto cultural con Mesoamérica y los Andes centrales. Algunos estudiosos (Bennett 1944: 823-825; Reichel-Dolmatoff 1965: 7, 18) han insistido en la importancia de analizar la interacción entre cultura y habitat al considerar tales particularidades colombianas como la altitud de las cordilleras, la longitud de los valles, la densidad de los bosques y la coexistencia de culturas de selva tropical con cacicazgos subandinos.

A pesar de reconocer la importancia de los factores ecológicos en la evolución cultural, casi todos los especialistas en Colombia se han concentrado en la producción de esquemas difusionistas que usan métodos inductivos y observación detallada. Las explicaciones basadas en factores materiales —ecológicos,

demográficos, tecnológicos y económicos— han sido relegadas a un plano insignificante. Reichel-Dolmatoff, por ejemplo, explica el canibalismo y las características estilísticas de Momil en términos de influencias mesoamericanizantes (1965: 77-79), y añade que los materiales del Mataje (300 AC y 250 AC), como todos los desarrollos contemporáneos del valle del Cauca, se derivaron del "occidente de México... donde se han obtenido fechas de radiocarbón de, aproximadamente, 250 AC para una fase tardía de tumbas y figuras antropomorfas" (Ibid.: 114-115). Duque Gómez se une a Reichel cuando argumenta que los Tairona, como casi todas las culturas del noreste, también tenían sus raíces en Mesoamérica (Duque Gómez 1966: 461-502; Reichel - Dolmatoff 1965: 148, 149).

Me parece que estos y otros estudiosos al trazar las conexiones precisas, se olvidan de la interacción entre cultura y medioambiente físico, se concentran en las características estilísticas y no responden cómo una cultura acepta y retiene un rasgo difundido de otra área. Me propongo en este trabajo ofrecer una "primera aproximación" para corregir este problema. Trataré de explicar porqué "rasgos mesoamericanos" como la guerra inter y extratribal, el canibalismo y la agricultura intensiva no fueron igualmente asimilados por las formaciones sociales del valle del Cauca y la llanura caribe. Para ello analizaré el papel desempeñado por el tamaño y la densidad de la población, las variaciones climáticas, el habitat, la disponibilidad de proteínas animales y las clases de intercambio que se daban entre los diferentes sistemas ecoculturales. Paralelamente propondré una interpretación hipotética sobre las diferencias en la evolución



de las estructuras sociopolíticas del occidente y del norte de Colombia, que existían al tiempo de la Conquista ⁽¹⁾.

II. MODELOS ECOLOGICOS

El análisis que hace Reichel-Dolmatoff (1961) acerca del papel desempeñado por el medioambiente geográfico en el desarrollo de los cacicazgos subandinos se enmarca dentro de los que Vayda y Rappaport (1968: 479, 480) llaman "posibilismo". Reichel no define con exactitud las funciones del habitat y del biome: gracias a la variación ecológica, los cacicazgos gozaban de gran diversidad de cosechas, pero no sabemos cómo fue que la ecología afectó el desarrollo agrícola de los Tairona y los Muisca (ibid.: 85, 87, 88), o si —para éstas y otras sociedades— prevaleció la distribución microambiental sobre el

prestigio, la organización social, la antropofagia, la guerra y la tecnología. Descarta estos rasgos, pero en especial el canibalismo y la guerra como disfuncionales para las diferentes economías (ibid.: 88, 89).

En contraste con la posición anterior, me moveré en un espacio teórico definido por los siguientes puntos:

1) "Tecnologías similares empleadas en medioambientes similares tienden a producir ordenamientos similares de trabajo, producción y distribución, y éstos a su vez requieren grupos sociales similares que justifican y coordinan sus actividades por medio de sistemas similares de valores y creencias" (Harris 1968: 4).

2) La cantidad y tipo de rasgos de una cultura dada pueden originarse por difusión o historia cultural, pero la selección y retención de un conjunto de características culturales depende de la interacción de un grupo humano con su ecosistema (Vayda y Rappaport 1968: 486).

3) La interacción entre variables ecológicas y culturales se ve regulada por mecanismos que tienden a mantenerlas dentro de rangos conducentes a la supervivencia o expansión de las poblaciones humanas (Collins 1965: 272).

4) Una vez que los sistemas de interacción entre cultura y ecología se ponen en "...movimiento [tienden] a autorregularse a tal punto que no permiten necesariamente el rechazo o aceptación de nue-

1. Las ideas básicas a este trabajo se remontan al seminario sobre etnología de Colombia dirigido por Reichel-Dolmatoff en 1964. Aunque este ensayo es crítico de ese antropólogo, sin su inspiración posiblemente no hubiera sido escrito y presentado al arqueólogo E. P. Lanning en 1969. En 1971 recibí los trabajos de Thomas Schorr (1970a, 1970b) sobre algunos de los temas aquí tratados; contienen posiciones similares a las que yo asumo, pero ni unas ni otras resultaron de consulta mutua, sino probablemente de entrenamientos similares. Esta versión se ha beneficiado con los comentarios críticos de Nina S. de Friedemann.

vos rasgos culturales. Una vez un sistema se ha movido en cierta dirección, [tiende] a limitar el rango de los movimientos que posiblemente puede realizar cuando llega al siguiente punto crítico de transformación" (Adams 1968: 1189).

5) "La cultura es tan importante para desviar estos sistemas como el individuo para transformar su cultura" (ibid.) (2).

Vayda (1961) ha aplicado estos conceptos al análisis de las diferencias en los patrones de guerra entre los Maori de Nueva Zelandia y los Ibo de Sarawak (N. Borneo). Considera que entre agricultores de roza, la guerra no sólo es función de las necesidades de solidaridad del grupo social, sino de factores como el balance sexual de la población, la reproducción de poblaciones relativamente estables dentro de territorios limitados y la prevención del crecimiento demográfico más allá de la capacidad sustentadora del ecosistema (ibid.: 347). Harris 1971: 226-234 y 1975 amplía este tipo de explicaciones aún más, hasta documentar ampliamente cómo la guerra en grupos de tecnologías rudimentarias se convierte en un sistema eficaz de control y redistribución de población y que evita catástrofes o sufrimientos largos y de mayor impacto, pero que es "una solución deficiente a un problema difícil" (ibid.: 229), posición que comparto enteramente.

Entre los Maori el estado de guerra intertribal y extratribal continuo parece haber sido función de la expansión territorial y la tecnología ineficiente. Ocupaban un territorio montañoso donde la movilidad se dificultaba. Sus herramientas de madera hacían difícil la tala de bosques vírgenes. Para el siglo XVIII sus tribus se dividían en grupos consanguíneos con ancestros tribales comunes, llamados *hapus*. Estos constituían la unidad de cooperación; la cercanía de parientes facilitaba el desarrollo de actividades subsistenciales y de defensa de cada *hapu*. La tecnología hacía que la expansión por conquista fuera más económica que "tumbar monte". Trataban de conquistar territorios aledaños a las tierras originales para asegurar la cooperación y protección de los parientes consanguíneos. Irse a tierras vírgenes implicaba invertir en trabajadores y privarse de la seguridad de los parientes. Si un grupo A desplazaba a B, B tenía que desplazar a C, y así hasta llegar a N, grupo que se veía forzado a talar selva virgen. En muchas ocasiones el número de muertos era tal que el enemigo quedaba incorporado al grupo del vencedor (Vayda 1961: 348-350).

Los Ibo sólo guerreaban extratribalmente. Dispersos por un territorio plano, a lo largo de ríos navegables, se desplazaban con facilidad, a pesar de las grandes distancias entre las comunidades. La movilidad era importante para ellos; los jóvenes viajaban durante seis semanas al año; todos hacían largos viajes de caza y pesca cuando disminuía el trabajo agrí-

cola. De esta manera se familiarizaban con la selva virgen, a la cual emigraban cuando la capacidad sustentadora del territorio original disminuía más allá de las márgenes tolerables, y si los nuevos terrenos ofrecían buena cacería, pesca y facilidades de movimiento. Sólo guerreaban extratribalmente si habían grupos que poseían territorios con las características valuadas por los Ibo (ibid.: 351-355).

Mostraré que hay paralelismos entre el primer modelo y la situación de grupos que los españoles encontraron en el occidente colombiano, y entre el segundo y las sociedades que habitaban el norte del país para los comienzos del siglo XVI.



Localización de algunas sociedades colombianas en el siglo XVI.

A. Cacicazgos del Valle del Cauca

Al estudiar la información sobre la guerra intertribal y extratribal de los cacicazgos del valle del Cauca es posible observar que este fenómeno fue persistente y que su persistencia no se explica por la influencia de Mesoamérica o por la forma como se adquiría prestigio social. La guerra cumplía funciones importantes en la regulación de ecosistemas en los cuales (1) la expansión se hacía difícil por la complejidad de la topografía, (2) existía un suministro bajo de proteínas animales, (3) la capacidad sustentadora cambiaba bruscamente porque la agricultura dependía de la precipitación y (4) la similitud de éstos dificultaba la generación de estructuras que no se basaran en el parentesco, capaces de facilitar la adopción de agricultura intensiva.

El área considerada está entre los vértices de las cordilleras Occidental y Central. Se extiende desde

2. Creo que las afirmaciones 2, 3, 4 y 5 pierden validez a medida que el modernismo de una sociedad aumenta. De acuerdo a Berger et al. (1973: 9) "[La] modernización consiste en la expansión y difusión de un conjunto de instituciones arraigadas en la transformación de la economía por medio de la tecnología". De esas instituciones la más importante es la burocracia.

Cali en el sur hasta las cabeceras de los ríos Sinú y San Jorge en el norte. El río Cauca emerge "del valle ancho y profundo de la región de Armenia y fluye... a través de cañones profundos y valles angostos, con multitud de ríos que descienden de las cordilleras... Esta región es predominantemente montañosa con pequeñas mesetas, terrazas, colinas, picos, pendientes y depresiones...". (Hernández de Alba 1948 a: 297). Las altitudes del área oscilan entre los 205 metros y los 5.590 metros sobre el nivel del mar, con temperaturas de 0°C a 27°C (ibid.).

Parece que durante el siglo XVI el piso térmico bajo era más húmedo, pantanoso, insalubre y de vegetación más frondosa de lo que es ahora. Sólo los Gorrón cultivaban ese piso. El que está entre los 1.200 y los 2.500 metros sobre el nivel del mar, con temperaturas de 17°C a 24°C era preferido por la casi totalidad de las tribus, aunque algunas cultivaban entre los 2.500 m y los 3.000 m. No habían asentamientos en los pisos más altos (ibid.: 298, 299; Friede 1963: 13-15; Restrepo Tirado 1929).

La economía del occidente colombiano se basaba en la agricultura extensiva (dependiente de la precipitación, se valía de la quema y utilizaba tecnología poco sofisticada, pero permitía periodos de ocupación más largos que la de roza de la selva tropical), pesca, cacería, minería y comercio. Se cultivaba maíz, yuca, frijón, papa, banano, guayaba, aguacate, algodón y coca (Hernández de Alba 1948a: 303, 304). No todos los grupos eran pescadores y cazadores. Los Gorrón eran especialistas en la pesca que practicaban en estanques artificiales; el pescado era ahumado para exportación en la época lluviosa. Con los Lile, cazaban venado, guatínaja y pájaros, y vendían las carnes (ibid.). En menor escala las tribus de la parte septentrional del valle cazaban y comerciaban con la carne de venados, iguanas, tortugas, pecaríes, nutrias, pavos y patos (ibid.: 315; Cieza 1862: 362, 363). Los últimos grupos eran dueños de las mejores minas de oro de la región y exportaban el mineral a otras tribus del valle, a los Tairona y a los Muisca. Eran excelentes orfebres. El comercio era básico a todas estas economías; el oro, la sal, las telas de algodón, los animales y los esclavos eran llevados por grupos de comerciantes a mercados como Buriticá e Ituango (Trimborn 1949: 174, 187, 191).

Las tribus del valle del Cauca estaban organizadas en cacicazgos bajo la cabeza de ricos guerreros cuyo poder tendía a solidificarse sólo durante periodos de guerra. El número de tribus de cada cacicazgo variaba entre los dos y tres para los menos importantes, hasta diez y doce para los Quimbaya. Las tribus retenían su autonomía durante los periodos de paz (ibid.: 207, 208, 249; Friede 1963: 16). En algunas de estas unidades el poder del sacerdote competía con el del guerrero. Las aristocracias estaban integradas por comerciantes, sacerdotes, los caciques y sus séquitos; habían plebeyos y debajo de ellos los esclavos.

Friede y Trimborn concluyen que el número y densidad de habitantes del occidente eran altos. El territorio quimbaya contenía diez habitantes por kilómetro cuadrado, pero al considerar que solamente el piso térmico medio era el normalmente habitado, ese número aumenta a sesenta (Friede 1963: 20, 21).

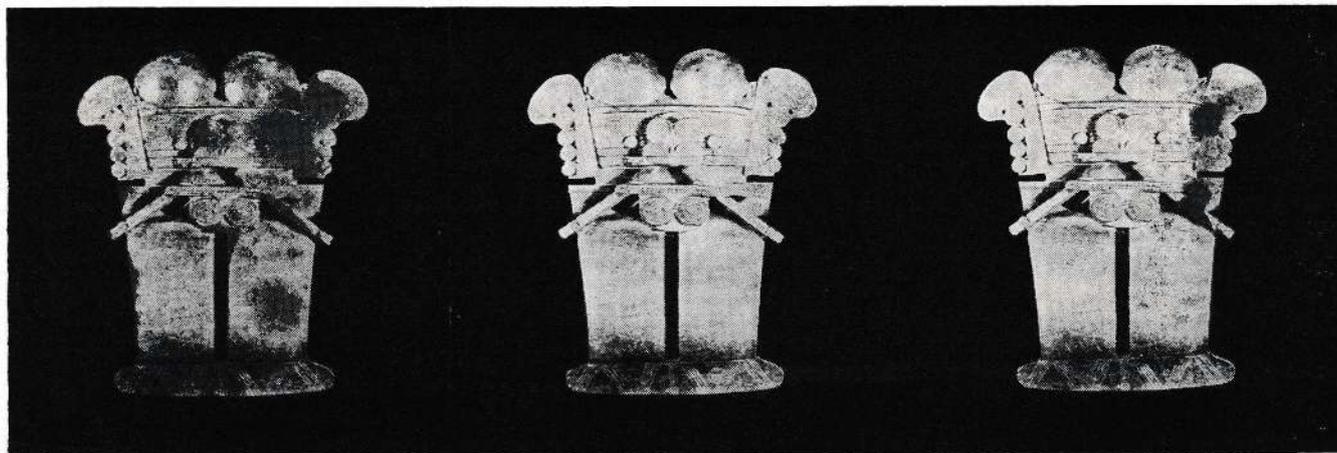
El promedio de indios por tribu era de cinco a seis mil (Trimborn 1949: 142, 143).

Estas cifras no son exageradas si se piensa en el número alto de individuos necesarios para mantener la identidad de un grupo a través de periodos de guerra continuo. Fuera del territorio tribal, el individuo del común y el guerrero podían ser dados fácilmente de baja. Sólo los mercaderes podían moverse con libertad de una región a otra. La mayoría de las guerras terminaba con la matanza de mujeres e hijos del enemigo y la destrucción de campos de cultivo. Aunque algunos de los cautivos se empleaban en la labranza, un buen número de ellos podía ser ingerido de inmediato o vendido en los mercados de carne humana de la parte norte del valle. Los cuerpos de guerreros y jefes enemigos se preservaban como trofeos de guerra. Las cautivas pasaban a ser esposas secundarias de los caciques y guerreros y los hijos que tuvieran durante el cautiverio empleados en sacrificios canibalísticos; ellas, eventualmente, eran engordadas y consumidas (Trimborn 1949: 204, 205, 278, 291; Cieza 1862: XII, XV, XX, XXII). Parece que los Quimbaya fueron los únicos que carecían de antropofagia secular (ibid.: XXIV).

Los datos de población parecen razonables si se considera que en adición los caciques eran enterrados con sus esposas, séquito y esclavos (ibid.: VIII: Trimborn 1949: 203, 222). Las borracheras comunales terminaban en juegos de guerra que dejaban saldos altos de heridos y hasta muertos (ibid.: 150). Algunos, como los Picara, colocaban estacas de madera en los caminos que conectaban sus pueblos. (Cieza 1862: XXII).

Hay datos climatológicos que podrían sustentar las densidades altas de población. Van der Hammen y González (1965: 190) han hallado evidencia de periodos secos entre el 3100 y el 2700 AC, alrededor del 100 AC, del 1250 DC y cerca del 1370 DC para la sabana de Bogotá. Si estos cambios se dieron en el valle, es factible suponer que la agricultura extensiva facilitara una producción calórica capaz de sustentar altas densidades, durante los periodos pluviales del principio de la era cristiana y antes de 1250, entre 1250 y 1370 y posteriormente a 1370. A pesar de que en el valle del Cauca la agricultura "...no tenía el carácter rápidamente cambiante de la agricultura de roza de la selva tropical y permitía..." mayor sedentarismo (Reichel-Dolmatoff 1961: 84), existían otras presiones sobre estas poblaciones. Como la mayoría de las cosechas estaba adaptada al piso térmico medio, la disponibilidad de tierras cultivables era limitada. Como en el caso de los Maori, la complejidad de la topografía dificultaba la movilidad y la familiarización con tierras vírgenes. Las herramientas de los grupos del occidente "se limitaban... al palo de cavar y al hacha de piedra" (ibid.).

Bajo tales condiciones, la guerra inter y extratribal parece adaptarse a las necesidades de expansión territorial (Trimborn 1949: 283). Entre los "caucanos" los grupos atacados no eran desplazados, como en el caso Maori. Por una parte, parece que buscaban la absorción del atacado como esclavo del atacante, lo cual se veía facilitado por la matanza de las mujeres e hijos del enemigo y por la destrucción de cosechas y pueblos. Por otra parte, algunos agresores parecen haber optado por la aniquilación total de los



agredidos, como lo hicieron los Quimbaya en el siglo XVI con los antiguos habitantes de Caldas (ibid.: 253, 254, 283; Reichel-Dolmatoff 1965: 101, 102).

En el occidente colombiano la guerra además cambió el valor de otras variables económicas. Aumentó la disponibilidad de proteínas animales al suministrar cautivos y esclavos que eran consumidos en el acto, alimentados para la posteridad o vendidos en los mercados de carne humana del norte de Antioquia (Reichel-Dolmatoff 1961: 86; Restrepo Tirado 1892: 126, 128; Trimborn 1949: 187, 204, 205). Es posible que hubieran deficiencias de proteína animal, especialmente si se considera que (1) el área total del valle es extensa, (2) la densidad de población era alta, (3) no todos los grupos podían depender de la caza y la pesca de manera similar, (4) los antiguos cazadores habían eliminado los herbívoros domesticables (Harner 1977: 48, 49), y (5) sólo los Gorrón tenían un sistema eficiente de distribución de proteínas animales.

La guerra facilitaba la redistribución de recursos naturales. Las tribus del norte del valle pelearon continuamente por controlar la explotación de minas de oro como las de Buriticá; los derechos de propiedad de las aguas minerales también eran particularmente deseados y se guerreaba por ellos para controlar la producción de sal. La guerra suministraba la fuerza laboral para aumentar la producción de sal y agrícola. Después de una guerra, el dominio ejercido por un grupo sobre las rutas de comercio y los mercados pasaba a otros (Trimborn 1949: 200, 205, 250, 252, 282, 284).

La capacidad sustentadora del piso térmico medio no era constante. A pesar de las ventajas de la agri-

cultura extensiva, la producción dependía de la precipitación. Durante los períodos secos del 700 AC (laguna de los Bobos, Van der Hammen 1962), 100 AC, 1250 y 1370, la capacidad resistencial de los ecosistemas de esta región tuvo que haber disminuido quizás hasta un límite que dificultaba la sobrevivencia de las poblaciones que se habían expandido rápidamente durante los períodos pluviales. Así, prácticas como la antropofagia secular acompañada del sacrificio de mujeres y niños, y aún de madres embarazadas, el canibalismo ceremonial de guerreros y caciques, los entierros múltiples, los juegos de guerra de las borracheras comunales quizás contribuyeron a mantener el tamaño de la población dentro de los límites correspondientes a la capacidad sustentadora de los ecosistemas.

Sin considerar los Gorrón, ninguno de los cacizgos del valle del Cauca había logrado mantener constante la producción agrícola por medio de la agricultura intensiva. Este hecho puede explicarse en términos de la teoría de Lanning (1967: 173-200; 1968): la agricultura intensiva requiere la previa existencia de estructuras sociopolíticas capaces de movilizar y apoyar la cantidad relativamente grande de trabajadores necesarios para la construcción y mantenimiento de terrazas, drenajes y canales de irrigación. Esas estructuras se generan durante procesos de interacción entre sistemas ecoculturales diferentes, cuando el aumento progresivo de "calorías por [unidad de cultivo, producido por la interacción] conduce a un crecimiento y concentración de la población hasta llegar a un umbral más allá del cual los sistemas organizacionales basados en la parentela no [garantizan integración social]" (ibid.).

En el valle del Cauca la interacción tenía lugar entre sistemas ecoculturales *similares*, lo cual se traducía en una mayor competencia por recursos *similares*, la cual a su vez tendía a incrementar las posibilidades de conflicto armado y éste, por la vía indirecta de retroinformación negativa, generaba las estructuras sociopolíticas no basadas en la parentela. Las tribus asociadas en un cacicazgo reconocían el poder del cacique durante la planeación y ejecución de un ataque, pero no en tiempos de paz. Las tribus de los cacicazgos Quimbaya, Popayán, Guaca y las del norte del valle organizaban consejos de guerra y paz para protegerse de las ambiciones expansionistas de otros grupos (Friede 1963: 16-18). Inicialmente los caciques participantes sólo parecen haberse interesado en la organización de la defensa y el ataque, pero posteriormente estos consejos habían comenzado a manejar asuntos de administración pública, como la reglamentación del manejo de las minas de Buriticá (Trimborn 1949: 250-256) y la recolección de los tributos necesarios al sostenimiento de los grupos armados para defender los territorios de Popayán y Guaca (ibid.: 256). Aparentemente, los acuerdos de protección de comerciantes y los cuerpos de espías y mensajeros de guerra también se originaron en esos consejos (ibid.: 278-280). Por su origen, estas estructuras no dejaban de ser débiles pues sus efectos centralizadores y unificadores dependían del desarrollo del conflicto, y quizás por ello también no eran las adecuadas para estructurar la fuerza laboral requerida por la agricultura intensiva.

Los Gorrón, quienes ocupaban la parte más baja del piso térmico medio, fueron los únicos especializados en la pesca. Exportaban pescado ahumado a zonas radicalmente diferentes al área de Cali, y por lo tanto, la interacción con sistemas ecoculturales diferentes al de ellos, por medio de intercambio de productos alimenticios, coincide con la construcción y operación de obras rudimentarias de ingeniería, como los estanques para la captura de peces durante los meses de verano y los sistemas de irrigación de pequeña escala. Menciono este desarrollo excepcional no para sugerir que los Gorrón tenían una organización protoestatal, sino para enfatizar que el "diálogo" entre sistemas ecoculturales diferentes por lo menos generó estructuras organizacionales capaces de administrar labores comunales complejas y especialización a más largo plazo.

Me atrevo a sugerir que la información copiada dice que los sistemas ecoculturales del valle del Cauca "...una vez activados [se] autoregulaban hasta el punto de no rechazar o admitir necesariamente nuevos rasgos [respectivamente, canibalismo y guerra, y agricultura intensiva]. Una vez comenzaron a moverse en la dirección [del canibalismo y la guerra]... fijaron un rango limitado de posibles movimientos que podían tomar en aquellos períodos críticos..." cuando la capacidad sustentadora del medio descendió a niveles más bajos de los requeridos para la sobrevivencia de toda la población (conceptos extrapolados de Adams 1968: 1189; ver página 5).

Quizás ahora sea más claro que la evolución de los cacicazgos subandinos del valle del Cauca no pueda ser explicada en su totalidad en términos de olas mesoamericanizantes (Reichel-Dolmatoff 1965: 80-116), sino en términos del papel selectivo y retenti-

vo del medioambiente físico. A continuación trataré de sustentar estos conceptos con datos de la llanura caribe y sus culturas.

B. La llanura Caribe y sus gentes

Si hubo un paquete de rasgos culturales que se difundió desde Mesoamérica, los elementos del mismo no fueron igualmente asimilados por las diferentes formaciones sociales de la Colombia protohistórica. Las gentes de la llanura caribe y la Sierra Nevada de Santa Marta no parecen haber sido tan guerreras y antropófagas como las del valle del Cauca, y ello probablemente no obedeció a la orientación teocrática de las estructuras políticas, como Reichel-Dolmatoff propone (1961: 86), ni a caprichos del sistema de prestigio social, sino probablemente a factores tan concretos como la abundancia de proteínas animales de alta calidad y a la diferencia entre los ecosistemas de la llanura, próximos a la Sierra, y los de las estribaciones de la misma.

El área incluye la región plana entre el bajo Magdalena, el Atrato y el océano Atlántico, además de la Sierra Nevada de Santa Marta. La llanura propiamente dicha es baja, pantanosa, con temperaturas entre los 27°C y los 30°C; parece que durante el siglo XVI estaba cubierta por selva tropical (Hernández de Alba 1948b: 329). Las lagunas y ciénagas de los valles se intercomunican por medio de pequeños ríos. Aunque la Sierra Nevada presenta alturas de más de 5.000 metros, la he incluido en esta región porque los Tairona ocupaban las tierras bajas de Santa Marta y las estribaciones de la Sierra, hasta los 1.000 metros sobre el nivel del mar (Reichel-Dolmatoff 1965: 142-157).

La mayoría de las gentes de la llanura dependía de la agricultura extensiva, caza y pesca. Los productos agrícolas eran básicamente los mismos del valle del Cauca, pero aquí los ríos y las ciénagas constituían una fuente perenne de proteínas animales de alta calidad (Hernández de Alba 1948b: 332).

Como en el valle, el comercio era importante. Oro puro, objetos de oro y esmeraldas llegaban de la sabana de Bogotá. Se exportaban mantas de algodón, objetos de oro y alimentos. Los orfebres Sinú y Tairona eran tan o más competentes que los Quimbaya, Calima y Chibcha. La distribución de bienes era más eficiente por la abundancia de vías navegables y por lo plano de la topografía (ibid.: 334-336).

Las regiones más densamente pobladas pertenecían a la federación Tairona y a los cacicazgos Sinú, cuyos territorios estaban por debajo de los 1.000 metros en la Sierra y áreas aledañas, y en los valles del alto Sinú y San Jorge, respectivamente (Reichel-Dolmatoff 1965: 117-127, 142, 143). A pesar de la similitud entre las estructuras sociopolíticas de esta área y las del valle del Cauca (Hernández de Alba 1948b: 334-335), la guerra estaba menos desarrollada entre los Tairona, los Sinú y los Malibú, y además "había una tendencia hacia... un sistema teocrático de gobierno" (Reichel-Dolmatoff 1961: 86). Entre los tairona habían claras divisiones de las esferas de autoridad civil, militar y religiosa; el individuo estaba orientado hacia la vida popular por su participación en peregrinaciones religiosas y por el trabajo periódico en la construcción y conserva-

ción de canales de irrigación, terrazas de cultivo, casas ceremoniales y puentes de piedra (Reichel-Dolmatoff 1965: 144-156). La antropofagia no era fenómeno común entre los habitantes de la llanura caribe; sólo los Cenúfana tenían canibalismo ritual (Hernández de Alba 1948b: 332, 337).

De acuerdo con Reichel-Dolmatoff (1965: 157), la cultura tairona era de tipo ribereño, cuyas raíces podían hallarse en Nahuanjé, cerca de Santa Marta; esos orígenes se confirman por las similitudes de la cerámica tairona y del bajo Magdalena (ibid.). Gracias a las influencias mesoamericanizantes, evidentes en la cultura Kogui de hoy en día, los Taironas prehistóricos se desarrollaron en una federación (ibid.)⁽³⁾. Para la época de la Conquista, este grupo guerreaba intensamente contra sus vecinos que desde hacía algún tiempo venían alejándolo de sus territorios de las tierras bajas, cerca de los ríos (ibid.: 144, 157).

Desde la perspectiva histórico-difusionista, las ideas de Reichel son consecuentes. Sin embargo, no explican porqué (1) la mayoría de las culturas de la llanura caribe aceptaron rasgos mesoamericanos como el culto del jaguar, pero —con la excepción de los Cenúfana— rechazaron el canibalismo secular y el ritual; (2) las sociedades menos desarrolladas de las tierras bajas le usurpaban a los Tairona sus territorios; (3) la orientación teocrática de unos gobernantes originara el menor desarrollo de la guerra en esas sociedades (1961: 86), y (4) los Tairona evolucionaron de una cultura de tipo ribereño a una federación por influencias de Mesoamérica.

En la llanura caribe era posible cubrir más distancias en menos tiempo de viaje que en el valle del Cauca; las tierras bajas, las vías de comunicación acuática y las canoas facilitaban la movilidad horizontal, quizás como en el caso de los Ibo de Sarawak. Como aquellos, las gentes del norte de Colombia dispusieron de más animales que cazar y pescar, y caza y pesca, combinadas con la mayor movilidad, pueden haber facilitado la familiarización con tierras vírgenes a donde migrar en caso de aumento de presión demográfica. Estas sociedades tampoco sufrían las limitaciones impuestas por la interacción "predilecta" con el piso térmico medio. Además de estos factores, la agricultura de la llanura caribe ha contado con la ventaja de la fertilización natural y periódica realizada por ríos como el Sinú que al desbordarse cada invierno depositan humus (Reichel-Dolmatoff 1961: 85). Se perciben pues factores facilitadores de un alto grado de paz intertribal.

Como ya mencioné, los Ibo guerreaban extratribalmente para controlar territorios particularmente deseables en términos de recursos pesqueros, de caza y transporte. Hay evidencia que en el norte de Colombia algo similar ocurría. Los Tairona estaban rodeados de sociedades que enfatizaban la pesca sobre la agricultura, como los Chimila y los Guanebucán.

3. Me atrevo a objetar la validez del método comparativo en este caso. Los Kogui ocupan un ecosistema diferente al que ocuparon los Tairona y han sido sometidos a intensos procesos de privación económica y desposesión cultural por la sociedad dominante. En esas condiciones, no considero factible poder discriminar el origen de uno u otro rasgo en términos de difusión o invención independiente.

Los Chimila habían sido asimilados a la federación tairona, pero luchaban por retener su autonomía (Park 1943: 869-871). Este grupo de pescadores, como quizás otros, había sido subyugado por los Tairona para asegurarse un suministro continuo de proteínas animales (ibid.; Restrepo Tirado 1892: 111, 123). Es posible, de este modo, que la guerra entre los Tairona no sólo fuera defensiva, sino que se empleara para manipular y controlar las fuentes de proteína necesarias al suministro de la federación.

Si se unen los datos arqueológicos del valle del alto Ranchería con la información sobre cambios climáticos, es posible generar una explicación tecnológica de porqué los Taironas se estaban alejando de la costa y los ríos, para internarse en la Sierra. La cerámica del complejo La Loma - El Horno se encontró asociada con flora y fauna características de períodos de alta pluviosidad —800 AC a 100 AC— (Reichel-Dolmatoff 1965: 45, 117, 119). Para los comienzos de la era cristiana, materiales con decoración geométrica, bicromática de Los Cocos aparecen en la misma área y permanecen hasta el 400, cuando la cerámica Portacelli reemplaza a la del complejo de Los Cocos, aunque retiene algunos elementos decorativos (ibid. y 120). "La gente de Portacelli parece haber abandonado su habitat sobre el Ranchería en tiempos protohistóricos, quizás por la presión del desecamiento progresivo de la región... Tan sólo grupos aislados de indios Portacelli sobrevivieron en las estribaciones de la Sierra Nevada hasta la llegada de los europeos... allí las cerámicas típicas han aparecido... asociadas con hachas de hierro..." (Ibid.: 121, 122).

Los límites bajos del complejo La Loma - El Horno corresponden a los períodos secos de 700 AC (laguna de Los Bobos, Santander), 200 AC (Llanos Orientales) y 100 AC (laguna de la Herrera, sabana de Bogotá). También el límite superior de Portacelli corresponde a los períodos secos de 1240 y 1480 del bajo Magdalena (Van der Hammen y González 1965: 187). Entonces, si la sequía afectó a todo el país, como Van der Hammen y González suponen (González et al. 1965; Van der Hammen 1962, 1965), es posible que la producción alimenticia del alto Ranchería —y quizás de otras áreas alrededor de la Sierra y del Bajo Magdalena— estaba decreciendo y forzando a las gentes a migrar a las estribaciones de la Sierra. Durante los tiempos secos, esta región debió continuar ofreciendo recursos ribereños y posibilidades de agricultura por el agua que ininterrumpidamente suministraban los glaciares que se fundían en las tierras altas.

La reocupación del alto Ranchería por la gente de Los Cocos y la aparición de la cultura de Nahuanjé cerca de Santa Marta pudieron haberse visto facilitadas por un incremento en precipitación durante los primeros siglos de nuestra era. La mayor cantidad de agua pudo resultar en una mayor producción agrícola que eventualmente pudo haber incrementado la población de tal forma que el suministro de proteínas de los ríos de la parte norte de la Sierra era insuficiente. Sugiero que durante esa época, los Tairona comenzaron a fortalecer sus contactos e intercambios de alimentos con las gentes de la selva tropical del bajo Magdalena y de la costa atlántica, con el fin de asegurar un suministro continuo de proteína animal. El "diálogo" cultural entre pesca-



dores y agricultores quizás fue transformándose en el dominio de los primeros por los últimos y dio base a la estructuración de organizaciones sociopolíticas que no se basaban en el parentesco. Tales estructuras sociopolíticas eran necesarias al desarrollo de centros religiosos y comerciales como Bonda y Pocigüeica, cuyas gentes estaban estratificadas en tres clases sociales: la minoría gobernante, compuesta de sacerdotes, los administradores y la clase de los artesanos y agricultores (Reichel-Dolmatoff 1965: 143, 144).

Es probable que la producción agrícola durante el período pluvial comenzara a decrecer como resultado de la erosión rápida; no debe olvidarse la pendiente de la Sierra y que la agricultura intensiva no era generalizada; estas suposiciones se ven parcialmente confirmadas por el desecamiento rápido del alto Ranchería (ibid.: 121). Con una menor producción agrícola, la necesidad de controlar el suministro de proteínas animales pudo haber aumentado, así que los Tairona hubieron de establecer control militar de las tierras bajas. El tipo de estructura capaz de coordinar los intercambios de dos sistemas ecoculturales básicamente diferentes y de integrar la población alrededor de los ya mencionados centros religiosos y comerciales, junto con la mayor erosión, facilitaron el abandono de la agricultura extensiva y la adopción

de agricultura basada en terrazas de cultivo y obras de irrigación.

Sin embargo, el desarrollo de los Tairona a lo largo de la línea de un estado de irrigación se vio limitada por un factor ecológico: el secamiento progresivo del alto Ranchería y el bajo Magdalena hacia 1240 y 1480. Nuevamente, la producción agrícola de las tierras bajas se vio amenazada y los habitantes de esos valles comenzaron a invadir las estribaciones de la Sierra donde la subsistencia era más segura. Como resultado de estos cambios, el excedente agrícola y el personal necesario para desarrollar la agricultura intensiva hubo de ser transferido a la defensa militar de las tierras cultivables. La disrupción de las variables ecológicas, tecnológicas y económicas de la agricultura intensiva y la probablemente menor cantidad de pescado obtenida tuvo consecuencias sobre (1) la distribución del poder entre guerreros, sacerdotes y administradores públicos; (2) la destrucción de los lazos entre los principales centros urbanos, y (3) la desactivación del proceso expansivo y centralista (ibid.: 142-144). En otras palabras, creo que para el inicio de la Conquista las condiciones de los Tairona resultaban de cambios drásticos en su sistema ecocultural.

Con un mayor acopio de información quizás sea posible hallar si la evolución de los Taironas es re-

trodecible en términos del diálogo entre sistemas ecológicos y culturales diferentes. Desarrollado por Laning (1967, 1968), este modelo hipotetiza que la formación del estado requiere la existencia previa de organizaciones sociales que no se basen en el parentesco y que, por lo tanto, permitan la unificación y movilización de las grandes masas de población necesarias para construir, operar y mantener la infraestructura de la agricultura intensiva. Esas organizaciones no se dan en poblaciones cuyo crecimiento no pasa el umbral de la integración por redes de parentesco. Ese tipo de expansión demográfica, a su vez, resulta de la optimización de la capacidad sustentadora de un ecosistema, optimización que tiende a originarse en la situación de intercambio del producto alimenticio principal de ese ecosistema (por ejemplo, el maíz de una zona semiárida), por el producto principal de otro ecosistema diferente (por ejemplo, el pescado de una zona costera). Cuando el diálogo ocurre entre dos zonas ecológicamente similares, la expansión de sus economías, eventualmente, resulta en la competencia por recursos similares y no en la complementariedad de la interacción de zonas diferentes. No me parece tan importante establecer si las culturas del norte de Colombia exhiben o no rasgos de Mesoamérica, sino averiguar sobre las presiones ecológicas, demográficas, tecnológicas y económicas que facilitaron la asimilación o el rechazo de un elemento cultural y que encauzaron la transformación de las culturas de esa región.

III. CONCLUSION

Han pasado diez años desde la formulación de las propuestas de este ensayo y su publicación. En ese intervalo, la situación de abuso del difusionismo como herramienta explicativa de la evolución cultural colombiana no ha cambiado (Reichel-Dolmatoff 1972: 83-113), a pesar de las severas críticas que se le han hecho (Harris 1968: 373-392). Posiblemente, no tenga en cuenta la investigación de profesionales más jóvenes y generalice en base a las publicaciones del decano de la antropología colombiana. Sin embargo, insisto en someter este escrito para su publicación porque las figuras sobresalientes no deben estar exentas de escuchar la crítica que se da al interior de una disciplina.

No me preocupa tanto la persistencia del difusionismo como la proliferación de las explicaciones basadas en el equipo mental y simbólico de los creadores de las piezas desenterradas. Mentalidad y simbolismo que se infieren al comparar las características estilísticas de objetos arqueológicos con la mitología, la magia, la religión y el simbolismo sexual de grupos tan dispares como los Kogui, los Páez y los Desana (ibid.). Cuando se abusa así del método comparativo, el antropólogo se aproxima al estilo de reduccionismo que Harner (1977:51) ha criticado de Levi-Strauss, cuando el último explica la antropofagia secular de los Azteca en términos de una "obsesión maniática con la sangre y la tortura".

Quizás no sea consecuente criticar el reduccionismo, cuando su uso podría evidenciarse en este escrito. Sin embargo, aquí se justifica por la necesidad de hacer aproximaciones sucesivas para descifrar el comportamiento humano en términos de las condiciones materiales de la existencia. He tratado de ha-

cer algo que Harris (1975: 5) considera parte del mandato de la antropología:

...mostrar... que aún... las prácticas culturales más fantásticas, observadas con atención, resultan fundamentadas en condiciones, necesidades y actividades triviales, ordinarias y podría decirse "vulgares". [Lo que se quiere decir por solución trivial o vulgar]... es la que 'tiene los pies en el piso' y está constituida por agallas, sexo, energía, viento, lluvia y otros fenómenos palpables y ordinarios.

REFERENCIAS

- HSAI = Handbook of South American Indians. Editado por Julian Steward. Washington, D.C.: Smithsonian Institute.
- LGM = Leidse Geologische Medelingen.
- MN = Micronoticias, Bogotá.
- RACC = Revista de la Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, Bogotá.
- RCA = Revista Colombiana de Antropología, Bogotá.
- Adams, R. Mc. C.
1968 *Archaeological Research Strategies: Past and Present*. Science, 160, 3833.
- Arocha, J.
1978 *Clientelismo, Caudillismo, Caciquismo y Gamonalismo*. MN, 50, febrero: 2-4.
- Bennett, W. C.
1944 *The Archaeology of Colombia*. HSAI, 2: 823-850. Berger, P. et al.
1973 *The Homeless Mind*. New York: Random House.
- Castellanos, J. de
1942 *Historia de Cartagena*. Bogotá.
- Cieza de León, P.
1862 *La Crónica del Perú*. Biblioteca de Autores Españoles, 2. Editada por Enrique de Vedia. Madrid: M. Rivadeneira.
- Collins, P. W.
1965 *Functional Analysis in the Symposium Man, Culture and Animals*. Man, Culture and Animals. Editado por A. Leeds y A.P. Vayda. Washington: American Association for the Advancement of Science, 78. pp. 271-282.
- Duque Gómez, L.
1966 *Exploraciones Arqueológicas de San Agustín*. RCA, Suplemento N° 1. Bogotá: Imprenta Nacional.
- Duque Gómez, L. et al.
1963 *Historia de Pereira*. Pereira: Club Rotario.
- Friede, J.
1943 *Los Indios del Alto Magdalena*. Bogotá: Instituto Indigenista de Colombia.
1963 *Los Quimbaya bajo la Dominación Española*. Bogotá: Banco de la República.
- González, E. et al.
1965 *Late Quaternary Glacial and Vegetational Sequence in the Valle de Lagunillas, Sierra Nevada del Cocuy, Colombia*. LGM, 32: 157-182.
- Harner, M.
1977 *The Enigma of the Aztec Sacrifice*. Natural History, LXXXVI, 4, April: 46-51.
- Harris, M.
1968 *The Rise of Anthropological Theory*. New York:

- Thomas Y. Crowell.
 1971 *Culture, Man and Nature*. New York: Thomas Y. Crowell.
 1975 *Cows, Pige, Wars and Witches*. New York: Vintage Books.
- Hernández de Alba, G.
 1948a *Sub-Andean Tribes of the Cauca Valley*. HSAI, 4: 297-327.
 1948b *Tribes of the North Colombian Lowlands*. HSAI, 4: 329-338.
 1948c *The Highland Tribes of Southern Colombia*. HSAI, 4: 915-960.
- Lanning, E. P.
 1967 *Perú Before the Incas*. Englewood Cliffs, N. J.: Prentice-Hall, Inc.
 1968 *The Origen of the State*. Conferencia Mimeografiada, Wednesday Afternoon Seminar, Department of Anthropology, Columbia University. New York: Diciembre 11.
- Park, W. C.
 1943 *Tribes of the Sierra Nevada de Santa Marta*. HSAI, 2: 865-886.
- Raasveldt, H. C.
 1957 *Las Glaciaciones de la Sierra Nevada de Santa Marta*. RACC, 38: 469-482.
- Reichel-Dolmatoff, G.
 1961 *The Agricultural Basis of the Sub-Andean Chiefdoms of Colombia. The Evolution of Horticultural Systems in Native South America*. Editado por Jonannes Wilbert. Caracas: Sociedad de Ciencias Naturales La Salle.
 1965 *Colombia*. New York: Praeger.
 1972 *San Agustín*. New York: Praeger.
- Restrepo Tirado, E.
 1892 *Estudio sobre los Aborígenes de Colombia*. Bogotá: Imprenta Luz.
 1929 *Ensayo Etnográfico y Arqueológico de la Provincia de los Quimbaya en el Nuevo Reyno de Granada*. Sevilla: Imprenta de Eulogio de las Hieras.
- Schorr, T.
 1970a *Fighting and Killing Behavior between Human Populations*. Congreso Internacional de Indigenistas. Lima: Mimeografiado.
 1970b *The Ecology of Violence as a Way of Life in Rural Colombia*. 69th Annual Meeting of the American Anthropological Association. Mimeografiado.
- Trimborn, H.
 1949 *Señorío y Barbarie en el Valle del Cauca*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
- Van der Hammen, T.
 1962 *Palinología de la Región de la Laguna de los Bobos*. RACC, XI, 44: 359-361.
- Van der Hammen, T.
 1965 *A Late-Glacial and Holocene Pollen Diagram from Ciénaga del Visitador (Dept. of Boyacá)*. LGM, 32: 193-201
- Van der Hammen, T. y E. González.
 1965 *A Pollen Diagram from Laguna de la Herrera (Sabana de Bogotá)*. LGM, 32: 183-191.
- Vayda, A.P.
 1961 *Expansion and Warfare among Swiden Agriculturalists*. *American Anthropologist*, 63, 2, part, 1, April.
- Vayda, A.P. y R. Rappaport.
 1968 *Ecology, Cultural and Non-Cultural. Introduction to Cultural Anthropology*. Editado por J.A. Clifton. Boston: Houghton and Mifflin. pp. 476-498.



INTRODUCCION

El matrimonio es para Tolstoi, al mismo tiempo, el lugar de la tragedia y de la esperanza, de la horrible mentira cotidiana y de la paz idealizada, el nido y el infierno. Pero es precisamente un infierno por ser la aspiración a un nido. Ni su obra ni su vida lograron nunca salir de esa terrible polarización; pero por ello mismo, su pensamiento se mantuvo intensa y permanentemente dirigido hacia esta pregunta: ¿Qué es el matrimonio? ¿Es compatible con el amor y la sexualidad? ¿Cómo se puede combinar una institución política y religiosa con una pasión humana?

Si el pensamiento de Tolstoi se hubiera expresado en forma de teoría, hoy lo consideraríamos como un ideólogo reaccionario; pero afortunadamente lo mejor de su obra fue una exploración novelística, una indagación tan valiente que no se dejaba paralizar por las respuestas que el hombre, conscientemente creía tener. Es de ese tipo de valor de lo que está siempre hecho un artista.

Ana Karenina es más que todo una larga meditación sobre el matrimonio. El libro comienza con esta ingenua frase: *"Todas las familias felices se parecen unas a otras; pero cada familia infeliz tiene un motivo especial para sentirse desgraciada"*.

Probablemente las familias se parecen unas a otras; las desgraciadas porque no pueden disimularse que son desgraciadas; las otras, porque tienen formas similares de ilusionarse sobre su felicidad.

Tal vez los matrimonios son durables, o porque han olvidado el amor hasta el punto de creer que ya lo han realizado, o porque ya no aspiran a nada, familias felices, familias desgraciadas.

Lo primero que Tolstoi nos presenta es la familia Oblonsky: el marido es un hombre que no permite que nada trágico entre en su vida, no puede concebir a la mujer sino como un objeto de placer o como una necesidad materna; el mismo día en que Dolly ha descubierto sus relaciones con la institutriz, él sueña que estaba frente a unas mesas de cristal en las que había frascos y esos frascos resultaron luego ser mujeres: *"Esteban Arkadievich era leal consigo mismo. No podía, pues, engañarse asegurándose que estaba arrepentido de lo que había hecho"*. Se puede molestar por las consecuencias de sus actos, molestar pero no condenar, su narcisismo permanece incólume y en el fondo no puede querer porque sólo se quiere a sí mismo y, como ocurre siempre, porque la madre lo aprueba él ya no se busca: sano, rosado, sonriente, por todo el mundo aprobado, ya no tiene más que buscar la comodidad, la tranquilidad, el confort. Tolstoi pone todo su estilo a su disposición, no lo critica desde afuera. Lo único que a él se opone es el llanto de Dolly, la torpeza de su sonrisa y los otros personajes que buscan efectivamente que su vida tenga un sentido.

Esteban Arkadievich no puede amar, ni a la institutriz ni a Dolly, porque se ama demasiado a sí mismo y sólo el que se busca a sí mismo puede amar con pasión.



Levin, que se detesta tanto a sí mismo, puede por eso amar. Esteban Arkadievich: *"no escogía, pues, orientaciones ni modos de pensar, antes dejaba que las orientaciones y modos de pensar viniesen a su encuentro, del mismo modo que no elegía el corte de sus sombreros o levitas, limitándose a aceptar la moda corriente. Como vivía en sociedad y se hallaba en esa edad en que ya se necesita tener opiniones, acogía las ajenas que le convenían. Si optó por el liberalismo y no por el conservadurismo, que también tenía muchos partidarios entre la gente, no fue por convicción íntima, sino porque el liberalismo cuadraba mejor con su género de vida"*. Pensar no es, pues, para Esteban Arkadievich ponerse en cuestión, sino buscar un tranquilizante, o, en términos freudianos, racionalizar. Eso no lo fue para Tolstoi. Para Tolstoi significaba asumir todo lo que había de trágico en su existencia; para Esteban Arkadievich significaba eludirlo y esa era su imagen del pensamiento.

En cierto modo, Tolstoi es mucho más ridículo que Arkadievich, porque se toma mucho más en serio a sí mismo, porque no le da miedo estar lleno de contradicciones, no es elegante ni aceptado: es artista, es decir, dramáticamente inelegante e inaceptado.

Pero, después de todo ¿qué es el matrimonio?. ¿Es posible que Ana Karenina viva con Karenin?. Es posible que no se ilusione a sí misma sobre Vronsky? ¿Qué es el matrimonio?. Tolstoi lo quiere defender pero, ¿no es una mezcla imposible de burocracia y

pasión, un círculo de afectos y un centro de poder y de reproducción de la dominación?

Ana trató de afirmar su derecho a amar y a desear, rompió con una forma de vida que ya parecía ser para ella un destino inevitable: la maternidad, una maternidad tanto más exaltada y ferviente cuanto más compensatoria era de su frustración como mujer, sujeto y objeto del deseo y del amor. Pasión triste si las hay, no sólo porque se alimenta de una abdicación, sino también porque condena a su objeto —el hijo— al más tenaz de los yugos; un amor materno no compartido por otro, con el que pueda identificarse y competir; que le impide dejar de ser el *"niño maravilloso de su madre"* (Serge Leclair, *On tue un enfant*) por temor a quitarle a ésta el único punto de apoyo de su narcisismo. Más adelante veremos que esa posición inicial de Ana era una formación reactiva contra un fantasma opuesto, que resultó finalmente triunfante: quitar un hijo a una madre. Sergio a ella misma, ella misma a la vida, Vronsky a Kitty.

Hay dos clases de ética que generan dos clases de culpa. La ética de las potencias externas con sus normas objetivas (mandamientos, prohibiciones), que pueden ser transgredidas y generan entonces una culpa hacia alguien, hacia Dios, hacia la esposa o el esposo, hacia el tendero o hacia el arrendatario: hay en todo caso siempre allí un acreedor y un juez que es otro.

introducción a la lectura de ana karenina

estanislaو zuleta

Este texto forma parte de un libro que editará la Ed. La Carreta y que lleva por título "Tolstoi, la muerte y la propiedad".

Pero hay una ética que sólo se refiere a sí mismo; genera también una culpa pero sólo consigo mismo, porque la transgresión aquí no es de mandatos ni prohibiciones, sino solamente el sentimiento de no haber estado a la altura de nuestras propias posibilidades, de haber huído de nuestras posibilidades con cobardía y por miedo a la angustia. Como esta culpa es más grave y más corrosiva, preferimos con frecuencia proyectar en alguien —persona, institución o divinidad— el juez que secretamente somos de nosotros mismos y preferimos, incluso, aceptar que nos condene.

Cuando Ivan Ilich se contempla en el espejo de la muerte sabe que el mundo —la esposa, los hijos, la oficina— nada tiene que reprocharle; es él el único que tiene que reprocharse: haber malbaratado una vida que ya no puede repetirse y no haber visto que la muerte estuvo siempre ahí, que cualquier cosa que hagamos es también un sinnúmero de cosas que dejamos de hacer, que dejamos de ser y que cada éxito significa muchas muertes. Buscó la aprobación de los otros, olvidó la aprobación de sí mismo y esto sólo se lo pudo revelar la muerte. Cuando Dolly visita a Ana, podría haberse erigido en juez; podría haber pensando que ella eligió el deber y la otra el placer, ella la abnegación y la otra la pasión; pero hay una pregunta oscura que le impide ser juez, y esa pregunta podría formularse así: ¿Qué he hecho de mi vida? ¿En qué medida la mujer que ahora soy, adolorida y resentida ha cumplido las promesas de la niña que fui?

DOS VISIONES OPUESTAS DEL MUNDO

Tomaremos ahora en consideración a Ana y Levin —tal vez los personajes más importantes de la obra—, sus rasgos de carácter y sus relaciones con el mundo existente y veremos que en su oposición hay mucho de común. Ambos son extraordinariamente apasionados, no pueden vivir sin una pasión. Analicemos con cuidado esta característica común: En todos los momentos cruciales de su vida se niegan a mentir. De Ana se dice directamente que no podía amar a su hija habida con Vronsky: “*Confieso que su apego a esa niña que tiene recogida me es desagradable porque no me parece natural*”. La crueldad con que Vronsky atacaba aquel pequeño mundo, que ella se había construido para mejor soportar su aislamiento del otro, de la sociedad, la injusticia con que la inculpaba de falta de naturalidad en lo que hacía, la hicieron estallar —*Es en verdad una pena que sólo los sentimientos groseros y materiales sean comprensibles para usted y sólo éstos sean naturales*’. Y salió airadamente de la habitación. Cuando, el día anterior por la noche Vronsky fue a verla, ninguno de los dos hizo alusión a la disputa que habían tenido, pero ambos sentían aún en sus espíritus un fuerte resquemor. Hoy Vronsky había estado fuera de la casa todo el día y a Ana, en su soledad, le pesaba tanto el haber discutido con él que deseaba olvidarlo todo, perdonarlo, reconciliarse con su amado, justificándole y hacerse ella responsable: *‘sólo yo tengo la culpa de todo —se decía— estoy irascible, tontamente celosa. Sí, se lo diré así y haremos las paces, olvidaremos todas nuestras disputas, nuestros celos y marcharemos al campo y allí estaré más tranquila y más acompañada. Hasta puede que él me quiera*

más y recobre yo la felicidad! De repente recordó aquello que la había exasperado más en la disputa —el decirle que fingía, que lo que hacía carecía de naturalidad—, y comprendió que se lo había dicho sólo para herirla.

‘Yo sé lo que él quiso decirme: que no es natural que no queriendo mi propia hija, quiera a una niña ajena. ¿Qué sabe él del amor a los hijos? ¿Qué sabe él de mi amor a Sergio, al que he sacrificado por él?’”.

Hay que observar que en la época que Tolstoi describe, el mundo de los hombres y el de las mujeres están tan drásticamente separados que difícilmente pueda concebirse una empresa común o, siquiera, una amistad auténtica. Existen —como por otra parte existen aún hoy— dos morales: una para los hombres, otra para las mujeres. Levin y Ana pretenden que haya una sola. Esteban se acomoda perfectamente a la duplicidad existente. Levin y Ana aspiran a una convivencia íntima. Esteban se acomoda a un modelo de matrimonio como el que rige en su clase y en su sociedad, que excluye la amistad con todas sus tensiones y se reduce, en el mejor de los casos, al respeto y a la comunidad de intereses económicos y de prestigio. Tolstoi había descrito ya, como vimos en la muerte de Ivan Ilich, con cuánta frecuencia el mundo burocrático, su formalismo y su falsa importancia no son más que una manera de escapar a las molestias del matrimonio. La manera de actuar en sociedad es improcedente, Ana deja notar demasiado su pasión y no puede ocultarla, por ejemplo cuando Vronsky tiene el accidente en las carreras de caballos, o cuando están en una reunión en la que también está presente Karenin, quien luego le reprocha que no guarde las apariencias —lo que desde el punto de vista de Ana no puede sino empeorar las cosas, porque Karenin no se refiere al sentimiento sino a que no guarde las apariencias—: “*Quiero advertirte, Ana, —le dijo en voz baja— que con tu imprudencia y la ligereza puedes dar motivo a que la gente murmure de ti*”. Igualmente, Levin no sabe comportarse en sociedad, generalmente queda mal. Ambos piden a la vida una realización, que ninguno de los dos es capaz de postergar y, cuando se encuentran —una sola vez en todo el relato— se sienten atraídos el uno hacia el otro. Ese encuentro ocurre cuando Levin visita la casa de Vronsky y lo primero que ve allí es el retrato de Ana por Mijailov. Mijailov había comprendido que Ana era, al mismo tiempo, una mujer bella y una mujer fatal; porque hay dos maneras de ser bella: la una consiste en negarse a sí misma como sujeto del deseo, volverse en su objeto angelical, narcisista; la otra consiste en afirmarse a sí misma, como mujer deseante y esa es precisamente la mujer fatal, no sólo porque su deseo no se esconda púdicamente, sino porque se muestra de manera conminatoria, porque deja entrever que es capaz de ir hasta el fin y es en última instancia deseo de muerte, porque supone una concepción totalitaria del orgasmo como pérdida irrecuperable del yo. En ese sentido, ambos entran en oposición con la pareja de Dolly y Esteban y su destino es inverso.

Al final del libro, el carácter negativo de la pasión de Ana se acentúa y se extiende a toda su vida y a sí misma. En el caso de Levin también su posición se acentúa hasta llegar a una reconciliación global con la vida. Ambos reciben la acentuación de sus

propios rasgos como una iluminación: para Ana, la iluminación procede de la muerte como una nueva claridad; Levin la encuentra como un reconocimiento de la figura del padre, que le permite una aprobación total del mundo vivido. Veamos algunos pasajes finales de la obra, en los que se destaca el drama de ambos y se lleva hasta sus últimas consecuencias, en las que esa oposición funciona —como diría Freud— como una desintrincación del instinto de muerte y el instinto de vida, distribuidos en estos dos personajes. Ana se dice a sí misma: *“Quería contar a Dolly todo lo sucedido, pero he hecho muy bien en no decirle nada. Qué contenta se hubiera puesto con mi desgracia! Lo habría ocultado, pero el principal sentimiento habría sido de alegría, porque yo estoy purgando ahora los placeres por los cuales me envidiaba. Kitty se habría alegrado más aún. ¡Qué bien la veo ahora! La veo como si fuera transparente. Sabe que me mostraré amable con su marido y tiene celos de mí y me odia. Además me desprecia. A sus ojos soy una mujer inmoral”*. En una palabra, Ana piensa que la mujer no es más que una mentira, la mentira de la abnegación: Dolly, la mentira de la maternidad: Kitty, y su propia mentira: la pasión. Esa convicción es lo que la conduce a la muerte, porque si la mujer es una mentira y la mujer es la vida, no queda más que la muerte.

Ana Karenina, insistamos, trató de quitar un hijo a una madre, pero sintió que no se lo había arrebatado, que permanecía adherido a ella y ella le proponía otras mujeres y esto no lo pudo soportar. Detrás de los celos por esas mujeres están los celos por la madre misma. En el fondo, ninguno leva anclas del todo: ni Vronsky de su madre, ni Ana de su Sergio, ni ambos del peso que para ellos sigue teniendo el juicio de la sociedad aristocrática. La situación carece de salida. Vronsky se enamoró de Ana porque era una posibilidad de dejar de ser hijo, pero secretamente también de seguirlo siendo y, en efecto, Ana se vuelve cada vez más posesiva, aunque no quiera serlo, y él siente cada vez más sobre sí las garras de una madre prohibidora, aunque no quiera confesárselo; se convierte en un superyo, le irrita que vaya al club y en el fondo, todo lo que haga por sí mismo. También él la necesita culpabilizadora, para que se mantenga como una figura de la madre. Ana Karenina era capaz de amar, por la imposibilidad de tomar al burócrata de su marido como objeto de su amor, se refugia en Sergio y se declara madre amatísima. Cuando descubrió en Vronsky que podía ser preferida a una madre (Kitty), descubrió también quién era su marido, descubrió que se había refugiado en su hijo y se lanzó a la más bella aventura a que puede lanzarse una mujer: buscarse a sí misma en un amor recíproco.

Ya no quiere ser propiedad de un burócrata, lo que le permite verlo con nuevos ojos, ver sus orejas horriblemente grandes y detesta en él todos estos detalles, sus pequeños hábitos, cómo hace traquear los dedos, su amor por los artefactos del escritorio, su dedicación a los asuntos del Estado, etc. Cuando en la fiesta, un hombre la miró como mujer, la determinó como mujer y ser mujer no es sólo ser madre, le pareció que había nacido porque ya no se reducía a ser la figura materna, que en ella veían Sergio y sus sobrinos, ni un objeto de prestigio de su marido, sino la mujer que un hombre deseaba y al que, a su vez, ella deseaba. El amor, en efecto, es una relación ca-

paz de sacarlo a uno de lo que ha sido y no una relación que lo conserve, aunque pueda tener mucho de repetición, es también nacimiento peligroso, promesa de redefinición de nuestra identidad; lo que no hace más que confirmar y repetir es, más bien, una forma de dependencia que se confunde muchas veces con el amor. Del mismo modo, lo que suele llamarse “amor materno”, es con frecuencia sólo sobreprotección y enfermería, sobre todo, no dejar nacer, no permitir que se rompa el cordón umbilical, que el hijo tenga ningún riesgo ni por lo tanto asuma por sí mismo ninguna posición, que siga siendo hijo, en una palabra: castrarlo. Hay, desde luego, muchas maneras de ser madre: la madre ansiosa, la madre sobreprotectora, la madre atragantadora, la madre abandonadora; pero hay también la madre solidaria con los anhelos del hijo, como llegó a ser finalmente “La Madre” de Brecht, en la obra que lleva este título.

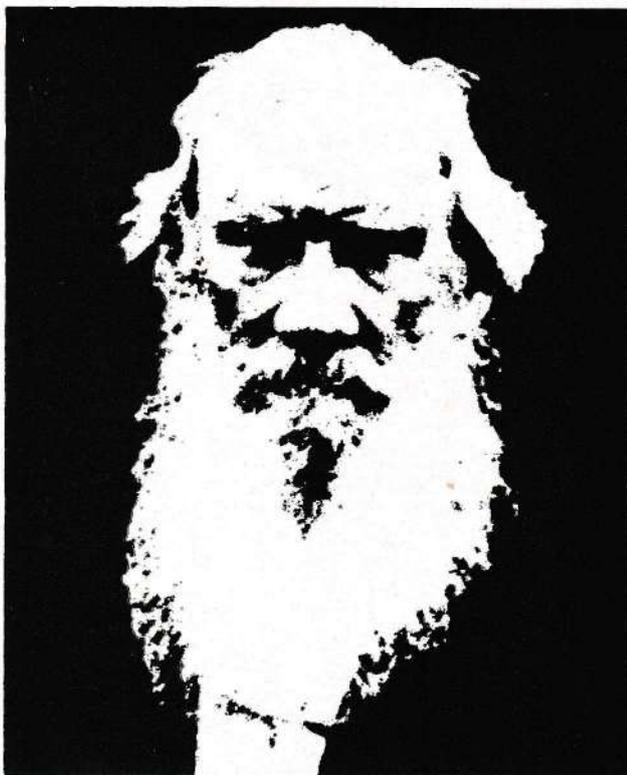
Levin es un hombre apasionado. ¿Qué significa ser apasionado? Significa llevar las cosas hasta sus últimas consecuencias, las cosas, por ejemplo: las convicciones, el amor, la muerte, el nacimiento. Hasta sus últimas consecuencias significa que nuestros pensamientos y nuestras tendencias no se queden encerrados en las fronteras que les prescriben las conveniencias sociales, la moralidad vigente, la ideología dominante. Pero ser apasionado no es sólo liberarse de una ideología dominante, es estar entregado a un drama que uno no puede poner en cuestión y que por lo tanto padece. El apasionado lleva las cosas hasta sus últimas consecuencias, pero las “cosas” también son sus fantasmas; no se deja refutar por la realidad, porque la realidad es compleja, necesita ser interpretada, sopesada y la pasión reduce a una sola significación, la pasión es lo que nos domina y no un dominio que adquirimos sobre el mundo. Si se trata de un mundo hostil, explotador y absurdo, la pasión funciona muchas veces como la figura de una liberación, pero termina muchas veces en la forma de una autodestrucción.

Tolstoi construye una oposición entre Levin y su hermano Kosnichev; este último es un hombre cultísimo, un escritor reconocido, pero se trata de una cultura profesoral; mientras que Levin con cada una de sus ideas se juega su propia vida. En la polémica Kosnichev gana formalmente, porque su posición es racionalista, intelectualista; mientras que la posición de Levin es, por decirlo así, existencial. El uno sabe discutir, el otro no sabe cómo vivir y para él pensar significa fundamentalmente aprender a vivir; el uno es hábil como polemista, el otro es torpe como un oso pero tiene sus vivencias y su deseo de confundirse con el universo entero, con el pueblo, con el trabajo como motor de su pensamiento; el uno parece progresista, acoge todo lo que el siglo de las luces nos ha aportado, el otro parece reaccionario, pero es acaso más revolucionario ya que está dispuesto a cambiarlo todo y a cambiarse a sí mismo por una idea. De todas maneras esta contraposición, de un racionalismo abstracto y un vitalismo puro no se sostiene, pero muestra muy bien la encrucijada histórica en la que se encuentra el pensamiento de Tolstoi, cuya crítica de la sociedad, en un sentido, va mucho más lejos que la concepción liberal burguesa del progreso, en otro sentido, se queda muy atrás de ésta ya que tiende a rechazar sus conquistas

en lugar de superarlas y a regresar a una noción idealizada, prescrita, de la naturaleza y del alma popular aproximándose casi, en algunos pasajes, a una añoranza del analfabetismo.

Volvamos a Ana y a su relación con la muerte. En los últimos pasajes se plantea el descubrimiento de la hostilidad en términos de conocimiento, en términos de denuncia de toda amabilidad, concebida como mentira, como una manera de ocultarse algo a sí mismo. Descubrirse, en cambio, significa dejar de aparentar; los que verdaderamente son sinceros son los que pelean llenos de ira. Esa concepción del conocimiento se vuelve inmediatamente contra ella misma: *"Otra vez estoy en la calle. De nuevo lo aprendo todo... ¿Qué es lo último que pensé antes? ¡Ah sí! Tiutkin, coiffeur. No. No es eso. ¡Ah sí! Lo que decía Jachvin: la lucha por la existencia y el odio es lo único que mueve a los hombres"*. Parecen frases inconexas, pero no lo son: el peinador (deseo de ser bella) es lucha por la existencia, combate contra otras. Todo se va mostrando de una manera negativa, a una luz siniestra. Como dice Poe de Roderick Uscher: *"de su espíritu brotaba una permanente irradiación de tinieblas"*, todo lo que describe Tolstoi, de ese viaje, está en cierto modo separado y en cierto modo conectado: *"Vosotros hacéis mal en ir allí —se dirigía mentalmente a varios hombres que iban en un coche tirado por cuatro caballos, hacia las afueras, con aire muy visible de divertirse— tampoco el perro que lleváis va a servir de nada. No podréis huir de vosotros mismos"*. Van hacia la prostitución para salir de sí mismos. La prostitución es, en efecto, un intento de salir de sí mismo, en la medida en que uno se encuentra investido por una figura materna; es la práctica del sexo-odio, la búsqueda de la mujer degradada, de la no-madre absoluta, pero por ello mismo no hace más que confirmar la madre idealizada. ¿Por qué agrega Ana: *"tampoco el perro que lleváis va a servir de nada?"*. Porque la relación perro-amo, con su carácter proyectivo por parte del amo y su fidelidad incondicional por parte del perro es un modelo de la relación madre-hijo, cuando la madre está idealizada. Tolstoi emplea la metáfora de mirada de un perro fiel, para referirse a Vronsky, en la época en que intentaba hacer de Ana su amante. Ana piensa que fue para él un triunfo de su narcisismo, que ahora es un estorbo para sus necesidades. Es horrible comprender esto, pero también es "una luz bienhechora" la posibilidad de comprenderlo.

Una y otra vez Ana Karenina buscó la felicidad; la buscó en la maternidad, la buscó en el deseo, en la entrega y en la ruptura, pero de tal manera que nunca la pudo encontrar. Lo que para ella significa inmediatamente la desgracia. ¿Pero puede una mujer encontrar la felicidad? Salió de su marido y perdió un hijo, encontró un hombre que no pudo dejar de ser hijo; pero la felicidad no es un disfrute —ni siquiera el disfrute de un marido-hijo—, la felicidad es empresa de producción transformadora con otro, aventura en común mezclada indiscerniblemente con la angustia y el dolor de la transformación. Una felicidad sin dolor, sin angustia y sin riesgo es inconcebible y para eso las imágenes que de ella se presentan son inevitablemente historias aburridas y sobre todo, no es una diversión aunque la diversión se disfraza de organización de hospitales y de moderniza-



ción de la agricultura por medio de la compra de máquinas inglesas. Al contrario, la necesidad compulsiva de diversiones es un índice del vacío de nuestra vida y del carácter no significativo de nuestro trabajo. Ana tampoco puede conformarse con ser aprobada y admirada, ni en el fondo con nada ya que ha entrado en un tipo de relación en el que no cabe una empresa que le confiera un nuevo sentido a su vida. A Vronsky le exige que se sienta libre, al mismo tiempo que se lo impide con su amor posesivo; ella misma quiere existir por su propia cuenta, pero depende del menor indicio de desamor por parte de Vronsky para caer en la desesperación. Tolstoi ha armado una trampa sin salida, el desenlace es pues inevitable. Las malas novelas pueden tener un final triste o un happy-end, porque a última hora ocurran acontecimientos afortunados o desafortunados. Pero las grandes obras marchan hacia su desenlace con una necesidad implacable, como hacia la iluminación retrospectiva de todo lo que antecede. Este final constituye una descripción del mundo y de su propia vida, hecha por Ana, desde el punto de vista de la desesperación. Levin cree haber renacido y encontrado que rige la ley del amor; Ana va hacia la muerte y piensa que rige la ley del odio y de la destrucción; Tolstoi, en tanto que artista, sabe que ambas cosas son verdades unilaterales.

Levin por su parte, también se opondrá a las convenciones, pero en un sentido inverso: si se produce convencionalmente una separación, él piensa que en el fondo sólo hay una unidad fundamental por ejemplo, los disfraces de noble que él lleva lo separan de los camareros, a los que se siente tan próximo, los considera como una simple convención de clase, que separa a los hombres esencialmente unidos; por lo cual no comprende nada de partidos ni de intereses, ni sabe por quién hay que votar ya que todo eso es apariencia externa que oculta un sentimiento primordial de comunidad. Ana, en cambio, cuando ve un matrimonio en el tren, considera su unión como una máscara convencional que trata en vano de ocultar una soledad fundamental, al verlos se expresa así: "Están aburridos y se odian el uno al otro" y más adelante: "¿Qué estaba yo pensando antes? ¡Ah sí!, que no encontraré una situación en la cual mi vida no sea un tormento; que todos sabemos e inventamos métodos para engañarnos a nosotros mismos y cuando vemos la verdad no sabemos qué hacer". La verdad es pues el análisis que arranca cruelmente los velos y los disfraces que ocultan el combate de todos contra todos y de cada uno contra sí mismo.

La verdad de Levin es inversa. Cuando cree encontrar la solución final dice así, después de la conversación con un campesino: "Feódor dice que el guarda Kirilov vive sólo para su vientre. Eso es claro y comprensible. Todos nosotros, como seres racionales, no podemos vivir de otro modo sino para el vientre. Y de pronto Feódor dice que no se debe vivir para el vientre y que se debe vivir para la verdad y para Dios, y yo, con una sola palabra, le comprendo".

Tolstoi se opone a la violencia, llegando hasta el extremo de la prédica de la no resistencia al mal. Aunque describió continuamente conflictos y guerras, pensaba que detrás de las masacres estaba la verdad del amor. En *La Guerra y la Paz* (tomo I, p. 151, ed. Janes), dice: "Rostov se volvió y, como si bus-

cara algo, se puso a mirar a lo lejos, al cielo y al sol sobre el Danubio. El cielo le pareció muy hermoso. ¡Era tan azul, tan sereno, tan profundo! ¡Qué majestuoso y claro era el sol en su ocaso! ¡Cómo relucían, suavemente removidas, las aguas del Danubio! Y más bellas aún eran aquellas montañas azuladas llenas de misteriosos desfiladeros, y aquel convento y aquellos bosques de pinos envueltos por la niebla... Allí estaba la paz y la felicidad! ¡Ah, si hubiese podido vivir allí, nada hubiera deseado! —pensó Rostov—. Hay en este cielo, y siento en mí tanta felicidad... en cambio, aquí... gemidos de dolor, el miedo, la confusión, la prisa... he aquí nuevos gritos, todos corren hacia allí y yo corro con ellos y de nuevo la muerte, la muerte cerca de mí... Sólo un instante y ya nunca más viviré en ese sol, ni en esas aguas, ni en aquellas montañas". (El príncipe Rostov en la batalla de Austerlitz).

Mientras los hombres se matan entre sí, sin saber muy bien por qué, la verdad que corresponde a lo que siente en su corazón es la imagen de la naturaleza, idealizada como madre protectora. La fuerza de Tolstoi consiste, sin embargo, en que, a pesar de esa idealización, estudia la maternidad con una lucidez implacable. La de Ana, que no es más que una compensación de su frustración como mujer, como toda compensación, desilusionante y frágil a pesar de las apariencias; la de Dolly, que está hecha de abnegación, palabra hipócrita que encubre la aceptación del fracaso, la cobarde abdicación al derecho de la propia realización; sentimiento hipócrita que trata de negar el inevitable resentimiento y la inevitable hostilidad que provoca la renuncia a sí misma. E, incluso, en la maternidad de Kitty acecha siempre un peligro, como lo prueba en forma inequívoca la ansiedad de su marido (para emplear un término psicoanalítico).

En la perspectiva de Levin, la razón conduce siempre a conclusiones adversas a la vida. Cuando Levin piensa en la época en que se entregaba a las conclusiones de la razón dice así: "En aquellos días había comprendido claramente que para él y para todos no existía nada en adelante sino sufrimientos, muerte, olvido eterno; pero a la vez había reconocido que así era imposible vivir, que precisaba explicarse su vida de otro modo que como una ironía diabólica, o, de lo contrario, pegarse un tiro".

El no hizo ni lo uno ni lo otro, sino que continuó viviendo, sintiendo y pensando, e incluso en aquella época se casó, y experimentó muchas alegrías y fue feliz entonces, cuando no pensaba para nada en el sentido de la vida. ¿Qué significaba, pues, aquello? Que vivía bien y pensaba mal.

Vivía, sin comprenderlo, a base de las verdades espirituales que mamara con la leche de su madre, pero pensaba, no sólo reconociendo tales verdades, sino apartándose de ellas deliberadamente. Y ahora veía claramente que sólo podía vivir merced a las creencias en que fuera educado. Y más adelante: "Buscaba contestación a mi pregunta. El pensamiento no podía contestarla, porque el pensamiento no puede medirse con la magnitud de la interrogación. La respuesta me la dio la misma vida con el conocimiento de lo que es el bien y lo que es el mal.

"Y ese saber no me ha sido proporcionado por nada, me ha sido dado a la vez que a los demás, pues-

to que no pude encontrarlo en ninguna parte. ¿Dónde lo he recogido? ¿He llegado por el razonamiento a la conclusión de que hay que amar al prójimo y no causarle daño? Me lo dijeron en mi infancia y lo creí, feliz al confirmarme los demás lo que yo sentía en mi alma. ¿Y quién me lo descubrió? No lo descubrió la razón. La razón ha descubierto la lucha por la vida y la necesidad de aplastar a cuantos me estorban en la satisfacción de mis necesidades.

"Tal es la deducción de la razón. La razón no ha descubierto que se amase al prójimo, porque eso no es razonable".

Esta contradicción —no dialéctica— entre vida y razón, vida y ciencia, es un tema recurrente de la literatura rusa de la época. Sin embargo, cuando se trata de grandes autores como Tolstoi y Dostoievski, funciona en realidad como una crítica del determinismo mecanicista y del determinismo biológico, que aplican directamente a la vida social las leyes de la física o del evolucionismo biológico; crítica que se extiende naturalmente al liberalismo clásico, con sus "principios" de la utilidad y el interés privado como móviles de la conducta humana; hace parte, por lo tanto, de la encrucijada ideológica a la que nos referimos anteriormente, en un sentido, es reaccionaria, no solamente prekantiana sino incluso precartesiana; en otro sentido, es revolucionaria ya que subraya los límites del liberalismo y la irreductibilidad del orden social, histórico y humano al orden natural.

En Dostoievski nos encontramos los mismos temas: *"La ciencia prueba que un átomo de mi propia grasa debe valer más para mí que cien mil de mis semejantes. Puesto que las ciencias prueban que el principio que mueve las conductas es el interés"* (El hombre del subsuelo). Y allí mismo: *"Esta fórmula señores de dos más dos igual cuatro no es la vida, sino el comienzo de la muerte"*. También aquí, la contraposición simple vida y ciencia conduce a la igualdad simple muerte y ciencia. Y también Dostoievski encuentra que la posición científica excluye el amor al prójimo y la preocupación por el futuro de la humanidad; el adolescente por ejemplo dice: *"¿Y, por qué he de amar a mi prójimo y sacrificarme por una humanidad futura que nunca he de ver?; ella ignorará mi existencia como yo desconozco la suya y un día morirá, como todas las cosas en este helado planeta, que seguirá rodando, estúpidamente, en medio de millones de planetas helados"*.

Ambos autores encuentran la contradicción interna de una moral que predica el desinterés y le ofrece un premio, ya que, en efecto, un desinterés premiado es una contradicción en los términos; y aún cuando el premio sea en otra vida, no por ello deja de ser un negocio, a largo plazo.

La revelación de Levin es una revelación materna, verdad que bebió con la leche de su madre, una madre omnisciente, correlativa de un Dios desprovisto de todo aspecto demoníaco ya que lo negativo queda por cuenta de la ciencia y la técnica, que vienen a violar esa naturaleza-madre idealizada. Y cuando los niños de Dolly botan la leche, Levin dice que hacen como todos los filósofos, que con sus argumentaciones y razonamientos arrojan fuera de sí la leche materna de una fe primordial, que es lo único que permite vivir.

Aunque este tema es compartido, como vimos, con Dostoievski, hay que observar que en este último hay una conciencia mucho más aguda de la imposibilidad de sostener una aprobación de la vida en oposición simple con la razón; el demonio por ejemplo dice a Iván Karamasov: *"Yo soy el espíritu de la negación y de la crítica; sin mí la vida entera cantaría un hosanna, pero la vida no es eso, y para que exista, es necesario que pase por un crisol de la duda"* y en realidad, la aprobación de Levin conduce finalmente a una confusión mística con el todo, que difiere mucho menos de la muerte de lo que acaso Tolstoi se imaginaba, ya que no es más que otra de sus figuras. La vida, en efecto, cualquiera que sea el sentido que se le dé al término, contiene en sí la negación y la separación. Lo que aquí se critica con el nombre de razón y de ciencia es lo que Hegel llamaba el entendimiento, potencia negativa y separadora, que constituye un momento necesario del pensamiento, que Hegel asimilaba también a la muerte, pero Hegel reconoce su necesidad y agrega, —de manera inolvidable— en el Prefacio a la Fenomenología del Espíritu: *"La belleza sin fuerza odia al entendimiento, porque el entendimiento espera de ella lo que ella no puede realizar. No es esta vida que retrocede con horror ante la muerte y se preserva pura de la destrucción, sino la vida que lleva en sí la muerte y se mantiene en la muerte misma constituye la verdadera vida del espíritu. El espíritu conquista su verdad solamente a condición de volverse a encontrar a sí mismo en el absoluto desgarramiento"* (II, 3). Por el contrario, una confusión mística con el todo excluye la lucha, la búsqueda, el deseo, en última instancia, el tiempo y por lo tanto la vida misma.

Si Tolstoi fuera Levin no habría podido escribir *"Ana Karenina"*, pero afortunadamente es también Ana y esa contradicción es el motor de su productividad.

En esta contraposición Ana-Levin no cabe ya la posibilidad de una historia, porque para la una todo está fragmentado y es discontinuo, mientras que para el otro cada instante se eterniza. Pero reunidos en un solo ser hacen posible la más formidable narrativa histórica que pueda ofrecernos la literatura rusa.

PAISAJES, OBJETOS Y CRISTIANISMOS

Cada personaje tiene su propia visión del mundo, según el drama que lo constituye; su propia relación con el paisaje, con los objetos, con el trabajo y con la ideología que aparentemente les es común, es decir, el cristianismo. Hay el paisaje de Levin, hecho de conocimiento íntimo y comunicación con la tierra por el trabajo que se ha realizado y que se va a realizar; hecho de culto a la fecundidad y reconocimiento del tiempo y de los ciclos inviolables de la naturaleza.

Hay el paisaje de su hermano Kosnichev, paisaje-adorno, propio del hombre urbano que va al campo a descansar, al que todo le parece agradablemente pintoresco y lejanamente bello, porque contrasta con el ambiente de su vida cotidiana. Hay el paisaje comercial, o, si se prefiere, el no-paisaje. Es el del comprador del bosque de Esteban, quien ve en el paisaje metros cuadrados de madera —el bosque— y en las tierras, cantidades determinadas de papa y trigo y no tiene ninguna dimensión lírica.

Desde luego, el paisaje desempeña muchas otras funciones; puede contener signos premonitorios, y puede también funcionar como símbolo de determinados estados de ánimo, como el amanecer en que Levin ve pasar a Kitty en coche.

También los objetos, en todas sus subdivisiones —vestuarios, muebles, útiles, herramientas—, son apreciados por cada personaje desde un ángulo diferente, según la posición que le es propia. Y lo mismo ocurre con los tipos y los móviles del trabajo.

Levin, por ejemplo, considera como una irrupción extraña, dañina y prematura, las maquinarias novedosas y los ferrocarriles, pero valora altamente la guadaña afilada que permite una comunicación directa con la tierra por medio del trabajo: *“Cuando más trabajaba más frecuentes eran en él los momentos de olvido total, en los cuales no eran los brazos los que llevaban la guadaña, sino ésta la que arrasaba tras sí, en una especie de inconsciencia todo el cuerpo pleotórico de vida. Y, como por arte de magia, sin pensar en él, el trabajo más recio y perfecto se realizaba como por sí solo. Aquellos momentos eran los más felices”*. No hace falta mucha agudeza para ver aquí detrás de la exaltación mística, la representación exacta de una relación sexual; la pérdida dicha del control de los movimientos, el olvido de sí y la liberación de la cárcel del yo; el establecimiento de una continuidad más allá de la separación que constituye las fronteras del individuo.

Vronsky, en cambio, considera *todo* lo nuevo como un artefacto magnífico; precisamente porque es extranjero y le sirve de signo para diferenciarse de los que no tienen aún esos avances. Su pasión por ellos no es práctica, lo que le interesa en estos objetos no es su carácter funcional, sino el que sirvan de soporte de su diferencia y de símbolo de su mentalidad avanzada; y finalmente de juguetes que le ayuden a divertirse en el hastío al que ha llegado en sus relaciones con Ana.

Esteban considera los ferrocarriles como una magnífica cosa, desde el único punto de vista que le interesa: su comodidad personal. También Kosnichev los aprecia como símbolos del progreso, tal como él lo concibe: que Rusia se parezca cada vez más a los países del occidente europeo.

Karenin, el personaje más burocratizado, se conmueve ante todo con los útiles de escritorio.

Y cada cual trabaja según una motivación que condensa igualmente su concepción del mundo. Esteban Arkadievich ve en el trabajo el tiempo que es preciso perder para conseguir el dinero indispensable para sus disfrutes y sus diversiones. Ya vimos cómo es la vivencia de Levin; otros, en cambio, trabajan movidos por la competencia con sus compañeros y contemporáneos y por el anhelo de promoción social.

Lo mismo ocurre con los utensilios domésticos y los vestuarios. Cuando Ana rompe con la sociedad de San Petersburgo por su alianza con Vronsky, Tolstoi nos indica en mil formas que no se trata de una ruptura fundamental y positiva, en la que le oponga nuevos valores, nuevos principios y aspiraciones. A raíz del regreso del viaje a Italia, se describe la importancia que le sigue dando al hecho de ser recibida o no en sociedad. La manera como acentúa el valor de los objetos-signos: ahora viste mejor que nunca,



de manera más costosa y más formalista. También en el campo se rodea de objetos traídos de Inglaterra, todo es a la última moda, se cambia tres veces de vestido al día para las comidas, nunca le ha dado tanta importancia a los signos de pertenencia a la clase como cuando pretende haber roto con ella.

En cambio Dolly, que no ha roto con nada y que no ha dejado de ser visitada, no le da importancia a su atuendo; en primer lugar, porque su situación social no está en cuestión y, en segundo lugar, porque ha abandonado toda idea de seducir e, incluso, de gustar.

Levin entra en conflicto con las costumbres de la aristocracia por diversas razones. Considera incomprensible que su felicidad —el matrimonio con Kitty—deba ser aplazada a causa de un ajuar, considera aberrante que se desperdicie en un traje o en una noche de club el equivalente de lo que un campesino recibe por un año de trabajo arduo y productivo.

Esteban considera que su vestuario, como las demás cosas, son complementos de su narcisismo. Mientras que en la situación de Nicolás los trajes y los implementos hogareños expresan el abandono a que se ha entregado y, en el exceso de suciedad y desorden, llega a manifestarse su tendencia autodestructiva.

*
**

Hay, igualmente, casi tantos cristianismos como personajes. Hay nobles damas que son cristianas porque es eso lo que está de moda, como la princesa Lidia Yvanovna, y que pueden practicar el espiritismo si éste llega a ponerse de moda. Hay un cristianismo puramente ceremonial, como el del sacerdote que confiesa a Levin. El hecho de que no le dé importancia a lo que tanto atormenta a éste —sus dudas—, la manera mecánica como se entrega a la lectura de un pasaje sagrado, todo indica que se siente satisfecho de ser un elemento principal en una ceremonia importante. Y en esto, contrasta con la manera propia de Levin, de plantear el problema de la religión como asunto de vida o muerte.

A Kitty no la inquietan las afirmaciones de Levin sobre su falta de fe; en el fondo no cree en sus dudas, porque su conducta práctica es la de un hombre bueno y para ella un hombre bueno es un hombre cristiano, independientemente de lo que haya dicho. Supone que Levin no se ha dado cuenta de su bondad y de su cristianismo.

Mijailov busca en el tratamiento pictórico del tema cristiano la construcción de una figura cuya superioridad frente a la violencia y a la injusticia, llegue hasta el punto de sentir compasión hacia aquellos que la ejercen contra él. El cristianismo de Karenin es bastante curioso. A veces parece llegar a extremos evangélicos —el perdón de la infidelidad, la mano tendida al amante, la otra mejilla—, al mismo tiempo que sigue pensando en términos burocráticos, en el cargo que le van a dar a otro, en la imagen social, etc.

Karenin se apoya en el cristianismo para evitarse el problema de tomar una decisión en la que pueda resultar socialmente comprometido. Cuando Ana le

confiesa sus relaciones con Vronsky, como teme el duelo y el escándalo del divorcio, decide que todo siga como antes, con la condición de que rompa con su amante; y luego se le ocurre la siguiente reflexión, muy propia de la manera como en él se combinan el cristianismo y la burocracia; “*Y cuando hubo adoptado definitivamente esta resolución, acudió, como un refuerzo de ella, un pensamiento muy importante a la mente de Alexei Alexandrovich: ‘sólo con esta decisión obro de acuerdo con las prescripciones de la Iglesia. Únicamente con esta solución no arrojé de mi lado a la mujer criminal y le doy probabilidades de arrepentirse, e incluso, aunque esto me sea muy penoso, consagro parte de mis fuerzas a su corrección y salvación’*”. Y más adelante: “*esas relaciones se reorganizarán de tal modo, que no experimentaré desorden alguno en el curso de mi vida. Ella debe ser desgraciada, pero yo no soy culpable y no tengo por qué ser desgraciado a mi vez*”.

Si tuviéramos en cuenta un conjunto más vasto de personajes, con sus fantasmas, sus dramas, y la visión del mundo que de ellos se deriva; su valoración del paisaje, el trabajo, los objetos, las ideas, etc., el cuadro esquemático que presentamos antes se enriquecería muchísimo; pero ya no sería un cuadro esquemático, sino que resultaría —como dice Borges— “un mapa del tamaño del Imperio”. Y sobre todo, sería una manera de alimentar el mito absurdo de una lectura exhaustiva, cuando sólo hemos tratado de proponer una lectura posible, al lado de la cual caben muchas otras lecturas.

Tratamos de dar una interpretación que se sabe unilateral y comprometida, y que no aspira en modo alguno al rigor científico que tanto parece preocupar a la crítica literaria contemporánea.

TOLSTOI: FENOMENO RUSO

Rusia es ante todo un país de contrastes. Por una parte, como dijo Lenin, un país imperialista y víctima del imperialismo: sometía pueblos enteros, georgianos, ucranianos, siberianos a su dominación, y estaba sometida, al menos en parte, al capitalismo extranjero sobre todo francés.

Por una parte, mantuvo la servidumbre en Europa hasta el año 1861 y la forma familiar más patriarcal: el patriarca dominaba una familia en la que quedaban incluidos los hijos casados y sobre la cual reinaba.

Por otra parte, la cultura europea la invadía por todas partes; casi toda su aristocracia era bilingüe o trilingüe. Tenía la mayor incultura, 83% de analfabetos; y también la mayor cultura; tal vez la más grande novelística del siglo XIX, la lingüística, la química, el origen de la coherencia, etc. País extremista como ninguno; extremista porque había extremos por todas partes. anarquistas, terroristas y místicos. Asesinaban a los Zares —Alejandro II murió en el mismo año que Dostoievski, por un asesinato—; bendecían a los analfabetos. Mientras los científicos hacían aportes a la humanidad, los brujos dominaban a la corte (Rasputín) y, acaso por eso, los grandes pensadores rusos como Tolstoi, como Dostoievski, hayan aspirado a todo y no se hayan conformado con

una pequeña reforma y hayan concebido a Rusia con un hábito de profecía y de redención.

Pero después de todo, hay que confesarlo, Rusia es el país de los novelistas y la novela en Rusia siempre fue una novela social; en otras palabras, querían cambiar el mundo escribiendo y cada una de las palabras que consignaban en su escritura era el deseo de una nueva humanidad.

El padre Karamasov, "viejo bufón", era la destitución general del patriarcado ruso; uno de sus hijos, Dimitri, combatía con él por la misma mujer; Gruschenka; otro de sus hijos, Iván, oponía el más duro racionalismo al autoritarismo; otro, Alioscha, buscaba en el misticismo una manera de salir del conflicto con el padre; el cuatro, Smerdiakov, lo asesinó realizando así en cierto modo el deseo de todos. Sociedad extremista. En Rusia no se discutió si la literatura fuera o no comprometida; estuvo siempre comprometida. Tolstoi es hijo, hijo legítimo, de esa sociedad. Hombre terriblemente puritano y terriblemente sensual; hombre que quería combatirlo todo y mantenerse en la tradición; en una palabra, un ruso.

Así fueron todos los grandes escritores rusos. No nos importa mucho su ideología (como no le importaba a Marx la de Balzac), y Tolstoi, como todos ellos, corroyeron y destruyeron muy frecuentemente lo que querían defender; por ejemplo, el matrimonio.

Vamos a ver cómo lo hizo Tolstoi reduciendo al absurdo todos los valores que él mismo conscientemente quiso defender. Tolstoi piensa principalmente en la muerte, pero sobre todo, en la incapacidad de asumir la muerte. Para él la mujer es la muerte, Ana Karenina; pero, para él, la mujer también es la vida, Kitty; o la conservación de la vida, Dolly. Idea monstruosa de la feminidad como muerte o vida; idea de que la feminidad si se lanza al deseo es muerte; si se contiene en la procreación es vida; pero en el fondo es la misma idea de la feminidad: vida o muerte, la feminidad es lo peligroso. Ni idealizada como Kitty (idealizada por otro), ni apasionada como Ana (apasionada por otro), ni abnegada como Dolly, puede la mujer encontrarse a sí misma. Si llegara a tener a la vez amistad, reciprocidad, ternura, deseo y amor, entonces a lo mejor la mujer comenzaría a existir. Mientras la mujer no sepa que sin eso el hombre no vale nada, no puede apreciarse a sí mismo, y que sin eso ella no puede ayudarlo, seguirá siendo la mujer como siempre ha sido: antifeminista, incapaz de comprender que el hombre es un ser al que hay que ayudarlo y no solamente liberarse de él.

Ni por una pasión, ni por una abnegación, ni por una idealización llega a ser la mujer lo que puede ser para sí y para otros; sólo venciendo la pasión, la abnegación y la idealización virginal se vuelve ante el hombre una amiga, una compañera y en una palabra: un amor.

La mujer ha sido víctima, en nuestra cultura, de las más terribles polarizaciones: la doncella y la bruja, el dragón y la madre protectora; sin duda es todo eso pero lo es a la vez. Hay una cosa sin embargo

que no ha sido la mujer en nuestra cultura: la amiga. Para que se vuelvan dialécticas las oposiciones entre la doncella y la bruja, entre el dragón y la madre sobreprotectora, es necesario que la mujer se vuelva ante todo la amiga. Conozco yo mujeres, cuyos celos se dirigen en una buena dirección: el grado de amistad. Mientras la mujer no sea más que un fantasma inexpresable, mientras no podamos soportar que surja en ella el deseo (como muestra Roustang que no lo pudo soportar Freud), la mujer seguirá siendo el enemigo. ¿Qué mujeres nos quedan? La monja frígida y la prostituta. ¿Cómo vamos a lograr que entre las dos hagan una mujer? La mujer es nuestra amiga o nuestra enemiga: hay que escoger. Si es nuestra amiga puede manifestar todos los aspectos de su ser; si es nuestra enemiga rechazamos todos los aspectos de su ser, tanto la frigidez como la prostitución, que es un deseo fundamental suyo, al menos como fantasma de transgresión general y de ruptura con toda identificación materna. Entregarse sin condiciones o no entregarse con ninguna condición; esa es la mujer para nosotros: santa o puta. Si no somos capaces de encontrar la amiga no dejará nunca de ser santa o puta, imagen de la vida e imagen de la muerte, imagen de la luna inaccesible o imagen del abismo.

La liberación de la mujer es salir de esas polarizaciones.

La liberación del hombre consiste en dialectizar esas posiciones; dialectizarlas es amar con un amor continuo, tenaz, que se afirma en el tiempo formando una historia común; la historia de dos vidas, dos vidas capaces de producir otras vidas libradas del terror: tanto del terror del hombre a ser mujer —femenino—, como del terror de la mujer a ser masculina. Vidas liberadas de la compulsión a desempeñar papeles, a ser personajes. Vidas que no dependan del chantaje afectivo de sus padres y que desde el comienzo tengan formas de afirmación que no las conduzcan al terror. Hombres y mujeres que puedan ser amigos, niños que no estén llenos de miedo; en una palabra, la muerte del matrimonio.

Tolstoi lo anuncia analizando matrimonios, porque él sufrió en carne propia el matrimonio —después de todo, volarse de la casa a los ochenta y dos años no es cosa corriente!—. El deseo de Tolstoi es el deseo de amar, pero amar significa redefinirse y redefinir la sociedad que a uno le asigna determinados papeles. Aunque no haya investigado más que una cosa: ¿en qué condiciones es posible amar?, su pensamiento es eminentemente revolucionario porque incluye esta incógnita: ¿qué tipo de sociedad permite redefinirnos, cambiar de identidad sin que se sienta amenazada por eso?: esa es la sociedad revolucionaria.

Tolstoi pensaba que lo contrario del amor eran la jerarquía, la competencia y la propiedad. Pensaba que no era capaz de amar el que no fuera capaz de reconciliarse con la muerte.

Si sus soluciones son utópicas e ilusas, en cambio sus preguntas y sus críticas son radicales; en una palabra, se trata de un gran artista.

baldomero sanín cano: el oficio de lector

j. g. cobo borda

Este texto es el prólogo a la recopilación de escritos de Baldomero Sanín Cano que aparecerá, en el curso de este año, en la Biblioteca Ayacucho, que dirige Angel Rama, en Caracas. Dicha edición amplía, notablemente, la selección de *Escritos* de Sanín Cano que Cobo Borda preparó con destino a la Biblioteca Básica Colombiana, y que Colcultura editó en su tercera serie, en 1977.

I. REIVINDICACION DE SANIN CANO

A María Teresa Guerrero

Baldomero Sanín Cano publicó en vida diez libros⁽¹⁾. Mejor dicho: se los publicaron, ya que él nunca se preocupó de esos menesteres subalternos. Esos volúmenes, hoy en día inconseguibles, editados en Bogotá, México o Buenos Aires, constituyen una parte apenas de su labor. En *El Tiempo*, de Bogotá; en *La Nación*, de Buenos Aires; en el suplemento semanal del *Time*, de Londres; en el *Repertorio Americano*, de San José, Costa Rica, donde, según las palabras de García Monge, hasta el año de 1948 se habían reproducido 155 artículos suyos, hay material suficiente para integrar dos o tres volúmenes más.

1. Estos son: *La civilización manual y otros ensayos*, Buenos Aires, Editorial Babel, 1925 (CM); *Indagaciones e imágenes*, Bogotá, Ediciones Colombia, N° 22, 1926 (II); *Crítica y Arte*, Bogotá, Librería Nueva, 1932 (CA); *Divagaciones filológicas y apólogos literarios*, Manizales, Arturo Zapata, Editor, 1934 (DF); *Ensayos*, Bogotá, Biblioteca Popular de Cultura Colombiana, 1942 (E); *Letras Colombianas*, México, Fondo de Cultura Económica, 1944 (LC); *De mi vida y otras vidas*, Bogotá, Ediciones Revista de América, 1949 (DV); *Tipos, obras, ideas*, Buenos Aires, Ediciones Peuser, 1949 (TO); *El humanismo y el progreso del hombre*, Buenos Aires, Editorial Losada,

De ahí que la primera reacción ante su nombre sea una mezcla, muy común entre nosotros, de total ignorancia y reticente respeto. He hecho la prueba, varias veces, y la respuesta, en el mejor de los casos, implica una aclaración acerca de lo infatigable de su pluma y lo extranjerizante de su tarea. Se mencionan incluso las notas editoriales que escribía en *El Tiempo*, todas las semanas, y durante largos años, sobre tópicos de política nacional e internacional. Repasando algunas —son miles— he llegado a la melancólica conclusión de que la política, hoy como ayer, es invariablemente tediosa.

1955 (HP); *Pesadumbre de la belleza y otros cuentos y apólogos*, Bogotá, Ediciones MITO, 1957 (PB).

A esto habría que agregar el volumen sobre la *Administración de Reyes* (1904-1909), Lausana, Imprenta Jorge Bridel & Co., 1909; *An elementary Spanish grammar*, Londres, Oxford University Press, 1920, un diccionario inglés-español, y una antología de escritores americanos, aparecida en Londres, en 1923. En una entrevista con Jorge Cabrico Briceño, *El Tiempo*, noviembre 10 de 1946, Sanín habla de otro libro suyo: *Orígenes de la literatura argentina*, anterior a *La civilización manual*, que no conocemos. Tradujo, además, dos libros de James Fitzmaurice Kelly: uno sobre Miguel de Cervantes, Oxford University Press (1917) y un *Manual de historia de la literatura española*, aparecido en Buenos Aires, en 1926, el cual también prologó.



Pero no es éste el tema; ni tampoco, por elementales razones de espacio y de injusticia cronológica, su vasta tarea como divulgador. Existe hoy, presumiblemente, más información (datos, traducciones) sobre Ibsen, Huxley o Thomas Mann que en el momento en que Sanín escribió sobre ellos; pero cuando lo hizo, como cuando en 1897 descubrió a Maeterlink o Peter Altenberg, no había nada. Fue el primero, y este es un mérito que no conviene desdeñar.

Lo anterior se vuelve aún más problemático si pensamos en que desde fines de los años 20 la *intelligentia* latinoamericana hizo explícito su reconocimiento: de Mariátegui a Gabriela Mistral, de Picón Salas a Francisco Romero, de Pedro Henríquez Ureña a Juan Marinello, todos hablaron con ferviente admiración de este hombre sobrio que dedicó su vida a las letras y que tuvo la elegancia suficiente para redactar, en 1907, una premonitoria *Preparación al olvido* (2). Esto mientras cumplía con su deber como administrador del tranvía de mulas, en Bogotá; como lector de español, en la Universidad de Edimburgo; como encargado de las oficinas de *La Nación*, en Madrid. Pero hay otra parte de su escritura, dispersa en revistas minoritarias, en suplementos literarios, como prólogos a libros que tampoco se reeditan, la

cual conforma no sólo un agudo breviario de las letras colombianas, sino que constituye la primera expresión coherente de la crítica entre nosotros.

En la última entrevista que le hicieron reiteró su admiración por Taine y Brandes. Allí están las bases de su formación. Sobre el primero de ellos escribió, en 1893, un curioso artículo (3) elogiando su capacidad analítica y su talento generalizador. "Ver la obra de arte como un producto natural, y estudiarlo, por lo tanto, de acuerdo con las condiciones exteriores de producción que son el ambiente, la raza y el momento". Sobre el segundo, la conferencia que le de-

3. Lo incluyó en HP, pp. 46-53, antecedido por esta nota: "En 1893 los diarios de Bogotá no tenían servicio propio de noticias extranjeras por cable. El gobierno recibía cien palabras de noticias y a veces las suministraba a los diarios. Fue así como *El Telegrama*, diario de la tarde, hizo conocer el doce de marzo de aquel año la muerte de Hipolyte Taine (el diario decía Faine) ocurrida el día 5 del mismo mes. En *El Relator* del 14, dirigido entonces por don Santiago Pérez, el ex-presidente de la República, apareció un estudio crítico de alguna extensión sobre la vida y la obra del óbito, escrito, según se nos dice, en su oficina de tránsito urbano después de que el autor hubo dado fin a las faenas del día. Se publica como una muestra de lo poco que ha cambiado el escritor en su forma de expresión en los 60 años corridos desde entonces".

2. Recogido en *Crítica y arte*, pp. 321-331.

dicó en 1925, en Buenos Aires, es elocuente: "La preocupación elemental del crítico literario, en estos días de prueba para el espíritu, es hallar las concordancias o diferencias entre el autor y su obra, y entre los dos y su tiempo. Detrás de todo libro hay un espíritu que importa descubrir. Este espíritu puede ser el símbolo de una época. Taine deducía las cualidades de un autor estudiando su siglo. Brandes explica la época por medio del autor".

Y si bien su crítica puede adolecer de inexplicables vacíos en el campo teórico, no por ello deja de ser singularmente válida en el terreno práctico. No hubo, como lo indica Hernando Téllez refiriéndose al caso colombiano, un valor, que en realidad lo fuera, que no mereciera su atención. Pero lo decisivo es constatar desde el comienzo cómo dichos textos no recogidos hasta hoy en libro se escribieron a partir de una opción muy clara: la que Pedro Salinas, en la página de homenaje que le dedicó, formuló así: "autodidactos o ignorantes". No había otro camino. Sanín, en consecuencia, aprende inglés, italiano, francés, alemán; latín en Londres, a los cuarenta y ocho años y danés, sólo para leer a Brandes, a los cincuenta y cuatro. Este insólito bagaje que le permitió, en 1887 traducir del italiano *El siglo de los nervios*, de Paolo Mantegazza, del cual no se vendió un solo ejemplar, y escribir, en 1911, en inglés, y con el seudónimo de Levine, un libro de 200 páginas sobre Colombia, fue el que lo convirtió también en el más universal de los críticos colombianos.

Si la crítica, —según lo evidencia el origen de la palabra— consiste en fundar, tal como lo señaló el propio Sanín⁽⁴⁾, él fue el fundador de la literatura moderna entre nosotros. Y fueron, curiosamente, dos cubanos los que determinaron su enfoque. Uno, Rafael María Merchán, residenciado en Bogotá, al emplearlo para realizar el índice de su biblioteca y brindarle así el acceso a las obras del otro: Enrique José Varona.

Sobre Varona dirá años más tarde Sanín: "Aprendí en él los primeros rudimentos de la probidad intelectual. No que él lo dijera textualmente, pero yo leía entre líneas este consejo: 'importa como paso principal trazar la línea divisoria entre lo que sabemos y lo que ignoramos'". Como la magnitud de lo segundo era tan amplia, Sanín dedicó su larga vida a subsanar dicho vacío.

Además, el escepticismo metódico y el rigor analítico, aprendidos en Varona, habrían de ser asimilados hasta tal punto que, en 1905, cuando Merchán muere, le dedica en la *Revista Contemporánea* un largo ensayo en donde asienta esta observación que ya lo define a cabalidad: "Las condiciones del torneo literario en que vivió comprometido le impidieron sentir cómo en muchas ocasiones hay una voluptuosidad exquisita en saber uno que no tiene razón".

"Saber uno que no tiene razón": a partir de ahí es factible entender lo que representó Sanín, máxime si tomamos en cuenta que su labor se realizaba

en un clima inhóspito, por decir lo menos. En su prólogo, fechado en 1927, al libro de Fernando de la Vega, *Ideas y comentarios*, lo describe así: "De tres maneras se hace la crítica en nuestra confusa república literaria: o en momentos de mal humor un joven inquieto resuelve emprenderlas contra las reputaciones adquiridas, bien o mal cimentadas, o en momentos de buen humor un espíritu inclinado a la burla hace mofa de sus contemporáneos primitivos, entre las carcajadas de los presentes, o un escriba de talento y buena sombra, conocedor de sus habilidades de frase, resuelve hacer uso de todas sus cualidades literarias y de carácter para procurarse un empleo, o, teniéndolo, para conservarlo a todo trance".

Ante tan afligente panorama lo único lícito era la modestia: partir de cero. Tanto en relación consigo mismo como en lo referente a las circunstancias. Sobre lo primero, son un buen ejemplo las palabras con que respondió al homenaje que la revista *Nosotros*, de Buenos Aires, le tributó en abril de 1925. "Me atrevo a decir que acaso me hacéis esta manifestación porque habéis descubierto que soy un escritor sin rival. En efecto, no tengo rival entre los poetas porque jamás he escrito versos; no lo tengo entre los novelistas, porque, incapaz de mirarme introspectivamente para no adjudicarle en seguida mis ideas y sentimientos a personajes imaginativos, no he inventado ni publicado novelas; me ha fascinado la luz de las candilejas, pero, hombre extraño a las grandes emociones y profundamente débil ante las expectativas ansiosas, he preferido contemplar esa luz desde las butacas, no detrás de bastidores, donde se colocan los autores dramáticos y la vida late con ritmo dionisiaco; tampoco tengo rival entre los ensayistas, porque no hay quién pueda decir que conciliara el sueño o prolongara la vigilia leyendo un libro de ensayos que yo haya perpetrado; considero, por último, plausibles todos los sistemas filosóficos, y tengo por ociosa la tarea de crear nuevas explicaciones del entretenido y enrevesado enigma del universo. No tengo, por tanto, rival entre los filósofos. Por último, no tengo rival entre los periodistas, porque, como vosotros sabéis, en esa bella profesión que es más bien un apostolado donde se aspira al martirio, la rivalidad está ausente y es incomprensible".

Estas frases, que lo retratan de cuerpo entero, tienen un adecuado complemento en la forma como señaló las razones de nuestro propio y ajeno desconocimiento. En el prólogo a un libro de Carlos López Narváez⁽⁵⁾ fechado en 1949, anotó cómo "Fuera de Colombia nos conocen los que han menester conocernos. Los tostadores de café en Estados Unidos; los exportadores de géneros en Manchester, los fabricantes de material agrícola en Alemania o Suecia; tal cual profesor de literatura española en Utah, en Varsovia, o en Roma".

Pero lo grave no era solo esto: lo grave, agrega, es que Colombia vive aislada de sí misma. Hoy, como hace sesenta años, "los colombianos de entonces y muchos del día de hoy habían oído hablar de Colombia, pero no la conocían más allá del horizonte percibido desde la torre de su propio campanario. Nos

4. "La crítica literaria", debates del Suplemento. Participan: Baldomero Sanín Cano, Hernando Téllez, Luis Cardoza y Aragón, Daniel Arango, Andrés Holguín. *El Tiempo*, Bogotá, domingo 20 de abril de 1947.

5. *Putumayo 1933 (diario de guerra)*, Bogotá, Editorial Iquema, 1951, pp. 8-9.

dolíamos entonces como hoy de que éramos desconocidos en el exterior, pero no sabíamos siquiera, que no nos conocían". Este terso diagnóstico se convirtió en una de sus preocupaciones centrales: desarrollar aquello que Octavio Paz ha llamado "un cuerpo de doctrina" o doctrinas, es decir, "ese mundo de ideas que, al desplegarse, crea un *espacio intelectual*, el ámbito de una obra, la resonancia que la prolonga o contradice" (6). En una palabra: la crítica.

Y fue su estilo —según la caracterización de Mariano Picón Salas, una mezcla bien equilibrada de "lógica latina, con saludable humor inglés y hasta esa proverbial sabiduría lingüística aprendida de sus viejos campesinos colombianos que hablan mejor que los académicos" (7)— el que le permitió llevar a cabo dicho propósito. Ya que detrás de la frialdad de su prosa, excepcional en el trópico, asoma siempre un joven entusiasta. Había sido formado en una dura escuela, y fue fiel a ella. Jamás olvidó su nacimiento en Rionegro, Antioquia, y la Constitución que allí se dio. Como dice Germán Arciniegas: "Lo fundamental es que la primera juventud de Sanín, los primeros años de su vida, transcurrieron entre dos fechas que son de la más profunda resonancia en la vida política de Colombia. Para un colombiano, estos dos años —1863 y 1886— iluminan todo el panorama del siglo XIX. Es difícil que en la historia de América el péndulo que oscila entre el ideal generoso del liberalismo y las reacciones de una nostalgia conservadora haya podido precisarse entre dos fechas tan nítidamente demarcadas. Sanín empieza a despertar a la vida cuando la llamarada del 63 empuja a los colombianos ingenuos por un camino de románticas empresas progresistas, y llega a los veinte cuando un personaje de fino oportunismo sale al balcón de la Presidencia y con voz de flauta exclama: el 63 ha muerto" (8).

II. LOS ORIGENES DE UN RADICAL

En Rionegro, Antioquia, una población de 12.000 habitantes en la cual se había dictado la más liberal de las constituciones colombianas, "para ángeles", según las palabras de Víctor Hugo, y en donde María, de Isaacs, en un solo ejemplar, pasaba de casa en casa, bañada en las lágrimas del vecindario, nace Baldomero Sanín Cano, el 27 de junio de 1861. Las revueltas políticas se sucedían una a otra, y en la de 1840 su abuelo es fusilado, por liberal. Su padre, sastre, y también liberal, muere cuando Sanín tenía cinco años, dejando 10 hijos. Sanín inicia estudios con sus tías y luego, en 1875, los continúa en la escuela normal de maestros, recién fundada.

Rionegro había conocido un cierto auge, gracias a la explotación de oro, hasta el punto de que un

millonario de la época, Pedro Sáenz, llegó a tener en su casa una biblioteca donde los autores franceses del setecientos y del siglo diecinueve se codeaban con las obras de Byron, Richardson, y Bentham. Sanín conoce dicha biblioteca, a los 14 años, y la aprovecha, leyendo vorazmente. Atraídos por el oro, Rionegro había tenido también varios núcleos inmigrantes, entre ellos "los suecos que vinieron a Colombia en 1826", como Sanín los calificaría luego en un artículo. Con ese grupo llegó al país Carlos Segismundo von Greiff, bisabuelo del poeta.

Los estudios de Sanín se suspenden en la segunda mitad de 1876, "a causa de la guerra civil promovida por un partido político, entre otras causas, reales o supuestas, por oposición a la ley creadora de las escuelas normales y a la educación obligatoria, gratuita y laica" (DV, p. 15). Luego de pasar por lo que Barba-Jacob llamaría la "Facultad Hispanoamericana de Estudios Clásicos": es decir, la campaña en guerra civil, persiguiendo guerrillas conservadoras, activas en el oriente del Estado, Sanín continúa su aprendizaje hasta 1880, en que recibe el título de maestro de escuela superior, y es nombrado director de una de ellas en Titiribí, distrito minero de Antioquia.

1880, el año de invención de la bicicleta, cuando Taine publica su *Filosofía del arte* y Dostoievski *Los Hermanos Karamasov*, el año de *El pensador* de Rodin y *El palco* de Renoir; el año, en Francia, en que Renán "pasaba por el prudente del régimen" y Zola y Alfonso Daudet, ambos de cuarenta años, aparecen como "los grandes sacerdotes" del *grenier* donde sentaba cátedra Edmond de Goncourt (1). 1880, el año en Hispanoamérica que Anderson Imbert señala como inicio de la primera generación modernista: Martí, Gutiérrez Nájera, Casal, Silva. 1880, el año en que el liberal Rafael Núñez es presidente de Colombia.

A pesar del desorden, fue este un tiempo de rápido avance material, con énfasis en la educación. "Se multiplica la prensa diaria y proliferan las revistas. La prosperidad se hace sentir en los sectores medio y alto de la población. La creciente burguesía se siente optimista. Se habla de 'libertad, orden y progreso'. Y se impone, como filosofía adecuada a los tiempos, el positivismo" (2).

Uno de los primeros trabajos de Sanín, habitualmente reseñado en las bibliografías como libro, es, retrospectivamente, muy dicente acerca de este clima mental. Se trata, en realidad, de una conferencia de 31 páginas, dictada en la Sociedad de Socorro Mutuo de Bogotá, en 1888, titulada *Colombia hace 60 años*. Consiste en una larga reseña, con comentarios y traducciones, del libro de un viajero sueco, Gosselman, que recorrió el país entre 1825 y 1826, publicando sus impresiones, originalmente escritas en sueco y luego traducidas al alemán, en 1829.

Habla éste de los rasgos distintivos de cada región: indolencia en los costeros; honradez de los

6. *Corriente alterna*, México, Siglo XXI Editores, 1967, 39.

7. Incluido en el *Homenaje a Sanín Cano* que publicó la *Revista Iberoamericana*, año XIII, N° 26, febrero de 1948, p. 256. Este volumen incluye textos de Germán Arciniegas, Gabriela Mistral, Roberto F. Giusti, J. García Monge, Luis Emilio Soto, Juan Marinello, Max Henríquez Ureña, Jorge Manach, Hernando Téllez, Manuel Pedro González, Juana de Ibarbrou, Pedro Salinas, y otros.

8. *Homenaje a Sanín Cano*, pp. 223-224.

1. Robert I. Delevoy, *Dimensiones del siglo XX, 1900-1945*, Skira, 1965, p. 12.

2. José Juan Arrom. "La generación de 1864", en *Esquema generacional de las letras hispanoamericanas*, Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1963, p. 154.

antioqueños, y de algunos más generales, como el afán unánime de las autoridades por ser sobornadas. Se detiene en la bondad de los productos naturales, entre ellos el plátano, al cual dedica un encendido elogio y describe, en general, con bastante fidelidad, las asperezas de los caminos, que recorre a lomo de hombre. Ponderando la amenidad del escrito, Sanín recalca la importancia de una visión extranjera sobre el país y anota cómo "esa vaga forma del egoísmo que se llama 'orgullo nacional' impide ver con claridad. Considera la obra como un valioso aporte al estudio de nuestro carácter y resalta en ella su capacidad de observación: la artificial unión de granadinos y venezolanos; la ubicua influencia del clero; la monotonía y desaseo de la capital, donde las modas, dictadas por los caprichos de la fortuna, y no por la necesidad, contribuían muy poco al embellecimiento de la aldea capital.

Y es en este momento, refiriéndose no tanto al sueco como a sus coterráneos, cuando revela su verdadero pensamiento: "Esos actos que la lengua convencional ha denominado con el nombre de vicios y virtudes, no son más que productos naturales del medio ambiente y de los caracteres transmisibles de la raza. Parando mientes en estos dos factores, no hay por qué tachar de vana e ignorante a una sociedad que tiene origen español, vive a ocho mil pies de altura sobre el nivel del mar y separada del mundo civilizado por caminos que es preciso recorrer a lomo de mula" (p. 25).

La glosa es muy ilustrativa: medio ambiente, selección natural: allí asoma el positivista, recalcando las virtudes del progreso y la educación; señalando la importancia de las lecciones que depara la experiencia. Por eso no resulta extraño que la conferencia

termine con un elogio del buque de vapor, mostrando la necesidad, no tanto de la inmigración, como del "trabajo asociado", para transformar las palúdicas riberas del río Magdalena.

Era, como se ve, parte del ideario liberal, y del programa que éste quería llevar a cabo. Un programa⁽³⁾ difícil de realizar "en países que poseían tan numerosos gérmenes de disgregación (tendencia al caudillismo, individualismo, localismo, pobreza y falta de complejidad económica)" y en los cuales "una organización constitucional basada en un Estado débil, de funciones reducidas, tal como lo preconizaba el liberalismo ortodoxo, no hacían sino intensificar la inestabilidad"⁽⁴⁾. De todos modos, durante 20 años, se intenta aplicarlo. Fueron los mismos años en que Sanín, en Titiribí, aprende alemán con los ingenieros que trazan los primeros caminos; recibe su nombramiento como maestro, en Medellín, y comienza a desilusionarse de la pedagogía: "La enseñanza tenía

3. Gerardo Molina lo ha sintetizado así: "Abolición de la esclavitud; libertad absoluta de imprenta y de palabra; libertad religiosa; libertad de enseñanza; libertad de industria y comercio, inclusive el de armas y municiones; desafuero eclesiástico; sufragio universal, directo y secreto; supresión de la pena de muerte, y dulcificación de los castigos; abolición de la prisión por deudas; juicio por jurados; disminución de las funciones del Ejecutivo; fortalecimiento de las provincias; abolición de los monopolios, de los diezmos y de los censos; libre cambio; impuesto único y directo; abolición del ejército; expulsión de los jesuitas", en *Las ideas liberales en Colombia, 1849-1914*, Bogotá, Universidad Nacional, 1970, p. 26.

4. Jaime Jaramillo Uribe, *El pensamiento colombiano en el siglo XIX*, Bogotá, Editorial Temis, 1964, p. 299.



para mí algo de simulación, casi de improbidad. Enseñar es dar por sentado, frente a inteligencias libres de prejuicios, que hay verdades permanentes. Es menester estar convencido de lo que se enseña para transmitirlo con probidad. Los que carecemos de esa terrible fuerza mental que es la convicción, vacilamos ante la idea de adquirir la obligación de transmitir nociones fatal y conocidamente transitorias" (DV., pp. 18-19).

Sin embargo continúa durante cuatro años, sus funciones como profesor y funda, por ese tiempo, *El Eter*, periódico que dura dos números. Frecuenta la redacción de *La Consigna*, la hoja semanal que escribía y dirigía Fidel Cano; estudia italiano y comprueba la influencia, por ser las únicas, que ejercían las letras españolas del momento: Pérez Galdós, Valera, Clarín, Pereda, Emilia Pardo, Palacio Valdés.

Una nueva revuelta, la de 1885, que arrasa a su paso el Instituto Caldas, donde Sanín trabaja, lo obliga a viajar a la capital. Ha caído el gobierno de la Federación; suben los conservadores al poder, y como el mismo Sanín dirá años después, "Mi origen liberal me cerraba toda clase de oportunidades" (5).

Núñez, ideólogo del grupo gólgota, ha traicionado a su partido, proponiendo la regeneración. "En busca del progreso económico la Colombia liberal y federal debía renunciar a su liberalismo (devolviendo a la Iglesia posición dominante en la enseñanza pública) y a su federalismo, excesivamente costoso y responsable del desorden crónico en el campo; debía

también hacer concesiones al autoritarismo aumentando los poderes del presidente. Estas innovaciones no eran presentadas como un retorno liso y llano al conservatismo, sino como consecuencia de la muerte de las ideologías tradicionales y de la adopción de un progresismo atento a intereses y no a ideales. Esta política no se impuso sin lucha; como era esperable, los liberales vieron con indignación cómo lo que juzgaban apostasía de su jefe, era institucionalizada en la Constitución de 1886 y el Concordato de 1887. Pero la solución impuesta por Núñez estaba destinada a durar, no sólo porque en el delicado equilibrio de una clase políticamente activa que seguía siendo excesivamente reducida, la defección de sus seguidores liberales fue decisiva, sino también porque sus reformas consolidaban un orden que las clases propietarias y mercantiles de Colombia apreciaban unánimemente" (6).

El exceso de libertades, y la autonomía de los Estados, no fueron, según Sanín, las causas de este retroceso; él pensaba que era el fermento revolucionario dejado por las guerras de la Independencia y el individualismo desorbitado que forma la base de estos pueblos, los culpables. Agregaba, además, cómo hombres y leyes se habían adelantado a su tiempo, y cómo el pueblo colombiano aún no estaba preparado para ser dirigido por principios superiores al nivel intelectual de la época (7).

El experimento, de todos modos, había fracasado, y esta generación de que forma parte Sanín Cano

5. Jaime Posada, "B. Sanín Cano, su vida y su obra", reportaje al cumplir 85 años, en *El Tiempo*, junio 27 de 1946, p. 15.

6. Tulio Halperin Donghi, *Historia contemporánea de América Latina*, Madrid, Alianza Editorial, 1969, p. 261.

7. Jaime Posada, *Ibidem*.

tendrá por consiguiente qué ver cómo dichas clases dominantes comparten el poder bajo la égida de Núñez y cómo luego de la muerte de éste, en 1894, lo mantienen bajo la hegemonía conservadora, e incluso durante el interregno de Reyes, hasta 1930. "La Constitución de 1886, sabia y mañosamente redactada para dar la impresión, fuera de la mente de los gobernantes, de que el país vivía bajo un régimen de libertad y democracia, sirvió a los gobiernos para una obra de abierto y desenfadado despotismo⁽⁸⁾: con estas palabras, escritas 60 años después, bien puede cerrarse este período de "románticas empresas progresistas", al decir de Arciniegas.

No sobra advertir que Sanín mantuvo una inalterable fidelidad a ellas, hasta el punto de que uno de sus más severos críticos, Luis María Mora, escribía en 1936: "Si creyéramos en las ideas innatas, diríamos que Sanín Cano vino al mundo con las que tiene, ni una más, ni una menos. Es un radical de cuarzo de los años 50. No ha sufrido ni el más leve pulimento. Mantiénese en su puesto como una columna de acero, en medio de escombros y ruinas, y no habrá fuerza capaz de moverlo de su asiento. Sus odios permanecen tan puros, si es permitida la comparación, como las aguas que brotan de las montañas cubiertas de nieve, y sus conceptos tienen la aplastante monotonía de las rocas desnudas"⁽⁹⁾.

Un ataque, escrito en semejante prosa, es evidentemente un elogio, y así debió entenderlo Sanín, feliz de volverse a oír llamar radical. Sin embargo, fue el fracaso del radicalismo el que, sin cambiar totalmente su vocación pedagógica, lo orientó hacia el periodismo y la crítica. Y fueron los propósitos radicales los que siempre se vislumbran como trasfondo de lo mucho que escribió.

III. LOS VERSOS DE NUÑEZ Y LAS COSAS VIEJAS

"Frustrado el proyecto de transformación democrático-burguesa de la sociedad latinoamericana: ahogado —lo que es peor— en una ola de prosperidad cuyas fosforescencias encandilan inclusive a los sectores medios antes en rebeldía, los escritores de cuño tradicional que emergen a la vida hacia 1880 ya no tienen, ciertamente, ninguna misión que cumplir en este sentido; en rigor, tampoco gesta alguna que cantar. Deshecha o si se quiere 'degradada' la vieja aristocracia, tampoco quedan muchos mecenas capaces de acoger a estos escritores en su regazo protector; los negocios interesan de todos modos más que la poesía", afirma Françoise Perus, y concluye: "Marginados por esos 'reyes burgueses' que en vez de protegerlos y situarlos en un sitio de honor, los condenan a realizar tareas tan 'prosaicas' como el periodismo o a ejercer funciones subalternas en las filas de una 'mediocre' burocracia"⁽¹⁾, va cambiando así, pau-

latinamente, el status del intelectual latinoamericano. Dentro de esta situación se inserta Sanín Cano. Sólo que a él no le interesa cantar, sino informar.

Lo primero que hace cuando llega a Bogotá —cuatrocientos kilómetros, once o doce días por caminos de herradura— es fundar un periódico. Tiene 24 años, el diario se llama *La Sanción* y en su primero y único número aparece un largo ensayo contra las poesías de Núñez. Lo llama "especulador del lugar común", amparándose en el seudónimo de Brake, pero esto no obsta para que el periódico sea clausurado, y expatriados varios de sus colaboradores.

Un seudónimo, como lo ha señalado Bioy Casares, "por transparente que sea, cumple una función liberadora": convierte el texto en "un pensamiento sin más amo que la verdad"⁽²⁾. Sanín, a pesar de las interferencias políticas, muestra ya allí la forma como entiende su tarea literaria. "Acaso parecerá extraño la confusión en uno solo del Núñez que fue poeta de la juventud y el político que ha desarrollado vastos planes reaccionarios; pero la crítica contemporánea no puede hacer esta separación al estudiar al hombre. La naturaleza espiritual ha de ser escudriñada en todos sus matices para poder presentar una idea justa del talento en cuestión, y, además, en este caso, tal confusión era necesaria, pues el vate de Cartagena ha usado sus versos para propagar sus ideas filosóficas, diga usted políticas, y para escarnecer a sus enemigos, a quienes ha llamado siendo presidente,

*Cacos que invocan liberal doctrina.
Ellos, los viles, de botín sedientos*".

No se podía pedir demasiada equidad, en medio del combate, pero el ensayo de Sanín resulta sorprendentemente válido. Hay erudición, conocimiento de otras lenguas, un agudo sentido del humor, que mantiene fluido todo el texto, y sobre todo, una lectura atenta de los versos.

Comparando el suyo con los que por aquellos mismos años producía su contemporáneo Vargas Vila vapuleando también a Núñez, se advierte la diferencia. "Buitre lírico": "Tirano Poeta que había fatigado por igual el Crimen y el Poder, y había violado con igual insolencia las Musas y las Leyes"⁽³⁾: estos eran algunos de sus más tibios insultos. Sanín, por el contrario, y en una atmósfera tan caldeada, resulta sorprendentemente ecuánime. Hay, en su caso, una voluntad de análisis. Prefiere pensar, antes que increpar, matizando el lenguaje. Y si bien su texto se halla contaminado por el enfrentamiento partidista, dos años después ya la perspectiva se había ampliado, permitiéndole distinguir un cambio dentro de la

8. "El oscuro signo. Sobre la Regeneración", en *El Tiempo*, noviembre 9 de 1947.

9. Luis María Mora, *Los contertulios de la Gruta Simbólica*. Bogotá, Biblioteca Aldeana de Colombia, Selección Samper Ortega, N° 53, 1936, p. 138.

1. Françoise Perus, *Literatura y sociedad en América Latina: el modernismo*, México, Siglo XXI Editores, 1976, p. 61.

2. *Ensayistas ingleses*, estudio preliminar, Buenos Aires, Clásicos Jackson, Tomo 15, p. XXX.

3. Nacido en 1860, amigo de Silva, la bibliografía de Vargas Vila es infinita, pero en casi toda ella se pueden encontrar anotaciones contra Núñez. Tanto en sus novelas, como *Alba roja*, como en su biografía de Darío, como en los escritos propiamente políticos. *Los Césares de la decadencia*, por ejemplo, comienza así: "Rafael Núñez pertenecía a la raza triste de los tiranos filósofos; era despota por hastío". Véase mi artículo "¿Es posible leer a Vargas Vila?", en *La alegría de leer*, Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura, 1976, pp. 119-128.

nueva generación literaria; cambio, por otra parte, del cual él, sería propulsor decisivo. Hablando de José Caicedo Rojas, dirá: "En la nueva generación literaria se destacan dos grupos bien caracterizados, entre los muchos que debe haber, según es fijo en toda renovación de las letras. El primero de estos grupos vive de tradiciones: tiene sus poetas, sus críticos, sus eruditos de más o menos quilates. Los primeros todavía profesan entero cariño, admiración sincera, a los literatos franceses de los años 30 y a los españoles que se formaron en el estruendo de aquella agitación (...) Sus críticos son de la antigua escuela. Sienten con La Harpe y Hermosilla⁽⁴⁾, se formidable de Teófilo Gautier y de Paul de San Víctor, si estos escritores no se hubiesen permitido ciertas audacias contra el credo ortodoxo (...).

"En el siglo de oro de nuestra lengua apenas hallan cosa tachable. Cuanto más las claridades de Quevedo y los atrevimientos de nuestros autores de comedias, por los tiempos de Guillén de Castro y Moreto. Por educación y por temperamento rehuyen como pueden ciertas clases de estudios, en que ven algo siniestro y pecaminoso, y por ese temor, y por no estudiar cosas que hoy forman parte integrante de la literatura universal, no pueden dar la nota moderna en sus poesías, ni alcanzar la serenidad de la crítica contemporánea, ni abarcar el horizonte de la cultura actual.

"El segundo grupo es más reducido que el ya descrito. Amor inteligente a las letras modernas, prevención en algunos de sus representantes contra la literatura clásica y lo más genial del período romántico, son los rasgos salientes de esta parte de la nueva generación. Y por ser menos numerosos, y por lo difícil que es entre nosotros vivir al corriente de lo que pasa en el mundo, no llegan a dos los ingenios que pulsán en verso la cuerda moderna, y no hay ninguno que haya logrado enterarse del verdadero espíritu de la crítica que hoy llevan en alto los escritores franceses"⁽⁵⁾.

Al redactar este párrafo, en 1890, y al agregar, a renglón seguido, que un juicio sobre Caicedo Rojas debía ser emitido por los del primer grupo, más acordes con su visión, Sanín Cano no sólo estaba toman-

do partido sino mostrando, con admirable claridad, un enfrentamiento ideológico y literario.

"El rasgo dominante —agrega— de la obra literaria del señor Caicedo es su amor a las cosas viejas. Pero este amor no es la aspiración artística de que hablan unos versos inéditos pero ya célebres en Bogotá:

*Por eso a los poetas soñadores
Les son dulces, gratísimas y caras
Las crónicas, historias y consejas,*

*Las formas, los estilos, los colores,
Las sugestiones místicas y raras
Y los perfumes de las cosas viejas,*

sino el respeto debido a lo que fue, y la preocupación constante de que las nuevas ideas tiñen de color prosaico lo mismo los paisajes que la vida". Es esta el acta de nacimiento del modernismo en Colombia. Sin mencionar al autor de estos versos —"Vejece", de José Asunción Silva—, Sanín establecía, con toda nitidez, una ruptura. Esa ruptura que encontró en Silva su poeta más notable y en Sanín Cano su más agudo crítico.

IV. SILVA, SANIN Y BOGOTA

"La capital de Colombia es uno de los ambientes más propicios a la locura. Todas las circunstancias de la vida cotidiana conspiran a hacer caer el individuo en las asechanzas de la idea fija".

B. Sanín Cano, notas a las *Poesías* de J. A. Silva, París, 1923.

Lo había conocido en "las postrimeras melancólicas de 1886", en casa de Antonio José Restrepo y, como ha recordado años después Sanín, fue Silva quien influyó primero, y profundamente, sobre él. "Mis preocupaciones de esa época estaban muy lejos de la literatura y el arte. Mi formación intelectual de la escuela y el colegio fue por desgracia falsamente científica. Desdeñaba la novela: la poesía me parecía labor superflua de espíritus descentrados, y no me habría acercado a la una y a la otra de no haber sido por el contacto forzoso que me imponían los estudios lingüísticos a que era muy aficionado. Cuando empezó la amistad estrecha entre los dos, mi concepto de la vida se modificó substancialmente"⁽¹⁾.

Litré, Spencer, Augusto Comte, Buchner y tal cual italiano moderno⁽²⁾, resultaron desplazados por los pintores impresionistas, la novela de los naturalistas, la crítica literaria de Taine, la histórica de Renán; Stendhal, Flaubert, los Goncourt, Lemaitre, Zola. El joven brillante le revelaba al provinciano de 25 años la Europa que acababa de conocer. El cambio fue radical, como lo reconoce el propio Sanín: "El hombre frío, melancólico, exento de interés en las cosas de arte, se fue apasionando insensiblemente por los aspectos bellos de la existencia. Fue la obra

4. En *El Araucano*, de Chile, Andrés Bello, en 1841-1842 publicó un interesante ensayo sobre Hermosilla: "En literatura, los clásicos y románticos tienen cierta semejanza no lejana con lo que son en la política los legitimistas y los liberales (...) La poesía romántica es de alcurnia inglesa como el gobierno representativo y el juicio por jurados. Sus irrupciones han sido simultáneas con las de la democracia (...) Y los mismos escritores que han lidiado con el progreso en materias de legislación y gobierno han sustentado no pocas veces la lucha contra la nueva revolución literaria, defendiendo a todo trance las antiguallas autorizadas por el respeto supersticioso de nuestros mayores; los códigos poéticos de Atenas y Roma, y de la Francia de Luis XIV. De lo cual tenemos una muestra en don José Gómez Hermosilla, ultramonarquista en política, y ultraclásico en literatura". Citado por *Emir Rodríguez Montegal* en *El otro Andrés Bello*, Caracas, Monte Avila Editores, 1969, ps. 221-222.

5. "José Caicedo Rojas", en *Revista Literaria*, dirigida por Isidoro Laverde Amaya (Bogotá, 1890-1894, 6 vols.), I, pp. 32-41.

1. *Baldomero Sanín Cano*, "Una consagración", en *UNIVERSIDAD*, Bogotá, segunda época, 8 de noviembre de 1928, N° 106.

2. *Baldomero Sanín Cano*, "Recuerdos de J. A. Silva", en *Revista PAN*, N° 23, agosto de 1938, p. 118.

de Silva. Nunca podré expresar la gratitud que me inspira el haber experimentado por su causa aquella transformación" (3).

Sanín, por su parte, le ofrece "algunos filósofos ingleses contemporáneos", pero lo que quizá sea más importante, le brinda su admirable capacidad de escuchar. En estos diálogos, exentos de preocupaciones mundanas, se complementaban. Silva, como su amada María Bashkirtseff, podría decir: "Estoy en una edad en la que se halla placer aun en morir. Me parece que nadie ama *todo* tanto como yo: artes, música, pintura, libros, sociedad, vestidos, lujo, ruido, calma, risa, tristeza, melancolía, farsa, amor, frío, sol; todas las estaciones, todos los estados atmosféricos (...) adoro y admiro todo. Todo se presenta para mí bajo aspectos interesantes o sublimes; quisiera ver todo, tener todo, abarcarlo todo, mezclarme con todo y morir, y ya que es necesario, morir dentro de dos o de treinta años; morir en éxtasis para experimentar ese último misterio, ese fin de todo o ese comienzo divino. ¡Es necesario *todo!* El resto no es suficiente" (4).

Sanín, más sensato, insertaba en esa sensibilidad desbordada su sentido de las proporciones. Al fin y al cabo, él venía de las breñas antioqueñas y Silva era un joven bogotano. Además, la ciudad donde se encontraron era la capital de un país sudamericano; un "país secundario", como diría Marx, víctima de las guerras civiles y los golpes de cuartel.

Una ciudad donde después de las siete nadie salía a las calles, éstas se alumbraban con petróleo, reinaba un desaseo terrible, y malos olores por todas partes. Silva, administrador de una tienda; Sanín, gerente del tranvía de mulas, se libraban de "los penosos oficios a que los dos estábamos uncidos por un burlón determinismo" (DV, p. 46), encontrándose, a la hora del almuerzo, en un restaurante de la calle 14, o al caer la tarde, en largos paseos, o ya de noche, en interminables tertulias. Gracias a esos encuentros volvían ambos a la realidad. La realidad eran, por supuesto, los libros.

Un eso de esas charlas es el que impregna *De sobremesa*, la novela de Silva. Allí aparecen *La Casa de muñecas* de Ibsen y el *Zaratustra* de Nietzsche, descubierto en un número de la *Revista Azul*, gracias a las citas que hacía Teodor de Wyzewa y cuyos libros traduciría Sanín en voz alta, directamente del alemán. También "los dolorosos personajes que atraviesan la sombra gris de las novelas de Dostoievsky; las extraterrestres creaciones de Poe" (5); Baudelaire y Rosseti, Verlaine y Swinburne; de Quincey y Sully Prudhomme; Fray Luis de León y Shelley; Hugo y Dante; Keats y Núñez de Arce; Tennyson.

Silva aportaría a esos coloquios su entusiasmo y su copiosa información; Sanín, más pausado, parece asomar en algunos apartes de la nota que en 1893 Silva escribió sobre Anatole France: habla allí de

su "escepticismo sonriente", de su "optimismo sereno", ambos aplicables a Sanín, y también del hecho de que a France "no le perdonan (...) el que considere la obra de arte desde diferentes puntos de vista, ni que el tono habitual de sus críticas sea el de una indulgencia plácida, que tiene visos de amable ironía" (6); una excelente fórmula para caracterizar, también, a Sanín.

Pero lo importante es ver cómo dicha amistad ya estaba conformada, y cómo se iba ampliando, en un fecundo intercambio, hasta el punto que el año siguiente, estando Silva en Caracas como secretario de la legación, le escribe a Sanín una larga carta, fiel prolongación de sus encuentros en Bogotá, y de su "larga intimidad intelectual", que concluye con esta exigencia: "LE SUPlico que me escriba largo. Recuerde la soledad interior en que vivo y la necesidad que tengo de usted para no embrutecerme" (7).

En la misma carta, Silva habla de cómo toda su soledad en Caracas es preferible a tener que soportar de nuevo "las cincuenta y dos ejecuciones, los embargos, el papel moneda, los chismes bogotanos, aquella vida de convento, aquella distancia del mundo". En realidad, lo que Silva y Sanín estaban haciendo, cada uno a través de su diferente origen social, su temperamento, y su modo de enfocar la realidad —el uno como poeta, el otro como crítico— era descubriendo y rebelándose contra una ciudad.

Octavio Paz, describiendo el modernismo, ha mostrado cómo "su negación de la utilidad y su exaltación del arte como bien supremo son algo más que un hedonismo de terrateniente: son una rebelión contra la presión social y una crítica de la abyecta actualidad latinoamericana" (8). Años después del suicidio de Silva, Sanín reviviría la fisonomía interior de ese Bogotá escéptico y burlón, en el cual "la suposición tenía méritos de realidad y la farsa se entronizaba como imperativo social, político y económico": ese Bogotá, que existe "por su temor a la renovación" y en el cual "la emulación sorda y la envidia convertida en régimen social" sólo producen "hipocresía y fraude moral" (9). Una ciudad, de todos modos, a la cual tanto Silva como Sanín están indisolublemente unidos.

Silva, con su contradictoria mezcla de interés y de desprecio, logra, a través de la musicalidad de "Día de difuntos" y de la cruda desilusión que revelan las "Gotas amargas", conferirle entidad verbal. Esa aldea, que se va convirtiendo en metrópoli, adquiere sentido y representación. Es ya la ciudad "desierta y fría" cubierta por "un oscuro velo opaco de letal monotonía". Y esto, en medio de un clima moral que un poeta contemporáneo, Eduardo Cote Lamus, ha recreado, con exactitud:

3. Baldomero Sanín Cano, "Una consagración".

4. María Bashkirtseff, *Diario de mi vida*, martes 11 de marzo de 1884, Colección Austral, Espasa-Calpe, quinta edición, Madrid, 1962, p. 137.

5. "De sobremesa", en *Obra completa* de José Asunción Silva, Biblioteca Ayacucho, Caracas, 1977, p. 151.

6. *Ibid.*, pp. 271 y 272.

7. Carta de Silva a Sanín Cano, octubre 8 de 1894, incluida en *Obra completa*, de José Asunción Silva, Ministerio de Educación Nacional, Ediciones de la Revista Bolívar, Bogotá, 1956, p. 437.

8. "El Caracol y la sirena" (Rubén Darío), en *Cuadrivio*, México, Joaquín Mortiz, 1965, p. 20.

9. Baldomero Sanín Cano, "Una consagración".

"Lo imagino con la rabia como un hacha entre los
[dientes
queriendo abrirse paso entre la vida, de tan densa,
tratando de inculcar en la sociedad que acompañaba
el obrar noblemente y el buen gusto; pero ellos, hijos
de las masturbaciones y la vanagloria,
sólo sabían de las sílabas a golpes de dedo
e ignoraban la armonía y el mundo de las palabras"⁽¹⁰⁾.

Fue la obra de Silva, sólo conocida parcialmente antes de morir, la que habría de suscitar, ella sola, un nuevo ambiente literario, y fue la agudeza de Sanín Cano, en un buen número de artículos, la que volvió explícita esa modificación. Sanín Cano se constituyó en la conciencia crítica de dicho proceso, no sólo a nivel individual ("Me leyó alguno de los avatares de esta preciosa obra de arte —se refiere a "Vejece"— y me atreví a hacer una ligera indicación que aceptó noblemente")⁽¹¹⁾, sino otorgándole a la nueva dimensión verbal trazada por Silva un respaldo ideológico y una resonancia cultural, que la consolidó. Esa atmósfera, de discernimiento y precisión, fue la que en definitiva permitió leer a Silva como el gran poeta que era. Una buena prueba de ello es este texto: "Se cumplía por los años de 1884 a 1892, en que empezaba y fracasaba su vida social y de negocios, una transformación que no ha sido estudiada con la detención y empeño requeridos por las necesidades de nuestra complicada historia nacional. Al idealismo adoptado candorosamente durante dos generaciones sucedía la invasión de un nuevo modo de entender el mundo, resultante de las lecciones de la observación y la experiencia (...).

"Era un momento de transición, y como decían los trasnochados y satisfechos intérpretes de la hora, 'una época de confusión de ideas'. Pasa lo mismo que en las operaciones de mudanza. En los carros de transporte van confundidos los muebles de dormitorio con los utensilios de cocina, y los adornos del salón de recibo con los tios de flores del jardín (...). En la experiencia diaria, lo mismo que en el arte y en la filosofía, la transición y la confusión traen consigo una sugestión peculiar de vulgaridad (...). Aquella época se deja reconocer en la historia por la sombra que lo vulgar arrojaba sobre todos los sucesos. La política, las modas, las exhibiciones populares dejaban en los espíritus capaces de hacer comparaciones una impresión forzada y amarga de lo común y lo obvio. Silva sentía, con más intensidad que la mayor parte de los espíritus refinados de entonces, ese triste dejo en las costumbres, las gentes y el pensamiento. Reaccionaba instintivamente contra el medio y, a pesar de su educación exquisita y del esfuerzo que hacían para comprender y tolerarlo todo, sus contemporáneos, muchos de ellos, alcanzaban a distinguir en sus actos, en sus meras actitudes, el sentimiento de reacción del poeta contra su medio. En la tragedia de su vida tuvo gran parte este antagonismo"⁽¹²⁾.

Gracias a esta penetración, honda y sensible, la obra de Silva fue adquiriendo su verdadero carácter renovador, y al mismo tiempo revelaba su dependencia del medio que la produjo y que, al verse en ella, la rechazó. Rasgo, por lo demás, típico de toda la literatura modernista. Si ésta, nacida en medio de la creciente racionalización de la vida y el predominio de las formas de vida urbana, del surgimiento de "las ciudades burguesas", de que habla José Luis Romero⁽¹³⁾, tiene, más allá de las diferencias cronológicas, una unidad que la caracterice, ésta no sería otra que la contradicción entre reacción y progreso. Fascinación por un pasado que se evapora, y tensión entre éste y un presente en el cual el lenguaje renovado no hace sino cantar lo que ya no existe.

El mismo año en que Silva se suicida, con libros de Barrés y D'Annunzio en la cabecera de la cama, llega a Bogotá Guillermo Valencia, quien en 1914 habrá de ser candidato a la Presidencia por el partido conservador. Con éste, el otro gran amigo de Sanín Cano, el proceso de renovación se estabiliza. Con razón Sanín lo llamará poeta alejandrino, siguiendo a Emile Faguet: "El alejandrismo es la tendencia a un reposo relativo después de un período de agitación". La muerte de Silva clausura un período de rebeldía.

Ahora Sanín, en asocio con Guillermo Valencia, quien lo presenta al general Rafael Reyes, veía llegar el momento de las soluciones prácticas, y los hombres de acción.

V. LOS HOMBRES PRACTICOS Y EL LARGO EXILIO EUROPEO

El 15 de marzo de 1905, Sanín Cano, en calidad de liberal, y como primer suplente de Rafael Uribe Uribe, toma parte en la Asamblea Nacional convocada por el general Rafael Reyes luego de haber cerrado el Congreso. Esta Asamblea resolvió, por último, "a iniciativa de los diputados de filiación liberal", que "el período presidencial en curso y solamente mientras esté a la cabeza del gobierno el señor general Rafael Reyes, durará una década que se contará desde el 1º de enero de 1905 hasta el 31 de diciembre de 1914"⁽¹⁾, con lo cual se iniciaba la dictadura. O, en otras palabras, se prefería la administración a la política, los empréstitos a las declaraciones de principios. A un gobierno de hombres prácticos, más vinculados a los negocios, que esa "plaga de leguleyos ojeando códigos para promover enredos", según las palabras del Pacificador Pablo Morillo, referidas a los habitantes de la Nueva Granada.

Secretario de Reyes; encargado de la secretaría de Hacienda; representante, luego, de Colombia ante la junta directiva de una compañía inglesa explotadora de esmeraldas, con la cual el gobierno había celebrado contrato, Sanín llega a Londres en los primeros meses de 1909. Al poco tiempo cae Reyes y comienza su largo exilio europeo, que dura hasta

10. "Silva", en *La vida cotidiana*, Bogotá, Ediciones MITO de Poesías, 1959, p. 19.

11. "Valencia y Silva - crítica anecdótica", en *El Tiempo*, Bogotá, noviembre 9 de 1945.

12. "José Asunción Silva", en *Revista de las Indias*, mayo 1946, N° 89, pp. 165-7 y 8.

13. *Latinoamérica: las ciudades y las ideas*, México, Siglo XXI Editores, pp. 247 a 318.

1. *Eduardo Lemaitre, Rafael Reyes*, Bogotá, Ediciones Espiral, 1967, p.311.



1922. Pero antes, en Lausana, donde el dictador se había refugiado, prepara el volumen de 400 páginas, en el cual se presenta el resumen de dicha administración que marcó, de modo decisivo, la vida colombiana.

“El período de Reyes —nos dice un historiador contemporáneo— parece haber sido favorable al despegue de una actividad industrial importante, amparada en la paz y el orden que reinaba, apoyada en el creciente mercado que creaba la producción cafetera, en el desarrollo urbano y en la presencia de brazos ociosos en las ciudades, e impulsada en un grado incierto por los privilegios y subsidios oficiales.

Un factor que influyó sin duda sobre este proceso industrial, y al mismo tiempo un índice de su desarrollo, fue el aumento de la población urbana y la transformación que comenzaba a operarse en las ciudades mayores. Bogotá se acercaba ya a los 120.000 habitantes, mientras que Medellín alcanzaba unos 70.000 habitantes y Cali y Barranquilla 50.000 cada una. Bogotá, por ejemplo, contaba ya con un sistema de tranvías urbanos, con alumbrado eléctrico y acueducto, y el cemento había permitido la construcción de las primeras edificaciones de más de tres pisos; aparecían nuevas formas de miseria y se diluían las relaciones paternalistas de la oligarquía con las clases bajas para ser reemplazadas por nuevos y más tensos vínculos de clase”⁽²⁾.

2. Jorge Orlando Melo, “Colombia 1880-1930: la república conservadora”, en *La nueva historia de Colombia*, Biblioteca Básica Colombiana, N° 18, Colcultura, Bogotá, 1976, pp. 636-637.

Todo esto en palabras de Sanín Cano, ideólogo, pudiéramos decir, del régimen, “sirve para mostrar que aún en Colombia, a pesar de la raza, a pesar del aislamiento en que hemos vivido, a pesar de que los movimientos reflejos parecen predominar sobre el temperamento sereno de los que saben dominar el primer impulso, empiezan a imponerse las soluciones prácticas” (AR, p. 328-329). O, dicho de otro modo: “Trasegar siempre por el dominio de lo abstracto tiene por consecuencia arrebatar nos la noción de lo real” (AR, p. 37).

Lo real era la pérdida de Panamá y los tratados con Estados Unidos; las primeras concesiones petroleras, otorgadas al general Virgilio Barco y a Roberto de Mares, del cual el general Reyes era padrino de matrimonio; la deuda externa y el papel moneda; las escuelas de comercio y la misión chilena, para crear la Escuela Militar. Lo real era soluciones prácticas, como llamar a los liberales a cooperar. (Benjamín Herrera, caudillo liberal, dirá: “Reyes nos permitió respirar, nos reincorporó a la Patria, nos convirtió en ciudadanos efectivos”). Lo real era el poder, y, sobre todo, el dinero. Era además la época en que el eje de influencia iba cambiando: si en 1870 Inglaterra es la primera potencia económica del mundo, ya en 1908 las inversiones directas de Estados Unidos en América Latina ascienden a 748 millones de pesos. Colombia, en una palabra, se modernizaba. Años después Sanín no podrá ocultar su desilusión. En una nota sobre una biografía de Miguel Cané (CA., p. 118), comenta: Cané vino a Bogotá en 1881, “el año que señala históricamente la primera

3. Prólogo de Sanín Cano a la segunda edición de *Por el atajo*, 1928, de Luis Carlos López.

fase de una completa transformación de la sociedad colombiana". "Era el fin de un mundo político, social, literario, condenado a muerte por la rigurosa sucesión de los tiempos y la necesaria transformación de las ideas. El fenómeno tenía lugar por todas partes. Moría un estado de alma general y debía ser reemplazado por otro. Sin embargo, no era necesario que en Colombia esa muerte fuera ignominiosa y completa. Nuestra mala fortuna le dio ese carácter. Para que se verificara esa transformación necesaria, la patria colombiana hubo de sufrir pruebas ignominiosas de las cuales no ha salido todavía para nuestra desdicha. El país se dividió en castas y el concepto de patria se ahoga entre conatos de barbarie y vastos proyectos de explotación del hombre por su hermano". Y termina: "En Colombia la tradición quedó rota por completo y han sido infructuosos en cuarenta años dos o tres tentativas hechas de buena fe para reanudarla". Una sería el período de Reyes. El resto: esa "cosa insípida, gris, blanda y desarticulada que es la vida política de Colombia en los últimos treinta años".

Cuando cayó Reyes, Sanín, en Europa, debió pensar que su intensa labor al frente de la administración pública había sido tan estéril como su rebeldía verbal, en compañía de Silva. Pero no era tiempo para autocríticas: el brillante funcionario público deberá convertirse, en Londres, en profesor particular de español, para subsistir. Más tarde, retomaría su contacto con el periodismo y, desde allí, desde Inglaterra llegará a ser el agudo crítico literario, reconocido en todo el continente. Primero, de la Revista *Hispania* que funda en Londres Santiago Pérez Triana y que dura de 1912 a 1915; y a partir de 1914, como corresponsal de *La Nación*, de Buenos Aires. Cola-

boró también en los 7 números de *La revue Sud-Américaine*, aparecida en 1914, y que dirigió Lugones⁽⁴⁾. Más tarde, *La Nación* lo encarga de fundar su oficina en Madrid y así, en 1922, conocerá a los escritores españoles del momento y verá, con satisfacción, el influjo que sobre las letras de la península ejercían los latinoamericanos. Antes, en el 18, y por 18 meses ejerce el cargo de profesor de lengua y literatura española en la Universidad de Edimburgo y allí, en Inglaterra, traduce libros sobre literatura española, compila antologías de escritores hispano americanos y prepara un diccionario bilingüe, español-inglés.

Pero el comentarista que desde *Hispania* reseña libros de Rodó y Azorín, Lugones y Unamuno, y cuyo primer artículo en *La Nación* se titula "El descubrimiento de América y la higiene", es ya por estas fechas un escritor maduro. Vale la pena considerar, en detalle, lo que significa este hecho.

Angel Rama, hablando de Rubén Darío, ha mostrado lo que el trabajo en la prensa significó para los escritores modernistas: descubriendo, a través de la ley de la oferta y la demanda, un nuevo mercado, se insertan en él con notas de actualidad, crónicas sociales, crítica de espectáculos teatrales, comentarios de libros, perfiles de personajes célebres, descripciones de viajes, géneros, todos ellos, que cultivó Sanín. Y así, entre las órdenes de los patronos y las exigencias del público, tratan de combatir la tendencia a la uniformidad, extremando la nota personal: novedad, atracción, intensidad. "Ese estilo que el mercado con-

4. Emilio Carilla, *Estudios de literatura hispanoamericana*, Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1977, pp. 259-285.

diciona, así como los temas a que los constriñe, los obliga a una constante tensión renovadora" (5).

La "constante tensión renovadora" de que habla Rama se da en la prosa de Sanín a nivel temático y no de estilo. El, al contrario de las "transposiciones" de Silva o las "prosas amartilladas" de Valencia, emplea desde sus inicios "una prosa escueta, más discursiva que elocuente" (6) y, como Maya mismo había dicho años antes, Sanín fue el primero en crear entre nosotros "una especie de 'escritura universal': una página suya puede pertenecer a cualquier hombre de letras de cualquier país culto" (7).

Esta prosa, sin desvincularlo del modernismo, lo sitúa en una perspectiva de mayor sobriedad y más certera capacidad de disección. Y si una de las mayores limitaciones de la aventura modernistas "fue, por supuesto, la deprivación de una prosa que en ocasiones (Sarmiento, por ejemplo) había sido espléndida y que en su acento general era apenas intrascendente o soporífera" (8), refiriéndose a Sanín podemos decir que él siempre prefirió la inteligencia al sentimiento. Y por no ser, quizás, un poeta, logró con mayor facilidad el único "acuerdo tácito entre el poeta y el empresario industrial: ambos buscan lo nuevo, lo novedoso, lo moderno" (9). En el caso suyo, el amplio terreno que ofrecían, además de las letras latinoamericanas y españolas, las inglesas, italianas, suecas, danesas y rusas. Más germánico que latino, como lo califica Maya, el nuevo ámbito intelectual al que se incorpora, desde Londres, lo hará merecedor del epíteto de "cosmopolita", pero al mismo tiempo su raigambre antioqueña acentuará el carácter pragmático de su esfuerzo. Aquí ya se hallan delineados, en relación con Sanín, los tres elementos de que habló Taine: raza, medio y momento. Pero lo que cuenta es lo que Sanín hizo a partir de allí: convertirse en nuestro primer crítico literario.

VI. EL IDEARIO DE UN CRÍTICO

"Odiaba las palabras 'siempre', 'nunca', 'todo', y las que encierran algún sentido completo, fundamental y definitivo. Prefería darle expresión a sus ideas, en matices, en términos precisos, mas no contundentes ni absolutos. Miraba las cosas en su estado cautivador de perpetuo devenir y nunca pretendió fijarlas irremediamente". Estas palabras se encuentran en su primer libro, *La civilización manual y otros ensayos* (1925), referidas a su amigo, el hispanista británico James Fitzmaurice-Kelly, pero son perfectamente aplicables a quien las escribió. Su obra, la obra de un crítico tolerante, no tiene pretensiones sistemáti-

cas, y el primero en reconocerlo fue el propio autor: "Se ha hecho al presente escritor la crítica de no haber aplicado su diligencia a la elaboración de una obra orgánica, en vez de colecciones de artículos sin un nexo palpitante entre las diversas secciones de que se compone. El autor no tiene más excusas que su incompetencia", dice en el prólogo a *Tipos, obras, ideas* (1949), una de las pocas selecciones de sus escritos que él mismo realizó, pero el conjunto de sus trabajos sí ocupa, por lo dilatado de sus intereses y lo mesurado de su exposición, un lugar destacado no sólo en el precario ámbito de la literatura colombiana, sino de la latinoamericana toda. Pedro Henríquez Ureña la expresó así: "Hombre singular en América, no se formó repitiendo ajenas lecciones ni se quedó engreído en la rustiquez: desde su juventud, descubrió en su tierra las imperfecciones de la enseñanza y se propuso reconstruir su cultura sobre fundamentos firmes; se informó de toda la vida intelectual de Europa, hasta de países lingüísticamente remotos como los escandinavos, cuyo idioma estudió; pero en sus excursiones de investigación procedió con severo espíritu crítico, apartando el estorbo de las cosas falsas, escogiendo sólo cosas auténticas. Peor que nuestra ignorancia, debió de parecerle nuestra novelera superficialidad, acogedora de modas triviales. Por eso, de la literatura, donde se atasca nuestra pereza, se abrió camino hacia la ciencia. Desde entonces ha sido esclarecedor, iluminador, pulverizador de prejuicios, defensor de verdades sencillas. Pero no sólo defensor de verdades: defensor también de virtudes" (1).

Virtudes que no sólo defendió sino encarnó. La primera de ellas, su generosidad. Basta releer no sólo sus libros, diez entre 1925 y 1957, sino las miles de páginas que escribió, para comprender cuán vasta fue su tarea y cuán dilatada el área de su comprensión. Habla allí de Nietzsche y Goya, de Carducci y Ferdinand Lasalle, de Valle Inclán y Marinetti, de Cervantes y Charles Chaplin, de Max Nordau y Guillermo Enrique Hudson, de Rodó y Eugenio O'Neill, de Samuel Butler y Víctor M. Londoño, de Goethe y Wordsworth, de Ruskin y Mariátegui, de Gide, T. S. Eliot y Christopher Isherwood, de Lytton Strachey y Leopoldo Lugones, de León de Greiff y Germán Arciniegas, de Miguel Antonio Caro y Alfonsina Storni.

Y si bien la mayor parte de estos textos son periodísticos, es decir, menores, no es por ello menos cierto que este "aclimatador de novedades" (así lo calificaban despectivamente, según cuenta Guillermo Valencia en el prólogo que escribió para sus *Ensayos*, en 1942) logró que un país, y en cierto modo también un continente marginal, sojuzgado por lustros de oscura pedagogía, tuviera a través suyo una ventana abierta a lo que sucedía en el mundo, durante medio siglo, por lo menos. Pero no sólo aireó la casa; fue, también, el hombre que en 1914, en Londres, tuvo a su cuidado la edición de *Ritos* de Guillermo Valencia, para la cual escribió un prólogo, ampliado posteriormente; el mismo hombre que en 1920, para la casa editora Maucci, de Barcelona, redactó un excelente estudio introductorio a las poesías completas de Jorge Isaacs; y el mismo que en 1923, para las ediciones Luis Michaud de París, vigiló una edición

5. *Rubén Darío y el modernismo*, Universidad Central, pp. 68 y 75.

6. *Rafael Maya, Letras y Letrados*, Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1975, p. 54.

7. *Rafael Maya, Alabanzas del hombre y de la tierra*, Bogotá, Biblioteca de Los Penúltimos, 1934, p. 60.

8. *Hernando Valencia Goelkel*, "La mayoría de edad" en *América Latina en su literatura*, México, UNESCO - Siglo XXI, 1972, p. 126.

9. *José Emilio Pacheco, Antología del modernismo, 1884-1912*, México, UNAM, 1970, p. XXIV.

1. "Dos valores hispanoamericanos", en *SUR*, N° 23, pp. 133-34, Buenos Aires, agosto 1936.

de las poesías de Silva, complementándolas con las ya célebres notas.

Se habla, con razón, de la influencia que ejerció Sanín sobre dos de ellos: Silva y Valencia⁽²⁾. El, modesto por naturaleza, manifestó lo contrario; sin embargo, en un sentido más amplio, su lección no fue menor. A través de órganos tan efímeros como el periódico o la revista, logró crear un clima intelectual. Desde los remotos artículos de 1890 en la *Revista Literaria* que dirigía Isidoro Laverde Amaya, hasta su último apólogo aparecido en 1957 en la revista *MITO* que dirigía Jorge Gaitán Durán y en el cual hablaba de Lichtenberg y Conolly, comunicó con largueza el resultado de sus lecturas en varias lenguas, sin mantener por ello una actitud desdeñosa hacia las realizaciones propias.

Pero el anterior es un criterio estrecho para valorar su aporte, ya que la materia del crítico no es sólo lo propio sino lo ajeno; no sólo valorar sino relacionar. No se trata, entonces, de caer en el extremo opuesto reivindicando para Sanín un nacionalismo estrecho que él siempre repudió, sino señalar, desde el principio, que tanto en sus aciertos como en sus limitaciones, fue siempre el mismo. "La unidad arranca más bien del carácter del autor, de su temperamento, de la manera de pensar y expresarse", decía Sanín, y esto es perceptible a todo lo largo de su trayectoria: un estilo inconfundible que es, paradójicamente, la carencia de estilo: ni tics ni exabruptos. Porque, como lo dijo el narrador al final de *El tiempo recobrado*, el estilo es una cuestión de visión y no de técnica.

En un ensayo, fechado hacia 1890, sobre la obra de Rogerio Bonghi, *Por qué la literatura italiana no es popular en Italia*, Sanín expresa: Bonghi escribía despreocupadamente: seguía con todo rigor el orden de sus ideas. Escribir bien es pensar bien. Solamente un mediano escritor puede decir lo que quiere. Pensando en lugares comunes, si puede haber correspondencia exacta entre lo pensado y lo escrito. Un necio dice justamente lo que tenía ganas de expresar, porque ello era una cosa muy sencilla y muy poca. Pero un filósofo de verdad, o un poeta que siente, saben muy bien lo difícil que es verter rigurosamente la concepción o la imagen. Sanín entendía esto, y por ello mismo lo que dijo era sencillo pero arduo. Resumiendo, arbitrariamente, podría sintetizarse así: había que trabajar intensamente para que un país sometido todavía a los rigores coloniales y al desorden de las guerras civiles —entre 1830 y 1903 hubo nueve grandes guerras civiles generales, catorce guerras civiles locales, dos guerras internacionales, tres golpes de cuartel y una conspiración fracasada— tuviera por fin vías de acceso a esos productos aún exóticos: el flamante concepto de cultura, por ejemplo.

El país, como cuenta Alberto Lleras en *Mi gente*, estaba bajo el dominio de esos déspotas ilustrados, los curas. "Y el partido conservador dependía de ese

despotismo ilustrado, lo único ilustrado en un país de analfabetos y de demagogos anticlericales"⁽³⁾.

La cultura era básicamente los libros; y la lectura y el comentario razonado de los mismos, la contribución de Sanín a dicho propósito. Pero el asunto no era fácil. Luis María Mora, para citar un solo caso, y refiriéndose a la curiosidad intelectual de Sanín, decía: lo que los caracteriza es "cierto morbosos afán de leer sin descanso libros nuevos, pero no de toda clase de libros nuevos, sino los que contengan más número de extravagantes paradojas"; y concluía con la risueña afirmación: "Los escritos de Sanín gozan de un privilegio singular, y es que nadie se los discute, o porque nos parecen muy abstractos los autores que comenta, o porque nadie los conoce ni los conocerá jamás"⁽⁴⁾.

Mora ignoraba que Sanín intentaba, simplemente, estar al día. Pero esta clase de juicios desembocaban en exclusiones más tajantes. El propio Sanín recoge en *Crítica y arte* (1932) una buena muestra de ello. Cuenta allí cómo "un censor de obras colombianas muy conocido en la prensa de Bogotá llegó a decir que no podía considerarse crítico colombiano porque me ocupó tan sólo del estudio de autores y libros extranjeros: cómoda y a un tiempo peligrosa manera de cambiar la nacionalidad" (p. 10).

La amplia perspectiva que por temperamento y formación tenía Sanín, sitúa entonces su obra en un plano diferente: más riguroso por ser, precisamente, más universal. Y esta suerte de marginamiento es el que le garantiza, simultáneamente, el desconocimiento y la calidad. Ya Max Grillo, en 1926, se refería a los primeros ensayos de Sanín, diciendo que allí había "anotaciones de un profundo saber y una cariñosa comprensión"⁽⁵⁾, lo cual fue una constante de todo cuanto escribió. Además, Sanín no fue nunca un snob: hablaba de esos autores porque le resultaban interesantes y aclaró en cada caso, los motivos de su adhesión o de su discrepancia. En este sentido, su lección resulta ejemplar: a lo largo de tantas páginas, durante tantos años, mantuvo su sentido de las proporciones.

En *Indagaciones e imágenes*, un volumen de 1926, muestra ya la atmósfera que le gustaba respirar. Habla allí, en un artículo, de "la tardía influencia de los pensadores", y explica: "Los hombres independientes como Shaw en Inglaterra, Anatole France en su patria y Jorge Brandes en el norte de Europa, no obran sobre la multitud por medio del diario. Escriben, sin duda, esporádicamente para algunas de las publicaciones de las que tienen perenne contacto con el público; pero sus opiniones pasan por encima de la multitud sin rozar siquiera la superficie espiritual del tumulto" (p. 55).

Dicha actitud no implicaba desdén sino lucidez. En una nota que escribió para el número 100 de la revista *Universidad*, decía: "Si en Bogotá viven de

2. Sobre el primero, la carta ya citada. Sobre el segundo: "Mi orientación literaria la debo a Sanín Cano. El me enseñó mucho, mucho más de lo que se puede imaginar. Sanín Cano es un fecundador de cerebros", palabras de Guillermo Valencia en una entrevista con Camilo Cruz Santos, aparecida originalmente en San José de Costa Rica, 1930.

3. Ediciones del Banco de la República, Bogotá, 1975, pp. 137-138.

4. *Los contertulios de la Gruta Simbólica*, p. 137.

5. "La obra de Sanín Cano", en *Ensayos y comentarios*, París, Editione "Le livre libre", 1927, p. 314.

ordinario doscientas mil personas (de las cuales el 45 por ciento apenas vegetan, y del más del 10 por ciento sólo pueden decirse que existen), si en Bogotá hay doscientas mil almas, el número de ventas de los diarios debería ascender a veinte mil ejemplares. La cifra de ventas, como es notorio, es muy inferior, porque en Bogotá, como en Madrid de España, hay que añadir al tanto por ciento de analfabetos ordinarios una crecida cifra de analfabetos que saben leer y escribir, para mayor escarnio”.

Este era el público al cual se dirigía, a fines de la década de los 20, este aficionado a la “literatura de ideas”, este “dilettante”. El calificativo le fue aplicado por Ramiro de Maetzu, una noche, en Londres, hacia 1912 o 13. Sanín lo recuerda así: “Los españoles —dice— creen que esta clase de salidas son prueba de lealtad y de adhesión a la verdad. Me explicó que yo había tomado parte en las discusiones sobre historia, matemáticas, cuestiones lingüísticas, literatura, física, historia natural y que no era especialista en ninguna de estas materias. Le contesté que, en efecto, yo no aspiraba a ser profesional en ninguna de estas materias, que las cultivaba superficialmente en favor de mi oficio de periodista, porque ello me proporcionaba ideas, puntos de vista variados y metáforas destinadas a aligerar el estilo y captar la atención de mis lectores. Por lo demás, no aspiro al título de experto en ninguna rama del conocimiento” (6).

Periodista sí lo era, y lo fue toda la vida. Como ya se dijo, en *La Nación* de Buenos Aires y en *El Tiempo*, de Bogotá. En el campo de las revistas, además de las ya citadas, merecen destacarse la *Revista Contemporánea*, que dirigió en Bogotá, y de la cual aparecieron 12 números entre 1904 y 1905; la revista *Universidad*, en su segunda época, donde colaboró con gran asiduidad entre 1927 y 1929. En otras, como la revista *Trofeos*, de 1906 a 1908, dirigida por Víctor M. Londoño e Ismael López (Cornelio Hispano), o la *Revista de América*, de 1945 a 1947 y la *Revista de Indias*, de 1936 a 1950, su contribución fue más esporádica.

Sin embargo, allí se halla dispersa una buena parte de su producción que, en el caso del periodismo, está marcada por ese signo de precariedad que caracteriza a toda colaboración de tal índole. “Que no se publiquen en Colombia muchos libros de autores colombianos, se explica. La prensa diaria absorbe casi toda la actividad intelectual” (HP., p. 224) reconocía el propio Sanín, y en dicha frase se halla la clave para valorar su labor, teniendo en cuenta que él era ante todo un cronista.

Cronista sí pero también, en múltiples ocasiones, algo más que un cronista: un ensayista. Era, además, un hombre dotado de sentido común, que en un medio donde “la literatura sirvió de escala para llegar al poder y no faltó quién dijera, poniendo el ejemplo de Santiago Pérez, Miguel Antonio Caro, José Manuel Marroquín, Marco Fidel Suárez, que para ser presidente era un buen comienzo haber escrito una gramática” (LC., p. 147), ejerció la más insólita de las profesiones: la de crítico literario. Una profesión

para la cual era necesario aprender, como lo decía con gracia: “antes que literatura, filosofía, ciencias ocultas y lenguas orientales, un poco de esgrima y manejo de armas de fuego” (DF., p. 147). Una profesión cuyo credo sería: “Para el crítico la verdad no existe; su oficio es comprender, y, en un caso de arrogancia: explicar” (E., p. 103).

Paradojas de esta índole debían disonar en un medio hirsuto que no sólo ignoraba lo que es la crítica literaria (la ignora aún, no?), sino que oscilaba invariablemente entre el pintoresquismo y la Inquisición. Pero la ortografía de Marroquín, “Varias generaciones se han desengañado de aprender la ortografía en catálogos rimados de la más absoluta falta de significado” (LC., p. 97), o el diccionario de la Academia, “En el drama en que es personaje principal el castellano de España y América el diccionario de la Academia es la fatalidad” (DF., p. 31) son problemas menores. El enemigo de bulto lo había detectado en 1903: “defender la tradición es una labor superflua, tan desesperada como la otra de eliminarla” (II, p. 37), lo cual, en el caso nuestro, llevaba la pregunta inevitable: ¿cuál tradición?

Había, sí, cronistas y gramáticos, poetas a granel, traductores de Horacio, y señores que escribían cuadros de costumbres. Se creía, en definitiva, “más fácil la descripción de lo conocido que la invención de lo desconocido e inexistente” (LC., p. 94). O sea que el panorama no era desolador, ni afligente; resultaba apenas trivial. Se carecía de imaginación. Y esta falta se había erigido en paradigma, en regla inexcusable. Como lo ha señalado Darcy Ribeiro, “mientras la tradición puede dignificar una norma haciéndola parecer la única admisible, la razón tiene que argumentar con soluciones alternativas” (7). Sanín Cano propuso, simplemente, una alternativa al rígido desarrollo cultural colombiano: a su jerarquización, una mayor libertad; a su resignación, infundida, frente a la pobreza intelectual, un énfasis en el autodidactismo, y en el conocimiento de otras lenguas, capaz de aligerar el lastre hispánico-religioso dominante, con una actitud más desaprensiva y actual, con un talante más crítico. Esta defensa de la crítica, y de la imaginación sirvió para que sus detractores como es el caso de Luis María Mora, lo calificaran de comunista: “Sanín Cano, que en política parece socialista, vino a ser en Colombia el padre del comunismo literario” (p. 147). Sólo que Sanín, mucho más sagaz, no incurrió en ninguno de los dos errores que había anotado, defender o atacar la tradición, sino que se situó al margen, recalando con claridad su condición de lector. Un lector, y no un reformador. Un lector en un mundo que acaba de descubrir los viajes por avión. “En el año de 1909, el número de gentes que volaron en aeroplano alcanzó a 72. El año siguiente ascendieron a 300 y en este de 1913 es posible que pasen de 20.000” (CM., 135).

Un lector que rememoraba, en ese mismo año, como hacía veinte, “en una remota capital sudamericana, las obras y las ideas de Nietzsche eran alimento de los estudiosos y materia de alusiones en la prensa diaria” (CM., p. 142) sin mencionar, claro está, que él había sido su introductor. Un lector, también

6. *El humanismo y el progreso del hombre*, Buenos Aires, Editorial Losada, 1955, p. 150.

7. La cultura latinoamericana”, en *Latinoamérica*, N° 9, México, UNAM, 1976, p. 83.

que en 1897 había descubierto a Stefan George (nacido en 1868) y a Hugo von Hofmannsthal (nacido en 1874), los había traducido, en prosa, y se los había dado a conocer a Guillermo Valencia para que hiciera "versiones transparentes", al decir de Emilio Bobadilla. Un lector, en fin, que toda su vida fue fiel al consejo de Renán: "On ne doit parler que de ce qu'on aime" (E., 115).

De este modo, sin espíritu beligerante y con perfecta naturalidad, fue volviendo costumbre ese contacto con los libros, ese templado y sonriente escepticismo. Sus pasiones, intelectuales y sinceras, no descendían jamás al proselitismo. Las transmitía en una prosa sobria, informada, y aún hoy en día legible; atemperada siempre por una recóndita ironía. Un buen ejemplo de ello es su discurso, en el año 1935, al ingresar a la Academia Colombiana de la Lengua: habló sobre el romanticismo alemán.

Era, sin lugar a dudas, un verdadero crítico literario; un ensayista, en el sentido en que Hugo Friedrich en su libro sobre Montaigne definió dicho género: "En cuanto es una configuración entre prosa y poesía está el ensayo abierto tanto a la reflexión como a la intuición, tanto a los intereses objetivos como a los simples humores, puede formular pero también narrar, y en todo ello garantiza a lo individual, sea que lo asedie reflexionando o intuyendo, su privilegio ante lo general".

VII. LA SEGUNDA PATRIA

En 1925 llega Sanín a Buenos Aires, "adonde fui con ánimo de hacer de esa ciudad mi residencia permanente" (DV., p. 179). Vivirá allí hasta 1936, con varias interrupciones: de 1926 a 1929, vuelve a Colombia; en el 31 viaja a España, donde la mayor parte de sus amigos se entregaban entusiastas a la causa de la república; y sigue viaje a Ginebra, como miembro de la Comisión Internacional de Cooperación Intelectual, llevando la representación hispanoamericana. En el 32 está de nuevo en Colombia, y en el 33 regresa a Buenos Aires, ahora como ministro plenipotenciario, cargo que desempeña hasta el 35.

Cuando arriba a Buenos Aires, comienza por estar encargado de la sección de política internacional en *La Nación*, para la cual contribuye, también, con ensayos y notas bibliográficas. Todo el saber acumulado en los largos años de exilio; y sus copiosos estudios en el "cuarto de lectura" del Museo Británico se hacen presentes a través de las múltiples colaboraciones. Samuel Glusberg recoge, por primera vez, una parte de ellas y publica en Buenos Aires el primer libro propiamente literario de Sanín: *La civilización manual y otros ensayos*. Un año después, 1926, será el mismo Glusberg, a través de su editorial Babel, el editor de la historia de la literatura española, de James Fitzmaurice-Kelly, traducida y prologada por Sanín. Cuando Sanín regresa, en el 27, a Bogotá, es Glusberg quien reproduce las opiniones de Sanín sobre Horacio Quiroga, tomadas de las cartas que le enviaba (Babel N° 25/927). Es decir que allí en Buenos Aires encuentra Sanín una atmósfera propicia, y un recibimiento generoso, por parte de la juventud. El homenaje que la revista *Nosotros*, a través de Roberto F. Giusti, le tributa, es muy dicente acerca de la fraternal acogida. Además *La Nación*, como dirá años después Sanín, "no era un simple ro-

tativo, sino una fortaleza intelectual que acogía el pensamiento y el arte del mundo entero y animaba con su hospitalidad la conciencia hispanoamericana". Conocerá allí a Alberto Guerchunoff, a Enrique Larreta, a Gustavo Cancela, a Victoria Ocampo, y verá cómo un crítico argentino, Antonio Aita, reconocerá, en el 33, su importancia, diciendo: "esa tenaz preocupación por la síntesis, por la sobriedad verbal, es un rasgo que basta para ennoblecer a un ingenio en países donde la retórica ha sentado plaza de buen gusto y el lugar común tiene tantos prosélitos" para concluir afirmando que cada estudio de Sanín "consigue suscitar en nuestra inteligencia la contradicción y la duda". (*Expresiones*).

En el 27, ya en Colombia, escribirá una serie, *Kodack*, (argentino) sobre los escritores de dicho país que era ya su segunda patria: *La Nación* lo había difundido por todo el continente y varios de sus libros, además del primero, aparecieron allí.

VIII. LAS LECCIONES DEL VIEJO MAESTRO

Cuando Sanín vuelve a Colombia contribuirá a que su partido, el liberal, tome el poder: sus editoriales, los lunes, en *El Tiempo*, allá por el año 29, son, como las caricaturas de Rendón, un arma más contra el caserón conservador. Pero de todos modos el fervor de la batalla no le hacía perder de vista los males endémicos que parecían prolongarse, con feroz tenacidad. El 29 de abril de 1929, escribe: "El autor de estas líneas, ilusionado hace cinco años por los rumores llegados al exterior sobre las conquistas que Colombia había realizado en el sentido de la libertad en general y de las libertades del individuo en particular, se dejó decir que era necesaria una revisión de los partidos políticos en Colombia. Pero el contacto con las realidades le ha convencido de que había aceptado con demasiada complacencia las afirmaciones de una propaganda poco escrupulosa. Otra vez hemos vuelto a ver reemplazado el voto por el arma contundente y la regla de adición por las cábalas del titiritero". Para finalizar con una severa advertencia: "Si el partido liberal persiste en explotar por el sistema de las cifras adulteradas la parte de los dineros públicos que se distribuyen por medio de dietas, dejará de existir en este país y en esta época ignominiosamente. Si el partido conservador, como gobierno, continúa mirando con indiferencia la falsificación del sufragio, dejará de ser una entidad de principios para convertirse en "una obcecación servida por un presupuesto" (1).

Con razón, un año antes, Mariátegui lo había calificado de neo-liberal, "porque la palabra liberalismo sabe a cosa rancia, bastante desacreditada". El drama de este partido —continúa Mariátegui— está en "su obligación de reconocer que ha llegado la hora de su liquidación como programa económico y como partido político. Este neo-liberalismo "no se estima, doctrinal ni prácticamente, inconciliable con el socialismo. Por el contrario, descansa en la convicción de que la idea liberal, en lo que encierra de más esencial, es en nuestro tiempo misión del socialismo y de

1. *El Tiempo*, editorial "Signos de Vida", lunes 29 de abril de 1929, p. 1.



las clases obreras". "Liberales de esta estirpe, aunque no acepten siempre la etiqueta liberal, son en Europa Don Miguel de Unamuno y Bertrand Russell y, en la América Latina, Sanín Cano" (2).

Sanín continuó en su empeño escribiendo infinidad de artículos acerca de la administración municipal o las misiones extranjeras; la reforma del Congreso o la política internacional; la necesidad de la educación y los obstáculos que se oponían al progreso. Se trataba de una labor ardua y con el tiempo llega a percibirse la fatiga y ¿por qué no decirlo?, la esterilidad. Es difícil que las ideas se conviertan en hechos; y los logros obtenidos en el primer gobierno de López Pumarejo darían lugar, luego, a la "pausa dentro de la pausa" que representaron las administraciones de Echandía y Eduardo Santos para desembocar, finalmente, en la irrupción violenta de Gaitán y el nueve de abril. Todo esto lo vio Sanín y sobre ello escribió.

Quizás por eso volvía siempre a la literatura. Allí el panorama no era mejor pero le resultaba, de seguro, mucho menos incoherente que el que le ofrecía, día tras día, el tinglado político, con sus veleidades y traiciones. Sólo que ya por ese entonces se había quedado solo: su tiempo, y el de sus compañeros modernistas, había pasado. Era un sobreviviente.

El suicidio de Silva enturbió durante demasiado tiempo el valor real de su obra; Valencia, candidato a la presidencia de la República, derrotado dos veces, veía desaparecer el milagro de *Ritos* bajo el peso de la verborrea parlamentaria; Luis Carlos López, como ya lo había predicho Luis Tejada en 1923, se

repetía dentro de un esquema cada vez más limitado: provincia y sarcasmo. Eduardo Castillo era un poeta de segundo orden e Ismael Enrique Arciniegas apenas un traductor. Ahora Sanín sólo redactaba notas necrológicas: las de Víctor M. Londoño; las de Diego Uribe, sus compañeros en la revista "Contemporánea". Del modernismo en Colombia sólo quedaba en pie su más acérrimo contradictor: Tomás Carrasquilla. Al votar por él, para otorgarle el premio "Vergara y Vergara" muy posiblemente pensó que éste era un pueblo definitivamente conservador. Necesitaba salir, y oxigenarse. Era ya el maestro latinoamericano; y en calidad de tal viajó a Buenos Aires, a la reunión del Pen Club, en 1936 y presidió, con sonrisa traviesa, las deliberaciones de la Comisión de Cooperación Intelectual de la antigua Sociedad de Naciones, reunida en Santiago de Chile, en 1938 (3). Allí habló de las influencias españolas, inglesas y francesas sobre nuestras letras, y manifestó su confianza en nuestra futura autonomía intelectual. Al regreso de estos viajes, seguía acogiendo cordial a las nuevas promociones literarias sabiendo, como sabía, que las verdaderas novedades, en dicho campo, no son nunca estruendosas sino lentas y pausadas. Quien había aprendido a callar en siete idiomas, según decían, y sólo había permitido, después de cumplir los 60 años, que publicasen su primer libro, estaba curado de espantos. Sin embargo, mantenía erguida la figura, y alerta la inteligencia. Conocía demasiado bien a Colombia como para no hacerse demasiadas ilusiones al respecto pero no por ello permitió que este conocimiento lo esterilizara, reduciéndolo al re-

2. José Carlos Mariátegui, *Signos y obras*, Lima, Biblioteca Amauta, Tercera Edición, 1970, pp. 133-134.

3. Luis Alberto Sánchez, "Baldomero Sanín Cano", en *Escritores representativos de América*, Tercera Serie, Madrid, Editorial Gredos, 1976, p. 99.

proche. Seguía trabajando; consciente de que “la duda predispone al estudio: (mientras) la negación se refugia en la suficiencia”⁴.

Quizás por ello cuando ya viejo dictó las charlas que habrían de integrar *Letras colombianas* adoptó una actitud igual a la que había mostrado, hablando de Rufino José Cuervo: “La primera edición de las Apuntaciones es un azote de siete ramales, al paso que en la última hecha medio siglo más tarde, brillan la condescendencia y el buen humor de la verdadera sabiduría” (DF, p. 84).

El viajero cosmopolita que había pasado catorce años de su vida en Londres y ocho en Buenos Aires, retomaba la sensata actitud del maestro de escuela que había sido en un Medellín de 40.000 habitantes, para hablar de un país y una literatura evidentemente secundarios, pero que eran los suyos. El Brandes citado en 1925: “Una literatura que no pone nada en tela de juicio es una literatura que empieza a perder su importancia” no estaba definitivamente olvidado, pero las peculiaridades de estas tierras, a las que había vuelto, y en las que habría de morir, acababa por imponerse, obligándolo a la tolerancia.

No es posible tomar todo esto en serio, parece decirnos, con actitud bonachona. No es posible creer que Núñez fuera un gran pensador, como vociferan sus herederos, ya que “sus conocimientos, que los tuvo variados, aunque fragmentarios, procedieron de la lectura de obras de vulgarización y de su trato asiduo con la literatura de revistas” (LC., p. 114). Ni que Joaquín Pablo Posada —hijo de Joaquín Posada Gutiérrez, quien “escribió numerosas epístolas

en verso, destinadas casi todas a pedir dinero prestado” (LC., p. 98), deba figurar en la historia de la literatura, así sea la colombiana.

De todos modos, en la de Sanín aparece. Era el precio que había que pagar por vivir aquí. Concesiones como éstas, de quien era Rector de la Universidad del Cauca y candidato al Premio Nobel —ayyy, el paletismo nacional— no invalidaban su enfoque general. Si *Letras colombianas* es un libro menor, la culpa radica en la materia de que trata: no se pueden efectuar agudas indagaciones sobre una literatura derivada o de aluvión. Se puede, apenas, contar anécdotas y describir tendencias. Esto es lo que él hace, y tal acto de comprensión, no exento de caridad, y, por ello mismo, de humor, convierten su figura en algo singular, y a la vez determina su restante producción.

Hernando Valencia muestra muy bien lo que fue este período final en la dilatada existencia de Sanín: “Sanín Cano —nos dice— experimentó claramente la sensación de su pertenencia a un país cuya pobreza intelectual amenazaba con frustrarlo, y expresó su inconformidad no sólo en forma expresa, sino a través de silencios y reticencias mucho más siniestros aún. Pero, finalmente, aceptó de grado el vínculo forzoso, y las páginas todas que escribió, tienen en mira un auditorio con el cual resolvió religarse conscientemente y confirmar en libertad los nexos del atavismo y la formación. Cuando Sanín escribe lo hace para un público casi inexistente, de cuya efectividad él mismo tendría excelentes razones para sospechar: el público, entre analfabeto y semi-letrado, de Colombia. Y le habló un lenguaje serio, un idioma para adultos, severo y sin halagos, nacido de un entrañable respeto que no podía incurrir en la pedantería pero tampoco podía caer en la adulación. Pero.

4. “La negación y el idioma”, en *Revista de las Indias*, Bogotá, N° 14, febrero 1940, p. 7.

por estos mismos motivos, el estilo de Sanín tiene la impureza utilitaria de la docencia" (5).

Su magisterio; su generosidad, digresiva y casi incoherente, como lo atestigua el prólogo a *Literatura*, de Hernando Téllez, redactado en 1951, todo ello tiende a confirmar el malestar que presidía su escritura. Él quería ser, tan sólo, un escritor. Un escritor no dependiente de la formación (o carencia de ella) que pudiesen tener sus lectores. Un escritor, apenas, y el país se lo impedía una y otra vez, obligándolo a enseñar y corregir: dos tareas que siempre despreció.

Sin embargo, en otro orden, sus lecciones fueron varias y fecundas. La primera de ellas "haber entendido desde su mocedad el oficio intelectual como una tarea normal, como una jornada consabida, como un quehacer instrumental" (6). Esto le permitió, primero, delimitar un área de trabajo. En una carta a Max Grillo, fechada en 1937, la describe de este modo: "Nosotros, que yo sepa, no tenemos cultura autóctona. La chibcha fue destruida sin dejar huella en el espíritu de los indios o de los blancos, sus explotadores. Lo que se sabe de la cultura chibcha es material interesante de investigación para academias de historia o arqueología. Quienes han intentado poetizar en Colombia temas precolombinos han tropezado con el muro que media entre dos civilizaciones, una de las cuales no hemos convivido. Nuestra cultura es europea y cristiana. Quienes cantan el calvario, la revolución francesa, las reivindicaciones obreras, las fábulas paganas, el paisaje griego, las orillas del Sena, el liberalismo inglés, las estatuas de Westminster, El Escorial y las miserias de Cristóbal Colón, quedan dentro de la cultura a que pertenecemos" (7).

Aunque la enumeración se halla supeditada a la temática de Guillermo Valencia, dentro de esta amplia gama era factible polemizar con Unamuno, recibir el reconocimiento de Mariátegui, denunciar la matanza de las bananeras, hacer el elogio de Sandino, propugnar por la liberación de la mujer y burlarse del coronel Teodoro Roosevelt. Era factible, también, analizar las peculiaridades de la poesía de León de Greiff y hablar de la importancia de Thomas Mann. Estaba siempre al día, y quizás esto impidió que un país atrasado de noticias lo neutralizara completamente, convirtiéndolo en institución nacional. Había algo sospechoso en torno a un hombre tan bien informado; un hombre a quien sus compatriotas acusaron de haber inventado a Peter Altenberg.

En segundo lugar, los doscientos dólares que gastó durante tantos años pidiendo libros y suscribiéndose a revistas del exterior, es una de las mejores inversiones que ha realizado la cultura colombiana. Pero lo que conviene subrayar es la normalidad de todo cuanto hizo; esa vigilancia que mantuvo durante tanto tiempo sobre las letras nacionales, insólita, pero dentro de sus propósitos, apenas natural. No fue intolerante, en ningún momento, y su rigor, a simple vista, no resulta demasiado perceptible. Pero el to-

no de su prosa, incapaz de deslumbrar, está allí, día tras día, hasta convertirse en algo absolutamente necesario. Su sola presencia reiterada modificó toda la escala de valores. Era el trabajo de un hombre, con una aguda conciencia del lenguaje (8) y conocedor, también, de cómo la crítica literaria es "el arte gentil de captarse enemigos".

Un liberal, carente de dogmatismos, y cuyo empirismo combinaba la generosidad intelectual con la frialdad en el terreno práctico. Durante los contradictorios años de la guerra fría, no hizo gala de anticomunista. Por el contrario, escribió sobre la revolución rusa, presidió el Centro Colombo-Soviético y recibió el premio Lenin de la Paz. Pero no fue, tampoco, miembro entusiasta del "internacionalismo proletario". Esta era, igualmente, su manera de ser, dentro del confuso ambiente político que vivía el país. En 1946, cuando se efectuó el balance de las administraciones liberales, de 1930 a 1946, fue precisamente Sanín Cano el llamado a prologar los tres tomos en que se sintetizan los resultados obtenidos. Dichas páginas, hechas con cautela, y sin ningún alarde —al fin y al cabo, el liberalismo acababa de perder el poder— son elocuentes porque permiten ver hasta qué punto Sanín, tan cercano siempre a la política activa; tan próximo, en sus amistades y en el ambiente en que vivía, a sus excesos partidistas, conserva la cabeza fría y los pies en la tierra.

Allí, en dichas páginas, donde impera la autocrítica, una observación incidental muestra muy bien lo que en realidad le preocupaba: "No debe olvidarse —dice— que antes de 1910 y por razón no solamente de las prácticas de gobierno seguidas por el partido tradicional, sino más que todo por las leyes que regulaban las relaciones entre el Estado colombiano y los ciudadanos de este país, Colombia era poco menos que desconocida en el mundo. Los colombianos que viajaban al exterior en aquellos días de ingrata memoria, tenían que referirse a la situación de los vecinos o a las coordenadas de alguna isla del Caribe, para dar idea de la situación de Colombia en el mapa del continente" (9).

Y esta fue su tercera lección: demostrarle a los colombianos, con su ejemplo, y al nivel intelectual, que formaba parte del mundo, y que era necesario dicho conocimiento para que el aporte nuestro, quizás insignificante, quizá valioso, fuera posible. En agosto de 1954 le cofesaba a Max Henríquez Ureña: "He dejado de escribir para el público por consejo de los médicos y por sustracción de materia. No tengo nada que decir" (10). Lo había dicho, en buena prosa, y con arraigada convicción, durante mucho encantarían con la prosa clásica y el vocabulario tiempo, hasta el punto de diluirse y entrar a formar

5. Hernando Valencia Goelkel, "Pesadumbre de la belleza", en *Crónicas de libros*, Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura, Colección Popular N° 9, 1976, p. 17.

6. Juan Marinello, "El maestro creador", en *Contemporáneos, noticia y memoria*, La Habana, UNEAC, 1976, p. 99.

7. Recogida en Max Grillo, *La granada entreabierta*, Bogotá, Biblioteca Popular de Cultura Colombiana, 1946, p. 240.

8. Varios artículos suyos, de índole filológica aparecidos en *Modern language review* lo certifican. Además de los recogidos en DF puede verse también como ejemplo, "El uso gramatical y el destino", en *Revista de las Indias*, Bogotá, N° 75, marzo de 1945, pp. 315-322.

9. "El partido, su obra, sus ideas, su porvenir" en *El liberalismo en el poder, 1930-1946*, edición a cargo de Plinio Mendoza Neira y Alberto Camacho Angarita, tres volúmenes p. 8.

10. *Breve historia del modernismo*, 2ª edición, México, Fondo de Cultura Económica, 1962, p. 9.

parte de una nueva tradición: la que empieza con él. "Los críticos no hacen falta" reconocía, también, al final de su vida, pero esta afirmación no era solo un rasgo de ingenio sino una forma, más sutil, de su elevada conciencia: él era un instrumento apenas para difundir algunas opiniones que parecían necesarias. Logró, de este modo, conciliar su fe en el progreso, y en las virtudes de la civilización, con un saludable realismo que propugnaba el cierre de los parlamentos y su sustitución por salas de cine. De ahí que resulte tan tonificante leerlo hoy en día: no tiene ningún mensaje que transmitir.

IX. FINAL

Como se ve, mantuvo intactos, hasta el fin, sus principios, y el don de auto-análisis. Entre las limitaciones del nacionalismo, y el imposible cosmopolitismo, trazó una tercera vía singularmente válida. Las dos tradiciones nacionales: improvisación continuada, y rechazo indiscriminado de toda tradición, se vieron negadas por él. Si como dice Carlos Monsivais, "el positivismo es el último sueño heroico de la burguesía" (1) Sanín, en un primer momento, lo hizo suyo. Dos guerras mundiales; el fracaso de su partido; la violencia, y la idea de la cultura, como factor de unidad latinoamericana, hecha pedazos, degradaron la confianza en los valores del espíritu, recortando el sueño de toda su generación. Sin embargo, dichos ideales asoman hasta el final, en su labor crítica.

Días antes de morir, firmaba un manifiesto contra la dictadura de Rojas Pinilla. Las desigualdades sociales, y la dependencia económica, implicaban una existencia oscilante entre gobiernos precarios y dictaduras rapaces; entre una democracia formal que era necesario siempre volver a defender y una miseria y una ignorancia, que ninguna reforma lograban borrar. Debatiéndose en dicha atmósfera, su obra refleja tales incertidumbres, pero se presenta, en un balance final, como algo mucho más complejo y dilatado de lo que generalmente se cree. Capaz, ella sola, de oponerse a los mitos seculares: el mejor castellano de América; Colombia, tierra de poetas, con todo lo que ellos encierran de inmovilismo y vacuidad. Al fin y al cabo, Sanín siempre habla de algo: un autor, una obra.

Por eso, el 12 de mayo de 1957, cuando muere a los 97 años, no sólo desaparece toda una época sino también el primer auténtico crítico literario que tuvo el país; y un destacado hombre de letras, a nivel latinoamericano.

Cuatro años después de su muerte, anotaba Luis Alberto Sánchez: "Vivió lo necesario para asistir en su país al espectáculo de la conversión autocrática de un suave poeta, antes liberal, Rafael Núñez; a la tragedia de los mil días; a la separación de Panamá; a la dictadura de Reyes; al renacer liberal con Olaya, López, Santos y Lleras; a la noche de la tiranía castrense; a la recuperación democrática de 1957. Bajo sus ojos desfilaron las escenas y por sus oídos los ecos de la guerra franco-prusiana; el derrumbe colonial de España; el levantarse del poderío norteamericano; el

fragor de la revolución mexicana; la primera guerra mundial; la revolución bolchevique; la reacción fascista; la demencia napoleónica del Führer; la segunda guerra mundial; la convulsión china; la aparición de India; el alba de América Latina" (2). Pero lo importante no es sólo lo que vio, y el testimonio, honesto y constante, que siempre dio, sino el modo en que lo hizo; que le permitió llegar incólume hasta el fin: "Aquí donde todos terminamos por aflojarnos, desleirnos y ablandarnos antes de tiempo, como esas hinchadas algas que al ser abandonadas en la playa se deshacen vertiginosamente entre su propia sustancia líquida, Sanín Cano seguía en la vecindad de la muerte que lo aguardó durante cien años, espiritualmente intacto, inconforme, alerta, respirando intelectualmente a pleno pulmón.

La muerte —concluye Hernando Téllez— lo encontró como había vivido: sereno, antidramático, jovial, bien dispuesto a conocer una nueva experiencia. Viajero avezado, se disponía al último cruce leyendo algunos ilustres textos latinos. Le pregunté la razón de esa escogencia. Me respondió, sonriente, con la frase de Giradoux: la muerte es tan antigua que sólo se le puede hablar en latín" (3).

Hoy, cuando ya nadie lee sus libros, bien vale la pena recordar que fueron los colombianos, y también los latinoamericanos, a través de periódicos o revistas minoritarias los que absorbieron su clara inteligencia y su talento como escritor. Y como en un medio donde sin excepción todas las condiciones eran adversas a su propósito de ser tan sólo un lector, él compuso estos volúmenes de modo habitual en nuestra tradición: con artículos de periódico (4). Releerlo, o leerlo, quizás, por vez primera, destacando un aspecto de su vasta producción, no implica un homenaje, o un desagravio. Es un simple y llano anacronismo. Pero en este hecho reside, seguramente, su vigencia. No su actualidad.

Además, él ya había previsto su destino ulterior. En una nota fechada en 1935 dijo: "La notoriedad que gana un escrito con ser publicado en la prensa diaria se compensa con años de absoluto olvido. Reaparece acaso en alguna pesquisa de la malevolencia o de la curiosidad bibliográfica" (5).

Esta pesquisa, exenta de malevolencia, y seguida por algo más que simple curiosidad bibliográfica, se centra en sus trabajos de crítica literaria. Sus notas políticas; sus indagaciones filológicas; sus trabajos sobre autores europeos; sus cuentos y apólogos, quedan por fuera. Ella, en definitiva, sólo pretende ser fiel al único oficio que ejerció con gusto a todo lo largo de su larga vida: el oficio de lector.

Bogotá, 1978

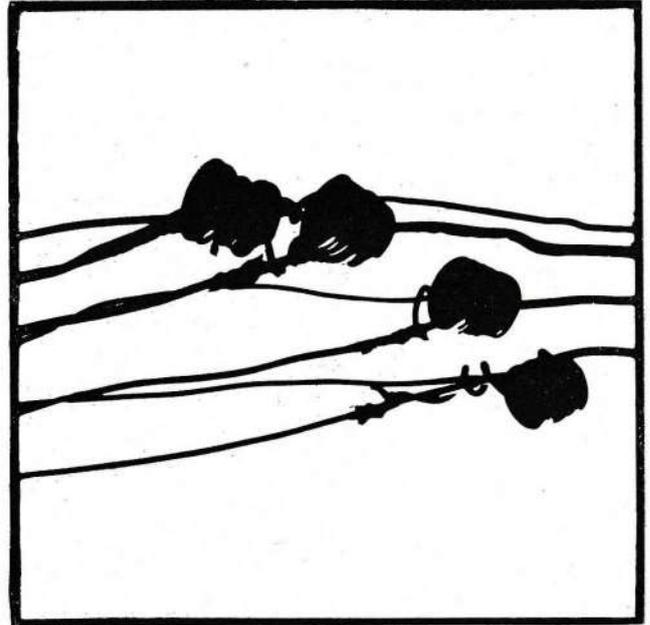
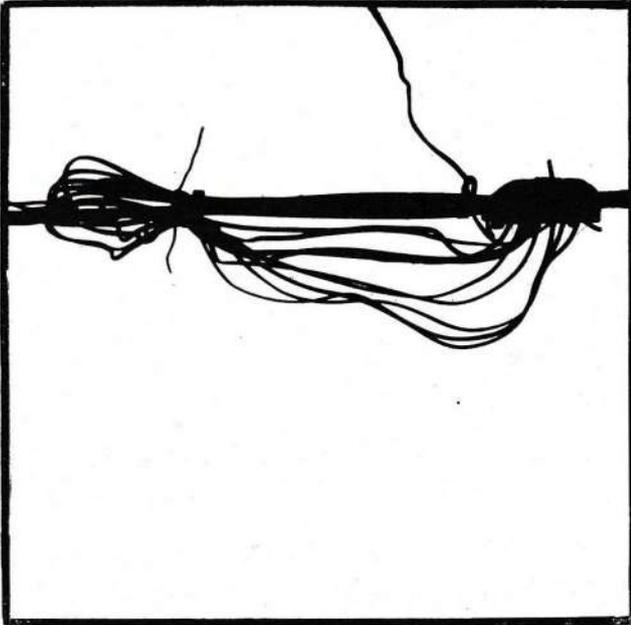
1. "Notas sobre la cultura mexicana en el siglo XX", en *Historia general de México*, tomo 4, El Colegio de México, 1977, p. 330.

2. "Mi primer contacto con el Maestro", en *El Tiempo*, Lecturas Dominicales, junio 25 de 1961, p. 1.

3. "Sanín Cano", en *El Tiempo*, Lecturas Dominicales, septiembre 8 de 1957.

4. El podría decir, como Caryl Conolly: "Escribir para un semanario ha atemperado mi improvidencia y ha ampliado mis conocimientos; ha respetado mi soledad y ha impedido que se apodere de mí el *rigor mentis*".

5. "Un crítico argentino: Antonio Aita" en *El Tiempo*, febrero 18 de 1935.



Veamos algunos conceptos con que trabaja la física, considerados como elementales e intuitivos. Por ejemplo el de espacio. Para ello pensémoslos como productos de ciertas experiencias o actividades; éstas son muchas y de diversas materias, y aquí sólo echaré mano de las que necesite, aislándolas o combinándolas según el caso. Para un ser que tenga una visión fija, sin variación alguna, ella sola no daría soporte al concepto de distancia; sólo combinándola con el movimiento y el recuerdo puede producirse este concepto. En nuestras cabezas la palabra espacio resuena con ecos de absolutez; y con él, o con ella, la palabra, se sienten en nuestro cuerpo los lugares, se siente nuestro cuerpo en un lugar, y a veces se siente hasta "lo externo". Sin embargo, el ejemplo del ser inmóvil no hace sino corporalizar una separación o disyunción de actividades que al operar en conjunto se relacionan con palabras, o mejor con series de palabras; a su vez, dependiendo del grado de dominancia de un discurso, una palabra, la palabra espacio, produce sus efectos en otros órdenes materiales, como el de las sensaciones.

Estamos acostumbrados a decir, para referirnos a una experiencia visual: "Yo veo el árbol", y conectada a esta frase, o como su efecto, o como su forma de ser, se vive, se siente este yo como un observador que ve un objeto de los denominados externos. Pero nuestro viejo cuerpo (¿cuántos años tienes lector, durante cuántos has experimentado con tu cuerpo, tantos cuerpos, huellas y sorpresas, como para que al menos dudes de la originalidad de tus actuales for-

mas de sentir?), nuestro viejo cuerpo tiene una larga historia. En principio si alguien ve es por la visión y, visualmente, solo dentro de ella tiene sentido hablar de quien ve y de lo que es visto; las características del objeto mirado, su color, su forma, su brillo, sus dimensiones relativas (a su lado las dimensiones táctiles), están hechas pura y simplemente de materia visual; los objetos se van completando (¿cómo definimos la completez?) cuando al lado de la visión comienzan a funcionar otras experiencias; los objetos se hacen rugosos con el tacto, y el tacto, para poder existir necesita del movimiento (a su vez el movimiento se registra como cambios en el campo visual, en el campo táctil, etc.). Los objetos, las cosas, son hechas pues de materia visual, de materia táctil; ¿y el observador de qué está hecho? No es difícil decirlo: observador y observado no son más que dos efectos segregados por una serie de experiencias. Volvémonos empíricos, digamos también que estamos constituidos por palabras o por discursos; el pensamiento, esa materia que tanto ha dado que hacer a nuestros pensamientos, tiene una forma de ser especial: es auditivo y no por ejemplo visual; es decir, cuando pensamos, las palabras son de materia auditiva, no las vemos escritas, nuestros ojos no funcionan en ese momento como leyendo, siguiendo una mano sobre una hoja, o como teletipos, sino que operan nuestros oídos, tan no sentidos. También las palabras, ellas lo dicen, segregan yoes y cosas.

Todas estas materias son inconscientes, son materias dadas. Son como cosas caídas del zarzo, caen

el espacio y las percepciones

benjamín farbiarz

y pumm! allí están, y nos hacen. Nuestro cuerpo es producto de una recurrencia permanente de ciertas sensaciones, palabras y recuerdos. Pero casi siempre vivimos esto de forma inversa, a toda experiencia anteponemos el yo, que es tomado como originario, desapareciendo el proceso en sus resultados. Hay todo un saber que nos asegura que el yo es original (el yo habita de preferencia en el lenguaje: "En el principio era el Verbo"), un saber especialmente dominante y normativo. Pero aun el pensamiento en que este saber vive es inconsciente, es dado, y puede convivir con otros órdenes verbales que no afirman lo mismo. Tan poderoso es este saber que la palabra yo, su forma de ser, anula todos los cambios que más o menos permanentemente nos reconstruyen, de tal forma que en su intimidad hombres y mujeres siempre se creen los mismos.

Para ser arriesgados podemos decir que no existimos; que somos el producto o la segregación de toda una serie de experiencias o prácticas productivas, de toda una serie de sorpresas y de deseos. Cuando alguien dice "yo veo el árbol" se ponen en marcha mecanismos con una larga historia; y esto se dice en un contexto donde resuenan las palabras lugar, aire libre, sol, prado, a través de, aquí, allí; la dice un cuerpo que ha caminado muchas veces, que ha tocado árboles, que ha leído cuentos y periódicos, que ha oído hablar de árboles. Y sin conocer cada uno de estos capítulos podemos afirmar que en ese even-

to se conjugan visión, palabras, recuerdos, recuerdos recordados por el cuerpo.

Con esto, la pareja a que estamos acostumbrados de observador y fenómeno, de sujeto y objeto, se convierte en una pareja en que cada elemento recibe un nombre (no gratuito) y cuyas existencias son el resultado de las relaciones que al conectarlos los producen: el visor y lo visto penden de la visión, al cerrarse los ojos, ambos desaparecen (y sólo la recurrencia y el recuerdo, sólo un rumor absolutamente general, nos tranquilizan con respecto a que, al reabrirlos, allí estará el árbol y aquí estaré yo).

Ni siquiera la recurrencia y el recuerdo podrían suministrar permanencia al yo, pues al reabrir los ojos el visor no es el mismo de antes; en el peor de los casos es diferente pues tiene un nuevo recuerdo. Para ser estrictos, veamos que "yo" es una palabra y como tal tiene sus efectos, variables según el contexto en que se engarce. Cuando esta palabra asegura la permanencia de una identidad, lo hace en el plano de una experiencia verbal o auditiva; pero puede haber una contradicción entre un hacer y otro; y si uno de los haceres, por ejemplo un pensar, se hace dominante...

Así pues, si nos pensamos como productos de una serie de experiencias o actividades, productos variables al ser variables en su forma, en sus elementos estas prácticas, productos permanentes en cuanto las

hay también que lo aseguran (por ejemplo prácticas jurídicas, con formas de ser plásticas como la cédula de ciudadanía) y que a menudo son el control de un poder, productos con ciertas recurrencias, aunque sólo sea temporalmente, y en algunos aspectos, si nos pensamos así, el espacio se convierte en el resultado verbal de movimientos o variaciones en ciertos campos experimentales, es decir en la visión, en el tacto, en la piel que a veces siente el viento que le acaricia o que le silba, en las articulaciones óseas (éstas están localizadas a fuerza de repeticiones y recuerdos, para conformar nuestro cuerpo, conformándonos). Y el tiempo, el atormentador, no es más que la unión de movimiento y recuerdo.

Esto tiene una incidencia importante en la física. Si estamos hechos de visiones, de recuerdos, de audiciones, de toques, de discursos, de movimientos o variaciones, si los objetos están hechos también de estas materias, la actividad del físico es una que, de alguna forma, las relaciona. Los físicos, tan sabihondos a veces, han heredado las construcciones de los agrimensores, de los albañiles, de los marineros o navegantes, de los geómetras. Cuando se quiere encajar una viga de madera en otra se pueden aplicar las manos a los costados de la primera y, conservando la separación de éstas así obtenida, se las coloca sobre la segunda, y dele. Aquí se ha tomado una medida, a la separación entre las manos se le llama grueso de la viga, pero este grueso de la viga es un resultado de la operación de medición. El grueso medido es un grueso producido. La física toma todos estos conocimientos que común y despectivamente son llamados empíricos por no ir nimbados de dulces palabras y teorías que los expliquen, aunque la explicación pueda brillar solamente en el mundo de las palabras. Cuando el físico hace una medición, por ejemplo de longitud, mediante un aparato de medición, una cinta graduada en este caso, produce una medida mediante las relaciones entre un conjunto de materialidades visuales, táctiles, verbales, etc., y el aparato de mediciones; la precisión de la medida dependerá únicamente del cuidado en la aplicación de

las normas de operación del aparato, normas que han definido su construcción (de paso, aquí se puede ver que la física no matematiza la naturaleza; el físico produce una medida que tiene materialidad numérica; la matemática se la aplica a la medida, no a la naturaleza). Las medidas, junto con cierto tipo de descripciones (monografías de experiencias) son la forma de aprehensión de los objetos por parte de la física, o mejor, es la forma de ser de los objetos físicos. Las mediciones son productivas, no extractivas, y sus productos, las medidas, se ligan con discursos que hacen también a los físicos. Estos a toda hora están conectando prácticas teóricas con prácticas experimentales (es decir experimentan con palabras y con experimentos). La invención de la física es la invención de una conexión particular entre el mundo físico, es decir el mundo de las medidas y de ciertas descripciones, y un conjunto de discursos⁽¹⁾; la verdad de una teoría física estriba en que no sea contradictoria con las otras materias con que se relaciona; los experimentos, por su parte, nunca mienten.

1. Si se la inventa es ante todo por un deseo que sólo se realiza haciendo física y cuyas emociones no pueden ser relatadas por medio de balbuceos y expresiones (aunque los académicos desgranen multitud de alabanzas y gestos), así como no pueden contarse sin más, sin un profundo abrazo del oyente, y no para revivirlo, las emociones de un sueño; después, la física ha mostrado que las técnicas experimentales que ella ha creado son utilizables (ni más faltaba que no) en la vida diaria; es decir, la física creó parcialmente elementos nuevos de la vida diaria, la cambió; el capital, ni corto ni perezoso, amigo de su propio progreso, también la utiliza; con estos movimientos se convierte en parte en otra cosa, y para algunos físicos, no para todos, sus emociones se convierten en pesares. Actualmente la física es un problema de estado: una investigación tiene casi necesariamente que pasar por toda una serie de máquinas institucionales, universidades, laboratorios con equipo de costo altísimo, financiación industrial o militar, etc.; los últimos físicos de garaje desaparecieron por la época de los Curie.

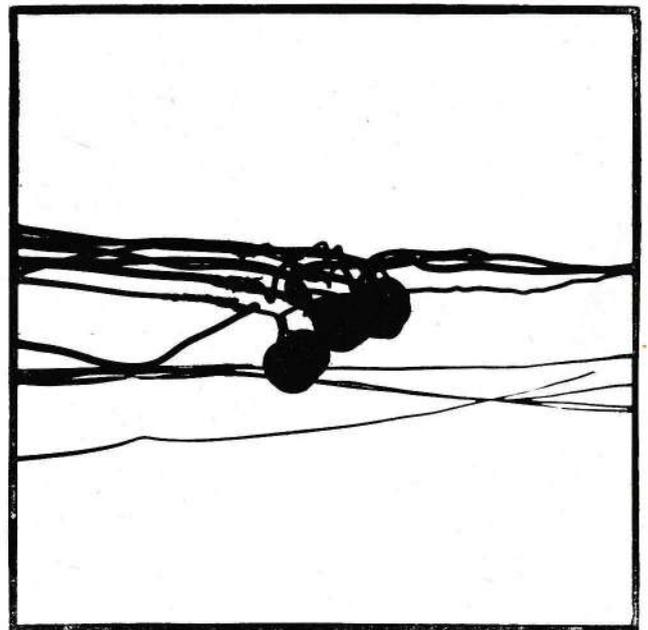
Por ejemplo, la fuerza gravitatoria está hecha de palabras; el observador (ejem) ve caer una naranja o una manzana (según el caso), ve caer otra y otra y otra y otra... ¿y qué? Y nada. Otro observador, cuando la ve caer, o mejor cuando sentado en algún sitio, quizás ensoñado, quizás con los ojos desorbitados por un pensamiento que no lo deja descansar y que dice "por qué cae la manzana?", no la ve caer sino que imagina verla caer, ya sea que lo haga suavemente, con su color y bien diferenciada, o que caiga una y otra vez, tas, tas, tas, propone que existe una fuerza de atracción entre ella y la tierra, entre cualquier par de masas. Esta fuerza está hecha de palabras (¿o no?). El lo único que ve es que una de las masas se acerca a la otra, que se mueve.

Las palabras producen un mundo de una manera; la visión lo hace de otra; el tacto, otra. Sus relaciones no son de equivalencia, no son de traducción, no son de extracción de sentidos de las primeras respecto a la segunda o tercera (los sentidos de las palabras son, mejor, sus formas de ser); sus relaciones son abiertas, a través de brechas infinitas, cada una tiene su materialidad. Hay un saber que asegura que las palabras son la expresión del mundo, que lo describen, o que lo explican; y todo esto por el simple hecho de que para nosotros las cosas son, en buena parte, lo que las palabras dicen de ellas. En la filosofía se ha utilizado mucho la operación de traducción. Se da por sentada la posibilidad de traducir una materia en otra y la materialidad dominante, el discurso verbal, se impone de tal forma que su lógica y sus explicaciones, sus sentidos, se convierten en las radiografías donde aparecen los esqueletos, más bien llamados fundamentos que calaveras, de las demás materialidades. (O para ser más precisos, el discurso verbal, esta actividad particular, anula la posibilidad de sentirse hecho uno de otro tipo de experiencias; estas experiencias se viven principalmente mediatizadas por sus efectos en el habla).

De esta situación la palabra espacio es ilustrativa; el espacio es una bien bonita construcción lingüística; se liga con, digamos, las sensaciones espaciales,

giros de cabeza o de vista, miradas de ángulo amplio, en ángulo forzado; estas sensaciones son producto de un conjunto de actividades de las que las más importantes creo que son la visión, el tacto, el movimiento y el recuerdo. Visualmente por ejemplo se pueden señalar sensaciones espaciales distintas. Considérese en primer lugar la idea de que el cielo es esférico; dejando de lado la necesidad de una cobertura o envoltorio implícita en esta idea, observemos que cuando se mira al cielo, de día o de noche, cualquier lugar mirado está, para el ojo, visualmente, a la misma distancia (esta distancia la sentimos muy, muy grande, sabemos tan lejano el horizonte); si la cabeza comienza a rotar en derredor de la vértebra en que se apoya para mirar sucesivamente muchos puntos, indistintos para nosotros en cuanto a distancia, pues allí somos sólo ojos, el movimiento rotatorio de nuestro cráneo construye inmediatamente la cúpula celeste. Si nos limitamos a este tipo de experiencia la existencia de la esfera es un hecho cierto.

Una sensación espacial similar es la que se produce en una playa mirando hacia el mar; si movemos nuestra cabeza en derredor mirando el horizonte, los ojos nos dicen que la tierra es plana y redonda. Tomemos ahora un paisaje en un valle amplio rodeado de altas montañas, un valle alargado; se miran en lejanía las montañas de uno de los costados, se las mira de frente; se rota luego la cabeza alrededor de una vertical columna, a la derecha, a la izquierda, las montañas se fugan en los extremos, sentimos, no somos sino ojos, el rico ambiente cercano de verde, piedras, árboles, y el llamado telón de fondo (los telones son planos; por esto en los escenarios se pueden utilizar estos telones)... Como ves, no es lo mismo decir que el cielo es una cúpula o que el fondo del paisaje es plano, a hacer sentir, en las palabras, el movimiento de los ojos y de las vértebras; y mucho menos si comparamos esto con el sentirlos a ellos mismos, si miramos al cielo o al horizonte, aunque en ese momento se dispare como un rayo en nuestras cabezas "el mundo es redondo". La palabra espacio tiene sus efectos; la explicación verbal de éstos tiene otros.



Contra el telón, en medio del ambiente, lanzada hacia atrás, como chupada, se puede tener una calle, ancha ancha, y que se va, se pierde, zuuuip! (sabemos que la distancia entre los bordes de la calle no varía, que en cualquier sitio de ella en que nos paremos la veremos ancha, ancha, aunque las secciones más lejanas las veamos más angostas, aunque veamos que estos bordes se juntan, lo sabemos no por los ojos sino por haber caminado y recordar, por visión, movimiento y recuerdo). Así pues, contra el telón de fondo, espacio no homogéneo (las montañas se fugan a los lados), contra este telón se encuentra como un elemento más del entorno cercano una bella callecita con su estructura óptica particular, producto del empequeñecimiento de las cosas a medida que se alejan (una cosa que se aleja no conserva su identidad, el movimiento la transforma). Si volvemos al ser inmóvil y sin recuerdo, lo que nosotros llamamos alejamiento para él no tendría sentido; para él hay simplemente variaciones en el campo visual. Para nosotros hay variaciones en el campo visual unidas a un recuerdo: si comenzamos a caminar hasta alcanzar el móvil, hemos experimentado que nos encontramos en la misma situación que antes de su partida, por tanto, concluimos, el móvil no cambia; es decir, combinamos dos experiencias visuales (una de ellas recordada), un movimiento corporal recordado y un discurso (las cosas) para concluir esta invariabilidad; sin embargo hay un detalle que se pasa por alto: en general la cosa, el móvil, lo concebimos como cuando estamos junto a ella, a una distancia que llamamos corriente, pero a cien metros, en ese estado particular, ya no es la misma, el desplazamiento, un operador, la transforma; al alejarse ella, nosotros también cambiamos (por ejemplo, nos sentimos más solos, nuestras sensaciones espaciales ya no son las mismas); el desplazamiento del móvil, elemento de la relación entre éste y yo, nos define a ambos. Si nos aplicamos el mismo operador y nos acercamos, barreos los cien metros, transformándonos, volveremos a la vieja situación. El desplazamiento transforma la cosa de muchas maneras: en sus detalles visuales, en todos, hasta que llegue a ex-

tinguirla, y no sepamos si está allí muy lejos, aunque lo sospechemos, o ha desaparecido para siempre, (por cualquier motivo). Así, pues, esta callecita con su estructura perspectiva no produce aislada un espacio perspectivo; para hacerlo se requiere un montaje (igual da que sea natural o artificial) donde el dominio lo tengan estructuras similares a la de la calle.

En el palacio de Versalles construyeron el gran espacio homogéneo y ordenado, centrado en la estatua del caballo con el rey que se encuentra en cierto punto del gran patio o mejor explanada delantera, empedrado en adoquín, en suave pendiente, con los hermosos colores gris pizarra y rojo ladrillo en el fondo (cuando vamos entrando).

Desde el pedestal se observa, siguiendo el eje del palacio, de frente a él, en ese gran terreno plano, una avenida. Si estuviera sola, estaríamos en el caso anterior; pero construyeron edificios y formaron otras dos avenidas radiales con centro en la estatua del rey, y así a donde mires, encuentras la misma disposición óptica, (y, seguramente, si te desplazas, dentro de cierto radio determinado, un universo, encontrarás la misma homogeneidad en otros órdenes, como las distancias, las arquitecturas, quizá los materiales, quizá las funciones de los edificios). Allí, como tal vez en muchas partes, un discurso verbal ha producido sus efectos en otras materias, y se ha construido en aquellas un espacio clásico a partir de resultados en el campo óptico o visual.

En general, se acepta que se ve la profundidad. Sin embargo, si nos limitamos al campo visual (digamos al ser aquel) la visión no da cuenta de la profundidad; por ejemplo, si miramos una casa con corredor externo cubierto, de cuyo alero cuelgan canastas con flores y barbas, que proyectan junto con las columnas sus sombras en la pared blanca, o si vemos, oa, sin movernos, oa, sin tocar, el costado de una edificación con salientes y entrantes (por ejemplo por ventanas), es decir, con zonas muy iluminadas o claras, con otras contrastantes, los ojos, ellos solos, no hablan sino de zonas de colores, de formas, de contrastes, no nos pueden decir nada de profun-

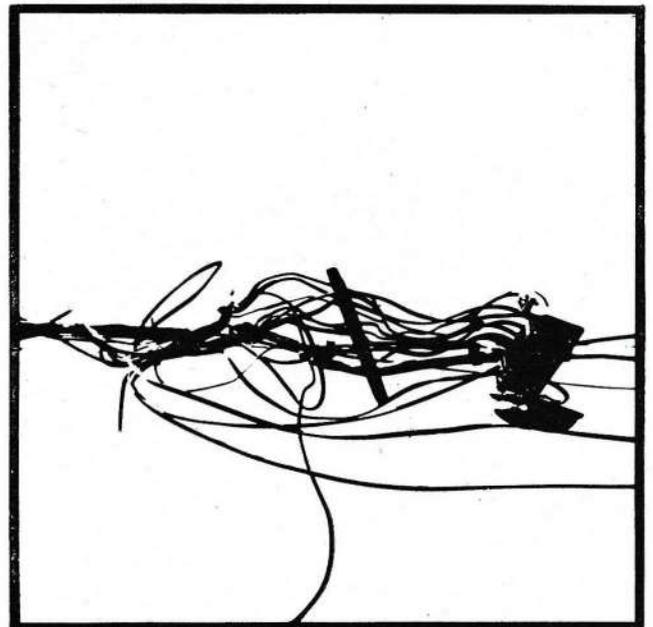
didades. La visión da un conjunto de zonas de colores, de sombras y luces, que ni siquiera podemos ubicar en un plano; son eso, y visualmente hablar de su lugar no tiene sentido. Las canastas, sus sombras, la pared blanca, ¿qué distancia entre ellas pueden descubrir los ojos, cuando se las mira de frente? Habría que moverse, ir hasta el corredor, para descubrir, sólo en esa posición, una separación. La profundidad es una experiencia compleja, y su validez, su verdad, estriba en que, hasta ahora, y en ciertos casos, la comprobamos siempre que llegamos a un corredor. Determinados nosotros por estas palabras, la visión es reorganizada, o en otras palabras, se ve y se escucha al mismo tiempo (para ser cansores, digamos: somos hechos a la vez, en esta situación, de visión y palabras).

Este carácter visual de la profundidad permitió inventar la perspectiva en la cual, dentro de ciertos límites, una organización puramente visual (la llamada representación perspectiva) produce ella sola la sensación espacial compleja que señalamos... O el cine, manchas de luz moviéndose en una pantalla.

El espacio, cuya enorme densidad o intensidad (al pronunciarlo se llena la boca, la cabeza; tiene el carácter de lo que llamamos evidente), reside en el mundo de las palabras; en una teoría dominante se ha convertido en un elemento originario, en, digámoslo así, el lugar de habitación de los yoes y las cosas, originarios también.

El espacio de la física clásica es un espacio homogéneo; pero no se queda ahí; es también como un gran contenedor, es el lugar de todo, como una especie de escenario del universo y en el centro, o en la cabina de control, está quizá Dios. Este lugar, el espacio, no adolece de las concretes de otros espacios, que se cifran en sus variabilidades. Se señala su invención en los géometras griegos, pero, para ser estrictos, si nos limitamos a la geometría, el espacio allí, esa palabra, es el campo de existencia de los elementos con que esta teoría trabaja; la geometría, palabras, Pérez, el dibujo en geometría no es más que un auxiliar de la reflexión, recuérdelo siempre, hága-

lo claro, mejor para usted, pero él solo no basta, la geometría, palabras, existe en esa palabra: espacio geométrico. Pero el espacio en física se llena no sólo de palabras, sino de los efectos que otras experiencias producen en el lenguaje (o bien, mejor, el espacio en física entabla relaciones con otras experiencias). Esa peculiaridad de gran contenedor lo convierte en un medio de equivalencia entre todos los observadores, es un medio siempre inmutable de traducción de unos observadores en otros (además garantiza la identidad permanente de las cosas; es el lugar de habitación de "las cosas siempre cercanas a mí", siempre "bajo mi vista próxima", y por tanto es el lugar de habitación del gran ojo ubicuo, que todo lo ve en cualquier sitio o bien, que está en todo sitio donde la cosa esté). Si somos bien empíricos, si nos pegamos de las materias visuales, auditivas, de las sensaciones de nuestra piel, de nuestro estómago, nuestros músculos, del tacto, de todo lo que nos hace y hace a lo que llamamos exterior, secretados ambos por series de recurrencias y recuerdos (en otras palabras, los sentidos nos hacen y también hacen a las cosas: ellos nos informan de ellas, pero ellas están hechas de la materia de ellos), si nos pegamos del hecho de que los movimientos son variaciones, pronto concluimos que dos observadores son irreductibles entre sí; ay, pero no, piense usted que si uno de ellos se mueve hasta ocupar la posición del otro, coincidirán; sí, coincidirán porque este desplazamiento lo transforma en el otro; como se ve, se liga el discurso del yo invariable, pues éste yo es el único capaz de vivir en el espacio clásico; poco importa que se pregunte entonces en qué momento se deja de ser; sería como una especie de paradoja de Zenón; la conciencia, el conciente, donde habita el yo, es inconciente, es dado, nos hace; si seguimos adheridos al hecho, ningún saber lo discute, de las variaciones en las materias visuales, de sensaciones, a estas variaciones, a estas transformaciones, a estos operadores, se asocian nuevas conciencias, nuevos yoes (materias auditivas); y allí el antes y el después son producto, únicamente, del recuerdo; antes y después, pero ya no se es el mismo.



la estrategia del valor
signo en el sistema de la moda

jaime xibillé muntaner

Ford Mustang II.
The right car
at the right time.



MUSTANG II GHIA

I

El proyecto de este trabajo se encuentra entrelazado en el espacio abierto por el estudio de la cultura en términos de comunicación y por el peculiar sistema en el que vivimos que ha convertido nuestra cotidianidad en un permanente intercambio de comunicaciones, ha tornado a los objetos en cosas que de "alguna manera nos hablan" y ha trastocado el orden "apacible" de las relaciones del hombre con su entorno haciendo de él algo en permanente transformación que permite ser gastado, consumido e intercambiado. Todo puede ser intercambiado comercialmente, todo puede revestirse de su forma/mercancía lista para ser equiparada con otras; dispuesta para su cambio, disponible para su consumo: el arte en su forma de cuadro, la escultura, la sinfonía, el disco, la función. La literatura en su forma libro, de recital, de seminario. Pero cuando las cosas dejan de ser sólo mercancías y entran a funcionar en un sistema de intercambio de representaciones toman una nueva forma, adquieren un nuevo status y la lógica social de nuestra cultura se vuelca sobre las cosas y atravesándolas las transforma en signos: el automóvil ya no sólo "sirve" para movilizarse, representa el gusto de su poseedor, su categoría social, su riqueza, connota un prestigio y sirve como objeto de representación: podrá ser utilizado como signo de distinción y podrá ser apedreado como signo de poder.

Esto amplía la óptica prevista por De Saussure cuando concebía el estudio de las culturas por una ciencia encargada de analizar la vida de los signos en el seno de la vida social.

"Se puede, pues, concebir una ciencia que estudie la vida de los signos en el seno de la vida social. Tal ciencia sería parte de la psicología social, y por consiguiente de la psicología general. Nosotros llamaremos semiología (del griego *semeion* "signo"). Ella nos enseñará en qué consisten los signos y cuáles son las leyes que los gobiernan. Puesto que todavía no existe, no se puede decir qué es lo que ella será; pero tiene derecho a la existencia, y su lugar está determinado de antemano" (1).

Desde esta visión un poco general del campo de la semiología se pueden abordar múltiples estudios, pues ella será la ciencia general de todos los signos gracias a los cuales los hombres se comunican entre sí (2) (escritura, alfabeto de sordomudos, señales militares o marítimas) y ¿por qué no?: el sistema de

los objetos, las formas de decoración en arquitectura, el sistema de la moda, el sistema alimenticio, las normas morales, las relaciones de parentesco, y en general el estudio, desde los signos que produce la sociedad de consumo, de toda nuestra cultura entendida como proceso de comunicación.

"No obstante, las alusiones que hace a los ritos simbólicos, a las formas de educación, a la pantomima, a las costumbres, a la moda —siempre con muchas reservas— contenían quizás el germen de un corte en esa semiología que esbozaba, sobre todo si diésemos por seguro lo que él consideraba exclusivamente como hipótesis que había que verificar: la pertenencia a la semiología, por derecho propio, de dichos sistemas" (3).

Hoy vivimos un entorno altamente semantizado y lleno de signos: la fabricación de objetos ha llegado a un límite nunca antes alcanzado, el sistema de comercialización y la mercantilización de todo lo producido por el hombre, incluido él, se convierten en signos descifrables, en términos de prestigio social o de motivaciones profundas relacionadas con la psicología social. Un mundo lleno de signos exige o posibilita la existencia de analistas especializados en ellos, en su producción, en las representaciones, en la forma como se estructuran, como se entrelazan y como llegan a construir grandes discursos inteligibles, operantes, impositivos, normalizadores. Sin embargo este especialista, que sería para De Saussure el semiólogo, aún opera con grandes limitaciones, aún no ha constituido un léxico propio y trabaja a base de extrapolaciones principalmente provenientes de la lingüística; pero no siempre las extrapolaciones son insuficientes o incorrectas, como en el caso de los conceptos de estructura y sistema:

"La transferencia de las palabras estructura y sistema de un terreno al otro no plantea ningún problema. Si aceptamos que las dos designan, con extensiones variables, conjuntos de elementos que son interdependientes por las relaciones que mantienen, todo es estructura, todo es sistema; y toda ciencia es la investigación de las estructuras específicas que funcionan en un determinado terreno" (4).

En otros casos los modelos de comunicación lingüística no son aplicables exactamente a todos los sistemas de comunicación por signos. Pero una cosa sí es clara y es que si el entorno humano se ha convertido en un entorno comunicativo, es decir significa-

1. Saussure, Ferdinand de. *Curso de lingüística general*. 8ª ed. Buenos Aires, Editorial Losada, 1970, p. 60.

2. Mounin, Georges. *Introducción a la semiología*. Barcelona, Edit. Anagrama, 1972, p. 12.

3. *Idem*.

4. *Ibid.* p. 15.

status, riqueza, poder a través del consumo objetual y de signos. Los cuerpos, gracias al poder de mercantilización del sistema se transforman en mercancías, en objetos manipulados por la "ley" de los códigos. De las manos laboriosas del "homo faber" a las elucubraciones del "homo sapiens" y pasando por el espacio abierto por el "homo economicus" llegamos a nuestra época en la que se une el "homo consumans" al "homo significans", última serie del producto de un sistema que ha llevado al hombre a confundirse con los objetos, que lo ha llevado a ser "el más hermoso de todos ellos". Esa misma actualidad ha abierto dentro del espacio del saber un lugar donde jueguetean más inquietos que nunca los signos. Una extensa red de relaciones se extiende sobre las cosas, sobre la naturaleza, los hombres y el pensamiento, permitiendo el análisis de los fenómenos sociales en términos de signos. La mirada debe penetrar la realidad y descubrir en ella la latencia de los significados, la absorción en lo social de las acciones, las pasiones y las representaciones de los hombres en las tipologías y las convenciones.

El siglo XX es el siglo del intercambio, del proceso de integración a los sistemas de comunicación, pero para que ello sea así es necesario que los fundamentos de la sociedad se basen en un sistema de producción por excelencia: se producen bienes materiales; pero también las ideas, el saber, se convierten en productos, es decir en mercancías que toman una forma: la de valor/signo enfrentado con otros en el momento de la circulación, "liberadas" de su "función" para entrar en el juego de las presentaciones y del simbolismo. Cuando las mercancías dejaron de ser sólo valor de uso para convertirse en valor de cambio surgió la necesidad de una teoría del intercambio de los objetos y las riquezas, es decir de una economía política. Con la paulatina transformación de lo producido en signos ha surgido una disciplina que tiene a su cargo el estudio de ese proceso de intercambio significativo no centrado en una teoría de las "necesidades" y las satisfacciones sino más bien en términos de un código de distinción social, y de prestigio que funciona en una sociedad jerarquizada, necesitada de él como mecanismo de integración, diferenciación y reconocimiento, abriéndose la posibilidad y la necesidad de una teoría del intercambio de los signos y de las significaciones, es decir de una economía política del signo.

El análisis de cualquier sistema de objetos, en nuestro caso, el análisis del sistema vestimentario y de adorno del cuerpo, está inscrito en el funcionamiento de los signos y de las significaciones en la economía política del signo. El análisis desde este punto de partida metodológico debe basarse no precisamente en el valor de uso sino en el valor de intercambio simbólico, en el mecanismo de prestación social, en la lucha de competencia, en la discriminación de clase, en el alarde del standing y en el consumo como exponente de status, todo ello tras un formalismo que en realidad enmascara la ilusión antropológica del bienestar y la existencia de unos poderosos códigos que regulan el comportamiento de los individuos en la sociedad.

En el fondo será necesario mostrar la existencia, primero en una forma de análisis diacrónico, en sociedades del pasado y en diferentes modos de producción, de los múltiples "controles" que se han



instaurado alrededor del cuerpo regulando su utilidad, sus fuerzas, su forma de exhibición, es decir, de su interrelación social. Desde los mesopotamios, los sumerios, los egipcios, el adorno del cuerpo, el ceremonial vestimentario, están sujetos a una clara división de la sociedad en castas, en grupos; a unos les corresponde el patente derecho de la distinción por medio de símbolos, de signos que cruzan el cuerpo y lo marcan, lo notan, lo indican como perteneciente a una casta especial. A los "otros" la ausencia también los marca y los agrupa, los diferencia y los integra. Aquí la dominación de los signos es manifiesta: el esclavo no osará, ni tendrá el poder de contradecir el orden. Una red de prohibiciones y de castigos acecha directamente su cuerpo previniéndolo de cualquier transgresión. En el feudalismo, las cortes también instaurarán su sistema de prescripciones, ellas deambularán nítidas sobre cada cuerpo, sobre la gleba o sobre la aristocracia, nada de ambigüedades, nada de formalismos entre una clase y otra. Dios ha instaurado un orden y un mundo de privilegios desiguales: el color, la calidad de las texturas, las formas vestimentarias, los tocados, la silueta, harán reconocibles a los cuerpos desde lejos: llevan sobre sí una carga de signos que convierten a cada cuerpo en un blasón. A lo largo de la historia encontramos por doquiera las multiformes expresiones que toma la normalización: del lenguaje, de los ritos, los ceremoniales, las etiquetas.

Hoy, aunque una "suavidad" formal impera sobre los sistemas de normalización, las prescripciones han adquirido un carácter de mito, se han interiorizado fijándose en lo profundo de las conciencias y se han establecido allí como principios universales. En ellos se entretajan a su manera los códigos estéticos, las normas morales, las relaciones sexuales, el juego erótico, las religiones, las jerarquías, el vestido y el adorno del cuerpo junto a todo el sistema de objetos. Hoy más que nunca, cuando la población ha aumentado, cuando el hombre se ha convertido en un ser anónimo, es decir confundido en las grandes ciudades en medio de sus semejantes, se ha tornado el cuerpo en un lugar privilegiado donde pululan los signos y los convierten en un blasón distintivo de clase, exteriorización de lo que se es, pertenencia, diferenciación y rechazo, inclusión en un nuevo código regido por la lógica del consumo que es también una lógica de la diferencia. El hombre puesto en libertad de consumir "lo que quiera" se encuentra de nuevo inmerso en: los códigos estéticos que le permiten "ser más bello", los códigos económicos que le autorizan una mayor o menor compra, los códigos culturales que lo hacen más o menos "culto", los códigos morales que lo hacen más respetuoso o iconoclasta, bueno o malo, prestigioso o anodino. En el fondo: la buena lógica de un nuevo sistema económico y de la "ley" de los nuevos códigos de normalización de los cuerpos: trabajo, ocio, alimentación, adorno, decoración del cuerpo, vestido.

II

Cuando en una sociedad de "consumo" el mínimo necesario abandona al sujeto para instaurarse como una categoría social, los gastos "improductivos" abandonan también el subjetivismo del "consumidor" para constituirse en una lógica social que convierte en "útil" al lujo, las guerras, los monumentos, los juegos, los espectáculos, el arte, la pornografía, etc., y



hace que esta "dilapidación fenomenal" se convierta en fuente permanente de trabajo y en circulación de dinero. El consumo entendido así es una *función social* y en una sociedad jerarquizada este consumo es diferencial y el poder está practicado por las clases que consumen, obligadas a ser las portadoras de los signos de riqueza, obligados a la equiparación tanto de pertenencias como a la demostración del "buen gusto" y la exhibición estética de lo poseído. Los objetos que circulan bajo su forma/signo se convierten a la postre en una forma de mostrar la riqueza y de destruirla como medio de alarde, de standing y de poder: una relación fuerte une el acto de consumir, la pérdida con la gloria del poder, de la capacidad de gasto y de destrucción pues en el sistema de consumo y de moda no se trata de estar al abrigo de las necesidades, más bien existe como un deber social de poseer y portar signos distintivos y entre ellos se encuentra la pérdida desmesurada y el gasto fastuoso:

"El rango social está ligado a la posesión de una fortuna, pero es también con la condición que la fortuna sea parcialmente sacrificada a unos gastos sociales improductivos, tales como las fiestas, los espectáculos y los juegos" (6).

Una "democratización" de este consumo, una jerarquía y un reparto de los medios de producción han creado una lucha por el standing entre los miembros de la sociedad y de las distintas clases que han llevado esta lógica del consumo a convertirla en la principal razón de vivir, de trabajar y de sufrir. Es por ella que los individuos son integrados, y es ella quien esconde la verdadera cara de la estrategia social: el mundo objetual y el consumo, las joyas, el vestuario, los automóviles, el arte, todo producido diferencialmente, la Marca para la nueva "aristocracia" del consumo, la Serie para los "otros": para los inferiores. La adquisición de la Marca deviene el acto fundamental que busca la diferenciación y el reconocimiento, se convierte en un potlatch moderno de gasto, en una función social de separación y de ejemplaridad. El sentido de la utilidad desaparece como relación fundamental entre el objeto y el sujeto, la referencia ya no viene dada por el "mundo", por la "naturaleza", sino en términos de lógica social y de estrategia: la construcción de un estadio, el ofrecimiento de una joya, un gran banquete adquieren el mismo interés que la venta de un producto agrícola.

El tiempo inmerso en la misma lógica del consumo, investido del mismo carácter de objeto consumible entra a formar parte del consumo, de la ostentación, de la transformación en signo. El sector terciario o de "servicios" crece día a día con relación al aumento del tiempo disponible o del excedente para el gasto ostentatorio o de intercambio tipo potlatch y en relación con la necesidad de empleo, la masa de población productiva y la necesidad de integración de todos al sistema. El sector terciario se convierte en el organizador social del excedente de tiempo productivo del hombre: almacenes, estadios, espectáculos, se convierten en dos formas de la necesidad

6. Bataille, Georges. *La parte maldita*. 1ª ed. (Trad. del francés por Johanna Givanel). Barcelona, EDHASA, 1974, p. 37.



fundamental de producir y consumir. Por todos lugares el gasto, la muerte rápida de los objetos, la aceleración de la perención como una forma "grata" (el sistema de la moda) de dejar el lugar necesario para la venida de nuevos objetos y de nuevas formas de consumo. Ante este dilema en que se encuentra la humanidad: mayor número de habitantes y una necesidad de integración para conservar el orden social existente, la única fórmula que ella propone es la de una infinita "elevación del nivel de vida", dicho en otras palabras la de un crecimiento paulatino de la destrucción del planeta y del consumo "improductivo".

La relación fundamental de los objetos y el uso también ha quedado destruida en beneficio de una relación simbólica y significativa. El objeto ya no es solamente una cosa material, es también una gran metáfora, es la transposición del orden social al de las cosas. Ellas adquieren la virtud de "hablar", de metamorfosearse en signos. El mismo hombre ha sufrido una reconversión: la sociedad industrializada lo ha convertido en parte fundamental del objeto-máquina, de la organización empresarial, del mundo de la cibernética, y en engranaje fundamental del orden social instituido. El hombre se ha "perdido" en el trabajo: las cosas pasan por sus manos, por los formatos de control y en ese bullir ni él mismo escapa a la cosidad. Pero el sistema ha instaurado una nueva manera de reencuentro con la intimidad perdida: ella se encuentra en el mundo del "shopping center", en el momento de la decisión, en el instante en que se funden objeto y sujeto en las nupcias de transustancialización: el objeto adquiere "humanidad", se le permite la circulación ostentosa y privilegiada pues en él el hombre reencuentra su "personalidad". Un doble consumo, consumo de objetos y consumo de representaciones; los individuos se comunicarán por el gusto de su selección, por la igualdad de sus posesiones, por la familiaridad que los une a unos y a otros y a todos juntos con las cosas. La "riqueza" del individuo, su standing, su entorno objetual, harán conocible el "rostro" de su poseedor. Emanar prestigio hasta por los poros, será el don de la rivalidad, el potlatch moderno del juego de los signos, los dones ostentatorios, la visibilidad, el "despilfarro" de notoriedad: fiestas fastuosas, vestuario de las mil y una noches, el gusto por el placer, el conocimiento del "mundo", la prodigalidad ritual. Las cosas han dejado de estar reducidas a la inercia, se han llenado de vida, ahora dignifican, ahora son marca y son signo para los otros. A los objetos/signo se los derrocha como una muestra de poder, como una forma de adquirir categoría:

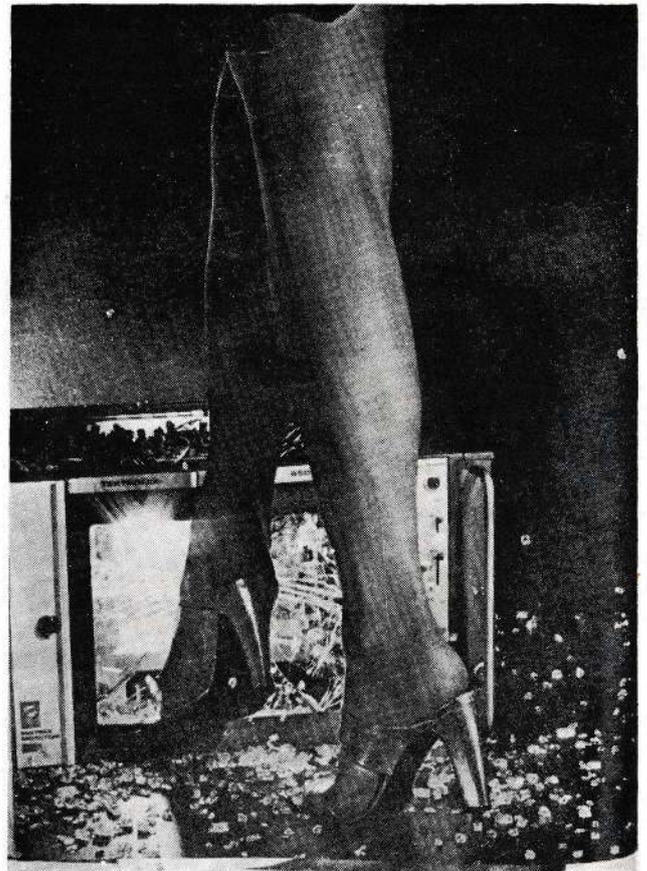
"La dilapidación tiene como fin, ostensiblemente atribuirse una superioridad sobre los demás" (7).

Lógica social que garantiza la pérdida del absurdo de la existencia del hombre, reconvierte la inutilidad de esas vidas dedicadas a una producción que no tiene otro objetivo que la repetición, hace perder la cara terrible de la existencia de Sísifo condenado a la reiteración infinita, le da ilusión y razón a la vida, reproduce la integración cotidiana de los gestos, de los hábitos y del consumo. El mismo carácter



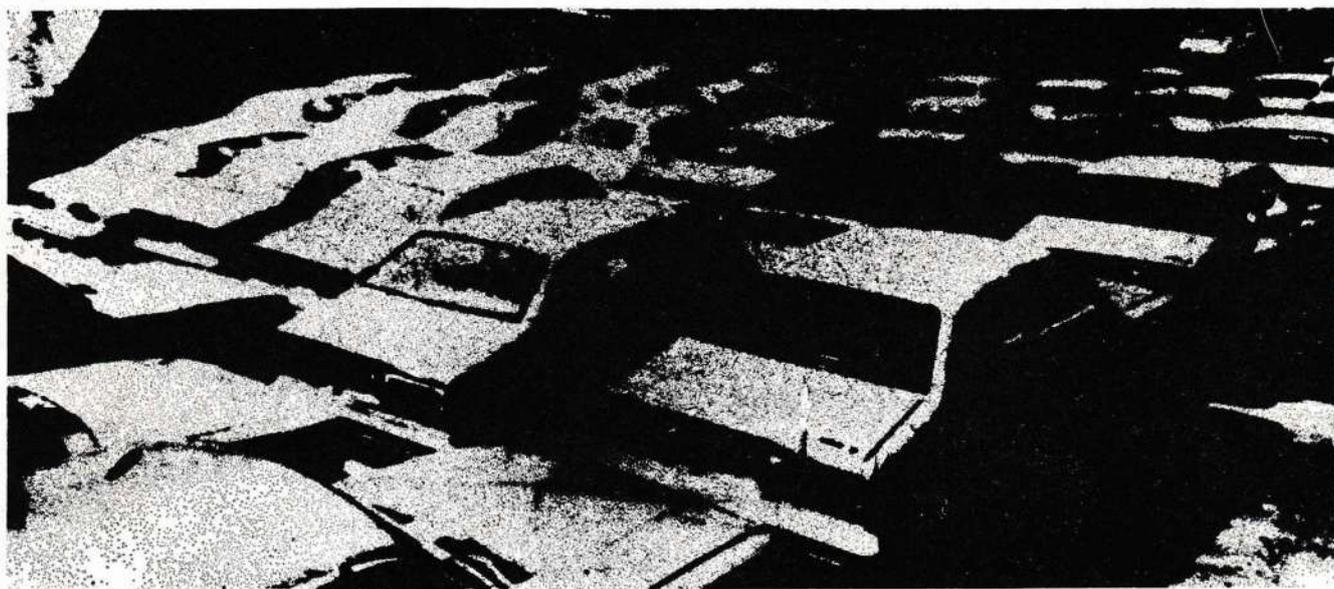
7. *Ibid.* p. 116.

arbitrario que rige a los objetos se encarga de darle un sentido a la existencia humana; convertido en un objeto más del entorno objetual, una misma retórica se adueña de él para volverlo signo de algo, para enlazarlo en la misma lógica de un código fundamental que rige los destinos sociales. El hombre se encuentra también más allá de todo análisis de su existencia como "útil"; el "débil" será "rescatado" por el "fuerte", el excedente del explotado consumido diferencialmente. La era del "design" no será otra cosa más que el potlatch más gigantesco de todos los tiempos, de la "dilapidación" de los recursos representados por las cantidades de trabajo humano disponibles, desde la Marca donde el lujo determina la categoría social de aquel que hace ostentación de ella, hasta la Serie o la ilusión de un bienestar democrático que se convierte en un kitsch existencial, en un destino que depende, por así decirlo, de la naturaleza de los objetos en su forma/signo y del intercambio de significación social que se logra al integrar el ser del hombre con el del signo, al fusionarse el ser con el tener en una sola representación, en lo simbólico estatutario y en la significación del standing. El gran Discurso de los mass-media, estará permanentemente "recreando" una realidad, estará jugando con lo arbitrario para darnos un sentido, nos estará incitando a entrar en el mismo juego de los signos que él crea, enseñándonos a reconocerlos, a aceptarlos, a habituarnos a ellos y en última instancia a devenir un signo más como ellos. La multiplicación del consumo y su exaltación en el potlatch sepultan cada día más profundo el deseo nostálgico de quienes esperan la llegada de una sociedad donde la retórica desaparezca como dadora de sentido y que la vida entre por los cauces donde el sentido de las cosas y de la existencia tengan una relación más "natural". La realidad sin embargo toma caminos muy distintos y las sociedades tejen siempre relaciones, impregnan lo real de significación, constituyen sistemas semiológicos y convierten las cosas y los fenómenos en signos. Hoy más que nunca este fenómeno de información de la "realidad" es más patente por el papel desempeñado por los mass-media, encargados de la polución de los significantes y de la proliferación de los signos, de la creación de sentido tanto en la relación de los objetos y los hombres, es decir entre las "funciones" y los "usos", entre las materialidades y las representaciones. También entre los hombres y la vida social hay que "recrear" una realidad que los integre, existen los valores, ellos igualmente nacen con los sistemas de representaciones, ellos son partes elementales de esos códigos que viven con los hombres y los destinan a una cierta forma de vida social. El potlatch moderno, entendido como consumo ostentatorio de signos tampoco es inocente: existe una homología entre este exceso de ellos y la "proliferación" de las "necesidades" del hombre de hoy. La lógica que une el sistema semiológico contemporáneo no nace de una antropologización del consumo ni de los objetos, nace de un nuevo orden social que además de producir signos produce hombres/signo que se mezclan e intercambian con ellos y se consumen en un entorno semiúrgico que no es otro que el del sistema de la moda, forma moderna del potlatch, lógica que se estructura necesariamente como un código de regulación y de poder, de diferenciación y de control, y en última instancia de disciplina y de funcionamiento de los cuerpos en el seno de la vida social.



consideraciones acerca del
proceso de industrialización
colombiano

angela marmolejo de corchuelo*



I. EL PATRON DE CRECIMIENTO

1. *La intensidad de crecimiento y la estructura industrial*

En el período 1958-1974, el sector industrial ocupó un lugar cada vez más importante dentro de la economía nacional. La mayor gravitación del sector manufacturero en el conjunto de la producción nacional es resultado del dinamismo relativamente más acelerado que demostró durante este período. Claramente, el crecimiento no se manifestó en forma regular; hay períodos de recesión a los que siguen etapas de gran expansión, ciclos determinados por múltiples factores. (Ver Cuadros 1 y 2).

CUADRO N° 1

TASA DE CRECIMIENTO DEL VALOR AGREGADO POR RAMAS INDUSTRIALES 1958-1969

Ramas	Valor Agregado Bruto Real
20 Alimentos	6.4
21 Bebidas	7.6
22 Tabaco	3.0
23 Textiles	9.1
24 Confecciones	6.5
25 Madera	6.1
26 Muebles	4.6
27 Papel	19.5

28 Editoriales	10.3
29 Cuero	3.5
30 Caucho	11.8
31 Química	12.6
32 Petróleo	11.2
33 Metalmecánica	8.2
34 Minerales no metálicos	16.7
35 Productos metálicos	12.9
36 Maquinaria no eléctrica	13.7
37 Maquinaria eléctrica	14.5
38 Transporte	11.7
39 Diversos	12.4
TOTAL	8.7

Fuente: Mora, Leonidas. "Algunas consideraciones sobre la industria y el empleo", Fines, Mimeo.

Entre los años 1958-1969, la tasa de crecimiento de la industria ⁽¹⁾ fue en promedio 8.7%, y entre 1970-1974 de 7.3%. Dentro de las industrias que se

* El presente artículo no tiene pretensión alguna de originalidad. Tan sólo intenta sintetizar distintas interpretaciones que se han ofrecido alrededor de las principales características y problemas fundamentales del desarrollo industrial colombiano de los últimos años. Con estos propósitos, este artículo forma parte de un trabajo más amplio elaborado por la autora para el proyecto de investigación "Gestión tecnológica en la industria de alimentos" realizado por CLADEA.

1. Por insuficiente información, este análisis no se referirá a lo que se ha dado en llamar industria artesanal.



destacaron por los logros alcanzados en su dinámica de crecimiento, en el período comprendido entre los años 58 y 69, están: papel, metálica básica, maquinaria eléctrica, maquinaria no eléctrica, productos metálicos, química, productos de caucho, material de transporte y derivados del petróleo, carbón, y en el período 70-74: automotriz, papel, maquinaria eléctrica, química, textiles y plásticos ⁽²⁾.

CUADRO N° 2

TASAS DE CRECIMIENTO DEL VALOR
AGREGADO POR RAMAS 1970-1974

Ramas	Tasas de Crecimiento
Alimentos	5.0
Bebidas	6.1
Tabaco	6.2
Textiles	6.1
Vestuario	2.7
Cuero	(—)
Calzado	10.0
Madera	2.5
Muebles de madera	4.0
Papel, cartón y sus productos	13.9
Imprentas y Editoriales	1.6
Química	12.4
Petróleo	6.4
Derivados del Petróleo	10.5
Caucho	18.7
Plásticos	3.5
Porcelana	15.2
Vidrio	6.1
Minerales no metálicos	6.6
Metálica básica	2.2
Metales no ferrosos	2.1
Productos metálicos	6.4
Maquinaria no eléctrica	(—)
Maquinaria y aparatos eléctricos	11.6
Transporte	22.4
Material científico	13.1
Otras	5.4
TOTAL	7.3

(—) Tasas negativas o insignificantes.

Fuente: Corchuelo, Alberto. Misas, Gabriel. "La internacionalización del Capital", op. cit.

En general, la estructura productiva se diversifica enormemente gracias a la gran gama de nuevos productos que en ella aparecen y que le confieren una mayor complejidad tecnológica. Son precisamente estos nuevos productos los que dan empuje al crecimiento durante el período. Casi todos ellos se hallan localizados dentro de industrias que muestran índices de crecimiento muy por encima del promedio lo cual les permitió obtener una mayor participación dentro del conjunto de actividades industriales.

2. Poveda Ramos, Gabriel. *Políticas Económicas, Desarrollo Industrial y Tecnología en Colombia - 1925-1975*; COL-CIENCIAS, 1976. Anexo III, índice cronológico.

Agrupándolas, se encuentra que estas nuevas ramas impulsoras del desarrollo industrial ⁽³⁾, se concentran dentro de los sectores de bienes intermedios, bienes de consumo duradero y bienes de capital, que han entrado de esta forma a desplazar a los bienes de consumo no duradero, que anteriormente eran los casi exclusivos componentes del sector industrial. Se da entonces una transformación radical en la estructura productiva.

A modo de ilustración, entre los años de 58-69, se citan algunos de los nuevos productos, clasificados por ramas:

Bienes de consumo duradero: Electrodomésticos (neveras, televisores, etc.).

Bienes intermedios: Dentro de la industria del papel: papel de imprenta y de escribir, pulpa y bagazo de caña; en la química: úrea, ácidos, grasos, y fundamentalmente en la denominada petroquímica: resinas alquídicas, hilazas y fibras de nylon, nylon filamento continuo, fibra poliéster, acetato de polivinilo, poliestireno, poliéster filamento continuo, negro de humo, resinas PVC; metálica básica: lámina de acero, tubos de acero.

Bienes de capital: En maquinaria eléctrica: transformadores, taladro y fresadora para metales, motores eléctricos, tornos para metales; maquinaria no eléctrica: calderas, maquinaria agrícola.

En la década del 70, continúa la tendencia hacia la diversificación en la producción de bienes intermedios y de capital:

Bienes intermedios: En la química: ácido acético, y en los renglones de petroquímicas: resinas poliestéricas, chips de poliéster, caprolactama, chips de caprolactama, policolsa; metal-mecánica: partes y piezas para automotores; derivados del petróleo: parafina.

Bienes de capital: Ensamble automotriz ⁽⁴⁾.

A nivel del tamaño de los establecimientos, medido por el número de trabajadores, el crecimiento se sustentó en los mayores tamaños de planta, al menos en el período 58-68 ⁽⁵⁾, presentándose una cierta modificación de la composición del producto según origen de la producción por tamaños ⁽⁶⁾. (Ver cuadro 3)

3. Banco Mundial, *Desarrollo económico de Colombia*; Biblioteca Banco Popular, Bogotá. Se seguirá la discriminación hecha por el Banco Mundial, la cual, conservando la separación de bienes intermedios y bienes de capital, subdivide los bienes de consumo en duraderos y no duraderos, lo que da un poco de más claridad al respecto.

4. Se clasifica dentro de "Bienes de Capital", a pesar de que una gran parte de esta producción —automotores para uso particular pertenece a la gama de bienes de consumo duradero. Acerca del surgimiento de nuevos productos ver: Poveda Ramos. *Políticas económicas...*, op. cit., Anexo III.

5. Para el período 70-74, no hay información completa a nivel de tamaños.

6. La pérdida de importancia de los pequeños establecimientos puede deberse a la reducción del tamaño de la muestra en estos estratos, y no a una pérdida real de su participación en la producción.

2. *Los impulsos al crecimiento*

2.1. La sustitución de importaciones.

El surgimiento de nuevas actividades industriales, la diversificación operada en la estructura productiva industrial, así como los ritmos de crecimiento alcanzados por estas nuevas producciones, apoyan la observación de que la extensión del proceso de sustitución de importaciones resultó el mayor responsable de la dinámica alcanzada por la industria nacional.

CUADRO N° 3

PARTICIPACION DE LAS CLASES DE TAMAÑO EN LA PRODUCCION

Tamaño	% de Producción		Cambio Porcentual
	1962	1968	
1 - 4	1.8	1.2	— 0.6
5 - 9	4.1	3.5	— 0.6
10 - 14	3.5	3.4	— 0.1
15 - 19	3.3	1.7	— 1.6
20 - 24	2.3	2.3	0.0
25 - 49	12.3	10.2	— 2.1
50 - 74	6.3	7.0	+ 0.7
75 - 99	4.7	5.8	+ 1.1
100 - 199	16.0	17.0	+ 1.0
200 y más	45.7	47.9	+ 2.2
TOTAL	100.0	100.0	

Fuente: Fierro, Marco. Op. cit., pág. 26.

Para el período 58-68, la evidencia confirma plenamente tal apreciación. En efecto, puede advertirse que los coeficientes de importación en las ramas de papel, química, productos metálicos, maquinarias no eléctricas y maquinaria y aparatos eléctricos, se reduce en forma sustancial. Tal hecho, conjuntamente con los ritmos de crecimiento alcanzados, señalaría una notable contribución de estas ramas, todas ellas pertenecientes a las industrias productoras de bienes de consumo duradero, intermedios y de capital, a la expansión industrial alcanzada en el período mencionado. (Ver cuadro 4).

CUADRO N° 4

COEFICIENTES DE IMPORTACIONES DE LA INDUSTRIA FABRIL POR SECTORES (%) 1958-1968

Agrupaciones Industriales de Origen	1958	1968
Alimenticias	0.98	
Bebidas	0.96	97.7
Tabaco	0.96	
Textiles	0.97	
Calzado y Vestuario	0.99	96.9
Madera, Muebles y Corcho	0.93	96.9
Papel y Pulpa	0.53	80.5
Imprentas	0.97	86.7
Cuero	0.99	98.2
Caucho	0.87	85.1
Químicas	0.57	75.0
Derivados del Petróleo	0.86	—

Minerales no Metálicos	0.87	95.6
Metálica Básica	0.61	62.5
Productos Metálicos	0.64	95.4
Maquinaria y sus partes, excepto eléctrica	0.10	12.3
Maquinaria y artículos eléctricos	0.41	63.3
Material de transporte	0.48	34.9
Diversas	0.64	74.1
TOTAL	0.80	—

Fuente: Corchuelo, Alberto y Misas, Gabriel. "La internacionalización del capital", op. cit.

Igualmente, la mayor canalización de la inversión hacia estas actividades, que involucran una gran transformación en la composición de las inversiones, señala claramente cómo las mayores oportunidades de inversión se generaron a través de los factores que otorgan estímulos a la sustitución: nivel de tarifas nominales y efectivas, dimensión de las demandas previas, costo de los factores y tamaños mínimos óptimos de planta.

Si al impulso primario originado en la sustitución de importaciones se agregan todas las demandas derivadas que provocaron dichas inversiones y que recayeron sobre la economía interna, se podrá advertir la particular y enorme importancia que tuvo la extensión de la sustitución de importaciones a las ramas ya mencionadas.

En general, los distintos estudios realizados sobre el sector industrial y en especial sobre los factores que animan su crecimiento, particularmente los que analizan el período 58-68⁽⁷⁾, privilegian la sustitución de importaciones "como el motor que imparte dinamismo al proceso de industrialización". Entre tanto, las ampliaciones del mercado interno por factores autónomos son débiles y juegan un papel secundario. Las demandas externas, de otro lado, apenas alcanzan significación.

La destacada figuración del proceso de "sustitución de importaciones" condujo a que muchos estudios⁽⁸⁾ identificaron el mismo proceso de industrialización con el de sustitución de importaciones. En otras palabras, las posibilidades de industrialización están determinadas, según estos autores, por las oportunidades de sustituir importaciones, de donde se deduce que el desarrollo industrial se encuentra supeditado a la apertura de nuevas oportunidades de sustitución.

7. Centro de Investigaciones Económicas - Universidad de Antioquia; *Contribución al estudio del desempleo en Colombia*, DANE, Bogotá, 1971. Corchuelo, Alberto. Misas, Gabriel. "La internacionalización del capital en la industria colombiana" (Inédito). Mora, Leonidas. "Algunas consideraciones sobre industrialización y empleo", mimeo, Fines, 1974, Bogotá. O.Y.T., "Hacia el pleno empleo", Ginebra, 1970. Banco Mundial, "Desarrollo económico de Colombia", Biblioteca Banco Popular, Bogotá, sin fecha. Misas, Gabriel. "Contribución al estudio del grado de concentración en la industria colombiana", DANE, Boletín N° 266.

8. Preferencialmente el estudio del CIE, op. cit., y de su antecesor teórico, Arrubla, Mario, *Estudios sobre el subdesarrollo colombiano*, Oveja Negra, Medellín.

Bajo la premisa de que la sustitución de importaciones en las esferas productoras de bienes de consumo no duradero había llegado, alrededor de los años 60, a un punto de agotamiento, la única vía a la expansión industrial era extender la sustitución de importaciones a las ramas de bienes de consumo duradero, intermedios y de capital. De hecho, el mismo desarrollo de las industrias productoras de bienes de consumo y el mayor nivel de ingreso de una cierta proporción de la población, habían creado un mercado atractivo para la producción interna de esta serie de bienes. Con las tasas de protección efectiva predominantes, se aseguraba la rentabilidad de las inversiones en este campo y así, naturalmente, la continuidad del proceso de industrialización.

La expansión del mercado interno originada en factores autónomos y dirigida hacia industrias de bienes de consumo final se presentaba muy débil, sus demandas crecían a ritmos vegetativos y por tanto, no ofrecían perspectiva alguna para que la producción de tales bienes se intensificara. La razón del comportamiento "inelástico" de las demandas de estos bienes industriales no residía en que la población hubiese saturado su consumo ya que por el contrario, un gran volumen de la población no encontraba acceso a tales bienes debido a sus bajos niveles de ingreso. Más bien, la inelasticidad se originaba en la incapacidad de los sectores de alta productividad, especialmente del industrial, de incorporar intensa y crecientemente a los excedentes de fuerza de trabajo que permanecían subempleados o desempleados.

En las anteriores condiciones, la sustitución se planteaba como la única alternativa viable e inmediata para darle continuidad y celeridad al proceso, una vez que las demandas previas se saturaban y perdía fortaleza la expansión de las demandas.

Dentro de esta visualización del desarrollo industrial, la sustitución aparece también como una respuesta a las restricciones estructurales al crecimiento tanto industrial como de la economía en general impuestas por la disponibilidad de divisas o capacidad de importación.

En efecto, debido al carácter dependiente del sector industrial tanto de bienes intermedios como de bienes de capital importados que impuso el desarrollo de las industrias de bienes de consumo, el cual tan sólo transformó la naturaleza de tal dependencia y modificó la composición de las importaciones y, frente a una crónica insuficiencia de la capacidad de importación, la sustitución aparecía también como una alternativa clara para reducir el peso del "estrangulamiento". Así, el Plan Decenal de Desarrollo de los años 60, vinculado estrechamente a las ideas y concepciones teóricas y de política de la CEPAL, plantea clara y categóricamente la necesidad de impulsar el proceso de sustitución, como la gran medida conducente no sólo a un mayor grado de industrialización sino a la gradual eliminación del "estrangulamiento externo".

El modelo teórico que describe y analiza el comportamiento de este proceso de industrialización queda así integrado por todos sus elementos: ante la insuficiencia de la capacidad de importación, el proceso de industrialización se ve entrabado al no satisfacerse las demandas de importaciones requeridas por di-

cho proceso. Tal situación estimula la sustitución la cual a su vez otorga mayores impulsos al crecimiento superando al mismo tiempo las barreras impuestas por la saturación de las demandas. En síntesis, la capacidad de importación se constituye a la vez en un estímulo y en un obstáculo al crecimiento industrial basado en la sustitución de importaciones⁽⁹⁾.

2.2. La capacidad de importación

Se ha indicado cómo dentro del proceso de sustitución de importaciones que operó en la industria colombiana, las limitaciones en la capacidad de importación actuaron como estímulos a la continua sustitución. Desde otro ángulo, las limitaciones a dicha capacidad se observan como rigideces estructurales al crecimiento no sólo industrial sino de la economía en su conjunto.

La influencia de la capacidad de importación sobre el crecimiento ha sido uno de los elementos más analizados en Colombia. En general, diversos estudios⁽¹⁰⁾ reconocen el decisivo influjo que tuvo y tiene la capacidad de importación sobre la inversión como consecuencia del alto contenido importado que posee dicha inversión. La gran mayoría de los estudios citados establecen una estrecha correlación entre la formación de capital, especialmente en maquinaria y equipos y las importaciones.

En tales condiciones, la restricción de divisas aparece como un freno al desenvolvimiento industrial al contraer el nivel de inversiones deseadas de la economía para cierta tasa de ahorro interno. Como se puede observar, la limitación de divisas es tratada dentro de la concepción del modelo de las "dos brechas" en donde la brecha externa y no la interna resulta ser la dominante.

El "estrangulamiento externo" aparece entonces como el problema básico a resolver dentro del proceso de crecimiento industrial. Si bien para muchos estudios, aquellos ubicados en las toldas Cepalinas, este estrangulamiento resulta ser un elemento estructural inherente a la naturaleza misma de la economía colombiana, otros la observan más bien como resultado de la política económica.

Dicha política, específicamente el mantenimiento de un tipo de cambio sobrevaluado, se constituía en

9. Esta es a su vez la visión Cepalina acerca de los impulsos a la sustitución de importaciones. Ver por ejemplo CEPAL, "El desarrollo industrial de América Latina", *Boletín económico de América Latina*, Vol. XIV, Naciones Unidas.

10. Aparte de los estudios ya citados se encuentran: R. Nelson, P. Schultz, R. Slighton, *Structural change in a Developing Economy, Colombia's problems and prospects*, Princeton University Press, Princeton, 1971, Caps. IV y V. Díaz Alejandro, Carlos. "Trends and Phases in the Colombian Economy and its Foreign Trade and Payments 1050-1970", Economic Growth Center, Yale University; Center Discussion Paper N° 139, mayo 1972. J. Sheahan, "Imports, investment and Growth: Colombian experience since 1950", *Research Memo* N° 4, William Collage, September 1966. Un trabajo reciente es el de Ospina S., Jorge, "Determinantes de la inversión industrial en Colombia", *Coyuntura Económica*, FEDESARROLLO, diciembre 1976.

el factor que en últimas bloqueaba el desarrollo de un sector exportador basado en bienes de origen industrial cuya expansión asegura un suficiente fondo de divisas requeridas por la acumulación de capital del sector industrial.

A pesar de la casi apabullante evidencia empírica, el grado de influencia del sector externo sobre el crecimiento, como elemento que restringe el logro de más altas tasas de crecimiento y de mayores niveles de inversión, no queda claramente establecida. De hecho, durante la década del sesenta aparecieron con cierta fuerza algunos factores que aliviaron la presión del sector externo y que permitieron la realización de las inversiones deseadas. Talés fueron la gran afluencia de capitales extranjeros hacia sectores claves, caracterizados por su alto contenido importado, y el endeudamiento externo. En tales circunstancias, la no obtención de más altas tasas de crecimiento debe atribuirse a otros elementos, tal como el nivel de demanda efectiva y externa que recae sobre los productos industriales.

Lo anterior significa afirmar que a pesar de que la economía pueda contar con un suficiente fondo de divisas, se presentan restricciones originadas en factores internos que imposibilitan la obtención de mayores ritmos de crecimiento⁽¹¹⁾. La experiencia del sector industrial a partir de los años setenta parece otorgar cierto peso a esta posición. En efecto, a partir de 1970, la industria colombiana se vio enormemente favorecida por el nivel de actividad interna y por la demanda externa sobre los productos industriales que permitieron obtener tasas de crecimiento industrial extraordinariamente altas.

2.3. La internacionalización del capital

La inversión extranjera como agente de expansión y que en cierto grado aminoró el efecto del sector externo sobre la acumulación de capital, es considerado por otros autores⁽¹²⁾ como uno de los elementos básicos que entran a caracterizar y a modelar el proceso de industrialización colombiano.

Esta inversión es tratada como la expansión del proceso de internacionalización del capital, que empieza a operar con gran intensidad a partir de los años 60 en la industria colombiana.

La creciente incorporación de capitales extranjeros en las actividades industriales, preferencialmente en las nuevas ramas productivas caracterizadas por su elevada intensidad de capital, tecnología comple-

ja, grandes tamaños de planta, a la vez que integra más estrechamente a la industria nacional en la economía mundial capitalista, internacionalizándose el patrón producción-consumo y la acumulación de capital con mayor fuerza, se presenta como uno de los elementos que entra a influir definitivamente en la intensidad de ritmo de crecimiento del sector, así como en la modernización y diversificación de la estructura productiva y, obviamente, en la modalidad que asume la ampliación del mercado interno.

Ya en 1970, del capital existente en 421 establecimientos manufactureros, el 61% correspondía a capital extranjero⁽¹³⁾, lo cual da una idea de la destacada posición alcanzada por la inversión extranjera. Esta importancia es más notoria cuando se reconoce que la inversión extranjera se ubica en los sectores que se constituyen en las "puntas de lanza" del crecimiento. (Ver cuadro 5).

CUADRO N° 5

INVERSION EXTRANJERA EN LA INDUSTRIA MANUFACTURERA POR SECTORES (Miles de U.S.)

	1960-1970	%
Maquinaria eléctrica	7.318	7.7
Química	28.862	30.3
Laboratorio	9.467	9.9
Papel	2.348	2.5
Textil	8.141	8.6
Tabaco	30	—
Bebidas	691	0.7
Alimentos	9.081	9.5
Minerales no metálicos	4.106	4.3
Productos metálicos	11.489	12.1
Caucho	1.300	1.4
Derivados del petróleo	11.533	12.1
Prendas de vestir	603	0.6
Maquinaria no eléctrica	226	0.2
TOTAL	95.195	100.0

Fuente: Corchuelo, Alberto y Misas, Gabriel. "La internacionalización...", op. cit.

El avance del capital internacional, monopolístico de naturaleza, sobre la industria colombiana entra a ser así el condicionamiento básico de la ampliación del mercado interno, resolviendo las contradicciones de éste: disponibilidad de divisas, acceso a la tecnología moderna y expansión de la acumulación de capital.

Esta visión del proceso de industrialización, que lo observa siempre articulado a los movimientos de la economía mundial, rompe con los esquemas que señalan la "estrechez de mercados" como un rasgo estructural de la economía y que le impone severos obstáculos a su crecimiento, casi que insuperables. Contrario a esta visión "pesimista", el problema del mercado interno, su ampliación, más que limitante estructural inherente a esta economía se plantea dentro de una modalidad específica de expansión en la cual, las transformaciones de los patrones de produc-

11. Ver sobre esta posición, Lauchlin Currie, "La limitación de las divisas al desarrollo: una solución parcial al problema". *Revista de Planeación y Desarrollo*, Vol. III, N° 3, Bogotá. El trabajo de Ospina J., ya citado concluya a su vez que si bien la disponibilidad de divisas es un determinante de la inversión, también juegan gran importancia las expectativas de los empresarios sobre el curso de la demanda y el clima político.

12. Corchuelo y Misas, "La internacionalización...", op. cit. Arango, Juan Ignacio. "Inversión extranjera en la industria manufacturera", DANE, Boletín N° 302-303 y Flórez L., Bernardo. "Estructura industrial, condiciones de inversión y efectos inflacionarios", Cuadernos Colombianos N° 4.

13. Arango, Ignacio, Ibid.

ción y de consumo, asumen ciertas particularidades sobre las cuales descansa la ampliación del mercado.

El hecho de que un gran volumen de la población tenga un acceso limitado al consumo de bienes industriales no significa que exista una "estrechez de mercados"; lo que sucede es que la ampliación de mercados se fundamenta en otros elementos que no corresponden propiamente a la difusión masiva del consumo de bienes industriales, al menos de los básicos. Entre estos elementos cabe destacar: i) la diversificación de los patrones de consumo de los grupos cuyos ingresos han logrado incrementarse con cierta intensidad. A este grupo se incorpora la clase media que entra a ocupar una posición destacada dentro de la escala de distribución de ingresos y son resultado del surgimiento y expansión de nuevas actividades que acompañan el mismo proceso de diversificación de la estructura productiva industrial y de la economía en su conjunto. ii) Asociado a la expansión del mercado señalada previamente, se encuentra toda la gama de bienes intermedios que se incorporan dentro de las cadenas de los procesos productivos.

Obviamente, la expansión de estos mercados se vincula estrechamente a la operación de ciertos mecanismos de distribución de ingresos que permiten el mayor crecimiento relativo de los ingresos de ciertos grupos y el estancamiento e incluso reducción de otros grupos sociales. El resultado de la operación de estos mecanismos es la amplia diferenciación de los patrones de consumo entre los distintos grupos sociales que contribuyen a la generación del producto social.

Entre la serie de factores que se encuentran animando este patrón de producción-consumo se pueden mencionar los siguientes: el ritmo de incorporación y difusión del progreso tecnológico que da por resultado la permanente diversificación de las estructuras de producción y de consumo (final y productivo), y el comportamiento de los grupos oligopólicos, como forma dominante del mercado, en relación a la forma de dinamizar las demandas y de expandirse.

En las circunstancias señaladas, la acumulación de capital y su contrapartida, la ampliación de los mercados, encuentran su base impulsora en la incorporación de progreso técnico, siendo el elemento motor del crecimiento. Es claro que esta incorporación del progreso técnico, se asocia íntimamente al proceso de internacionalización del capital.

Dentro de esta óptica, al analizarse el comportamiento del sector industrial durante el período 1970-1974 se destacan los elementos impulsores del cre-

cimiento integrados al proceso de internacionalización del capital. Tales elementos son básicamente:

1. Exportaciones industriales. A partir de los años setenta, se presenta un gran auge en las exportaciones industriales preferencialmente en las ramas de textiles y confecciones, papel, química y en menor grado, metalmecánica. Tal comportamiento de las exportaciones industriales se ha visto como un subproducto de las medidas de política económica que favorecieron la producción de exportables. (Ver cuadro 6).

CUADRO N° 6

CONTRIBUCION DE LAS EXPORTACIONES DE MANUFACTURAS AL P.B.I. INDUSTRIAL

Millones de pesos de 1970

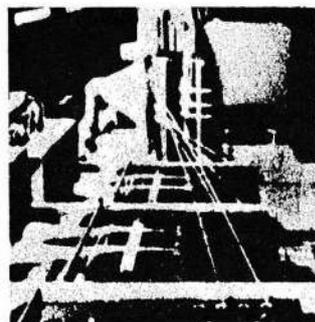
	Exportaciones manufacturadas	P.B.I Industrial	%	Exportaciones manufacturadas
70	2.325.2	24.210.9	9.60	—
72	4.058.9	28.699.4	14.1	74.6%
74	7.071.2	32.995.6	21.4	74.2%
75	5.490.0	33.932.0	16.2	— 22.4%

Fuente: Departamento Nacional de Planeación, Informe 1976, Cuadro 5.6.

Sin embargo quienes inscriben el proceso de industrialización dentro de la "internacionalización del capital", consideran este resultado derivado básicamente de las transformaciones en la división internacional del trabajo que la misma "internacionalización" impone. Dado los precios relativos de los factores y la difusión del progreso técnico, se están operando cambios en la división internacional del trabajo, que permitan a las economías periféricas entrar a participar en el mercado mundial de manufacturas.

2. Sustitución de importaciones. La sustitución de importaciones se observa nítidamente en sectores caracterizados por sus elevados requerimientos tecnológicos, alta intensidad de capital y grandes tamaños de planta (petroquímica específicamente)¹⁴. Otro rasgo distintivo de estas inversiones es el hecho

14. Ver el estudio de Corchuelo, Alberto. "La industria química en Colombia", DANE, Boletín N° 270-71.



de que sus agentes promotores son el capital extranjero, el capital estatal y el capital privado nacional que en forma asociada se incorpora a estas actividades. En otras actividades resulta difícil determinar el grado de sustitución operado. Así, en las ramas en donde se ha producido un intenso proceso de diversificación con el surgimiento de nuevos productos o transformaciones en su presentación, resulta difícil medir la "sustitución" en la medida que las demandas de estos bienes o están contenidas (prohibición de importaciones), o surgen precisamente cuando se lanza al mercado. Como tales, no pueden considerarse propiamente como "sustitución de importaciones" sino más bien como resultado de un proceso de diversificación de los patrones producción-consumo.

3. Diversificación de los patrones de consumo. Este elemento se vincula a las transformaciones operadas en los patrones de consumo de los estratos de altos y medianos ingresos, asociados a su vez al comportamiento oligopólico de la industria. El progreso técnico es el factor que entra aquí a jugar un papel determinante. Como ya se mencionó, la diversificación opera como una sustitución de importaciones potencial a medida que los estratos de altos y medios ingresos diversifican su consumo y se transforman los componentes de la matriz de requisitos directos e indirectos de las distintas ramas productivas ⁽¹⁵⁾.

II. EL EMPLEO INDUSTRIAL

1. Capacidad de absorción de empleo en la industria

1.1. Crecimiento del empleo.

El grado y ritmo de absorción de empleo por parte del sector industrial es reflejo tanto de la magnitud como de la intensidad de crecimiento de este sector. A su vez, este grado y ritmo viene en gran parte determinado por el estilo de crecimiento que asume el sector industrial.

Expresión de este estilo es la relativamente baja proporción de la población económicamente activa que se encuentra empleada en la industria ⁽¹⁶⁾ (en

15. La anterior clasificación de los factores impulsores en el período 70-74, se basa en el estudio de Corchuelo y Mías, "La internacionalización...", op. cit.

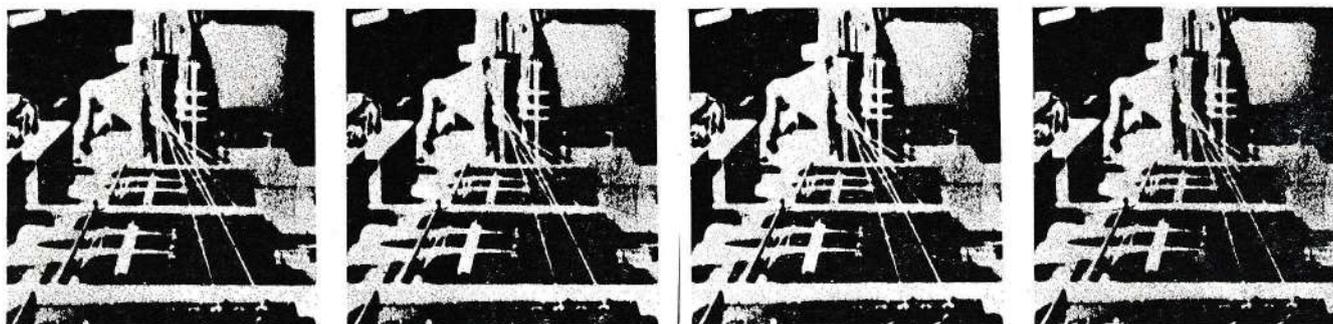
16. Fabril exclusivamente.

1969 era aproximadamente del 5% y en 1974 del orden del 8%), y naturalmente el lento ritmo de crecimiento del empleo. En verdad, la expansión del producto industrial como responsable directo del crecimiento del empleo resultó de escasa importancia, especialmente en el período 58-69, en donde éste apenas logró una tasa promedio anual del 3.2%. Sin embargo, en el período 70-74 el ritmo de crecimiento del empleo alcanzó la cifra del 6.6%. Lo anterior significa que el producto, al menos en el período 58-69, creció más en base a incrementos de productividad que de absorción de empleo. Es decir, a través de la incorporación creciente de técnicas más mecanizadas y automatizadas que elevaron sustancialmente la capacidad productiva del trabajo. Ya en el período 70-74, se refleja un cambio en la composición del producto hacia sectores cuyas técnicas son más intensivas en mano de obra y que favorecieron un ritmo más acelerado de absorción de mano de obra.

Sub-período 1958-1969

Como resultado de su mayor ritmo de crecimiento, reflejo a su vez de la sustitución de importaciones, las ramas productivas con más altas tasas de absorción de empleo fueron: productos metálicos, maquinaria eléctrica, maquinaria no eléctrica, papel y química, todas ellas con tasas muy por encima de la del total de la industria (el promedio para las de este grupo fue de un 8% anual), generando la tercera parte del empleo durante el período. Todas estas industrias se encuentran localizadas dentro de las ramas productoras de bienes intermedios y bienes de capital. Si bien los niveles de productividad crecieron a ritmos más elevados en la química y en papel, en las metalmecánicas no fue así, permitiéndose una gran expansión del empleo en estas ramas productivas. (Ver cuadro 7).

Las industrias menos captadoras de empleo para el mismo período son: petróleo - carbón, alimentos, muebles de madera, bebidas, textiles, vestuario y calzado y como caso especial se encuentra la del tabaco que llegó a tener tasas negativas. Aparecen entonces algunos renglones pertenecientes a la gama de bienes de consumo no duradero que demostraron una débil dinámica de absorción de empleo, expresión fiel de sus reducidas tasas de crecimiento del producto y de un intenso proceso de mecanización que las llevó a crecer más en base a productividad que de empleo de mano de obra. Sin embargo, es necesario advertir que en el caso de las industrias de muebles de ma-



CUADRO N° 7

TASA DE CRECIMIENTO DEL EMPLEO, LA PRODUCTIVIDAD Y EL SALARIO PROMEDIO POR RAMAS INDUSTRIALES. 1958-1969

Código CIUU	Empleo	Productividad	Salario Promedio
20	2.2	4.5	5.3
21	1.1	7.1	4.9
22	2.5	5.6	7.2
23	3.1	5.9	4.1
24	1.2	5.6	3.4
25	1.8	4.5	4.5
26	0.8	4.6	2.7
27	7.0	11.1	5.9
28	3.1	7.1	4.3
29	0.4	4.1	3.5
30	3.4	8.0	5.2
31	5.9	6.5	6.5
32	0.7	11.6	2.5
33	2.4	6.7	5.5
34	3.8	20.5	2.3
35	9.2	3.5	3.8
36	8.9	4.7	4.0
37	9.0	5.5	5.8
38	3.2	7.6	3.3
39	8.1	4.4	2.6
TOTAL	3.2	5.6	4.5

Fuente: Mora, Leonidas. "Algunas consideraciones sobre la industria y el empleo", op. cit.

dera y de confecciones y calzado, la lenta absorción de empleo es resultado más bien de un problema estadístico, reducción del tamaño de la muestra de los estratos correspondientes a los establecimientos de menos de diez trabajadores que precisamente predominan en las industrias mencionadas.

En cuanto a la estructura del empleo⁽¹⁷⁾ existente a fines de la década del 60, se observa cómo las ramas de bienes de consumo no duradero ocupan casi la mitad de la población involucrada en el proceso productivo, a pesar de haber presentado durante el período 53-67 las más bajas tasas de crecimiento anual medio de la producción, valor agregado y empleo.

Esto y el hecho de haber generado más de la mitad del producto total de la industria para el año 67, muestran claramente el importante lugar que aún ocupa esta rama aunque cada vez se va viendo más desplazada a ritmos relativamente grandes, por parte del resto de la producción.

En el extremo opuesto, se encuentra localizado el grupo de industrias productoras de bienes de capital, que en 1967 registra el más bajo nivel de concentración de empleo en términos globales, pero los más altos índices de crecimiento del mismo.

Es la rama productora de bienes intermedios, la que capta el mayor volumen de empleo generado en

17. Mora, Leonidas. "Algunas consideraciones...", op. cit., pág. 8.

el período, aunque éste haya crecido a ritmos relativamente bajos. Esto condujo a que este sub-grupo entrase a participar más notoriamente en la distribución del empleo total industrial (Ver cuadro 8).

Sub-período 70-74

Contrario a lo observado en el período anterior, el empleo de mano de obra logra incrementarse a ritmos sustancialmente más altos. En este período se crean algo más de 100.000 empleos en la industria fabril, lo que da idea del empuje alcanzado.

CUADRO N° 8

TASAS DE CRECIMIENTO ANUAL MEDIO DEL EMPLEO (%)

	1953-60	1960-67	1953-67
Bienes de consumo no duradero	2.1	0.9	1.5
Bienes de consumo duradero	9.8	1.9	5.8
Bienes intermedios	5.4	3.2	4.3
Bienes de capital	17.0	5.7	11.2
Otros bienes	12.7	6.2	9.4
TOTAL	4.3	2.1	3.3

DISTRIBUCION DEL EMPLEO (%)

	1953	1967
Bienes de consumo no duradero	60.4	47.5
Bienes de consumo duradero	6.9	9.7
Bienes intermedios	29.1	33.5
Bienes de capital	2.1	6.0
Otros bienes	1.5	3.3

DISTRIBUCION DEL AUMENTO DEL EMPLEO POR CATEGORIAS DE BIENES

	1953-60	1960-67	1953-67
Bienes de consumo no duraderos	26.5	21.2	24.5
Bienes de consumo duraderos	18.4	8.7	14.7
Bienes intermedios	37.3	47.6	41.2
Bienes de capital	12.3	14.2	13.0
Otros bienes	5.5	8.3	6.6

Fuente: Banco Mundial, op. cit.

A nivel sectorial sobresalen las industrias de textiles, confecciones, químicas y metalmecánicas, destacándose en esta última la industria automotriz. Este grupo de industrias explica alrededor del 57% de la expansión absoluta del empleo observada en el período.

El gran dinamismo del empleo obedece tanto a los acelerados crecimientos del producto industrial, así como a los cambios operados en la composición de éste, al favorecerse más ampliamente aquellas ramas con menor intensidad de capital, metalmecánicas y textiles preferencialmente, fenómeno diferente al observado en el período anterior en donde la com-

posición del producto favoreció más a las ramas intensivas en capital. (Ver cuadro 9 y 10).

2. Los determinantes de la absorción de empleo

2.1. La intensidad del capital.

Ante la frustrante situación originada en la incapacidad de la industria en resolver el problema del desempleo en el país, se han planteado diversos esquemas que pretenden llegar a explicar las causas de la no generación masiva de empleo por parte del sector y a partir de allí formular políticas.

En muchos de ellos es una constante el hecho de que la tecnología cada vez más intensiva en capital que se involucra al proceso productivo, constituye una barrera para el logro de un ritmo porcentualmente mayor de crecimiento en la tasa de absorción de mano de obra. Las divergencias en estas posiciones se encuentran en el por qué de la adopción de estas técnicas.

CUADRO N° 9

TASAS DE CRECIMIENTO ANUAL DE EMPLEO EN LOS PRINCIPALES SECTORES INDUSTRIALES (Porcentajes)

Sectores	1970-71	1972-74	1975
Textiles	6.4	4.7	2.0
Químicas	8.9	9.3	— 3.0
Alimentos	1.6	6.7	4.0
Bebidas	8.6	3.4	6.6
Calzado y vestuario	8.5	10.0	— 1.7
Minerales no metálicos	4.4	5.4	1.2
TOTAL INDUSTRIA	5.2	8.0	1.6

Fuente: Departamento Nacional de Planeación, informe 1976, Cuadro 5.4.

CUADRO N° 10

DISTRIBUCION PORCENTUAL DEL EMPLEO SEGUN AGRUPACIONES INDUSTRIALES PARA 1974

Sub-Sectores	Personal ocupado
1 Textiles	16.6
2 Química	7.7
3 Alimentos	13.5
4 Bebidas	4.4
5 Papel e imprenta	6.2
6 Materiales no metálicos	6.8
7 Maquinaria eléctrica y no eléctrica	6.3
8. Material de transporte	3.8
9 Productos metálicos	6.6
10 Otros sub-sectores	27.9
TOTAL NACIONAL	100.0

Fuente: Departamento Nacional de Planeación, Informe 1976, Cuadro N° 5.2.

Respecto al grado de intensidad de la utilización de los factores capital-trabajo en la industria colombiana, se han efectuado diferentes tipos de medición:

El CIE por una parte, mide la tasa de mecanización de la industria a través del cálculo de H.P. instalados por hombre ocupado, lo que arroja como resultado incrementos porcentuales del 17.9% entre 1958 y 1963 y 15.2% para el período 1963-1968 (aproximadamente un 16% para el decenio).

Durante el período 58-63, el grupo productor de bienes de consumo no duradero obtiene los más altos índices de crecimiento de la mecanización y a nivel de industrias los primeros lugares son ocupados por la química, bebidas, papel, metálica básica y cuero. Para el quinquenio 63-68, el peso de la mecanización recae sobre el grupo productor de bienes intermedios, y durante este mismo período tienen una actuación destacada en cuanto a incrementos de mecanización se refiere, y en su orden, las industrias de papel, productos metálicos, tabaco, aparatos eléctricos, vestuario y calzado y la industria química.

Por otro lado, Leonidas Mora realiza esta medición calculando la participación porcentual del salario en el valor agregado. La ventaja de este método, se basa principalmente en el hecho de que los aportes expresados en términos homogéneos. (Ver cuadros 11, 12 y 13).

CUADRO N° 11

CLASIFICACION DE LAS AGRUPACIONES INDUSTRIALES POR ORDEN CRECIENTE DE INTENSIDAD DE CAPITAL. 1969

Código CIU	Agrupación	Índice *
36	Maquinaria no eléctrica	175
26	Muebles de madera	171
25	Madera	167
38	Material de transporte	163
35	Productos metálicos	153
33	Minerales no metálicos	147
29	Productos de cuero	139
39	Industrias diversas	129
37	Maquinaria eléctrica	128
28	Imprentas y editoriales	121
24	Vestuario y calzado	112
30	Productos de caucho	106
23	Textiles	106
20	Alimentos	92
31	Química	88
27	Papel	83
34	Metálicas básicas	78
21	Bebidas	56
32	Petróleo y carbón	53
22	Tabaco	39

* Participación de los salarios en el valor agregado de cada industria dividido por el promedio de la industria y expresado en porcentajes.

Fuente: Mora, Leonidas. "Algunas consideraciones sobre la industrialización y el empleo"; op. cit.

CUADRO N° 12

PRODUCTIVIDAD, SALARIO PROMEDIO Y COEFICIENTE SALARIOS/VALOR AGREGADO EN MILES DE PESOS DE 1958 Y PORENTAJES

Código CIIU	Productividad		Salario Promedio Real		Salarios Reales 1958	/ Valor % Agregado 1969
	1958	1969	1958	1969		
20	14.0	22.6	3.7	6.5	24.5	27.4
21	35.8	68.7	6.8	11.4	18.7	16.5
22	49.4	83.5	4.9	10.2	9.3	11.7
23	13.6	24.9	5.1	7.8	37.1	31.3
24	5.7	10.2	2.8	3.9	44.4	36.7
25	6.0	9.5	3.2	5.0	49.3	49.8
26	6.1	8.9	3.6	4.8	54.5	50.7
27	13.5	36.7	5.3	10.0	38.4	24.7
28	9.7	20.2	4.8	7.5	47.9	36.1
29	9.5	13.8	4.1	5.9	40.9	41.4
30	15.1	34.3	6.3	10.9	41.3	31.4
31	20.6	40.7	5.6	10.8	26.1	26.3
32	45.4	117.4	14.7	18.6	32.2	15.8
33	8.8	15.9	4.0	7.1	43.6	43.8
34	13.2	37.4	7.1	8.8	53.5	23.4
35	9.0	13.1	4.2	6.2	44.5	46.6
36	8.1	12.6	4.5	6.8	52.4	52.1
37	13.5	23.2	4.6	8.3	32.7	35.0
38	6.5	14.6	5.2	7.2	75.6	48.6
39	11.6	16.9	5.0	6.4	41.1	37.0
TOTAL	13.7	24.7	4.6	7.5	32.4	29.6

Fuente: Mora, Leonidas. "Algunas consideraciones sobre la industrialización y el empleo", op. cit.

Resultados de estos cálculos para el año 69, muestran que las industrias que ostentaban los más altos grados de mecanización eran: tabaco, petróleo y carbón, bebidas, metálica básica, papel, química y alimentos. Y tal como lo señala el autor tres de éstas (tabaco, petróleo-carbón y bebidas) acusan una alta intensidad de capital en su proceso productivo por la naturaleza misma de las técnicas empleadas. En el otro extremo, las industrias de más alta participación de los salarios dentro del valor agregado para el mismo año son: maquinaria no eléctrica, muebles de madera y material de transporte (incluyendo talleres de reparación).

Analizando las variaciones de la relación salarios reales / valor agregado registrados entre los años 58 y 69, se nota que las industrias que muestran una tendencia más marcada hacia la utilización de técnicas más intensivas en capital son: metálica básica, material de transporte, petróleo, carbón, imprentas y editoriales, papel y vestuario y calzado.

El tipo de medición efectuada por este autor, posee más validez ya que a través del método elegido para fines de cálculos en incrementos de mecanización de la industria nacional, se obvia en gran parte el problema de la capacidad instalada ociosa, que a través de los cálculos del CIE se involucra en forma indiscriminada para las diferentes industrias.

En este último tipo de medición puede darse el caso de que una industria aumente el número de personal ocupado, mientras que la cantidad de H.P. instalados aumente en mucho menor grado. Entonces, lo que para el CIE sería una merma en el ritmo de crecimiento del proceso de mecanización, podría ser simplemente una mayor utilización de la capacidad instalada.

A pesar de todos los beneficios que pudieran obtenerse de la utilización de esta forma de cálculo de la intensidad de factores, quedan algunos factores que en cierta medida podrían distorsionar los resultados. Tales son por ejemplo, y como el mismo autor lo indica explícitamente⁽¹⁸⁾ "las imperfecciones del mercado" como son: existencia de salarios y tasas de ganancia diferenciales intra-industrial.

El Departamento Nacional de Planeación por su parte⁽¹⁹⁾, utilizó la relación incrementos de inversión - incrementos de empleo para medir los cambios ocurridos en la relación capital-trabajo. Los cambios en la relación capital-trabajo se expresarían en los mayores requerimientos de inversión por cada empleo adicional generado. Según los estimativos de Planeación las industrias que incrementaron más acentuadamente la intensidad de capital fueron tabaco, muebles de madera, cuero, derivados del petróleo y metálicas básicas. Por el contrario, las ramas en donde se operó un menor proceso de intensificación del capital corresponden a la metalmeccánica y a la de confecciones. Resulta dudoso que la industria de muebles de madera está incluida dentro del grupo que logró incrementar más aceleradamente la intensidad del capital. En realidad, esto más bien parece ser un problema estadístico derivado de la reducción del tamaño de la muestra de los estratos que agrupan a los pequeños establecimientos.

18. Mora, Leonidas, Op. cit., pág. 13.

19. Departamento Nacional de Planeación, "El empleo en Colombia: diagnóstico y recomendaciones de política", en Revista de Planeación y Desarrollo, volumen 2, N° 2, Bogotá.

CUADRO N° 13

PROCESO DE MECANIZACION POR RAMAS INDUSTRIALES. INDUSTRIA FABRIL H.P. / PERSONAS OCUPADAS

	Incremento		Incremento		1968
	1958	% en el quinquenio	1963	% en el quinquenio	
20 Alimenticias	3.0	20.0	3.6	16.7	4.2
21 Bebidas	3.5	91.4	6.7	-38.8	4.1
22 Tabaco	0.7	42.9	1.0	40.0	1.4
23 Textil	2.9	3.5	3.0	10.0	3.3
24 Vestido	0.3	0.0	0.3	33.3	0.4
25 Madera	3.4	17.7	4.0	22.5	4.9
26 Muebles	1.0	30.0	1.3	15.4	1.5
27 Papel	4.0	70.0	6.8	75.0	11.9
28 Imprentas	1.0	0.0	1.0	-10.0	0.9
29 Cuero	2.8	35.7	3.8	-2.6	3.7
30 Caucho	4.4	-9.1	4.0	-20.0	4.8
31 Química	1.7	100.0	3.4	32.4	4.5
32 Petróleo y derivados	21.2	27.4	27.0	27.4	26.6
33 Minerales no metálicos	5.7	0.0	5.7	15.8	6.6
34 Metálica básica	6.6	66.7	11.0	-7.3	10.2
35 Productos metálicos	2.2	18.2	2.6	46.2	3.8
36 Maquinaria no eléctrica	2.3	0.0	2.3	30.4	3.0
37 Maquinaria eléctrica	1.5	0.0	1.5	40.0	2.1
38 Material de transporte	1.3	-15.4	1.1	27.3	1.4
39 Diversas	1.0	60.0	1.6	18.8	1.9
Industria Fabril Total	2.8	17.9	3.3	15.2	3.8
Grupo A ⁽¹⁾	2.2	27.3	2.8	3.6	2.9
Grupo B ⁽²⁾	5.0	16.0	5.8	17.3	6.8
Grupo C ⁽³⁾	1.6	18.8	1.9	36.9	2.6

1 Típicamente de consumo corriente: comprende ramas 20, 21, 22, 23, 24, 25, 26, 27, 28.

2 Típicamente intermedios: comprende ramas: 27, 29, 30, 31, 32, 33, 34.

3 Típicamente de consumo durable y de capital: comprende ramas: 35, 36, 37, 38, 39.

Fuente: CIE, *Contribución al estudio del desempleo en Colombia*, op. cit., pág. 115.

En general, los estudios reseñados tienden a confirmar la creciente utilización por parte de las distintas ramas industriales de técnicas cada vez más intensivas en capital, que naturalmente a ciertos volúmenes de inversión reducen la capacidad de absorción de empleo.

Sin embargo, el estudio más amplio que sobre este aspecto quizás se ha realizado es el de Fernández y Motta ⁽²⁰⁾. Para medir la relación capital-trabajo en un período de tiempo y a través del tiempo, estos autores utilizaron cuatro indicadores:

20. Fernández, Javier. Motta, María Teresa. "Precios de los factores y escogencia de tecnología, el caso colombiano", mimeo, Cali, 1976.

1. Valor de activos fijos/total de personas ocupadas.
2. Consumo de energía instalada en miles de K.W.H./total de personas ocupadas.
3. Capacidad de energía instalada medida en H.P./total de personas ocupadas.
4. Valor agregado, menos total de remuneraciones/total personas ocupadas por tasa de retorno del capital.

En las anteriores estimaciones se establecieron a nivel de tamaños de las empresas, medido por el número de trabajadores. (Ver cuadro 14).

A nivel de tamaños, se ordenaron estos distintos indicadores, los cuales excluyendo el segundo de los mencionados, presentan cierta uniformidad. Esto, agregado al hecho de que los autores no consideran el capital como un elemento físico, les permite descartar este segundo indicador.

En cuanto al indicador de activos fijos, presenta el problema de que su valor no está relacionado con el de mercado. En cuanto al indicador de H.P. éste presenta un comportamiento muy errático a nivel de tres dígitos de la clasificación internacional industrial uniforme con respecto al tamaño. Lo anterior, y la definición de capital que los autores emplean, servicios financieros inmovilizados, los lleva a adoptar el último indicador de los señalados.

Según este indicador, se puede apreciar en primer lugar, una estrecha correlación positiva entre tamaños de las plantas e intensidad de capital. En segundo lugar, se aprecia que en un tiempo dado (1968) las ramas más intensivas en capital en los tamaños de planta más grandes, son: derivados del petróleo, tabaco y bebidas. Las de menor intensidad son: confecciones, textiles, madera y maquinaria no eléctrica.

A través del tiempo se observa un permanente crecimiento de este indicador. En las ramas en donde se opera un mayor crecimiento de dicho indicador son: tabaco, papel, caucho, química, derivados del petróleo y automotriz. Los autores concluyen que éstos son "compatibles con la hipótesis de un cambio tecnológico en el sentido capital intensivo y también con el aumento secular del tamaño de las firmas y el resultado anterior de una mayor relación capital-trabajo para las firmas más grandes" ⁽²¹⁾.

En la medida que el tamaño medio de las firmas se ha venido incrementando en la industria fabril colombiana ⁽²²⁾, la intensidad de capital también lo ha hecho dada la estrecha correlación entre tamaño de planta y uso de capital. De otra parte, como el crecimiento del producto industrial se ha originado fundamentalmente en los grandes tamaños ⁽²³⁾ la intensidad de capital a nivel global de la industria ha logrado mayores incrementos por los cambios en la composición del producto a nivel de tamaños. Igual-

21. Ibid, pág. 60.

22. Ver sobre esto, Fierro, Marco. "Concentración, cambio estructural y empleo en la industria colombiana", Cuadernos del CEDE, Universidad de los Andes, Bogotá.

23. Ibid.

CUADRO N° 14

RELACION CAPITAL/TRABAJO EN LOS SECTORES INDUSTRIALES POR TAMAÑO DE ESTABLECIMIENTO *

Sector	0 - 4		5 - 7		8 - 9	
	1967	1968	1967	1968	1967	1968
20	148.450	215.650	525.060	552.850	498.720	596.200
21	264.620	142.680	690.530	563.100	1.206.580	1.473.300
22	44.080	45.780	20.580	45.590	2.687.680	3.202.410
23	136.280	89.240	144.400	166.180	248.570	327.880
24	117.280	70.990	114.570	144.700	185.320	168.590
25	102.060	91.170	138.030	122.970	163.400	241.860
26	70.440	59.550	66.530	80.700	93.120	356.460
27	171.650	157.970	415.950	471.270	394.280	674.950
28	86.510	81.560	198.700	149.840	298.750	298.440
29	56.670	93.540	146.310	243.940	353.830	282.580
30	92.920	166.220	158.820	292.760	330.050	447.020
31	290.050	322.700	657.250	679.930	654.680	768.300
32	1.004.050	749.580	673.350	988.560	2.624.000	3.204.830
33	66.770	67.590	110.670	131.980	233.930	307.300
34	379.450	591.360	665.990	608.760	451.040	504.220
35	90.470	122.350	172.950	341.050	257.280	339.060
36	68.660	63.500	122.600	200.630	156.520	182.010
37	132.860	180.100	338.580	375.040	333.140	414.390
38	83.850	21.760	147.040	177.810	159.470	774.750
39	102.430	80.590	201.250	474.830	312.920	365.670
Total Industria	135.950	138.100	293.660	317.720	445.130	551.380

Fuente: Datos elaborados en base a tabulados en el DANE 1966-68.

* Para la obtención de los datos se aplicó la siguiente fórmula:

$$\frac{VA - WLT}{LT \times 0.10} = \frac{VA - WLr}{Lr} = \frac{VA (LT - Lr)}{LT \cdot Lr} \cdot 1$$

Donde:

LT = Personal total ocupado

Lr = Personal ocupado remunerado.

Tomado: Fernández, Javier y Motta, María Teresa. "Precio de los factores y escogencia de tecnología: El caso colombiano", Mimeo, Universidad del Valle, pág. 61.

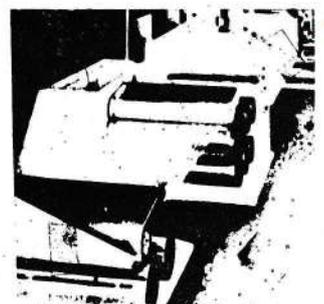
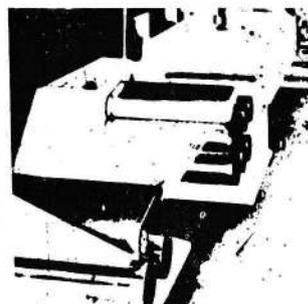
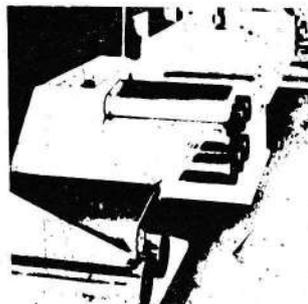
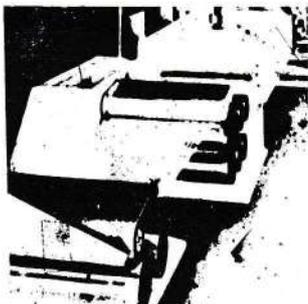
mente, los cambios en la composición del producto según sectores de origen han favorecido la intensificación de capital dado que los sectores caracterizados por su mayor relación capital-trabajo han logrado una mayor participación en el producto. (Ver cuadro 15).

2.2. Los precios de los factores.

La evidencia entonces, tiende a respaldar plenamente el hecho de la creciente incorporación de téc-

nicas más intensivas en capital dentro de la industria colombiana. Subyace el problema de la determinación de los factores que han favorecido y estimulado la selección de técnicas más intensivas en capital.

Por un lado se afirma que la escogencia de ellas está basada en los costos relativos de los factores, lo que impulsa a los productores a utilizar en una mayor proporción el factor más barato, bajo el presupuesto de racionalidad económica que naturalmente busca



siempre la maximización de las ganancias. Marco Fierro por ejemplo ⁽²⁴⁾ es muy claro el plantear cómo las distorsiones presentadas en los costos privados de los factores, preferencialmente el de factor trabajo, tienden a generar altas tasas de desempleo. Para este autor, lo deseable sería adoptar políticas tendientes a reducir el costo de la mano de obra, estimulando así la utilización de técnicas menos intensivas en capital, lo cual redundaría en una aceleración del ritmo de absorción de empleo por parte del sector industrial.

La OIT por su parte, otorga también un gran peso en la explicación de la insuficiencia de captación de empleo del sector industrial, a las distorsiones en los precios relativos de los factores ⁽²⁵⁾. Sin embargo, la OIT señala que la distorsión no se encuentra únicamente en el precio del factor trabajo sino también en el costo del capital, debido a la sobrevaluación del tipo de cambio y a los subsidios en la tasa de interés de los créditos a largo plazo.

Sobre la base de los paradigmas neo-clásicos, lo anterior presupondría que la elasticidad de sustitución entre capital y trabajo es relativamente alta (al menos mayor que cero), de tal manera que efectivamente los cambios en los precios relativos de los factores impliquen cambios en la intensidad de uso de éstos. Dentro de estas concepciones, el Departamento Nacional de Planeación realizó unas estimaciones de dicha elasticidad concluyendo que su valor se sitúa alrededor de la unidad ⁽²⁶⁾.

El CIE critica acerbamente esta concepción del problema del empleo. En primer lugar, sus críticas se dirigen al tipo de función de producción seleccionado por el Departamento Nacional de Planeación para estimar la elasticidad de sustitución. Como bien se sabe, la función de producción de tipo C.E.S. presupone el funcionamiento de un mercado competitivo, lo cual se aleja diametralmente del real funcio-

24. *Ibid*, pág. 9.

25. OIT, *Hacia el pleno empleo*, Ginebra, 1970, págs. 116-117-118.

26. Departamento Nacional de Planeación, "Breve esquema sobre el problema del desempleo en Colombia", U.P.G., junio 1970. Una reseña crítica acerca de los métodos para estimar la elasticidad de sustitución se encuentra en el artículo de Silva, Jaime, "Algunos Comentarios respecto de los estudios de sustitución en los países en vía de desarrollo", en *Tecnología y Empleo en Colombia*, Universidad de los Andes, Bogotá, 1976.

CUADRO N° 15

PARTICIPACION DE LAS CLASES DE TAMAÑO EN EL EMPLEO

Tamaño	% de empleo		Cambio Porcentual
	1962	1968	
1-4	3.6	3.4	— 0.2
5-9	7.9	7.1	— 0.8
10-14	5.3	5.1	— 0.2
15-19	4.2	2.3	— 1.9
20-24	3.4	3.0	— 0.4
25-49	11.2	10.1	— 1.1
50-74	6.9	7.9	1.0
75-99	4.6	4.9	0.3
100-199	12.5	13.0	0.5
200 y más	40.4	43.2	2.8
TOTAL	100.0	100.0	

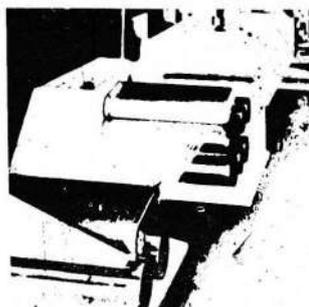
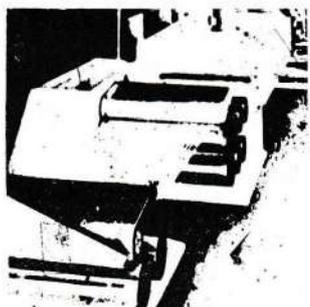
Fuente: Fierro, Marco. "Concentración, cambio estructural y empleo en la industria colombiana", CEDE, Universidad de los Andes, Bogotá, 1974.

namiento del mercado industrial colombiano. Para superar esta limitación, el CIE realizó una estimación sobre la base de un modelo que abandona los presupuestos de competencia perfecta y de rendimientos constantes a escala, considerándolo como más realista ⁽²⁷⁾. Las estimaciones del CIE en base a este modelo dan por resultado una elasticidad de sustitución cercana a cero, lo cual llevaría a afirmar que los cambios en los precios de los factores no ejercen influencia alguna en la selección de técnicas.

Sin embargo, ni los estimativos de Planeación, ni los del CIE resultan estadísticamente significativos, con lo cual, poco se podría afirmar contundentemente al respecto. Pero las críticas del CIE van más allá de la simple estimación estadística: lo que ellos cuestionan es la naturaleza misma de estos modelos y el uso que de ellos se hace. Básicamente, critican el presupuesto que tras de todos ellos está subyacente y es el de la maleabilidad del capital, es decir, de la posibilidad de transformar en un momento dado una máquina en mano de obra o al contrario.

En esta perspectiva, según estos autores, lo más realista es presuponer la existencia de coeficientes fi-

27. Basado en el trabajo de S. Phoebus, Dhrymes. "Some extension and test for the C.E.S. class of production function". *Review of economics and statistics*, Vol. XLVIII, N°. 4.



jos, tal como los modelos de tipo Leontief. Esta conclusión parece estar apoyada por las respuestas que los empresarios dieron en una encuesta realizada por el mismo CIE, en la cual se concluía que la decisión sobre la selección de técnicas por parte de los empresarios, es independiente de los precios de los factores, y tienen escasas posibilidades de sustitución entre capital y trabajo.

Para el CIE, el problema reside en última en la dependencia tecnológica a que se encuentra sometida la economía colombiana, que la lleva a importar tecnología de naturaleza intensiva en capital ajustada a las condiciones de los países altamente industrializados, pero no a las características de la economía colombiana. De otra parte, la adopción de estas técnicas es un resultado obligado por parte de los empresarios nacionales, para enfrentar así a la competencia externa e imponer "barreras" internas a la misma.

El trabajo de Fernández y Motta se ubica también dentro de los análisis que explican la selección de técnicas sobre la base de los precios relativos de los factores. Sin embargo, la metodología utilizada es radicalmente diferente a las basadas en los esquemas tradicionales neo-clásicos que le permiten superar las críticas hechas a éste. En primer lugar y como ya hizo mención, la definición de capital se relaciona más bien con los servicios financieros inmovilizados y no con los elementos físicos de éste. Esto de por sí le permite superar los obstáculos que sobrevienen de la medición del capital.

En segundo lugar, plantea que la decisión tecnológica "es resultado de una estrategia basada en expectativas sobre las condiciones de mercado en el largo plazo y poco sensible a cambios en las condiciones de corto plazo" (28). En otras palabras, los cambios en los precios de los factores en el corto plazo no son pertinentes al empresario. En este sentido, la sustituibilidad entre trabajo y capital, es un problema que se plantea "ex-ante" y por tanto las críticas sobre la maleabilidad y sustituibilidad del capital ante cambios instantáneos en los precios relativos de los factores, quedan sin validez.

Sobre estas bases, los factores que están afectando la selección de técnicas son los costos de los servicios de capital y los de mano de obra (29). Entre los costos de los servicios de capital deben tenerse en cuenta naturalmente la tasa de obsolescencia, el período de vida de equipos, la tasa de depreciación, el valor nominal de los equipos y obviamente la tasa de interés sobre el capital de trabajo y sobre el capital fijo.

Dadas las expectativas de los empresarios respecto al curso futuro de los costos del capital y del trabajo y ante opciones tecnológicas alternativas en relación a la intensidad de capital, éstos decidirán por aquella tecnología que les ofrezca un valor actual neto mayor. Si, como en el caso colombiano, las tasas de interés se encuentran fuertemente subsidiadas, la

tasa de inflación las hace en términos reales más reducidas aún, son bajas las tasas de depreciación, el tipo de cambio se encuentra sobrevaluado y por otra parte, el costo de la mano de obra tiende a incrementarse por razones de legislación sobre seguridad social y acción de los sindicatos, la tendencia será que los empresarios opten por aquellas tecnología más intensivas en capital, como consecuencia de las distorsiones en los costos relativos de los factores.

De otra parte las modificaciones históricas en la relación capital-trabajo, las diferencias entre la relación capital-trabajo promedio y marginal y las existencia de diferentes relaciones capital-trabajo a nivel de tamaños, permiten afirmar que sí existen opciones tecnológicas alternativas. Por lo tanto, en estas condiciones sí aparece claramente una influencia de los costos relativos de los factores sobre la elección de técnicas.

2.3. La demanda efectiva.

Dentro de otra perspectiva, la deficiente capacidad de absorción de empleo por parte del sector industrial es considerado como resultado de la insuficiencia de demanda efectiva. Para algunos autores (30) el problema de la demanda efectiva se encuentra por el lado de las importaciones o en otras palabras, en la capacidad de generar un alto volumen de exportaciones que financien las importaciones de bienes de capital y de bienes intermedios necesarios para el desarrollo industrial. Para otros, esta insuficiencia se relaciona con los requerimientos cada vez mayores de inversión que imponen las técnicas intensivas en capital (31). En estos dos enfoques la insuficiencia de la demanda efectiva se plantea a nivel de las dos brechas: la de ahorro interno y la de divisas.

Para Currie (32), contrario a los enfoques anteriores, la insuficiencia de demanda efectiva sobreviene por la inmovilidad de los factores lo que ha dado por resultado un dualismo a nivel de la economía. La lenta capacidad de absorción de empleo del sector industrial se origina en los reducidos grados de crecimiento del producto y éstos a su vez son producto de los bajos niveles de ingreso de un gran volumen de la población colombiana que se encuentra incorporada a actividades de baja productividad monetaria. En estas circunstancias, el desempleo disfrazado se constituye en causa y efecto de la lenta absorción de empleo de los sectores con mayor productividad monetaria, entre ellos el sector industrial, es decir de la inmovilidad de los factores. Esta inmovilidad es provocada por diversos factores entre los cuales vale la pena destacar en primer lugar la lenta descomposición de las pequeñas unidades productivas agrarias y en segundo lugar la apropiación de los beneficios del progreso técnico por parte de los trabajadores

28. Fernández, Javier y Motta María Teresa. Op. cit., pág. 34.

29. Entre los costos de los servicios del trabajo se incluirán aspectos relacionados con la legislación laboral. Esto superaría las críticas de Silva J. en el artículo citado acerca de la influencia de los precios relativos en la selección de técnicas.

30. Taylor, Lester. "Macroeconomics and fiscal policy in an import constrained under development country: The case of Colombia", Revista Planeación y Desarrollo, enero 1969.

31. Ver entre otros OIT, op. cit.

32. Las ideas de Currie se encuentran expresadas en "El plan de las cuatro estrategias", Revista DANE, noviembre 1971, Bogotá.

y empresarios involucrados a las actividades de alta productividad.

En realidad, entre lo que Currie denomina barreras a la inmovilidad se encuentran factores relacionados con el monopolio de vendedores y el papel de los sindicatos. Señala cómo los incrementos de productividad que se generan en el interior de las grandes unidades productivas industriales son apropiados casi que exclusivamente por la fuerza de trabajo allí incorporada y por parte de los empresarios. En estas condiciones, el mayor ingreso real generado no se distribuye en el conjunto de la economía y por el contrario, a través de precios relativamente más altos excluye la participación en el consumo de un gran volumen de población. Al no presentarse una expansión de la demanda efectiva por el mecanismo de precios, la expansión de la producción no encuentra estímulos suficientes y por tanto la absorción de empleo se encuentra fuertemente restringida. En últimas, es la falta de competencia la que obstaculiza la movilidad de la mano de obra y por tanto la creciente incorporación de ésta dentro de los sectores que gozan de un alto nivel de productividad⁽³³⁾.

Resulta entonces un volumen global de demanda efectiva relativamente bajo que se orienta hacia ciertas ramas productivas cuya magnitud y ritmo de crecimiento no puede ser muy acelerado. Entre tanto, las demandas potenciales de aquel volumen de la población que queda excluido de los beneficios del progreso técnico, no juegan papel alguno para estimular la expansión de la producción de las industrias de bienes de consumo masivo, lo que entorpece la incorporación de grandes volúmenes de fuerza de trabajo en el sector industrial. Como se ve, estos planteamientos de Currie no están señalando a los mejoramientos de productividad como responsables de la débil capacidad de absorción de empleo del sector industrial. El problema subyace en la distribución de los beneficios de estos incrementos de productividad y su efecto sobre la expansión de la demanda efectiva y la composición del producto industrial.

III. EL DESARROLLO TECNOLÓGICO

1. La intensidad del progreso técnico

El proceso de incorporación de tecnología en la industria fabril en Colombia ha avanzado tan aceleradamente en los últimos años, que lleva a varios autores a colocar al país internacionalmente como a uno de los poseedores de mayores niveles tecnológicos, dentro del grupo de los llamados sub-desarrollados⁽³⁴⁾.

Dicha tecnología se involucra al proceso industrial fabril condensada en los bienes de capital importados de los países productores de tecnología y en los procesos productivos y materias primas exigidos por los nuevos bienes que entran a formar parte de la estructura productiva y por todo el proceso innovador que se da en los ya existentes.

Al llegar el proceso de sustitución de importaciones a volcar su peso sobre las ramas productoras de bienes intermedios, de capital y bienes de consumo duradero, las técnicas necesarias para producirlos, por su naturaleza misma, son altamente intensivas en tecnología, lo que se refleja en mayores grados de mecanización y de automatización de los procesos productivos.

Es el caso por ejemplo de la petroquímica y de la química en general, del grupo de las metalmecánicas y de la industria del papel⁽³⁵⁾, que absorben una gran parte de los nuevos productos y procesos que se dan en el período 1958-1974.

Por otra parte, dentro de los renglones que componen los denominados bienes de consumo duradero, se presenta un crecimiento notable de la producción a través de la diversificación de ésta, que trae como resultado la incorporación de nuevas tecnologías. El sector de alimentos se diversifica con la fabricación de alimentos en conservas, productos con nuevas propiedades y presentaciones, etc. El de textiles, fundamentalmente por medio de la introducción de fibras sintéticas y para lograr mayores posibilidades de competitividad en el mercado mundial, realiza notables mejoras en la calidad por medio de la introducción de adelantos tecnológicos en la producción de bienes ya existentes (en telas de algodón con la introducción del telar sin lanzadera).

Poveda Ramos⁽³⁶⁾ hace una demarcación temporal de las tendencias tecnológicas fabriles a nivel nacional así:

1957 - 1961

Este período tecnológico se caracteriza por la modernización de industrias y ramas ya existentes:

Siderúrgica: Laminación de aceros planos, tubos de acero.

Metalmecánica: Mecanización con máquinas-herramientas.

Cemento: El horno rotatorio.

Textil: Telar sin lanzadera.

Alimentos: Refinación de azúcar.

1961 - 1966

Se diversifica la producción con la introducción de nuevas industrias "casi todas de elevado nivel tecnológico, y casi todas de propiedad extranjera o bajo control extranjero"⁽³⁷⁾.

Química: Fertilizantes nitrogenados, sucroquímicas.

Papel: Papel de bagazo.

Textil: Fibras de Nylon y de Poliéster.

33. Ver sobre estos planteamientos, Currie L., *Algunas barreras en la vía del Desarrollo*, Tercer Mundo, 1965, Bogotá.

34. Ver CIE, op. cit., pág. 11 y Poveda, Gabriel. "Políticas..", op. cit.

35. Poveda, Gabriel. Ibid.

36. Poveda Ramos, Gabriel. Ibid, pág. 36 y 37.

37. Poveda Ramos, Gabriel. Ibid, pág. 37.

Metalmecánicas: Taladro y fresadora para metales, ensamble de arados.

El período 1967-74 se podría caracterizar así: Políester filamento continuo para la industria textil, chips de políester y de caprolactama para la industria de plásticos; y por otra parte, las metalmecánicas viven su auge con el ensamble de automotores.

Además, la producción para exportación se expande a través de ensanches de plantas que involucran técnicas más avanzadas y lo hace fundamentalmente en las ramas de cementos, azúcar y textiles.

En general, para el período 1958-1974, el sector productor de bienes intermedios, casi que monopoliza los nuevos productos y procesos, y por la naturaleza de éstos, es un sector altamente intensivo en tecnología. Al ser este mismo sector el motor impulsor del desarrollo fabril para el período, es muy fuerte su incidencia en la tasa de tecnificación de la industria nacional.

Por su parte, de las ramas industriales productoras de bienes de consumo duradero y de bienes de capital, que acusan un considerable crecimiento durante los años 1958-74, puede decirse, al igual que de los bienes intermedios, que nacen altamente tecnificados y logran incorporar una tecnología relativamente moderna.

En cuanto a la rama de bienes de consumo no duradero, al crecer por diversificación, incrementan su nivel tecnológico y este nivel tecnológico, a la vez que involucra procesos cada vez más mecanizados exige materias primas más sofisticadas, impulsando de esta forma los incrementos en tecnología necesarios para dichas producciones dentro de la rama de bienes intermedios que entran a abastecerlos de dichos insumos. En general, se puede señalar que los cambios operados en la composición del producto se asocian íntimamente a las transformaciones acaecidas en la composición tecnológica.

2. Naturaleza del progreso técnico

La nueva tecnología incorporada por la industria fabril puede considerarse como altamente intensiva en capital, por la presencia de grandes economías de escala y elevados tamaños mínimos de planta y por la encarnación dentro de los procesos productivos de complejos conocimientos científicos.

En el capítulo anterior se señaló el intenso proceso de mecanización que ha venido operando en la industria colombiana, clara expresión de carácter intensivo en capital de las nuevas tecnologías incorporadas a los distintos procesos productivos. De otra parte, la relación entre tamaños elevados, tamaños mínimos de planta y tecnología moderna, es muy estrecha dada la alta correlación existente entre intensidad de capital y tamaños de planta⁽³⁸⁾.

Desde otro punto de vista, la productividad media por trabajador, tanto en niveles como en el crecimien-

to, es un buen indicador del grado de incorporación de tecnologías en los distintos tamaños de planta. Como diversos estudios lo han comprobado⁽³⁹⁾, se presenta una gran correlación entre niveles y crecimiento de la productividad con los tamaños de planta. Por tanto, la conclusión de que la tecnología moderna inyectada a la industria nacional es de naturaleza intensiva en capital y exige grandes tamaños de planta, en razón de las economías de escala, tiene pleno arraigo en la realidad colombiana⁽⁴⁰⁾.

De lo anterior se puede concluir que el proceso de incorporación de nuevas tecnologías se ha concentrado en un determinado estrato del sector industrial colombiano. Específicamente, en las firmas de mayor tamaño. Más aún en la medida que el tamaño medio de planta se ha venido incrementando en la industria colombiana y el crecimiento del producto se explica en una gran proporción por la expansión de las grandes firmas, se puede deducir: 1) Que la tecnología moderna se ha concentrado en las grandes firmas, 2) que esta misma tecnología ha dado por resultado el predominio de las técnicas intensivas en capital y de elevados tamaños de planta, 3) que esta tecnología ha sido responsable en gran parte del crecimiento observado y 4) que la insuficiencia de absorción de empleo ha sido también un resultado de esta tecnología, en la medida que la inversión se ha concentrado en las grandes firmas.

Este patrón de incorporación de tecnologías ha tendido entonces hacia la conformación de un dualismo a nivel intrasectorial, tal como Nelson lo ha señalado⁽⁴¹⁾. Para este autor, el dualismo se presenta como producto de un proceso limitado de difusión tecnológica. Aceptando una estrecha relación entre la relación capital-trabajo y tecnología, Nelson plantea que dentro de las condiciones de precios relativos de los factores que enfrentan las grandes firmas (subsector moderno) y las pequeñas firmas (subsector artesanal), conducen a que las grandes plantas obtengan mayores beneficios aprovechando las ventajas de la moderna tecnología. Por su parte, el subsector artesanal logra fuertes ventajas comparativas optando por técnicas intensivas en mano de obra pero cuya tecnología no es muy avanzada. Estas circunstancias permiten, según Nelson, explicar la supervivencia del dualismo tecnológico.

La posición de Nelson ha sido criticada por el hecho de que éste supone competencia en el mercado del producto entre los productores de los subestratos⁽⁴²⁾. La coexistencia de estos dos subestratos puede obedecer más bien a una segmentación de los mercados de los consumidores de acuerdo a sus niveles de ingresos, una especie de mercado de competencia monopolística, y en donde la elasticidad de

39. Lauren y Taylor, *Ibid*, Fierro, M. *Ibid*, y Nelson, Richard, *op cit*.

40. Naturalmente que hay excepciones tales como en las industrias de confecciones, plásticos y algunas ramas de alimentos, en donde las economías de escala y/o los grandes tamaños de planta no son importantes.

41. Nelson, Richard. "A Study on Industrialization in Colombia". *The Rand Corporation*, 1969.

42. Corchuelo, Alberto y Misas, Gabriel. "El proceso de industrialización colombiano 1945-1958", *op. cit*.

38. Ver entre otros Fierro, Marco. *Op. cit.* y Lauren, K. y Taylor, L. "Desempleo, productividad y crecimiento", *Revista de Planeación y Desarrollo*, julio 1969, Bogotá.

sustitución de los productos según su origen tecnológico es más reducida. Sin embargo, en algunas ramas industriales es factible presuponer que estas ventajas comparativas están presentes con cierta intensidad y por tanto la incorporación de modernas tecnologías que involucrarían transformaciones en los tamaños de planta, en la organización de las mismas empresas, en el grado de mecanización, etc., no ofrecen grandes incentivos⁽⁴³⁾. Incluso, puede pensarse que los desarrollos científico-tecnológicos en este tipo de ramas son nulos en la medida que no ofrecen ciertas expectativas de rentabilidad los gastos de investigación y desarrollo. Tal hecho se presentaría quizás en aquellos productos que tienen una baja elasticidad ingreso de demanda, cuyos mercados por tanto no son muy dinámicos.

El proceso de incorporación se da bajo diferentes modalidades. Pero en este proceso aparece una constante y es el hecho de que la tecnología incorporada es transferida desde el exterior. Ahora bien, los agentes de la transferencia de tecnologías son: la inversión extranjera, los contratos de asistencia técnica, la concesión de patentes sobre marcas y procesos y obviamente las importaciones de bienes de capital y materias primas.

Dentro del proceso de internacionalización del capital ya mencionado, la inversión extranjera no sólo viene a ser uno de los agentes pilares de la expansión industrial sino también y asociado a lo anterior, la portadora de las innovaciones tecnológicas fundamentales que se han operado en la industria colombiana. En la medida en que esta inversión extranjera se ha ubicado en los denominados sectores "punta de lanza" que demuestra los índices más grandes de proceso tecnológico, se confirma la anterior afirmación⁽⁴⁴⁾. De hecho la inversión extranjera ha sido y es dominante en aquellas ramas industriales en donde predomina una moderna tecnología, originan nuevos productos y nuevos procesos productivos, ya sea en la producción de bienes intermedios, de capital y consumo duradero y no duradero.

De otra parte, las empresas nacionales que desean modernizarse o incorporar nuevas líneas de productos o procesos productivos se ven obligados a comprar tecnología en los centros productores de ésta, es decir, en los países altamente industrializados a través de contratos de asistencia técnica y de concesión de patentes y marcas. Se da entonces una estrecha vinculación entre el proceso de innovación tecnológica interna y los centros extranjeros productores de tecnología, todo lo cual le otorga un elemento adicional al proceso de internacionalización del capital.

La transferencia de tecnología extranjera aparece así como la transferencia de un factor productivo que aumenta la disponibilidad de insumos en términos de eficiencia, tal como Vaitzos⁽⁴⁵⁾ lo ha señalado. En

la medida en que la tecnología se encuentra monopolizada, esto le otorga ciertos poderes de mercado a los centros productores de tecnología que se traducen en toda una serie de costos implícitos o explícitos de la transferencia de tecnología extranjera, teniendo efectos en "paquete". Entre estos costos sobresalen: regalías, cláusulas de amarre en la compra de productos intermedios, área en que se permite la producción y/o ventas, derecho de adquirir propiedad, prohibición o derechos de exportación, servicios relacionados con el Know-how y derechos de terminación del acuerdo.

Resulta así una ganancia monopolística en la transferencia de tecnología, que es apropiada ya sea por las firmas extranjeras a través de sus subsidiarias o por el control de tecnología en las firmas que no son de su propiedad.

En los estudios realizados por el Departamento Nacional de Planeación se ofreció una amplia evidencia empírica sobre la existencia de este tipo de costos en las cláusulas de los contratos de asistencia técnica⁽⁴⁶⁾, realizados por firmas nacionales y subsidiarias de firmas extranjeras. En estas investigaciones también se evidenció el extraordinario auge de demanda de tecnología extranjera por parte del sector industrial colombiano y por ende su extremada dependencia tecnológica.

Cuando se trata de entrar a determinar las fuerzas que están estimulando e impulsando esta demanda de tecnologías extranjeras, el análisis debe concentrarse obligadamente en las modalidades específicas que asume el proceso de industrialización dentro de las condiciones de internacionalización del capital.

Así, las innovaciones tecnológicas se plantean dentro de la denominada "Teoría del Ciclo de los Productos"⁽⁴⁷⁾. Los centros productores de tecnología, empresas o corporaciones multinacionales, se encuentran permanentemente desarrollando nuevos productos o procesos sobre los cuales ejercen un poder monopolístico. Este tipo de productos en sus primeras etapas de vida se exportan hacia los países periféricos. Una vez que en estos países se ha conformado un mercado de ciertas dimensiones, dada la elevada elasticidad ingreso de demanda que tienen estos productos dentro de los estratos de altos ingresos, y dentro de ciertas condiciones de protección y de costos internos de los factores, se hace rentable invertir en esta gama de productos ya sea directamente parte de la firma extranjera que posee la tecnología o por parte de firmas nacionales a través de compras de esta tecnología⁽⁴⁸⁾.

43. Estas ventajas comparativas se darían en aquellas actividades en donde las economías de escala no son muy importantes. Panaderías, productos lácteos, confiterías, confecciones, muebles de madera, etc., ramas en donde predominan los pequeños establecimientos.

44. Ver sobre esto, Flórez, Luis B. Obra citada, Corchuelo y Misas, "El proceso de internacionalización del capital", op. cit., y Arango, Juan. Op. cit.

45. Vaitzos, Constantine. "Transferencia de recursos y preservación de rentas monopolísticas", Revista de Planeación y Desarrollo, julio 1971, Bogotá.

46. Aparte de los estudios de Planeación Nacional se encuentran los mismos estudios de Vaitzos, op. cit., y de Chudnovsky, Daniel. "Empresas Multinacionales y ganancias monopolísticas latinoamericanas", Siglo Veintiuno, Argentina, 1ª edición.

47. Vaitzos, op. cit. y Corchuelo y Misas, "La internacionalización...", op. cit.

48. En muchos casos, no es necesario que el producto se exporte. El mercado puede crearse directamente. Tal caso

A través de estos mecanismos, los países pariféricos contraen toda una serie de compromisos tecnológicos en términos de los nuevos procesos, nuevas materias primas y bienes de capital que la introducción de esos nuevos productos comporta. Esta visión del problema de la transferencia de tecnología extranjera presupone naturalmente que los patrones de producción-consumo se encuentran sobredeterminados por las relaciones de la economía nacional con la economía mundial. Es decir, están modelados por los cambios tecnológicos que se dan en los países productores de tecnología.

Es evidente que el análisis anterior resulta insuficiente si a él no se adicionan los elementos propios del comportamiento del mercado interno y de las fuerzas que allí operan. En primer lugar, los mecanismos utilizados por las firmas, que generalmente operan en mercados oligopólicos, para dinamizar sus demandas: lanzamiento de nuevos productos, con nuevas propiedades y nuevas presentaciones en donde los gastos en publicidad y propaganda adquieran un destacado papel. Este comportamiento opera con gran intensidad preferencialmente en las ramas de bienes de consumo duradero y no duradero, tales como en alimentos (productos lácteos, sopas deshidratadas, conservas, confites y dulces), confecciones (fibras sintéticas y artificiales), llantas y productos de caucho, industria del plástico, farmacéutica, electrodomésticos (neveras, estufas a gas), jabones y detergentes y en cierto grado la industria automotriz⁽⁴⁹⁾. Obviamente, toda esta gama de productos genera a su vez una serie de demandas sobre nuevas materias primas y de maquinaria induciendo así mayores demandas de tecnología.

En segundo lugar, el afán de los empresarios por reducir sus costos a través de la incorporación de innovaciones ahorradoras de materias primas, ahorradoras de capital (al incrementarse la capacidad productiva de éste) y que incrementan la productividad del trabajo por unidad de salario, para cierta relación entre costos internacionales - costos internos dadas las tasas de protección y los costos de transporte.

Es claro, que la protección aduanera, tal como se analizará en otro capítulo, ha favorecido este intenso desarrollo de las demandas de tecnologías extranjeras en la medida que ésta no es más que expresión de la política de sustituciones de importaciones. También a ello ha contribuido los incentivos otorgados a la inversión extranjera y el reducido control por parte del Estado sobre el proceso de transferencia de tecnologías extranjeras. No obstante como bien señalan Corchuelo y Misas⁽⁵⁰⁾ lo anterior es más bien expresión de las fuerzas económicas y sociales subyacentes que le imparten dinámica al sistema económico (Ver cuadro 16).

sucede cuando existe prohibición de importaciones consideradas como suntuarias.

49. Sobre estos ver: Chudnovsky, D. Op. cit., Misas, Gabriel. "Contribución...", op. cit. y Corchuelo y Misas, "La internacionalización...", op. cit.

50. Corchuelo y Misas, "La internacionalización...", op. cit.

V. LA CONCENTRACION INDUSTRIAL

El grado de concentración de la industria colombiana ha sido objeto de dos investigaciones. La de Marco Fierro⁽⁵¹⁾ intenta medir tanto los cambios en el grado de concentración en el tiempo como el nivel de éste en un momento dado. La metodología empleada se basa en los índices de Niehans y Herfindahl, los cuales miden el grado de concentración a nivel de plantas o establecimientos. El período estudiado por este autor es el de 1962 a 1968.

De acuerdo con el comportamiento de los índices, se concluye que durante este período el grado de concentración de las industrias en general ha aumentado a través del tiempo aunque en forma muy lenta. Este incremento en los grados de concentración ha sido producto del incremento del tamaño medio de las plantas medido por el número de trabajadores, es decir, que los establecimientos han ido paulatinamente incrementando su tamaño y de esta forma teniendo una mayor participación en el producto de las industrias, las plantas con mayor tamaño. Sin embargo, la mayor participación de las grandes firmas ha sido contrarrestada por la entrada de pequeños establecimientos.

El interés de Fierro, como ya se ha analizado anteriormente, está en observar los efectos que tienen estos cambios en la concentración sobre la capacidad de absorción de empleo de la industria. Por tanto sus análisis respecto a las estructuras de mercado no le son pertinentes. Por el contrario, el análisis de Misas⁽⁵²⁾ está dirigido fundamentalmente a observar estas estructuras de mercado a nivel de las distintas industrias.

La metodología de Misas está basada en los trabajos de Bain, la cual mide el grado de concentración de acuerdo con la participación en el producto industrial de las distintas empresas que son a su vez un conglomerado de plantas o establecimientos.

Misas trabaja a nivel de tres dígitos de la clasificación internacional industrial uniforme, lo cual conlleva algunos problemas derivados de la definición de industria (producto homogéneo) para establecer con exactitud el grado de concentración y su estructura de mercado. Esta situación se agrava más cuando impera dentro de una industria determinada una fuerte diferenciación del producto, por razones de marca, publicidad y propaganda, etc. La conclusión es la de que la industria colombiana se encuentra altamente concentrada, presentándose así el dominio de estructura de mercado oligopólicas. En particular las industrias que muestran más alto grado de concentración pertenecen al grupo de bienes intermedios (química básica, petroquímica, papel y cartón, textiles, hilados y tejidos, cemento, vidrio, alambres y cables eléctricos, envases metálicos), de bienes de consumo duradero (neveras, aparatos de televisión, automóviles) y bienes de capital (motores eléctricos, transformadores, baterías, calderas, maquinaria textil, maquinaria agrícola, máquinas de coser).

En las industrias de bienes de consumo final, los grados de concentración tienden a ser reducidos, con

51. Fierro, Marco. Op. cit.

52. Misas, Gabriel. "Contribución...", op. cit.

INDICE CRONOLOGICO DEL DESENVOLVIMIENTO TECNOLOGICO

Años	Grupo *	Nuevos Productos	Nuevos Procesos
1958	I	Tubos de acero cost. (simes)	I Fundición centrífuga
1959	K	Calderas acuatubulares	
1959	I	Hilazas de Nylon (Vanylon)	I Laminación de aluminio
1960	I	Papel Tissue	I Proceso Fourcaul (vidrio plano)
	I	Lámina de acero	I Laminación de acero plano en caliente y en frío CU
	C	Azúcar refinado	
	I	Vidrio plano	
	K	Transformadores	
	I	Resinas alquídicas	
	I	Pulpa	
		Bagazo caña	
1961	I	Papel de imprenta y escribir	
	I	Acido nítrico	K Ensamble automotor
	K-CD	Ensamble automotor	I Conversión química de bagazo a pulpa (PROPAL)
	I	Fibra de nylon	
1962	I	Urea	I Producción de gas de síntesis lavado de lana
	I	Tops de lana	Peinado de lana (Tops)
	I	Cloruro férrico	I Producción fertilizantes
	I	Nitrato de amonio	
	I	Acidos grasos	
	I	Agua oxigenada, resinas fenólicas	
1963	I	Nitrato de amonio	
	I	Formadehido Fenolformaldehido	K La forja estampa pesada
	I	Urea-Formaldehido	I Extursión cobre y aluminio
	I	Fibra poliester	I Polimerización de resinas artificiales
1964	I	Fibra de poliester	
	I	Lana de vidrio	
	I	Resinas PVC	C Extracción aceites vegetales por solventes.
	I	Melamina	I Carburización de calcio en horno eléctrico
	I	Formaldehido	
	I	Acetato de polivinilo	
1965	I	Carburo de Calcio	
	I	Hidrosulfuro de sodio	I Clorinación de acetileno
1966	I	Chips de nylon	
	K	Telares	
	I	Poliestireno	
	K	Taladro de fresadora para metales	
	I	Poliester filamento	
	K	Motores eléctricos	
	I	Negro de Humo	
	I	Nylon filamento continuo	
	K	Ensamblados de arados	
	CD	Lavadora doméstica (motor)	
1967			I Obtención de pulpa de maderas tropicales
			I Fundición de hierro nodular (Simesa)
1968	K	Torres para línea transmisión	
	I	Poliester filamento continuo	
	K	Tornos para metales	
1969	I	Hojalata electrolítica	
1970	I	Parafina	
	I	Resinas poliestéricas	
1971	I	Acido acético (Sucroquímica)	Procesos industriales de fermentación (ácido acético sucromiles)
	I	Etileno (Ecopetrol)	
1972	I	Gelatina comestible Progel (Manizales)	
	I	Chip de poliester	
	I	Caprolactama (monómeros)	
	I	Chip de caprolactama	
	I	Poliestireno de baja densidad (policolsa)	
1973			
1974	I	Acido cítrico (sucromiles)	I Clorinización de etileno

* C Bienes de consumo no duraderos.

CD Bienes de consumo duraderos.

I Bienes intermedios.

K bienes de capital.

Fuente: Poveda Ramos, Gabriel, *Política económica, desarrollo industrial y tecnología en Colombia, 1925-1975*, COLCIENCIAS, 1976, Bogotá.

la excepción de la industria de cerveza, gaseosas, leche en polvo, galletería, cigarrillos, sopas deshidratadas, café soluble y alimentos concentrados. Sin embargo, lo característico aquí es que la diferenciación del producto alcanza un elevado grado, conformándose estructuras oligopólicas con bajo grado de concentración, pero una gran diferenciación del producto. Esto es característico en algunas ramas de la industria de alimentos, en la industria de confecciones, muebles de madera, farmacéutica y jabón y detergentes. (Ver cuadro 17).

CUADRO N° 17

DISTRIBUCION PORCENTUAL DE LA PRODUCCION SEGUN NATURALEZA DEL BIEN POR GRADOS DE CONCENTRACION, EN 1968

Grado de Concentración	Bienes de Consumo	Bienes de Capital	Bienes Intermedios
A 75%-100% producido por tres firmas	15.1	10.9	35.3
B 50%-75% producido por cuatro firmas	20.9	13.4	13.6
C 25%-50% producido por cuatro firmas	46.8	41.8	36.4
D* 0%-25% producido por cuatro firmas	17.2	33.9	14.7

* Incluye las industrias excluidas en el análisis de concentración.

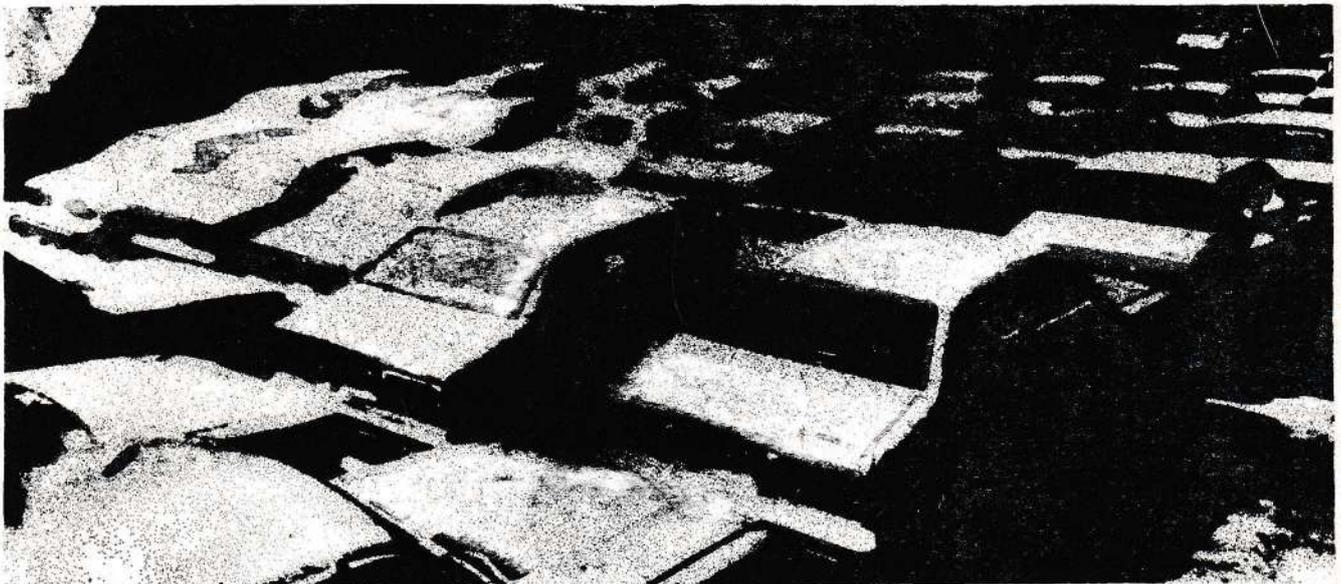
Fuente: Misas, Gabriel. "Concentración en la industria colombiana". DANE, Boletín N° 266, pág. 148, 1973, Bogotá.

De los análisis acerca de los efectos de estas estructuras de mercado, bien pueden destacarse los siguientes:

1. Existencia de tasas diferenciales de ganancias según grados de concentración y que son permitidas por las barreras a la entrada que imponen las estructuras oligopólicas. Tales barreras a la entrada se originan por los grandes tamaños mínimos óptimos de planta que imponen las tecnologías modernas frente a tamaños de mercado relativamente reducidos, por los montos de capital requeridos, por las tecnologías y los tamaños de planta, por los costos de ventas necesarios para captar una parte del mercado y por la escasez de divisas que determina una discriminación en la concesión de ellas. Tales barreras a la entrada consolidan la estructura oligopólica y los grados de concentración y al mismo tiempo obtienen tasas diferenciales de ganancia.

2. Un patrón de expansión del sector industrial en base a la introducción de nuevos productos y diversificación de los existentes, como mecanismo básico de dinamización de los mercados, con lo cual se superan las limitaciones derivadas de la demanda efectiva y la saturación de los mercados.

Por otra parte, se establece una estrecha correlación entre grados de concentración, intensidad de capital, predominio del capital extranjero con las tasas de crecimiento alcanzadas por las mismas industrias, lo cual corrobora lo dicho en los capítulos anteriores acerca de la naturaleza de las tecnologías incorporada, el patrón de difusión tecnológica y capacidad de absorción de empleo.



Ponencia presentada a nombre de la facultad de Ciencias Humanas de la Universidad Nacional, sede de Medellín, en el III Foro Nacional de Filosofía realizado en Bogotá durante los días 26, 27 y 28 de julio de 1978.

La coyuntura en la cual se sitúa el trabajo actual con respecto a las prácticas discursivas, cobijado en forma genérica bajo el nombre de "reflexión epistemológica", nos sitúa ante una doble perspectiva que por su misma ambigüedad ha permitido el surgimiento, básicamente, de dos actitudes aparentemente contradictorias con respecto a dicho trabajo y sobre los cuales quisiéramos hablar:

Al lado del auge positivo y fructífero —aunque a veces inusitado— que el tratamiento de ciertos problemas epistemológicos ha tomado en nuestro quehacer pedagógico, se encuentra el rechazo generalmente violento de la "intromisión" de estas temáticas en el dominio de las disciplinas científicas, rechazo llevado a tales extremos que entra de lleno a descalificar como no pertinentes, tanto la eficacia, cuanto la legitimidad de tal trabajo.

Quizás ambos caminos se distancien y se legitimen uno contra otro, —polémica que ha dominado el planteamiento de las diferencias entre ambas perspectivas—: lo cierto es que ambas parten de un mal entendido común: la no delimitación de los terrenos en los cuales se ejerce como pertinente la reflexión epistemológica.

Que la epistemología haya abierto un debate contra todas las visiones totalizantes; se haya puesto en abierta oposición con las manipulaciones ideológicas y pedagógicas de los sistemas filosóficos clásicos; haya, en fin, abierto nuevas perspectivas de trabajo para el quehacer filosófico, es un hecho innegable. Es sabido que tal tipo de trabajo tiene como condición de posibilidad para su realización, la puesta en escena del carácter histórico de la producción de los conocimientos⁽¹⁾, historicidad que le ha permitido diferenciarse de los intentos filosóficos tradicionales por construir modelos de científicidad absolutos, únicos e incondicionalmente valederos y de los cuales una larga tradición filosófica ha dado varios ejemplos. Y unida a esta historicidad, el trabajo epistemológico ha puesto de presente la necesidad de elaborar una serie de temáticas y conceptos que son ya familiares a nuestra práctica: piénsese no más en conceptos como discontinuidad, ruptura, obstáculo, análisis recurrential, formación de conceptos, constitución de objetos, etc.

Sin lugar a dudas la eficacia que el tratamiento de este tipo de problemas tiene frente a las formas tradi-

1. Véase por ejemplo: Canguilhem G., "El objeto de la historia de las ciencias" en *Etudes d'histoire y de philosophie des sciences*. J. Vrin ed. (trad. de María Luisa Jaramillo).

obstáculos pedagógicos en la enseñanza de la epistemología



j. jairo
montoya g.

cionales de abordar el análisis de las teorías, se manifiesta en las posibilidades investigativas que abre.

No obstante es necesario reconocer allí limitaciones internas que la misma práctica epistemológica conlleva, más como situaciones planteadas por los mismos discursos sobre los cuales se desarrolla, que como carencias por parte del epistemólogo.

Y es aquí donde se hace necesario delimitar el alcance del trabajo designado como epistemología así como clarificar el dominio sobre el cual se ejerce. ¿Cómo pensar por ejemplo bajo dicho término, el análisis de cualquier tipo de discurso olvidando de paso "las diversas emergencias" en las cuales se sitúa? ¿Cómo pasar por alto el hecho de que en la historia de su constitución los discursos entran en instancias que definen su coherencia y determinan sus momentos de constitución interna? ¿Cómo, en fin, analizar esto que Bachelard ha designado con toda propiedad umbrales, no como los simples niveles de racionalidad de la "teoría", sino como las diferentes etapas —sin que ello implique tampoco la idea de secuencia lineal y obligatoria— de la formación histórica de las teorías?

No obstante dichos interrogantes no deben confundirse con lo que es el trabajo epistemológico. Cuando más son preguntas que se deben resolver al interior del análisis de las teorías, sin que por ello necesariamente se haga un trabajo específicamente epistemológico.

Pensar que por el hecho de mostrar "el punto de estratificación entre formaciones discursivas definidas por su positividad y unas figuras epistemológicas que no todas son forzosamente ciencias (y que por lo demás jamás llegarán quizás a serlo)"⁽²⁾, es realmente hacer un trabajo que si bien tiene todo un dominio de validez —y de hecho es éste el terreno en el cual por nuestra misma formación filosófica nos movemos casi todos— no debe confundirse con el trabajo propiamente epistemológico. Vale decir: este trabajo tiene condiciones muy concretas: es un análisis que se desarrolla al interior de teorías científicas constituidas como tales (sus normas de validez no las define la epistemología) y en donde como dice D. Lecourt, se trata de "estudiar, descubrir y analizar los problemas tales como se plantean o se eluden, se resuelven o se desvanecen en la práctica efectiva de los investigadores"⁽³⁾.

En síntesis esta exigencia del conocimiento de las teorías sobre las cuales se ejerce la reflexión episte-

mológica nos sitúa ante la necesidad de diferenciar los diversos dominios sobre los cuales es posible desarrollar este trabajo como pertinente. Y quizá es aquí donde se da la primera perspectiva de la cual hemos hecho mención al comienzo de este análisis, porque es frecuente encontrar el traspaso de conceptos elaborados básicamente en la reflexión epistemológica de las ciencias naturales, bien a otras teorías que si plantean las mismas discusiones básicas con respecto a su formación y constitución, no obstante ofrecen peculiaridades que es necesario no olvidar a la hora del análisis, o bien a formas de análisis donde más que la teoría misma, lo que está en juego es ella, en la medida en que "da lugar a un saber (no necesariamente científico) y en que ese saber toma el estatuto y el papel de ciencia"⁽⁴⁾.

La primera extrapolación da lugar a buscar en una teoría problemas que no existen (piénsese en lo problemático de ciertos conceptos del análisis de las ciencias matemático-deductivas transpasados a las ciencias llamadas sociales); la segunda, da lugar a convertir "la epistemología" en el único análisis posible, olvidando la especificidad de reflexiones tan distintas como la propiamente filosófica, la arqueológica, etc. En aras de tal generalidad, se pierde así la pertinencia de estos análisis y la eficiencia que ellos puedan tener.

Igual causa es la que produce aquella segunda perspectiva y que aquí sólo esbozaremos:

¿Qué razón más valedera hay para rechazar el análisis epistemológico, como generalmente se ha hecho por parte de muchos hombres de ciencia, sino el desconocimiento del terreno específico y delimitado sobre el cual ha de moverse dicho análisis? Cuando los problemas de una ciencia específica no se plantean en su propio terreno es difícil encontrar, inclusive, la manera de formularlos. Cuando se abordan y se elaboran desde regiones distintas, es fácil rechazarlos como no pertinentes. En ambos casos y desde ángulos distintos se oculta el mismo problema.

No sin razón el proyecto de establecer relaciones interdisciplinarias entre las diversas actividades científicas, ha de ser repensado; porque teniendo a su base ese terreno tan ambiguo —por lo no delimitado— del trabajo epistemológico, dicho proyecto se ha convertido en un verdadero obstáculo para la justa reflexión sobre las ciencias, permitiendo de paso que la epistemología adopte en su funcionamiento algo que ella por su mismo estatuto ha de poner en tela de juicio: las visiones totalizantes del conocimiento.

2. Foucault M. *La arqueología del saber*. Ed. Siglo XXI editores S. A. Méjico, 1971. p. 321.

3. Lecourt D. *Para una crítica de la epistemología*. Ed. Siglo XXI, Argentina, 1973. p. 71.

4. Foucault M. *La arqueología del saber*, op. cit., p. 321.

colaboradores

jorge villegas

Nació en el Líbano, Tolima en 1934 y murió en Bogotá el 7 de diciembre de 1977. Arquitecto. Profesor de la facultad de Economía de la Universidad de Antioquia e investigador en el CIE. Investigador en el DANE. Redactor de la revista del DANE. Fundador de la revista *Alternativa*. Autor de: *Petróleo Colombiano Ganancia Gringa*, Ediciones Peñaloza (6 ediciones); *El Libro Negro de la Represión —Frente Nacional 1958-1974—* (en colaboración, Bogotá, Editorial Gráficas Nuevo Mundo, 1974; *Mi vida* (Crescencio Salcedo), Medellín, Ediciones Hombre Nuevo, 1976; *Sucesos Colombianos —1900-1924—*, (en colaboración con José Yunis), Medellín, Universidad de Antioquia, 1976; *Escritos Escogidos de Alejandro López*, Bogotá, Biblioteca Básica de Colcultura, 1976; *Colonización de vertiente en el siglo XIX*, Medellín, CIE, 1977; *Enfrentamiento Iglesia - Estado, 1819-1887*, Medellín, CIE, 1977; *Resguardo de Indígenas y Reducción de Salvajes 1820-1890*, (en colaboración con Antonio Restrepo), Medellín, CIE, 1977; *La Guerra de los Mil Días* (en colaboración con José Yunis), Valencia Editores, en Prensa.

margarita gonzález

Profesora del Departamento de Historia de la Universidad Nacional, Bogotá. Autora de *El Resguardo en el Nuevo Reino de Granada*, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, 1970; "El proceso de manumisión en Colombia", en *Cuadernos Colombianos*, N° 2; "Bosquejo histórico de las formas de trabajo indígena", en *Cuadernos Colombianos*, N° 4 "El estanco colonial del tabaco", en *Cuadernos Colombianos* N° 8 (los artículos publicados en la Revista Cuadernos Colombianos han sido reeditados en el libro *Ensayos de historia colombiana*, Ed. La Carreta, Medellín, 1977); "La hacienda colonial y los orígenes de la propiedad territorial en Colombia", en *Cuadernos Colombianos*, (número próximo a aparecer).

germán colmenares

Licenciado en Filosofía de la Universidad Nacional. Abogado del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario. Doctorado en Historia en la Universidad de París. Estudios e investigaciones en historia en Chile, U.S.A. y España. Profesor en las Universidades Nacional de Colombia, Sede de Bogotá, Los Andes. Profesor Visitante de la Universidad de Columbia, N. Y. Actualmente profesor en la Universidad del Valle, en donde dirige el Departamento de Historia y en donde ha sido Decano de Estudiantes. Sus libros: *Fuentes coloniales para la historia del trabajo en Colombia* (en colaboración con Darío Fajardo y Margarita González); Bogotá, Universidad de los Andes, 1968; *Partidos Políticos y clases sociales*, Bogotá, Universidad de los Andes, 1968; *Encomienda y población en la Provincia de Pamplona 1549-1650*, Bogotá, Universidad de los Andes, 1969; Las

haciendas jesuítas en el Nuevo Reino de Granada, Bogotá, Universidad Nacional, 1969; *La Provincia de Tunja en el Nuevo Reino de Granada 1539-1800*, Bogotá, Universidad de los Andes, 1970; Cali: terratenientes, mineros y comerciantes, siglo XVIII, Cali, Universidad del Valle, 1975; *Historia económica y social de Colombia 1587-1719* (2ª ed.), Medellín, Editorial La Carreta, 1976; Colaboraciones en, *Revista del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario*, Razón y Fábula, Eco, Ideología y Sociedad, Estravagario, Cuadernos Colombianos.

alberto gonzález

Licenciado en Matemáticas de la Universidad de Antioquia. Adelantó estudios de post-grado en matemáticas en la Universidad de Lexington EE. UU. Cátedras en la Universidad de Antioquia, y profesor de la Universidad Nacional, Sede de Medellín.

jaime arocha rodríguez

Antropólogo de Columbia University en la ciudad de Nueva York (M.Phil. y Ph.D.). Director del Programa de Investigación Evaluativa del Departamento de Investigaciones y Educación de la Fundación para la Educación Superior de Cali. Profesor del Departamento de Historia de la Universidad del Valle. Vicepresidente de la Sociedad Antropológica Colombiana. Miembro de la Junta Directiva de la Corporación para el Fomento de las Ciencias Sociales (CORSOCIALES). Autor de "La Violencia" in Monteverde (Colombia): Environmental and Economic Determinants of Homicide in a Coffee-Growing Municipio. Ann Arbor: Xerox University Microfilms, 1975. La No Evaluación como Antropología de Acción. Cartagena: Simposio de Investigación Acción y Análisis Científico, 1977 (también en Bogotá: Punta de Lanza, 1978). Con Alfredo Ocampo Zamorano, Encuesta sobre la Opera en Cali. Vivencias: 68, 1978. Fiesta Campesina Quindiana. Película en Super 8 mm a color, con sonido, 12 min., ganadora del segundo premio del Primer Festival Colombiano de Super 8 mm., 1977.

estanislaio zuleta

Profesor en: Universidad Libre de Bogotá; Santiago de Cali; De Antioquia; Del Valle. Vice-rector de la Universidad Santiago de Cali. Investigador en la Superintendencia de Sociedades Anónimas; Instituto Colombiano de Reforma Agraria; CIE (Centro de Investigaciones Económicas) de la Universidad de Antioquia. Co-Director de la Revista *Estrategia* en donde publicó: *Marxismo y Sicoanálisis*, Introducción a un debate sobre la política revolucionaria. En la revista de la Universidad del Valle ha publicado: *Homenaje a Thomas Mann*, y, *A la memoria de Martín Heidegger*. *Libros*: Conferencias sobre historia económica de Colombia, Editorial La Carreta, Medellín 1977; *Comentarios "A la Crítica de la Economía Política"* de Carlos Marx, Editorial La Carreta, Medellín, 1977; *Thomas Mann, La Montaña Mágica y la Llanura Prosaica*, Colcultura, Bogotá, 1977; *Lógica y Crítica: Conferencia sobre el teeteto* Universidad del Valle, Cali, 1977; *Teoría de Freud al Final de su Vida*, Editorial Latina, Bogotá, 1978.

juan gustavo cobo borda

Ha estado encargado de la redacción de la revista ECO desde su número 152, correspondiente a julio de 1972. En junio de 1978, ECO, llega a su número 200. Asistente de la Dirección, del Instituto Colombiano de Cultura, a partir de 1975, ha preparado para las ediciones que edita el Instituto una antología de la revista MITO, 1955-1962; el tomo de los *Escritos* de Baldomero Sanín Cano y una amplia recopilación de la obra de Jorge Zalamea, con el título de *Literatura, política y arte*, 1978. En 1974 publicó su primer libro de poemas: *Consejos para sobrevivir*; y en 1976 aparecieron otros dos libros suyos: *La alegría de leer*, poemas y ensayos; y *Roda, un barroco subversivo*, crítica de arte. En 1978, y dentro del volumen coléctico *Colombia, hoy*, editado por *Sí-glo XXI*, aparecieron sus "Notas sobre literatura colombiana": Sanín Cano, Luis Tejada, César Uribe Piedrahita, J. A. Osorio Lizarazo y Andrés Caicedo. Prepara, actualmente, un nuevo libro de poemas: *Ofrenda en el altar del bolero*.

benjamín farbiarz

Ingeniero. Profesor de la Facultad de Ciencias de la Universidad Nacional, Sede de Medellín. Colaboraciones en: Revista de Extensión Cultural de la Universidad Nacional, Sede de Medellín N° 1.

jaime xibillé muntaner

Ingeniero Textil de la Universidad de Barcelona; Licenciado en Filosofía y Letras de la Universidad Pontificia Bolivariana; Colaboraciones: Revista, *Escritos* de la Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Pontificia Bolivariana.

ángela marmolejo de corchuelo

Economista de la Universidad del Valle, Estudios de Post-grado en la Universidad de París.

j. jairo montoya gómez

Graduado en Filosofía y Letras en la Universidad Pontificia Bolivariana. Profesor de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Pontificia Bolivariana y de la Facultad de Ciencias Humanas de la Universidad Nacional, Sede de Medellín. Colaboraciones: Revista de Extensión Cultural de la Universidad Nacional, Sede de Medellín, N° 4.

índice de ilustraciones

carátula:

"torso" escultura en aluminio anodizado, de germán botero. 1978. 1.50 x 1.00 x 1.00.

páginas 6, 7, 10, 19: fotos de alfonso nicholls; 16, 17: fotos de jesús gámez. "salamina" (caldas). foto-

grafías del centro de investigaciones de la facultad de arquitectura de la universidad nacional, sede de medellín.

páginas 22, 26, 29, 31: barco negrero, posición de los esclavos, siglo xviii (archivo de sevilla). tomado de *la trata de negros por cartagena de indias*, jorge palaciospreciado. universidad pedagógica y tecnológica de colombia. tunja, la rana y el águila, 1973.

páginas 32, 35, 37, 39: escultura en hierro, john castles. 1978. profesor de artes, universidad nacional, sede de medellín.

página 40: a) piedra del infierno, región del puente de boyacá, orilla izquierda del río teatinos, b) piedra del diablo en sutatausa; 41, 46, 47: a) adoratorio de los tres nichos ramiriquí, b) la leona, piedra de los mitos, región de tequendama, primer grupo; 44 jeroglífico de pandi; 48: rocas dispersas al nordeste de ramiriquí orilla izquierda del río; 49: piedras de "el colegio" vereda de "tras del alto" tunja. jeroglíficos chibchas. biblioteca banco popular. miguel triana.

página 51: cacique desnudo de pie estilo quimbaya, valle del cauca, colombia, entre los siglos xi y xv, museo fürvolkerkunde, berlín; 54: pectoral antropomorfo estilo cauca, museo del oro, banco de la República; 57: máscara de oro repujado, estilo calima, colombia; 59: cacique, arcilla rojiza y ocre, estilo muisca (1.200, 1.500), liendesmuseum, stuttgart. tomado de *américa precolombina*, ferdinand antón. editorial argos, barcelona, 1972.

páginas 60, 64, 67: tolstoi. centro editor de américa latina.

páginas 71, 75, 80, 86: grabados de maría victoria vélez.

páginas 90, 93, 95: fotografías para el salón atenas, 1978, jorge ortiz, profesor de artes plásticas, universidad nacional, sede de medellín.

páginas 96, 98, 99, 100, 101, 102, 103: tomado de revista vogue.

páginas 104, 105, 110, 111, 116, 117: industria automotriz y textil, medellín, fotografías (detalle) informe anual de coltejer.

página 125: symbols, signs & signets, ernst lehner.

